

Emociones y activismos de base



Tommaso Gravante
Alice Pomma
(coordinadores)

EMOCIONES Y ACTIVISMOS DE BASE

COLECCIÓN ALTERNATIVAS

COMITÉ EDITORIAL

Presidente

Mauricio Sánchez Menchero

Secretario Técnico

Jaime Martín Suaste Aguirre

Integrantes

María Eugenia Alvarado Rodríguez

Patricia Cabrera López

Carlos Arturo Flores Villela

Marina Garone Gravier

Julio Vicente Juárez Gámiz

Alma Laura Moncada Marín

Juan Miguel Nepote González

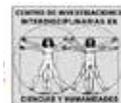
María del Consuelo Yerena Capistrán

EMOCIONES Y ACTIVISMOS DE BASE

Tommaso Gravante
Alice Poma
(Coordinadores)

Prefacio
James Jasper

Epílogo
Donatella Della Porta



Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Ciudad de México, 2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Gravante, Tommaso, editor. | Poma, Alice, editor. | Jasper, James, prologuista. | Della Porta, Donatella, 1956- , prologuista.

Título: Emociones y activismo de base / Tommaso Gravante, Alice Poma (coordinadores) ; prefacio James Jasper ; epílogo Donatella Della Porta.

Descripción: Primera edición electrónica. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2023. | Serie: Colección Alternativas.

Identificadores: LIBRUNAM 2223147 (libro electrónico) | ISBN (libro electrónico). 978-607-30-8242-6

Temas: Movimientos sociales -- Aspectos psicológicos. | Emociones -- Aspectos sociológicos.

Clasificación: LCC HM881 (libro electrónico) | DDC 303.484—dc23

Primera edición electrónica, 2023

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades
Torre II de Humanidades, 4º piso
Circuito Interior, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, CDMX
www.ceiich.unam.mx

Diseño de portada: Amanali María Cornejo Vázquez

ISBN de la colección: 978-607-30-0946-1

ISBN: del volumen: 978-607-30-8242-6

Investigación realizada con el apoyo de los programas UNAM-PAPIIT, con claves IA300221 y IA300123.

Esta obra fue sometida a un proceso de dictamen en la modalidad doble ciego por académicos especialistas en el tema. Los dictámenes resultaron favorables para la totalidad de la obra, en todas sus secciones, partes y capítulos; por lo cual el Comité Editorial del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades dio visto bueno para su publicación.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Este libro solo se publica en versión electrónica para su mayor difusión y la conservación del medio ambiente.

Hecho en México

ÍNDICE

Presentación. Emociones y activismo de base: una caja de herramientas para la investigación <i>Tommaso Gravante y Alice Poma</i>	9
Prefacio <i>James M. Jasper</i>	15
<i>Preface</i> <i>James M. Jasper</i>	19

Parte I

Emociones, protesta y activismos de base: un manual de uso

Emociones y activismo climático <i>Alice Poma</i>	25
Emociones, identidad y dilemas estratégicos en el activismo socioambiental <i>Vito Giannini</i>	45
Repensar el nexo entre protesta y represión: el miedo y sus implicaciones estratégicas <i>Julie Massal</i>	61
La obligación moral en el activismo contra la violencia hacia las mujeres <i>Alejandro Zamudio Sosa</i>	75
Emociones recíprocas y compartidas en el activismo feminista <i>Susana Larios Murillo</i>	89
El papel del miedo, el horror y el dolor en la emergencia del activismo feminista contra el feminicidio <i>Daniela Cáceres</i>	101

El papel del trabajo emocional, la retórica del amor y el maternalismo en la desmovilización de las trabajadoras del hogar <i>Carlos Piñeyro Nelson</i>	115
La relación entre emociones, prácticas y valores en el activismo de base prefigurativo <i>Tommaso Gravante</i>	129

Parte II

Resultados de jóvenes investigador@s en emociones y activismo de base

El papel de las emociones en el activismo feminista con el #NoNosCuidanNos Violan <i>Elisa Niño Vázquez</i>	141
Emociones en el activismo climático: el caso de la Casa de Campaña, México <i>Tzitzitlini Ortega Hernández</i>	153
Alegría y resistencia de las mujeres en la región del Soconusco, Chiapas, México <i>Carolina Elizabeth Díaz Iñigo</i>	165
El uso estratégico de las emociones en el movimiento 21N en Colombia <i>Diego Mauricio Duque Rodríguez</i>	177
El nacional-populismo y el régimen de emociones. Un estudio de caso: el Frente Nacionalista de México <i>Aída Sofía Padilla Santa Cruz</i>	189
Epílogo. ¿Por qué estudiar a los movimientos sociales? <i>Donatella Della Porta</i>	203
Bibliografía general	211

PRESENTACIÓN.

EMOCIONES Y ACTIVISMO DE BASE: UNA CAJA DE HERRAMIENTAS PARA LA INVESTIGACIÓN

Tommaso Gravante y Alice Poma

En los últimos años, la atención hacia las emociones ha aumentado gracias al desarrollo de una ciencia de las emociones que se está fortaleciendo con las contribuciones de científiques¹ de diferentes geografías y disciplinas, desde psicología y neurociencia, hasta sociología, historia, antropología, filosofía y ciencia política, entre otras.

Este libro se inserta en el campo de estudio de los movimientos sociales, en el cual, a partir de los años noventa del siglo xx, se ha desarrollado una corriente que ha incorporado el análisis de la dimensión emocional en las experiencias de protesta que, con los años, se ha consolidado. En estas tres décadas se ha construido un avance teórico-metodológico sobre las emociones en la contienda política, lo cual ha permitido no solo reconocer la importancia de las emociones en la protesta, sino también identificar las emociones más relevantes y sus implicaciones en cada proceso que acompaña a la protesta.

En este campo de estudio destaca la teoría de la acción, propuesta por el sociólogo estadounidense James Jasper (Poma y Giannini, 2021), que ofrece una categorización de las emociones en cinco tipologías que, a la vez, permiten diferenciar las emociones entre sí y comprender el papel de cada una en la acción política contestataria. Además de estas categorías (Jasper, 2018), el autor se ha centrado en comprender el papel de las emociones en la dimensión estratégica de los movimientos sociales (Jasper, 2006a, 2015).

Otros autores han contribuido a este campo de estudio desde el estudio del movimiento feminista (Taylor, 1995; Taylor y Whittier, 1995; Taylor y Rupp, 2002;

¹ En esta presentación emplearemos el lenguaje inclusivo, usando la “e” como género que incluya femenino, masculino y no binario.

Reger, 2004; Whittier, 2021), del movimiento LGBTQI+ (Gould, 2001, 2009), de los movimientos de víctimas (Bayard de Volo, 2006; Wood, 2001; Whittier, 2001; Gravante, 2020a), de los conflictos socioambientales (Albrecht, 2019; Poma, 2017, 2019a), o más en general desde la sociología de las emociones que se ha acercado a la acción colectiva (Collins, 2001; Goodwin y Pfaff, 2001; Flam, 2005; Scribano y Artese, 2012).

Las contribuciones de todes estes investigadores han permitido el desarrollo de un *corpus* de literatura en continuo crecimiento, en el cual se destaca no solo la relevancia de las emociones para la comprensión de los movimientos sociales, sino también cómo las emociones influyen directamente en los procesos de emergencia, afianzamiento y declive de un movimiento, en el reclutamiento, y en la formación y consolidación de la identidad colectiva. A estos procesos se suma el estudio del manejo emocional en la contienda política, resultado de la aplicación de la teoría de Arlie Hochschild (1979, 1983) al campo de estudio de los movimientos sociales, así como de la comprensión de la cultura emocional de los movimientos sociales (Taylor, 1995, 2000; Taylor y Rupp, 2002).

Aunque este enfoque se ha convertido en una corriente teórica reconocida en el estudio de los movimientos sociales, su difusión ha sido limitada por el conservadurismo que caracteriza a las academias de todas las geografías frente a temáticas y enfoques nuevos, y por los prejuicios que el pensamiento positivista tiene hacia las emociones. A esto se añade que la mayoría de los estudios acerca de los movimientos sociales se centran en la relación Estado-movimiento social, lo que ha causado una mayor difusión de las teorías estructuralistas, como la movilización de recursos o las oportunidades políticas. Estas teorías, aunque han permitido avanzar en la comprensión de la contienda política, han resultado insuficientes para abarcar los nuevos fenómenos sociales y las nuevas preguntas de investigación que están emergiendo en este campo de estudio, los cuales ahora, más que en el pasado, ponen atención a la dimensión microsociológica.

Considerado todo lo anterior, actualmente nos encontramos con una densa literatura sobre emociones, protesta y movimientos sociales, producida principalmente por investigadores de la academia estadounidense. En este caso, se ha aplicado el análisis de la dimensión emocional tanto a movimientos sociales nacionales —movimiento feminista, LGBTQI+ y Black Lives Matter (BLM)—, como a experiencias foráneas, estudiando movimientos sociales en América Latina, Europa, Oriente Medio, África del Norte y China. Este enfoque no se ha desarrollado tanto en la academia europea como en Estados Unidos y se ha limitado a pocos estudios de caso, entre los

cuales destacan los trabajos de Eduardo Romanos, Jochen Kleres, Åsa Wettergren, Louise Knops y las más recientes investigaciones de Vito Giannini.

En Latinoamérica, el estudio de las emociones en los movimientos sociales es un enfoque reciente, de apenas una década, y poco a poco abre brecha en las academias de diferentes países, principalmente México, Chile, Argentina y Colombia. El nuevo ciclo de luchas que se abrió en esta región a inicio del siglo XXI, y que se caracteriza por ser protagonizado por subjetividades individuales y colectivas distintas del “sujeto revolucionario” auspiciado por el intelectualismo marxista latinoamericano, hizo emerger otra forma de entender la acción política y social, que va más allá del Estado. En ese contexto, hemos podido observar en jóvenes investigadores un creciente interés hacia el papel de las emociones en la protesta y los movimientos sociales que, más que centrarse en analizar los impactos políticos de la protesta, se han enfocado en comprender las dinámicas microsociales de este fenómeno social. Este giro de interés se debe principalmente a que muchos de ellos han sido, de una forma u otra, parte de estas movilizaciones que han caracterizado el ciclo de protestas en América Latina. De hecho, por ejemplo, no es una casualidad que los investigadores que están aplicando este enfoque en los activismos feministas y socioambientales hayan sido o sean activistas en su país de procedencia. Aunque aún se manifiesta cierta resistencia en la academia hacia los enfoques microsociológicos y no estadocéntricos, con el argumento de que los casos de estudio no son representativos y significativos, o que no pueden traducirse en recomendaciones para las políticas públicas, estamos frente a una apropiación y producción del conocimiento por parte de sujetos activos en los movimientos sociales y que, parafraseando un lema mexicano,² no hacen ciencia para los activistas, sino son activistas haciendo ciencia. Aunque el impacto social de este conocimiento solo se podrá observar en los siguientes años o décadas, al dialogar con activistas, analizar sus discursos y narrativas, observar sus prácticas e intercambiar experiencias, podemos decir que las emociones han adquirido, en la última década, un lugar más central en los movimientos sociales.

Hace más de una década, cuando los editores de esta obra empezamos a dedicarnos al estudio de las emociones desde este nuevo enfoque teórico, aplicado en casos de estudio mexicanos y publicando en español, éramos los raros; pensar en difundirlo en México y América Latina parecía una locura al estilo de Don Quijote y Sancho Panza. Sin embargo, por medio de publicaciones, proyectos, cursos sobre el tema, conferencias, etc., y una buena dosis de testarudez y pasión, hemos logrado abrir un

² Paseando por la Facultad de Ciencias, de la UNAM, se puede leer en un banco “No hacemos ciencia para el pueblo, somos el pueblo haciendo ciencia”.

espacio reconocido, aunque minoritario, en el estudio de los movimientos sociales en América Latina. Siempre estaremos agradecidos con quienes creyeron en nosotros, en nuestro sueño, con los gigantes que nos apoyaron y permitieron que nos paráramos en sus hombros, pero también con los jóvenes investigadores que se apuntaron a nuestros cursos, nos llamaron en el desarrollo de sus tesis, nos citaron en sus trabajos, y con los cuales hemos podido crear una red internacional de formación, intercambio del conocimiento y apoyo mutuo, que se manifiesta —y no solo ahí— en el Laboratorio de Estudio sobre Activismos y Alternativas de Base (LACAB: <www.lacab.org.mx>).

En 2019, el Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, aceptó insertar en su plan de estudio el curso que desarrollamos con el título de “Emociones, protesta y movimientos sociales: acercamiento teórico y metodológico”. Este curso semestral optativo es único en países de habla hispana, y ha estimulado la curiosidad de estudiantes de posgrado, tanto de la UNAM como de otras universidades nacionales e internacionales. Gracias a este curso, que seguimos impartiendo todos los semestres, estamos conociendo las múltiples dificultades a las que se enfrentan los estudiantes al analizar las emociones en una experiencia de protesta. La experiencia docente nos dirige hacia la realización de un manual en español sobre emociones y movimientos sociales, a partir de nuestra experiencia de investigación. Sin embargo, a pesar de que estamos convencidos de llevar a cabo este proyecto, consideramos que, antes de escribir nuestro propio libro, es necesario acumular un poco más de experiencia para así poder dar vida a una propuesta más sólida y sistematizada.

El presente proyecto editorial se inserta en este proceso de formación, que empezó con un seminario mensual a lo largo de 2022, donde pudimos discutir, dialogar, escuchar, aprender de manera colectiva, gracias a la colaboración, el compromiso y el entusiasmo de investigadores jóvenes y menos jóvenes, dando vida, más que a un libro compilado, a un manual para aplicar el enfoque teórico sobre emociones, activismo de base y movimientos sociales.

En la academia anglosajona, los *handbooks* —manuales o instructivos, en español— son muy comunes. Es muy común encontrar *handbooks*, disciplinarios o multidisciplinarios, que abarquen cualquier temática. Todos tienen el objetivo principal de presentar —mediante textos relativamente cortos con respecto a los artículos científicos normales— teorías, procesos, enfoques, resultados y autores principales con respecto al tema que caracteriza al manual. Por lo general, los textos de estos manuales son escritos por expertos del tema y tienen el objetivo de acercar y guiar al lector y/o investigador con menor experiencia en un campo de estudio específico.

No pretendemos un manual perfecto ni el más completo, este libro se ha ideado y construido como una herramienta de uso para facilitar la difusión de los análisis de las emociones en los movimientos sociales y, en particular, el estudio de la dimensión emocional en el activismo de base.

Cada uno de los ocho textos que componen la primera parte de este libro abordan un tipo particular de activismo, como el feminista, el climático, el socioambiental, el laboral, el prefigurativo y el de alto riesgo. A partir de unas guías que compartimos entre autores y participantes del seminario, todos los autores de los capítulos contestan/mos a la pregunta ¿cómo se puede estudiar la dimensión emocional en ese tipo de activismo? Por tanto, estudiantes o investigadores interesados en incorporar el análisis de la dimensión emocional en un determinado caso de estudio podrán encontrar, no solamente los autores de referencia, sino también ejemplos concretos de análisis que es posible llevar a cabo, cómo hacerlo y con qué resultados. Estos ocho capítulos pueden ser leídos en orden o según el interés del lector, en cuanto todos, a pesar de ser independientes el uno del otro, se han desarrollado alrededor de una estructura y preguntas comunes.

El libro se completa con una segunda parte que presenta los resultados de cinco trabajos realizados por jóvenes investigadores. Los textos se desarrollaron a partir de la participación de estas personas en el 1er Coloquio Internacional para Jóvenes Investigador@s sobre Emociones y Activismos de Base,³ organizado por el LACAB, en octubre de 2022, con el apoyo del CEIICH-UNAM. Los 5 textos incluidos en este libro fueron seleccionados de entre los 17 presentados y representan un corte parcial de las investigaciones que lleva a cabo cada autor. En estos textos, el lector puede observar, sin ser un investigador experimentado, cómo se puede usar la propuesta teórica-metodológica presentada en la primera parte del libro.

Como coordinadores del LACAB creemos que una de las mejores maneras para avanzar en el conocimiento científico es dar espacio y visibilidad a los trabajos de los investigadores en formación, sobre todo en un ambiente académico dominado por la gerontocracia y la autoreferencialidad. Estos cinco textos, a pesar de sus límites, conllevan el entusiasmo de la experimentación por la investigación —el cual, lamentablemente, a veces se pierde con el tiempo.

Este libro, como se puede ver en la cubierta, incluye además los textos de dos de los principales investigador@s sobre los movimientos sociales en el mundo: James

³ El catálogo de mesas grabadas del evento, junto a la conferencia magistral de Donatella Della Porta, están disponible en <<https://www.lacab.org.mx/index.php/eventos/coloquios-lacab/1er-coloquio-internacional-para-jovenes-investigador-s-sobre-emociones-y-activismos-de-base-2022>>.

Jasper y Donatella Della Porta. Los dos textos son transcripciones de las conferencias magistrales que impartieron en 2022 —febrero y octubre, respectivamente— en el marco de las actividades promovidas por el LACAB. Ambos tienen una narrativa accesible a un público amplio, lo que representó un esfuerzo por parte de James y Donatella a partir de nuestra petición de pensar en un público de estudiantes y jóvenes investigadores que se acercan al estudio de los movimientos sociales, y al enfoque culturalista de la protesta y su dimensión emocional, sin tener aún mucha experiencia.

Para concluir, creemos poder afirmar, no sin cierto orgullo y satisfacción, que este libro —tanto por su temática y por cómo se aborda—, es una obra seminal y una caja de herramientas que esperamos sea apropiada para los investigadores que quieren insertar el análisis de las emociones en sus investigaciones. Nuestra esperanza es que este libro pueda abrir pasos a futuras investigaciones para la comprensión de las emociones en todos los aspectos y procesos que conciernen a los movimientos sociales, el activismo de base y las alternativas sociales.

PREFACIO

*James M. Jasper**

Cuando estudiaba en la escuela de posgrado, a principios de los años ochenta, no existía la sociología cultural como tal, solo un atisbo de ella. Pensaba que mi aportación podría demostrar la importancia de los significados mediante la búsqueda de subculturas dentro de la formulación de políticas, procesos legislativos y movimientos sociales relacionados con la energía nuclear en diversos países. Esperaba introducir la cultura en el paradigma histórico comparativo que en aquel entonces estaba surgiendo bajo la inspiración de Charles Tilly y Theda Skocpol, entre otros. Buscábamos identificar las variables clave comparando la política de diversas naciones y a lo largo del tiempo.

Creo que estábamos equivocados. Desde entonces, los métodos comparativo e histórico han seguido caminos distintos. El trabajo histórico ha profundizado cada vez más en los detalles de la vida social para contar historias causales matizadas. La investigación comparativa ha sucumbido. Siempre hubo muchas más variables —utilizo el término en sentido amplio para referirme a cualquier aspecto de interés que pueda crear alguna resonancia— que casos, lo cual significa que un académico astuto siempre puede elaborar una historia plausible sobre qué cosa llevó a otra. Esto también es cierto en un campo relacionado, es decir, en el estudio de los movimientos sociales, en el que los investigadores suelen realizar estudios de caso, desarrollando

* James M. Jasper es investigador en movimientos sociales. Es el principal promotor de la línea de investigación emociones y protesta. Sus libros y artículos han permitido el fortalecimiento y la legitimación de este campo de estudio, además de haber impulsado la formación de jóvenes investigadores en el estudio de la dimensión emocional en los movimientos sociales. Por décadas, ha sido profesor-investigador de la City University of New York, ahora jubilado e investigador independiente. El presente texto es una elaboración de la conferencia magistral “Cómo las emociones hacen la diferencia en el estudio de la protesta y el activismo”, que se puede ver, en español, en <<https://www.lacab.org.mx/index.php/video-conferences/135-como-las-emociones-hacen-la-diferencia-en-el-estudio-de-la-protesta-y-el-activismo-james-jasper>>.

y probando sus teorías sobre el mismo. Si bien la comparación cruzada entre distintos países es poco frecuente en el estudio de los movimientos, también es cierto que el campo adolece del problema de contar con demasiados factores en comparación con el número de casos.

Mi solución fue profundizar en el nivel micro, dejando atrás el vago nivel macro de las ciencias sociales comparadas, con el fin de abordar la cultura primordialmente. Fue posible describir los portadores de significado, tanto físicos como metafóricos, desde los pares binarios de significados hasta las tensiones de las narrativas, desde las imágenes de villanos o víctimas hasta los enmarcamientos expresados en las pancartas de las marchas. También aprendimos sobre las identidades de grupo y las diversas formas en que los individuos llegan a adoptarlas, rechazarlas, crearlas y ajustarlas. El gran giro cultural en las ciencias sociales ha demostrado hasta qué punto nuestra mente y nuestros significados dan forma a todo lo que hacemos. Es un logro impresionante.

Sin embargo, después de 40 años, la revolución cultural todavía no nos ha dicho del todo qué es el significado, si nos moviliza a la acción y cómo lo hace, por qué un símbolo o una imagen resuena y otra queda en el olvido. Necesitamos entender esto si queremos vincular el significado con la acción. Los seres humanos elegimos entre una serie de palabras, imágenes, historias y sonidos que tenemos a nuestra disposición, y los utilizamos en las conversaciones y en las interacciones para distintos fines, y con distintos grados de fidelidad a nuestra verdad. Es bastante común que digamos algo que no creemos porque esperamos que cause algún efecto en una situación. Si bien una construcción cultural no tiene por qué resonar en la persona que la utiliza, esta no la utilizaría si no creyera en la resonancia que tendrá entre su público. A fin de cuentas, no podemos escapar de la pregunta ¿por qué creemos ciertas cosas y no otras?

Las emociones son una parte importante de la respuesta. Los significados no son solo definiciones de diccionario que llevamos en nuestra cabeza, sino sentimientos que tenemos y que dan vida al mundo que nos rodea. No podemos empezar a entender la cultura sin entender las emociones. Por otro lado, las emociones vinculan estos sentimientos a las acciones: retrocedemos o nos acercamos, nos disgustamos o nos admiramos. Sin las emociones no haríamos absolutamente nada. Las emociones también son determinantemente microsociales. Aunque a veces hablamos de “una nación afligida”, no es la propia nación la que se siente triste o deprimida, sino muchos o la mayoría de sus ciudadanos. No hay circuitos de dopamina, contracciones musculares o niveles de cortisol para un país.

Solo los individuos pueden tener emociones, pero las emociones son completamente sociales, interactivas y culturales. Respondemos a quienes nos rodean, los

buscamos, obtenemos energía emocional de las conversaciones y otros rituales de interacción. Nuestras culturas nos enseñan las emociones apropiadas para sentir y cómo mostrarlas. Las emociones representan nuestra valoración de cómo estamos en relación con el mundo: el mundo físico, el mundo social, el mundo de nuestro propio cuerpo en sus diversos estados, e incluso para algunos, el mundo espiritual. Solo las emociones son capaces de dirigir nuestros flujos de acción, ya que anticipan los resultados y se ajustan en consecuencia. Ninguna teoría de la acción o de la cultura está completa sin las emociones.

Lo mismo ocurre con la moralidad, parte central de la cultura: solo podemos comprender su influencia en la acción si analizamos las emociones de aprobación y desaprobación que nos impulsan. Entre ellas se encuentran la vergüenza, el orgullo y la culpa por nuestras propias acciones, así como el ultraje, la indignación, la admiración y la conmoción por las acciones de otros. Es importante destacar que sentimos orgullo deontológico cuando creemos que hemos hecho lo correcto, incluso a pesar del costo elevado, a menudo acompañado de cierto alivio al evitar tentaciones egoístas o inmorales.

Reconocer la importancia de las emociones es solo el principio. También debemos distinguir varios tipos: compromisos de largo plazo, como el amor o el odio; reflejos de corto plazo, como la sorpresa o la rabia; y sentimientos que se sitúan en medio de ellos, como los estados de ánimo. Luego están las emociones individuales, que se cuentan por decenas o cientos en la mayoría de las lenguas. Describir el ultraje, la resignación u otras emociones se ha convertido en parte de nuestra caja de herramientas para explicar las acciones y los resultados. Siempre han estado ahí, especialmente en las narrativas históricas notables, pero rara vez se hacía mención de ellas. Ahora solemos destacarlas, como hacen varios de los capítulos de este libro. Las emociones son bloques de construcción que sirven adecuadamente para describir y explicar, porque son un punto final satisfactorio. Cuando describimos a alguien como feliz o triste, no sentimos la necesidad de ir más allá. Dan cuenta por sí mismas de por qué actúan como lo hacen.

Podemos ir más allá, desglosando las emociones en los procesos de sentir-pensar que las componen: niveles hormonales, neurotransmisores, contracciones musculares como las que crean expresiones faciales y las etiquetas lingüísticas que aplicamos a lo que sentimos. Estas etiquetas —lo que normalmente llamamos emociones— son nuestro esfuerzo para enfrentarnos a series de procesos de sentir-pensar que nos son familiares; una vez que identificamos una emoción, esa etiqueta da nueva forma a nuestros sentimientos, los disciplina en cómo esperamos que se sientan. Podemos realizar el trabajo de describir cientos de procesos de sentir-pensar que componen

a las emociones, pero como científicos sociales no lo necesitamos. Basta con describir las emociones.

Queda mucho trabajo por hacer. Necesitamos identificar combinaciones y secuencias de emociones, ya que es raro que los humanos sintamos una sola emoción en un momento determinado debido a las infinitas combinaciones de procesos de sentir-pensar que dan sustento a las emociones. Es a menudo el cambio en las emociones lo que impulsa la acción, por ejemplo, en las baterías morales que combinan una emoción negativa y otra positiva, donde la acción se orienta hacia esta última.

También es necesario comparar las emociones entre distintos entornos y movimientos. Dependiendo de las injusticias, de los líderes, de los patrones de culpa, entre otros, la combinación matizada de emociones que se manifiesta en las protestas diferirá en formas complejas. Por ejemplo, hay diferencias nacionales y subculturales en la manifestación de emociones que deben explorarse, y este libro muestra muchos ejemplos del Sur Global.

Como en toda investigación social-psicológica y microsocia, también surge la cuestión de cómo se relacionan las emociones con las grandes estructuras que interesan a los investigadores comparativos. Todavía tendemos a considerar las limitaciones económicas y políticas como estructuras, ignorando a los empresarios ejecutivos, los burócratas, los dictadores y aquellos otros que ejercen su voluntad por medio de esas estructuras. Ellos también tienen emociones, se enfrentan a dilemas estratégicos, toman decisiones y llevan a cabo sus planes. Describir de qué forma las interacciones en persona se concatenan en grandes resultados toma mucho tiempo, no obstante, es necesario. A menudo tomamos atajos metodológicos, pero aún necesitamos teorías de aquellas señales que muestran cómo las acciones tienen efectos hacia arriba, hacia abajo y hacia fuera. La acción y la estructura siempre estarán en tensión, tanto en nuestras teorías y explicaciones como en la vida real, pero la atención a las emociones siempre será un correctivo saludable para las teorías que se desvían excesivamente hacia estructuras inertes.

Enhorabuena a los editores y colaboradores de este volumen por plantear estas preguntas y por afinar nuestras respuestas. Alice y Tommaso llevan muchos años reflexionando sobre las emociones de la protesta y este volumen refleja la sabiduría que han acumulado. El libro se fundamenta en sus esfuerzos previos por enriquecer el campo de los estudios sobre los movimientos sociales, no solo con su trabajo en América Latina, sino también mediante la enseñanza y el involucramiento de jóvenes investigadores sociales de distintos países.

PREFACE

*James M. Jasper**

When I was in graduate school in the early 1980s, there was no cultural sociology to speak of, or just the glimmer of one. I thought that I could show the importance of meanings by looking for subcultures within the policymaking, legislative processes, and social movements dealing with nuclear energy in several countries. I hoped to bring culture into the comparative-historical paradigm then emerging under the inspiration of Charles Tilly, Theda Skocpol, and others. We hoped to identify key variables by comparing politics across nations and over time.

I think we were wrong. In the years since, comparative and historical methods have gone separate ways. Historical work has delved deeper and deeper into the details of social life to tell nuanced causal stories. Comparative research has unraveled. There were always far more variables—I use the term loosely as anything of interest that might leave ripples behind—than there were cases, meaning that a clever scholar could always put together a plausible story about what led to what else. This was true as well in a related field, the study of social movements, where researchers mostly do case studies, developing and testing their theories on the same case. Cross-national comparison is rare in the study of movements, but the field suffers the same problem of too many factors compared to cases.

My solution was to probe deeper into the micro level, leaving behind the vague macro level of comparative social science. This especially addressed culture. The carriers of meaning, both physical and metaphorical, could be described, from binary

* Independent researcher. This chapter is an elaboration of the conference “How Emotions Can Make a Difference in the Study of Protest and Activism”: <<http://www.lacab.org.mx/index.php/eventos/seminarios-lacab/seminario-emociones-protستا-y-movimientos-sociales/101-how-emotions-can-make-a-difference-in-the-study-of-protest-and-activism>>.

pairs of meanings to the tensions of narratives, from pictures of villains or victims to the frames expressed on placards at marches. We also learned about group identities, and the various ways in which individuals come to adopt, reject, create, and adjust them. The great cultural turn in social science has shown how deeply our minds and meanings shape all that we do. It is an impressive accomplishment.

Yet after forty years the cultural revolution has still not quite told us what meaning is, if and how it moves us to action, why one symbol or image resonates and another falls flat. We need to understand this if we are to link meaning and action. Humans pick and choose among the words, the pictures, the stories, the sounds available to us, using them in conversations and interactions for a variety of purposes—and with varying degrees of allegiance to their truth. It is common enough for us to say something that we do not believe, because we hope it will have an effect on a situation. But even if a cultural construction does not necessarily need to resonate with the person using it, they would not use it if they did not believe in its resonance among their audiences. In the end we cannot quite escape from the question of why we believe certain things and not others.

Emotions are a big part of the answer. Meanings are not just dictionary definitions that we carry around in our heads, but feelings we have that animate the world around us. We cannot begin to understand culture without understanding emotions. Plus emotions link these feelings to actions: we recoil or approach, we are disgusted or admiring. Without emotions we would do nothing at all. Emotions are also resolutely microsocial. Although we sometimes talk loosely about “a grieving nation,” it is not the nation itself that feels sad or depressed, it is many or most of its individual citizens. There are no dopamine circuits, muscle contractions, or cortisol levels for a country.

Only individuals can have emotions, but emotions are thoroughly social, interactive, and cultural. We respond to those around us, seek them out, gain emotional energy from conversations and other interaction rituals. Our cultures teach us appropriate emotions to feel and how to display them. Emotions represent our assessments of how we are doing in relation to the world: the physical world, the social world, the world of our own bodies in their various states, even for some people the spiritual world. Emotions alone are capable of directing our flows of action, since they anticipate results and adjust accordingly. No theory of action or culture is complete without emotions.

The same is true of morality, a central part of culture: we can only grasp its influence on action if we analyze the emotions of approval and disapproval that drive us. These include shame, pride, and guilt at our own actions, as well as outrage,

indignation, admiration, and shock at the actions of others. Importantly, we feel deontological pride when we feel we have done the right thing, even in the face of high costs —frequently accompanied by some relief at avoiding selfish or immoral temptations.

Recognition of the importance of emotions is only the beginning. We also need to distinguish various types: long-run commitments such as love or hate, short-run reflexes such as surprise or rage; in-between feelings like moods. Then there are individual emotions, which number in the dozens or hundreds in most languages. Describing outrage or resignation or other emotions has become part of our toolkit for explaining actions and outcomes. They were always there, especially in good historical narratives, but rarely remarked upon. Now we often highlight them, as several of the chapters below do. Emotions are good building blocks for descriptions and explanations because they are a satisfying stopping point. When we describe someone as happy or sad, we do not feel the need to go further. These explain why they act as they do.

We can go further, breaking emotions down into the feeling-thinking processes that compose them: hormone levels, neurotransmitters, muscle contractions such as those that create facial expressions, and the linguistic labels we apply to what we are feeling. These labels —what we normally call emotions— are our effort to come to grips with familiar packages of feeling-thinking processes, and once we identify an emotion, that label reshapes our feelings, disciplines them into what we expect to feel like. We can do the work of describing hundreds of feeling-thinking processes that comprise emotions, but as social scientists we do not need to. Describing the emotions suffices.

There is much work still to be done. We need to identify combinations and sequences of emotions, since it is rare for humans to feel a single emotion at any given time, due to the infinite combinations of feeling-thinking processes that underpin emotions. It is often the change in emotions that drive action, for instance in moral batteries that combine a negative and a positive emotion, with action driven toward the latter.

We also need to compare emotions across settings and across movements. Depending on grievances, leaders, patterns of blame, and more, the nuanced combination of emotions displayed in protests will differ in complicated ways. There are national and subcultural differences in emotion displays that should be explored, for instance, and this book shows many examples from the Global South.

As with all social-psychological and microsocial research, there is also the question of how emotions are related to the big structures that interested comparative

researchers. We still tend to understand economic and political constraints as structures, ignoring the corporate executives, bureaucrats, dictators and others who exert their will through those structures. They too have emotions, face strategic dilemmas, make decisions, and carry out their plans. It is time consuming to describe how face to face interactions concatenate into big outcomes, but necessary. We often take methodological shortcuts, but we still need theories of those traces of how actions have effects upwards, downwards, and outwards. Action and structure will always be in tension, in our theories and explanations just as in real life. But attention to emotions will always be a healthy corrective to theories that stray too far toward lifeless structures.

Congratulations to the editors and contributors of this volume for asking such questions and for refining our answers. Alice and Tom have been thinking about the emotions of protest for many years now, and this volume reflects the wisdom they have accumulated. The book builds on their previous efforts to enrich the field of social movement studies not only with their work in Latin America but also by teaching and engaging young social researchers in different countries.

PARTE I

EMOCIONES, PROTESTA Y ACTIVISMOS DE BASE: UN MANUAL DE USO

EMOCIONES Y ACTIVISMO CLIMÁTICO

*Alice Poma**

Introducción

En los últimos años, el activismo climático se ha visibilizado y difundido en todo el mundo, con un récord de participación en 2019 —aunque con respuestas diferentes en cada país— y el surgimiento de nuevas organizaciones y grupos, antes y después de la pandemia de COVID-19. Si antes de 2019 las acciones climáticas eran llevadas a cabo por organizaciones de los movimientos sociales (SMO, por sus siglas en inglés), ambientalistas y ecologistas siguiendo la agenda internacional (Dietz y Garrelts, 2014; Tokar, 2014), después de esta fecha, con la emergencia de nuevas organizaciones, como *Fridays for Future* (Viernes por el Futuro) y *Extinction Rebellion* (Rebelión o Extinción), el activismo climático ha visto sumarse nuevos sujetos, en particular una nueva generación de activistas, y nuevos repertorios y estrategias; tanto así que se habla de una nueva ola del movimiento climático (Wahlström, Kocyba, de Vydt y de Moor, 2019) la cual se ha ido amplificando en la pandemia gracias al activismo virtual y local, dando lugar a nuevos repertorios de protesta y organizaciones, como *Letzte Generation* (Última Generación), en algunos países europeos. En México, a las organizaciones que ya eran activas en el frente de la lucha climática en los últimos años, se han sumado jóvenes de diferentes sectores socioculturales, luchadores sociales que defienden el territorio y otros derechos —antiespecistas, antirracistas, anticolonialistas, LGTBQI+—, y más recientemente los representantes de algunas comunidades y pueblos indígenas (Gravante y Poma, 2020a y 2020b; Poma, 2021), dando vida a nuevos grupos y proyectos, como Legaia, Futuros Indígenas o la Asamblea Ecologista Popular. Todo indica que el activismo climático seguirá creciendo y haciéndose complejo, volviendo necesarias nuevas investigaciones para su comprensión.

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Coordinadora del Laboratorio sobre Activismos y Alternativas de Base (lacab.org.mx). Email: <apoma@sociales.unam.mx>.

La evolución del movimiento climático ha dado pie, hasta ahora y sobre todo en el Norte Global, a estudios dirigidos a comprender los nuevos actores, centrándose sobre todo en el compromiso, la organización y los discursos (Dietz y Garrelts, 2014; Knops, 2021; Belotti *et al.*, 2022; Zamponi *et al.*, 2022). A esta literatura se suman las abundantes aportaciones desde la psicología que estudian los impactos del cambio climático en la salud mental (Clayton, 2020; Clayton *et al.*, 2017), con particular atención a los más jóvenes (Ojala, 2012; Ojala *et al.*, 2021). Este capítulo ofrece un acercamiento al estudio de la dimensión emocional del activismo climático, un aspecto que ha empezado a recibir atención en los últimos años por parte de investigadores de diferentes disciplinas, a partir de la idea de que si comprendemos lo que sienten les activistas¹ climáticos, podemos comprender mejor sus razones y acciones.

El objetivo del capítulo es hacer luz sobre por qué y cómo analizar las emociones en el activismo climático, desde el enfoque culturalmente orientado del estudio de la protesta (Jasper, 1997, 2018), el cual se caracteriza por una mirada sociológica a las emociones que caracterizan el activismo.

Se empezará por presentar el enfoque sociocultural de las emociones aplicado al campo de estudio de los movimientos sociales, para sucesivamente centrarnos en la dimensión emocional vinculada al activismo climático, terminando con una sección dedicada a algunas herramientas analíticas útiles a la hora de aplicar este enfoque. A esto seguirá un apartado metodológico para reflexionar sobre cómo analizar la dimensión emocional en el activismo climático, mientras que en las conclusiones se discutirán algunos resultados obtenidos hasta ahora, los cuales esperamos puedan ser punto de partida para futuras investigaciones, sobre todo desde Iberoamérica, donde aún son escasas las investigaciones sobre el activismo climático.

El enfoque sociocultural de las emociones

Una de las dificultades al trabajar con emociones es su definición, ya que “cuando se habla de emociones, la única certeza compartida por los investigadores y los profesionales es que difícilmente es posible toparse con un objeto de estudio tan complejo como central para entender el funcionamiento de un individuo” (De Marco y Ravio-
lo, 2012: 24).

¹ En todo el texto se emplea el artículo “les” para referirnos a activistas climáticos, como una forma de lenguaje inclusivo dado que, según la investigación llevada a cabo en México, un porcentaje importante (10%) de estos activistas se reconoce en el género no binario.

Desde un enfoque sociológico, “las emociones son más bien experiencias complejas que engloban fenómenos numerosos y muy diversos, y cuyas relaciones entre estos fenómenos [*sic*] son imperfectas y difíciles de limitar” (Cabana e Illouz, 2019: 160). Esto permite comprender la propuesta de Jasper de considerar las emociones como procesos de sentir-pensar (*feeling-thinking processes*) ya que, según el autor, “nuestros sentimientos son principalmente maneras para procesar información, orientándonos en el mundo, enviando señales a los demás y preparándonos para la acción” (2018: 6).

Analizar la dimensión emocional desde un enfoque sociocultural significa así comprender cómo las emociones son construidas por los sujetos a lo largo de su experiencia, considerando que en esta construcción influye el contexto biográfico y sociocultural. Esta postura constructivista es compartida por investigadores de diversas disciplinas: sociología, psicología, historia de las emociones y antropología, entre otras.

Para promover un diálogo interdisciplinario es necesario aclarar qué términos empleamos para referirnos a las emociones ya que, en muchas ocasiones, los conceptos y las etiquetas con las que nos referimos a las —o ciertas— emociones son diferentes.

Desde el enfoque sociológico cultural de las emociones, por ejemplo, los términos emoción(es) y sentimiento(s) se emplean como sinónimos, evitando el uso de palabras como afecto o pasión, más comunes en otras disciplinas, como la filosofía. En particular, D’Oliveira-Martins afirma que Hochschild llega a usar indistintamente estos dos términos por un criterio de familiaridad, que “hace referencia a las experiencias reconocidas y reconocibles por los individuos y por los investigadores” (2018: 83), y evita el término pasión relacionado con la pasividad, porque entra en conflicto con la teoría de la autora, que se basa en un sujeto activo frente a sus emociones.

Mientras la psicología clásica y la neurociencia distinguen las emociones —refiriéndose principalmente a las primarias, aunque también se hace referencia a emociones secundarias y sociales— de los sentimientos, siendo las primeras respuestas adaptativas de corta duración y vinculadas con el cuerpo y atribuyendo a los sentimientos una componente cognitiva (Damasio, 2003), desde un enfoque sociocultural podemos hablar de emociones distinguiendo entre ellas categorías (Jasper, 2018) y “casos de emoción” (Feldman-Barrett, 2017), conscientes de que todo lo que sentimos se construye a partir de la experiencia y está permeado por la componente cognitiva.

Desde esta perspectiva, la complejidad de la dimensión emocional se desenreda identificando distintas emociones, no solo mediante las palabras que empleamos para nombrarlas, sino sobre todo a partir de algunas propiedades que las caracterizan,

como la duración, la intensidad o la direccionalidad, además del grado de procesamiento cognitivo. Es así como la teoría de la acción propuesta por Jasper (2018) se ha vuelto una herramienta central para el estudio de la dimensión emocional de la protesta, ya que proporciona una tipología de emociones que permite superar algunas de las mayores dificultades al intentar comprender la dimensión emocional.

Tabla 1: Tipología de emociones

Tipologías	<i>Impulsos</i>	<i>Emociones reflejo</i>	<i>Estados de ánimo</i>	<i>Compromisos afectivos</i>	<i>Emociones morales</i>
Características					
<i>Duración</i>	Corta	Corta	Mediana	Larga	Larga
<i>De qué depende</i>	Del cuerpo	De la experiencia	De la experiencia	De los vínculos físicos y cognitivos	De valores y creencias
<i>Particularidad</i>	Desaparecen cuando satisfechos	Reacciones rápidas	Pueden ser leves o profundos	Apego o aversión hacia alguien o algo	Ligadas al marco de injusticia
<i>Algunos efectos en la protesta</i>	Se pueden convertir en repertorios	Respuesta “pelear o huir”	Dan o quitan energía	Pueden fortalecer los compromisos morales y políticos	Pueden movilizar, unificar o radicalizar
<i>Grado de procesamiento cognitivo</i>	Bajo	Bajo	Mediano	Alto	Alto

FUENTE: Elaborado por la autora con base en Jasper (2018).

Esta tipología de emociones es una herramienta muy útil a la hora de sistematizar los datos sobre la dimensión emocional del activismo porque permite ir más allá de las “etiquetas” (*emotion labels*) con las que nombramos las emociones. De esta manera, podemos evitar la confusión al hablar de “rabia” —como palabra-etiqueta— sin comprender si es una rabia reflejo (ira) o una rabia moral resultado de percibir algo como injusto, como puede ser la “digna rabia” zapatista. También podemos distinguir entre un estado de ánimo de esperanza y una esperanza moral, cuando por ejemplo hablamos de un sentimiento de esperanza que generó la buena participación a una acción o marcha —estado de ánimo—, la cual puede proporcionar energía durante unos días para seguir en la lucha, y la esperanza que ponemos en la eficacia de la acción colectiva, la cual está vinculada con los valores, y puede acompañarnos en varias etapas de la vida. Esta última, la esperanza moral, es la que se evoca y se intenta contagiar en los movimientos sociales, una esperanza constructiva (Ojala, 2012)

sin la cual se puede perder el compromiso o llegar al abandono, y puede además estar asociada con un estado de ánimo de desesperanza. Es decir, hay momentos en los que una persona puede ser pesimista y no sentir esperanza hacia el éxito de algún proyecto, acción o campaña pero, aun así, sentir esperanza hacia la acción colectiva.

Aunque las palabras que usamos para nombrar lo que sentimos son importantes porque, como afirma Feldman-Barrett, “reflejan la variedad de significados emocionales que construimos a partir de simples señales físicas en el mundo usando nuestro conocimiento emocional” (2017: 141), y además, que según Jasper (2018) son el resultado de cómo respondemos a los procesos de sentir-pensar, reducir el conocimiento de la dimensión emocional a las palabras que usamos para nombrar las emociones puede ser muy limitante porque, primero, el uso de los términos con los que nos referimos a las emociones no es preciso —a veces tenemos dificultad para expresar lo que sentimos y podemos no saber qué términos emplear—, y segundo, porque saber que se siente “algo” sin saber hacia quién, o qué lo genera y qué efecto tiene esa emoción en nuestras acciones, no nos proporciona mucha información. Estas dificultades se pueden enfrentar en la elección del método de investigación, como se mostrará más adelante.

Recientemente, también se ha comenzado a cuestionar el uso de los términos “emociones negativas” y “positivas”, porque tienen una connotación moral y política ya que, como muestran Cabanas e Illouz, la psicología positiva, vinculada con la ideología neoliberal, ha establecido una jerarquía emocional que se basa en:

...una marcada división entre lo que consideran emociones positivas y emociones negativas, defendiendo ambas como entidades psicológicas antagónicas que predicen comportamientos funcionales y disfuncionales respectivamente. Emociones como la alegría, la esperanza, la gratitud o el compromiso anticipan la formación de empleados más productivos, de compañeros más cariñosos y de individuos más resilientes, más sanos y realizados; por el contrario, insisten, emociones como la envidia, el odio, la ira o la tristeza suponen impedimentos importantes a la hora de construir psiques sanas, personalidades e identidades sólidas o relaciones sociales íntimas y duraderas (2019: 155).

Como destaca también Rezzonico (2012), la dimensión dicotómica positivo-negativa, que implica emociones que son buenas y emociones que son malas, que son mejores o peores, es reproducida en diferentes enfoques psicoterapéuticos, y criticada por el enfoque constructivista en psicología que considera las emociones como “las herramientas capaces de orientarnos en nuestra continua e incesante actividad de construcción de nuevos significados, las únicas capaces de informarnos de manera repentina e infalible” (De Marco y Raviolo, 2012: 35).

Tomar en cuenta esta crítica es particularmente relevante en el análisis de los movimientos sociales donde algunas emociones comúnmente consideradas “negativas”, como la rabia o el dolor, pueden tener un fuerte efecto movilizador y una componente política que la psicología dominante no reconoce:

Lo que la psicología positiva llama emociones negativas son, en realidad, complejos emocionales cargados de un fuerte componente de reacción y cambio político. Instigando a eliminarlas o a convertirlas en emociones más positivas en aras del crecimiento personal, los psicólogos positivos no solo vacían estas llamadas emociones negativas de su utilidad y valor social y personal, sino que también neutralizan su naturaleza política (Cabanas e Illouz, 2019: 164).

Por ello, desde un enfoque sociocultural, creemos que sea más correcto emplear los términos “agradables” y “desagradables”, ya usados por Norgaard (2011) y Jasper (2018), este último refiriéndose a los estados de ánimo, ya que estos adjetivos no implican una jerarquización de las emociones y ponen al centro de la comprensión de la dimensión emocional la experiencia del sujeto. Asumir esta idea implica aceptar que la dimensión emocional está conformada por emociones que pueden influir de manera diferente en el estado de ánimo, y que tienen que ser manejadas de forma diferente, aun siendo parte de la experiencia de los sujetos. La utilidad de seguir distinguiendo las emociones entre “agradables” y “desagradables” se basa en que, a menudo, la experiencia humana está compuesta por lo que comúnmente las personas llaman “emociones encontradas”, cuya interacción es central para comprender la experiencia del sujeto. En este sentido, Jasper introdujo el concepto de batería moral, para identificar emociones opuestas cuya “tensión o contraste motiva la acción o demanda atención” (2012: 52), como vergüenza-orgullo, o pena-alegría.

Por último, identificar emociones agradables y desagradables también es relevante a la hora de analizar aquellas que se generan en pensar en el problema que les activistas enfrentan —en este caso la emergencia climática— o en su respuesta social —*business as usual*, negociación, eco parálisis, etc.—, y las que genera la experiencia del activismo, las cuales pueden ser tanto desagradables como agradables, siendo estas últimas centrales para el manejo emocional de las emociones desagradables.

Pasamos ahora a comprender cómo y por qué es útil aplicar el enfoque sociocultural de las emociones en el campo de estudio de los movimientos sociales.

Emociones y activismo climático

En esta sección se muestra cómo el enfoque sociocultural de las emociones aplicado a los movimientos sociales puede ser útil a la hora de comprender el activismo climá-

tico. Para ello, se mostrará la relevancia de las emociones al enfrentarse al cambio climático y, sucesivamente, una revisión de la literatura sobre estos conceptos.

Como se puede leer en el último informe del panel intergubernamental de cambio climático, “se espera que los desafíos de salud mental, incluidos la ansiedad y el estrés, aumenten con el calentamiento global en todas las regiones evaluadas, en particular para niños, adolescentes, ancianos y personas con problemas de salud subyacentes” (IPCC, 2022: 15). Esto explica por qué, en los últimos años, se han multiplicado los estudios psicológicos sobre emociones y cambio climático.

Los resultados proporcionados por psicólogos que estudian el impacto del cambio climático en la salud mental nos indican que las emociones que las personas experimentan dependen de su experiencia y percepción del problema (Clayton *et al.*, 2017; Ojala *et al.*, 2021). Los psicólogos identifican diferentes emociones que cambian según si las personas son víctima de un desastre provocado atribuido al cambio climático, experimentan cambios en su territorio debido al cambio climático, o perciben los cambios graduales del mismo (Poma, 2019b: 183). En este sentido, el trabajo de Du Bray *et al.* (2017), muestra que los habitantes de islas duramente afectadas por el cambio climático sienten emociones como la preocupación o la tristeza de manera más intensa que otros contextos menos afectados o desfavorecidos. Esto es un elemento a considerar también en el estudio del activismo climático, ya que muchos de los activistas no han sido afectados por eventos naturales extremos, aunque llegan a sentir emociones como el “dolor climático” (Running, 2007) o la “ecoansiedad” (Albrecht, 2011).

La Asociación Estadounidense de Psicología (APA, por sus siglas en inglés) estableció el término “ecoansiedad” para crear conciencia sobre los efectos de la crisis climática en la salud mental (Clayton *et al.*, 2017). Por su parte, Albrecht presenta la ecoansiedad como uno de los impactos psicoterráticos negativos emergentes del cambio ambiental y la define como un tipo de ansiedad “relacionada con un entorno cambiante e incierto” (2011: 49).

A pesar de sus connotaciones negativas, la ansiedad climática, o ecoansiedad, puede jugar un rol crucial en la lucha contra el cambio climático, ya que afecta la toma de decisiones de un individuo y, en última instancia, puede influir en la acción humana. Como afirma Jasper: “en contraste con el pánico paralizante, cierta ansiedad es útil, tal vez necesaria, para movilizar la protesta. Sin ella, pocos votarían, protestarían o participarían en otras actividades políticas. Un mapa de las angustias de una sociedad es un mapa de su política” (2018: 41).

Otro concepto introducido por Albrecht (2011) es la “ecoparálisis”, que es la incapacidad de responder significativamente a los desafíos climáticos y ecológicos

que enfrentamos, y deriva de las brechas entre el conocimiento, los valores y el comportamiento de las personas. Si consideramos la ecoparálisis como la respuesta dominante a la crisis socioambiental y climática, estudiar el activismo climático nos puede dar pistas de cómo les activistas evitaron caer en ella.

Otra emoción estudiada por psicólogos y sociólogos es el miedo, ya que este ha sido empleado como estrategia comunicativa ante el cambio climático durante mucho tiempo. Este miedo climático (*climate fear*), alimentado por las narrativas catastrofistas de los medios de comunicación de masas, ha sido explotado políticamente, pero se ha demostrado ineficaz a la hora de sensibilizar a la población respecto al cambio climático, convirtiéndose más bien en una emoción incómoda que alimenta la negación del problema (Norgaard, 2011; Smith y Leiserowitz, 2014). Si bien la literatura psicológica sobre salud mental y el cambio climático se ha enriquecido mucho en los últimos años, todavía hay pocos trabajos que analicen la dimensión emocional del activismo climático.

Kleres y Wettergren (2017) publicaron uno de los primeros artículos, si no el primero, sobre activismo climático y emociones desde el enfoque sociológico, y se centran en analizar miedo, esperanza, rabia y culpa en activistas que participaron en las acciones de 2015 en París, destacando algunos patrones como, por ejemplo, que la rabia se expresa más claramente en les activistas del Sur Global, siendo reprimida en los del Norte, o la interacción entre ciertas emociones, como miedo y esperanza. Poma (2018) muestra las emociones que genera el cambio climático en activistas que defienden el medio ambiente, destacando las emociones que alejan a estos sujetos del tema del cambio climático, entre las cuales se encuentran las incómodas —miedo, impotencia y culpa—, junto a los vínculos afectivos hacia las élites que enfrentan el cambio climático, hacia las cuales se siente desconfianza, cuando no desprecio. El trabajo de Poma y Gravante (2021) analiza las emociones que les activistas climáticos sienten hacia el problema durante las acciones climáticas y las que se generaron en la pandemia, mostrando cómo las emociones que se construyen durante la participación en la acción colectiva —también definidas como emociones de la resistencia (Whittier, 2001)— son las únicas agradables y juegan un papel central en manejar las emociones desagradables que se sienten al pensar en el cambio climático o la pandemia. Lorenzini y Rosset (2023) analizan el miedo y la rabia en las acciones climáticas llevadas a cabo en el Norte Global en 2019, concluyendo que las dos emociones motivan la acción climática. Sin embargo, también evidencian un patrón generacional, ya que mientras los jóvenes sienten más miedo que rabia, los adultos están más enfadados a causa de las expectativas que tienen hacia los tomadores de decisiones.

Desde los estudios en comunicación, Molder *et al.* (2022) analizan el contenido de los *posts* de Instagram de Greta Thunberg, mostrando que la esperanza es empleada como una práctica de empoderamiento, mientras Belotti *et al.* (2022) exponen que les activistas de Viernes por el Futuro logran generar compromiso y contagio emocional gracias a una narrativa emocional compartida por medio de las redes socio-digitales, las cuales funcionan gracias a la empatía. En otro artículo, Soler-Martí, Fernández-Planells y Pérez-Altale (2022) ponen en evidencia el uso de la idea de esperanza en las redes sociales de Viernes por el Futuro-Barcelona, la cual se evoca en un contexto de desesperanza. Desde la perspectiva del estudio de los afectos en política, Knops (2021) analiza la indignación que sienten les activistas por el clima en Bélgica, y muestra cómo esta emoción incluye a otras emociones, como rabia, ultraje, esperanza, miedo y compasión, con el objetivo de comprender el conflicto entre dos imaginarios contrapuestos que coexisten en la narrativa de les activistas.

El número de publicaciones recientes sobre emociones y activismo climático muestra un interés interdisciplinario creciente en este aspecto, pero también pone en evidencia por lo menos dos aspectos que nos interesa destacar en este capítulo: 1) que la gran mayoría de los estudios provienen del Norte Global, y 2) que la mayoría de los estudios analizan pocas emociones, principalmente las emociones primarias, perdiéndose así la oportunidad de comprender en profundidad la complejidad de la dimensión emocional del activismo climático. A esto se añade que muchos estudios se concentran en las emociones expresadas públicamente —en redes sociales o discursos públicos— cuando la mayoría de las emociones, tanto las que son generadas por el cambio climático, como las que se construyen al participar en la acción colectiva, difícilmente se expresan públicamente, y muchos menos las desagradables.

A mi parecer, esto sucede al menos por dos razones: la primera es que muy pocos trabajos reflexionan sobre cómo se están estudiando las emociones en el activismo climático —una excepción es el artículo de Kleres y Wettergren (2017)—, y en muchos casos falta un diálogo con el campo de estudio de los movimientos sociales que incorpora las emociones; y la segunda, confirma lo que Jasper (2018) y Feldman-Barrrett (2017) sostienen en su trabajo, es decir, que es más sencillo, en un contexto cultural occidental, comprender y estudiar las emociones desde la visión clásica que las considera como reflejos evolutivos, universales y fisiológicos, en oposición con la racionalidad, que enfrentar la complejidad de la visión constructivista de las emociones. Por último, analizar las emociones expresadas públicamente y/o centrarse solo en unas pocas requiere de menor tiempo de investigación y permite publicar resultados más rápidamente, lo que se considera una ventaja en un contexto laboral académico caracterizado por la precariedad y la competencia. Sin embargo, para com-

prender la dimensión emocional del activismo es necesario abarcar su complejidad, y aceptar que “las combinaciones y secuencias de los procesos de sentir-pensar son difíciles de desenredar, pero no podemos darnos por vencidos. Es nuestra única esperanza para desenredar el misterio de la acción social” (Jasper, 2018: 14).

Lo anterior nos lleva a comprender por qué apostamos por el enfoque sociocultural aplicado al estudio de los movimientos sociales para comprender el activismo climático.

Algunas herramientas analíticas desde el estudio de los movimientos sociales

Después de más de una década de la publicación del artículo “Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research” (Jasper, 2011) —primer trabajo del autor traducido al español—, la línea de investigación sobre emociones y protesta se ha consolidado y difundido en diferentes países (Poma y Gravante, 2017; Massal, 2021; Ruiz-Junco, 2013; Flam, 2015). La teoría de la acción, desarrollada por Jasper (2018), ha permitido incluir la dimensión emocional de la protesta en el análisis de diferentes dinámicas —reclutamiento, movilización, agotamiento, estrategia, rituales, *performances* y radicalización, entre otras— y movimientos sociales —feminista, ecologista/ambientalista, LGBTQI+, de víctimas, etc.—, adaptándose a las exigencias de diferentes tiempos y geografías, ya que es una teoría culturalmente orientada y pone al sujeto en el centro del análisis (Jasper, 1997).

En cuanto a herramientas analíticas a disposición, cómo ya destacamos en el apartado anterior, la tipología de emociones desarrollada por Jasper (2018) permite identificar diversas emociones que podemos estar nombrando con la misma palabra. De las cinco tipologías, es probable que las que requieren mayor procesamiento cognitivo y tienen mayor duración sean las que impacten más en el activismo climático. Entre estas encontramos las emociones morales, que incluyen el ultraje, la indignación o la rabia moral; los compromisos o lealtades afectivas y los estados de ánimo.² Los compromisos o lealtades afectivas —amor, respeto, confianza, admiración y sus opuestos— pueden dirigirse hacia otros seres humanos —aliados o enemigos—, pero también hacia ideas, lugares y otras especies (Jasper, 2018; Poma, 2017, 2019a).

² Las dos categorías de Jasper (2018) que no se mencionan son: las emociones reflejo (o primarias) y los impulsos. Estas categorías se refieren a emociones con una componente cognitiva escasa o nula, que podrían ser relevantes en caso de verse afectados por eventos meteorológicos extremos, pero no de la misma manera para el activismo climático cuyas emociones están más vinculadas con la construcción social del problema, en lugar de la experiencia directa.

Los estados de ánimo, como el entusiasmo, la esperanza o la depresión y la resignación, aunque no duren tanto como las anteriores, pueden influir en los procesos de participación y en cómo perciben los activistas las otras emociones.

Otros conceptos que podrían ser útiles para comprender el activismo climático son las emociones del trauma que, como sugiere la palabra, se sienten al vivir un evento traumático, y las emociones de resistencia, es decir, aquellas que se generan al participar en la protesta (Whittier, 2001; Gravante, 2020a) que, como mostró Jasper (1997), pueden ser compartidas entre los activistas y participantes, destacando su dimensión colectiva. Aunque, como sugieren también Kleres y Wettergren (2017), no hay evidencias de que el cambio climático haya generado lo que Jasper (1998) definió un *shock* moral (véase también Poma, 2017), existen reflexiones alrededor del cambio climático como trauma a nivel individual cuando se vive un evento meteorológico extremo (Clayton *et al.*, 2017), pero también a nivel colectivo o cultural (Brulle y Norgaard, 2019).

Por último, es oportuno presentar el concepto de manejo emocional (Hochschild, 1979, 1983) porque, aunque la autora no ha trabajado directamente los movimientos sociales o el cambio climático, el concepto de manejo emocional que ha desarrollado desde la sociología de las emociones es central para comprender cómo los activistas climáticos sobrellevan las emociones desagradables.

Norgaard (2011) emplea este concepto para mostrar cómo las emociones desagradables pueden llevar a la negación del cambio climático, ya que los seres humanos desarrollamos estrategias para evitar las emociones incómodas. Así, este concepto es central tanto para la comprensión del activismo, como para el más amplio impacto emocional del cambio climático en las personas —no activistas.

Hochschild indica dos tipologías de manejo emocional: la evocación y la supresión, las cuales se pueden conseguir mediante la actuación superficial y en profundidad, con técnicas cognitivas, corporales y expresivas. A estas se suma el concepto de “canalización de las emociones” que emplean autores del campo de estudio de los movimientos sociales, como Taylor y Whittier (1995), Jasper (1998), Reger (2004) y Gould (2009). Es importante evidenciar que, como destaca Whittier (2001), los niveles individuales y colectivos de trabajo emocional no son netamente separables ya que los dos niveles se alimentan mutuamente gracias al papel que juegan las parejas, los amigos y otros activistas en el manejo de las emociones (Lively y Weed, 2014).

Vinculado con el concepto de manejo emocional, Hochschild ha propuesto también el de reglas del sentir, que indica las emociones que son socialmente esperadas en cada contexto sociocultural. Los movimientos sociales pueden desafiar las reglas del sentir dominantes y llegar a proponer nuevas reglas (Gravante, 2020). Aunque toda-

vía no existen estudios publicados que identifiquen las reglas del sentir del movimiento climático, podemos pensar que la preocupación por los efectos de la emergencia ya se haya convertido en una regla del sentir que comparten todos los activistas — y que les diferencia de los actores que no actúan— para enfrentar la crisis.

Para concluir, aplicar el enfoque sociocultural para comprender el activismo climático significa identificar las emociones más relevantes en la experiencia de los activistas, la interacción entre estas emociones y sus posibles efectos en la protesta. Las emociones, como parte de la cultura, pueden además convertirse en indicadores de cambio cultural cuando, desde el activismo y los movimientos sociales, se desafían las reglas del sentir dominantes. Analizar la dimensión emocional desde el enfoque sociocultural permite comprender el activismo y los movimientos sociales tomando en cuenta las dimensiones individual y colectiva, la biografía y la cultura. Recordamos también que el activismo, así como la participación en un movimiento social, representan un momento de ruptura en la vida de una persona, la cual actúa por sentirse amenazada a nivel individual y colectivo o por defender algo que siente amenazado, ya sea una idea, un lugar, un valor, otro ser viviente, etc. Esto hace que las dinámicas emocionales que estudiamos algunas veces se diferencien de las de la vida cotidiana, debido a este contexto excepcional; de igual manera, hay emociones que caracterizan las experiencias de protesta, como las emociones morales, más que en la vida cotidiana. Sin embargo, las emociones construidas en la protesta cambian la vida de las personas más allá de la contienda, siendo así centrales para comprender los impactos biográficos de esta.

Pasamos ahora a analizar las herramientas metodológicas que pueden ser útiles para analizar el activismo climático desde el enfoque sociocultural de las emociones y los movimientos sociales.

¿Cómo estudiar las emociones en el activismo climático?

Las emociones se pueden analizar desde diferentes disciplinas y enfoques, y cada uno prevé el empleo de técnicas de investigación diferentes.

Desde el enfoque sociocultural se trabaja con una perspectiva cualitativa, ya que interesa comprender cómo los sujetos construyen las emociones y sus efectos en la protesta, pudiendo enriquecer los datos con un diseño metodológico mixto.

Siguiendo el legado de Jasper (1997, 2018), se puede empezar con identificar las emociones más relevantes en el activismo climático, y buscar qué efectos tienen en la protesta. En un nivel más avanzado de la investigación, se puede analizar cómo las diferentes emociones que sienten los activistas —las cuales muchas son veces emo-

ciones encontradas— interactúan entre ellas —por ejemplo, cómo la esperanza ayuda a sobrellevar la desesperanza, o cómo el miedo al futuro se pueda canalizar en rabia hacia quien está poniendo en riesgo ese futuro—, y cómo les activistas manejan las emociones incómodas o tratan de contagiar las movilizadoras. También, se puede analizar la cultura emocional del movimiento, o de una organización o agrupación, intentando comprender si se han conformado reglas del sentir del grupo o movimiento, y cómo les activistas se acoplan a estas reglas.

Para lograr todo lo anterior necesitamos datos sobre lo que sienten les activistas, y para eso es necesario determinar qué y cómo preguntarles. A esta altura, es importante tener en cuenta que en muchas culturas o contextos puede ser incómodo compartir lo que se siente, es entonces necesario corroborar si existe esta incomodidad, y buscar estrategias para superarla. Aunque a veces puede ser difícil lograr estos datos —por ejemplo cuando una persona no quiere compartir su sentir, o simplemente no está acostumbrada a eso—, construyendo confianza con les activistas, explicándoles con anterioridad que se les preguntará lo que sienten, conociendo el contexto cultural y las palabras comúnmente empleadas para expresar las emociones y empleando la empatía como capacidad para comprender las emociones que nos están compartiendo los sujetos de la investigación, se puede lograr acceder a la dimensión emocional.

En cuanto al método de la investigación se pueden aplicar diferentes técnicas, conscientes de que cada una puede aportar información diferente. Por ejemplo:

- La *observación participante* puede ser útil en eventos y acciones climáticas presenciales y en línea, para conocer a les activistas, observar la interacción entre ellos y el repertorio de la protesta, escuchar sus opiniones y demandas, triangular y averiguar información, e identificar las emociones que expresan les activistas, así como del clima emocional en las acciones. Desde un enfoque sociocultural constructivista, no nos interesa centrarnos en las expresiones faciales como indicador de emociones (Feldman-Barrett, 2017), pero sí podemos observar todo lo que nos dé información sobre emociones, siempre y cuando luego averiguamos con los sujetos qué emociones sintieron y qué las generó y hacia quién están dirigidas. Es importante también tomar en cuenta que las técnicas cambian según las tipologías de las emociones que queremos analizar. Como muestra Jasper (2018), las emociones reflejo pueden analizarse por medio de videos que muestran expresiones faciales, posturas, tonos de voces, etc. Pero, para las demás categorías de emociones, esta herramienta no aporta más que una grabación de audio.

- El *análisis textual* —de los contenidos de las redes sociodigitales u otros documentos de las organizaciones— puede ser muy útil para analizar las emociones expresadas pública y estratégicamente, pero no permite acceder a los estados internos y a las emociones que les activistas sienten a lo largo de su experiencia. Además, es más probable que sean las emociones agradables o consideradas movilizadoras, como las emociones morales, las que se expresen públicamente, no permitiendo acceder a la totalidad de la dimensión emocional de la experiencia de les activistas y, de hecho, invisibilizando a las experiencias individuales y a las minorías. Esta técnica puede ser útil en una investigación sobre el uso estratégico de las emociones en alguna organización del movimiento climático, o para identificar reglas del sentir del grupo pero, desde una perspectiva sociocultural de las emociones, tendría que ser complementada con otras técnicas que dan voz a los sujetos. Una excepción sería la técnica de los diarios emocionales, donde se pide a les activistas escribir lo que sienten a lo largo de la experiencia de activismo. Para que esta técnica funcione es necesario formar a las personas que llevan los diarios para que haya una continuidad y para que sepan qué reportar. Es una técnica que requiere un alto grado de compromiso y confianza entre investigador/a y sujeto, además de un seguimiento del proceso.
- Las *encuestas* permiten identificar patrones y corroborar hipótesis que surgen de la observación participante, como las emociones que caracterizan a ciertos actores o su dinámica, y ciertos patrones, que pueden ser de género o edad. Entre sus ventajas se resalta que permiten cubrir un número amplio de personas en poco tiempo y acceder a las emociones que se sienten en momentos específicos, como en una marcha. Las encuestas también son útiles para poder observar cambios de patrones en el tiempo —por ejemplo, el aumento de la preocupación o la ansiedad hacia un problema como el cambio climático, cada día más presente en nuestras vidas. En cuanto a sus límites, las encuestas no permiten dialogar con las personas que participan en la investigación y, por lo mismo, no ofrecen la oportunidad de profundizar con las personas acerca de lo que sienten. En nuestra experiencia con activistas climáticos, hemos podido comprobar que esta técnica resulta útil cuando se hacen preguntas cerradas para corroborar qué tanto ciertas emociones son sentidas por un número amplio de personas —indicando también la direccionalidad y el objeto de cada emoción; por ejemplo, rabia hacia los tomadores de decisiones o miedo hacia el futuro—, mientras que, al hacer preguntas abiertas, el riesgo es que las etiquetas con las que se nombran las emociones nos lleven a resultados contradictorios o de difícil interpretación, ya que la persona no tiene el tiempo de profundizar su respuesta y puede usar una etiqueta con diferentes sentidos, o

no sentirse cómoda a expresar ciertas emociones. Por todo lo anterior, desde el enfoque tratado en este capítulo, sugerimos triangular los datos obtenidos mediante encuesta con otras técnicas, para ofrecer resultados que reflejen la experiencia de los sujetos.

- La *entrevista en profundidad* es la técnica más usada para explorar la dimensión emocional en su complejidad, y permite comprender cómo se construyen las emociones y cómo interactúan entre ellas (Poma y Gravante, 2022a). Es muy importante dedicar tiempo al diseño del cuestionario o la guía de preguntas con el fin de obtener los datos necesarios para responder a la pregunta de investigación ya que, en la entrevista, los activistas pueden compartir muchos aspectos de su experiencia. Las entrevistas pueden emplearse para conocer los estados internos y explorar las emociones incómodas, pero también la dimensión estratégica y pública. Al contrario de las otras técnicas, son útiles para conocer toda tipología de emociones. Entre las posibles estrategias en el diseño de las entrevistas se puede optar por provocar una narrativa de los activistas acerca de su experiencia, en la que emergen las emociones, o focalizar las preguntas sobre ellas. Como en los grupos de discusión, se pueden usar estímulos para ayudar a la persona entrevistada a reflexionar sobre ciertos eventos, información o emociones. Por ejemplo, en las entrevistas llevadas a cabo entre otoño de 2022 y la primavera de 2023, para explorar la construcción de las emociones en activistas climáticos en México, además de preguntas abiertas sobre su activismo se proporcionaron los siguientes esquemas para estimular a los entrevistados a reflexionar en las emociones que caracterizan su activismo:

Esquema 1



Esquema 2



Esta estrategia surgió para superar la dificultad de expresar y compartir las diferentes emociones que se pueden vivir a lo largo del activismo. Las emociones incluidas en los esquemas han surgido en la primera fase de la investigación (2019-2021) con activistas climáticos. El o la entrevistador/a puede guiar la entrevista recordando eventos o recuerdos que han sido mencionados con anterioridad, y preguntando cuáles de estas emociones habían acompañado aquel momento, de la misma manera en que puede preguntar sobre emociones específicas que ya surgieron en la entrevista, pero sin profundizar el proceso de su construcción. La aplicación de estos estímulos ha resultado muy útil para abarcar un amplio abanico de emociones que, en caso de respuestas abiertas, hubiera sido más reducido, por no creer necesario compartir todo lo que se ha llegado a sentir, o no recordarlo en el momento de la entrevista. Los esquemas estimulan así a la persona a pensar cuál de las emociones allí escritas han sido más importantes en su experiencia y profundizar en su construcción. Es interesante observar que, gracias a estos estímulos, logramos encontrar la manera en que algunas emociones, como la preocupación para el cambio climático, son similares y comunes entre los activistas climáticos; mientras otras, como la compasión, cambia según la experiencia y los valores del sujeto, estando presente en algunos y en otros no, o dirigida a objetos diferentes —animales

no humanos, otros seres vivientes como árboles, u otros seres humanos, en particular los más vulnerables al cambio climático.

- Por último, los *grupos de discusión* pueden ser útiles para observar cómo cambian las emociones expresadas en un contexto de interacción entre activistas con respecto a las expresadas individualmente, y pueden estimular un diálogo entre sujetos acerca de ciertas emociones. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la interacción entre activistas también puede estar influenciada por emociones y hay que conocer si existen motivos para que los participantes puedan no sentirse cómodos en compartir o dialogar con ciertas personas, o si el estado de ánimo, individual y colectivo, puede ser muy profundo e influir en el proceso —por ejemplo, un grupo de discusión en un momento de desánimo o pesimismo del grupo, a causa del fracaso de una táctica o proyecto, o un clima de miedo a causa de la represión, pueden dirigir la discusión hacia las emociones más desagradables, sin que por eso estas sean las más relevantes, más allá del momento concreto. Suficiente información sobre las personas y los grupos que participan en las sesiones colectivas, así como la sensibilidad del/a investigador/a en llevar a cabo el proceso, pueden evitar posibles dificultades.

Para comprender los resultados que se obtienen con entrevistas y encuestas es necesario conocer el contexto sociocultural en el que estas emociones se han construido. Ya desde los trabajos temprano de Hochschild (1975, 1979), sabemos que las emociones pueden variar por género, edad o clase social, y que además es importante conocer qué las genera o hacia quién se sienten. La comprensión de la dimensión emocional en el contexto donde viven los activistas es central también para poder comparar las emociones con las que sienten los activistas que viven en contextos sociales y culturales diferentes. Por ejemplo, Kleres y Wettergren (2017) afirman que entre los activistas climáticos que entrevistaron en París, en 2015, la rabia era presente sobre todo en los activistas del Sur Global, siendo una emoción sancionada en las democracias liberales del Norte Global. Los datos de las encuestas que aplicamos en México (Poma y Gravante, 2021, 2022b; Gravante y Poma, 2022) apuntan a que la rabia hacia gobiernos y empresas que no actúan para enfrentar el cambio climático no la sienten de la misma manera todos los activistas, sino que es propia de un activismo más radical que se reconoce en valores como el anticapitalismo, y esto lo confirmaría también el uso de la rabia como emoción reivindicada por *Extinction Rebellion*, en Europa, la cual es una organización que ha elegido una postura más radical que otras dentro del movimiento climático.

Conclusiones

Es probable que el activismo climático será más visible al aumentar los efectos de la emergencia climática en todo el planeta. Analizar la dimensión emocional de este activismo permitirá comprender en profundidad las diferentes dinámicas de las protestas y acciones climáticas en el presente y el futuro, ya que las emociones reflejan identidad, valores, creencias y acciones de personas y grupos.

Si, por un lado, la psicología avanza mucho en la comprensión del impacto del cambio climático en la salud mental, desarrollando estrategias para aprender a vivir en un mundo amenazado por los efectos del cambio climático, el estudio de los movimientos sociales y la sociología de las emociones pueden generar conocimiento sobre las emociones que acompañan la resistencia y la generación de alternativas frente al colapso.

Idealmente, la construcción de este conocimiento tendría que ser transdisciplinario, es decir, el resultado de la colaboración entre científicos de diferentes disciplinas y otros actores con conocimientos diferentes, sean activistas o comunidades indígenas. También tendría que ser situado, pero con la aspiración de poder circular fuera de los contextos sociales y geográficos donde se genera. Por ejemplo, la comparación de datos obtenidos en diferentes contextos es central para comprender los procesos “universales” y los que dependen de la cultura. El hecho de que la gran mayoría de las investigaciones sobre emociones, cambio climático y activismo climático estén basadas en el Norte Global y publicadas en inglés, evidencia una laguna que hay que colmar generando datos desde el Sur Global y en otros idiomas.

Entre los resultados de la investigación en México que podrían abrir un debate sobre la dimensión emocional en el activismo climático en Iberoamérica, se quieren destacar los siguientes: *a)* les activistas climáticos sienten más emociones desagradables que agradables, ya que las primeras son generadas por los efectos del cambio climático, la falta de respuesta social al mismo y también los conflictos internos, así como otras experiencias desagradables en el activismo, mientras que las segundas son principalmente vinculadas con los efectos agradables de la acción colectiva como la solidaridad, la hermandad, la consolidación de una identidad colectiva, el placer de la protesta y el empoderamiento; *b)* entre todas las emociones que caracterizan al activismo climático, las tipologías de emociones morales y compromisos afectivos son las que más impactos tienen a la hora de movilizar o desmovilizar —esto no impide analizar otras categorías, como los estados de ánimo o las emociones primarias y los impulsos, en el caso de estudios donde se demuestre que están influyendo en el activismo—; *c)* entre las emociones morales, la preocupación por el cambio climático es

muy común entre los activistas y es movilizadora; *d*) los activistas climáticos sienten ecoansiedad, más por la falta de respuesta al problema que por los efectos del mismo, pero esta no les paraliza, porque la logran manejar gracias a su compromiso y a los beneficios emocionales del activismo; *e*) entre las emociones morales, las que movilizan son tanto las agradables como las desagradables, como el miedo o la preocupación; *f*) los estados de ánimo, aunque menos estudiados, también son importantes para comprender las diferentes etapas del movimiento climático y habría que averiguar si estos influyen en la creación de un clima emocional del movimiento; *g*) los compromisos afectivos entre activistas, las emociones que Jasper (1997) define como recíprocas, juegan un papel central en la superación de la soledad y eventuales estigmas que pueden haber llegado a experimentar los activistas; y *h*) las emociones agradables permiten a los activistas manejar las desagradables y evitar el agotamiento, sin embargo, aún queda por conocer mejor las estrategias de manejo emocional que han desarrollado los activistas tanto a nivel espontáneo e individual, como estratégico y colectivo.

Esperamos que estos resultados logren inspirar futuras investigaciones que exploren estos y demás aspectos de la dimensión emocional del activismo climático, aplicando el enfoque sociocultural en diferentes contextos sociales, culturales y geográficos, para contribuir al debate sobre el papel de las emociones en la protesta y conocer más a profundidad el activismo climático a partir de la idea de que “las herramientas del análisis cultural, con la ayuda de la conciencia psicológica, son los mejores medios para abordar las emociones que más importan en la política y el conflicto social” (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001: 13).

EMOCIONES, IDENTIDAD Y DILEMAS ESTRATÉGICOS EN EL ACTIVISMO SOCIOAMBIENTAL

*Vito Giannini**

Introducción

Como enseña Max Weber, la cooperación y el conflicto son dinámicas complementarias y ambas son necesarias para la vida social, que es ambivalente y contradictoria (Crespi, 2002). Estas formas de interacción social pueden surgir de los medios y fines de la acción individual y colectiva, pero más que categorías absolutas y opuestas son el resultado de elecciones estratégicas. En un movimiento social o en una protesta, por ejemplo, los actores pueden cooperar o entrar en conflicto varias veces en la misma experiencia, y esto se debe a los objetivos complejos y a veces contradictorios de las luchas, que dependen de los recursos, del contexto sociohistórico y de la situación en la que se actúa (Jasper, 1997, 2006a).

Los conflictos por el uso de los recursos naturales son cruciales en un momento histórico caracterizado por la crisis ecológica y climática. Las protestas LULU (del inglés, *locally unwanted land uses*: usos no deseados de la tierra) surgen de una percepción diferente de los costes y beneficios relacionados con el uso de la tierra, pero se alimentan de las emociones que circulan en los grupos de protesta, que se activan para defender los intereses y la identidad de las comunidades y los lugares amenazados (Poma, 2017). Dado que las protestas LULU y las “campañas contra las obras a gran escala —no exclusivamente— conducen a una redefinición de la identidad” de una comunidad local (Della Porta y Piazza, 2008: 89), este capítulo investiga la relación entre las emociones y la identidad colectiva en algunos de los dilemas estratégicos a los que se enfrentan los activistas en un conflicto LULU. Por ejemplo, ¿cómo deciden

* Doctor en sociología por la Universidad de Bolonia (Italia), correo <vitogiannini@gmail.com>.

los activistas el grado de cercanía o apertura del grupo de protesta al mundo exterior, con quién aliarse y qué tácticas utilizar?, y ¿cuáles son los procesos emocionales y cognitivos que intervienen en este tipo de decisiones? El objetivo es destacar los riesgos y beneficios asociados a ciertas elecciones estratégicas y comprender el papel de las emociones en los procesos de construcción de significados por parte de los actores implicados en las interacciones.

La investigación empírica se centra en una protesta contra la construcción de un gasoducto internacional —el Trans Adriatic Pipeline (TAP)— en una zona costera de la región de Salento, al sur de Italia. El proyecto nació en 2003 por iniciativa de una empresa suiza y en 2013 fue incluido entre los proyectos estratégicos de la Unión Europea. En 2012 se creó una comisión ciudadana para estudiar la documentación e intentar detener las obras por la vía legal. En marzo de 2017, la empresa comenzó las obras sin los permisos necesarios y, en pocos días, cientos de personas se concentraron frente a la obra para establecer un plantón permanente. El grupo activista (No TAP) está compuesto en su mayoría por residentes locales y las actividades incluyen acciones de protesta —bloqueos de carreteras y marchas—, asambleas e iniciativas públicas, pero también eventos culturales y recreativos —talleres, espectáculos, *picnics*. En general, es posible enmarcar la experiencia de protesta como una forma de activismo a largo plazo que actúa en un contexto rural y democrático (Poma y Gravante, 2016).

El análisis se basa en 35 entrevistas —semiestructuradas y en profundidad— con habitantes, participantes y testigos significativos —administradores locales, periodistas, especialistas, etc.— de la protesta contra el gasoducto TAP realizada durante 2019. El proceso de investigación también incluyó un periodo de observación participante de varios meses en los lugares de la protesta y en estrecho contacto con los habitantes implicados. Por último, la consulta de documentos escritos y audiovisuales, también autoproducidos por los activistas, permitió reconstruir mejor las fases y las dinámicas del conflicto.

Marco teórico

Estrategia, identidad y emociones en las protestas socioambientales

El análisis de las estrategias y tácticas es esencial para comprender la dinámica de los movimientos sociales y la acción colectiva (Doherty y Hayes, 2019). Las teorías existentes analizan las estrategias y las tácticas desde diferentes perspectivas. Los modelos estructuralistas explican la elección de las tácticas en función de las oportunidades

que ofrecen las estructuras culturales y políticas en un determinado contexto socio-histórico (McAdam, Tilly y Tarrow, 2001). Los enfoques cuantitativos privilegian el análisis de los eventos de protesta, la comparación y la construcción de categorías (Hutter, 2014), mientras que las perspectivas microculturales enfatizan el papel de la identidad y las interacciones sociales (Jasper, 1997). Dada la dificultad de analizar en profundidad las dinámicas de protesta, existe un sesgo entre los estudios cuantitativos o con una perspectiva meso/macro y los trabajos etnográficos que investigan los dilemas y las decisiones de los activistas.

Una perspectiva analítica que tiene en cuenta la estrategia, la cultura y las emociones es la “interacción estratégica”, de J.M. Jasper, una teoría de la acción útil no solo para el análisis de los movimientos sociales (Jasper, 1997, 2006a; Jasper y Duyvendak, 2015; Jasper, 2018). Según el autor, la estrategia y la cultura son dimensiones clave para entender la protesta, junto con los recursos y la biografía. Las estrategias y las tácticas no solo están “condicionadas por las emociones, las cogniciones y las visiones morales, sino que las elecciones realizadas son repertorios culturales en acción” (Jasper, 1997: 319). La sociedad se construye a partir de la interacción entre “jugadores” —individuos, grupos y organizaciones— dentro de “arenas” —con reglas formales e informales—, que adoptan estrategias de cooperación y conflicto para alcanzar objetivos —personales y colectivos—, basadas sobre recursos físicos y competencias —inteligencia, reputación, habilidades organizativas, etc. Según esta interpretación, el adjetivo “estratégico” se refiere a los esfuerzos necesarios para hacer que los demás hagan lo que queremos, por medio de la persuasión, el pago y la coerción. Centrada en la interacción, esta perspectiva “destaca las compensaciones, los puntos de elección y los dilemas a los que se enfrentan los jugadores al negociar las arenas” (Jasper, 2015: 19), que presentan costes y beneficios —materiales y simbólicos— a cada acción e implican una visión procesual y dinámica de la protesta.

El enfoque estratégico-cultural se ha aplicado al análisis de los movimientos sociales destacando ciertos procesos y dilemas: la emergencia de facciones, la comunicación entre grupos y líderes, la creación de nuevas arenas, la interacción entre los movimientos y otros actores (Jasper y Dujvendak, 2015; Jabola-Carolus *et al.*, 2020; Jamte y Pitti, 2019; Elliott-Negri *et al.*, 2021; Zhelnina, 2022). En cuanto a la relación entre estrategia, cultura y emociones, algunos trabajos se han centrado en los “dilemas de identidad”, analizando los procesos de construcción de la identidad política en diversos contextos activistas —salud mental, minorías étnicas, movimientos ecologistas, etc.— (McGarry y Jasper, 2015). Además, Poma y Gravante (2016) exploraron la relación entre las emociones y la estrategia en los grupos de protesta

LULU, destacando el papel de las emociones compartidas —dolor, miedo, frustración, indignación, etc.— en los procesos de construcción de la identidad colectiva.

La identidad colectiva es un proceso cultural y psicológico fundamental en todas las etapas de la protesta: emergencia, reclutamiento, consolidación, interacción estratégica, declive (Jasper, 1997; Polletta y Jasper, 2001). Es un mecanismo que opera tanto a nivel individual como colectivo, y puede entenderse como un proceso o un producto de la actividad del movimiento (Flesher, 2019). Los individuos suelen acercarse a un grupo de protesta por una identidad preexistente o porque se sienten atraídos por la identidad del movimiento. Las movilizaciones perduran cuando se sustentan en una fuerte identidad colectiva o decaen cuando los lazos internos se debilitan y las identidades se fragmentan. En cuanto a la interacción estratégica, la creación de la identidad colectiva es en sí misma un dilema central de la protesta, ya que presenta riesgos y beneficios potenciales según la interpretación y las expectativas de los actores. Además, la dinámica de la identidad influye en los procesos de toma de decisiones y subyace a otros dilemas estratégicos (McGarry y Jasper, 2015).

El proceso de construcción de la identidad colectiva puede implicar riesgos y beneficios para los activistas, tanto dentro como fuera del movimiento. En el contexto de los grupos, las identidades colectivas alimentan la solidaridad entre los miembros y el orgullo personal, fortaleciendo las redes y las organizaciones. Pero siempre existe el riesgo de que la identidad personal de los activistas no coincida perfectamente con la del grupo. En el exterior, una fuerte identidad colectiva permite expresar las reivindicaciones de los activistas y confiere al grupo un aura de “inevitabilidad”. Frente a estas ventajas, un grupo demasiado cerrado puede tener dificultades para incorporar nuevas identidades y atraer a nuevos individuos. Además, una identidad colectiva ya estigmatizada corre el riesgo de resaltar aún más el estigma a nivel individual —dilema de la identidad estigmatizada. Por último, los líderes pueden utilizar la identidad colectiva de forma instrumental para aumentar su propio poder, al igual que se pueden ver formas de cooptación por parte de la política o el mercado.

Los conflictos sobre la identidad son comunes en los movimientos sociales y pueden ser externos e internos. La respuesta por parte de actores externos puede aumentar la visibilidad del grupo y reforzar la solidaridad interna debido a un sentimiento compartido de amenaza, pero también puede conducir a la fragmentación y el declive del movimiento. “Los riesgos de los conflictos internos son obvios, porque pueden descubrir o crear desacuerdos irreconciliables sobre los objetivos, las tácticas y las identidades, lo que puede llevar a la fisión o a la destrucción del grupo por completo. Los movimientos suelen estar divididos por facciones, a veces impulsadas por la ambición y el ego individuales, lo que puede dar lugar a la duplicación de

esfuerzos y al agotamiento de los escasos recursos” (McGarry y Jasper, 2015: 10). Las divisiones y la falta de claridad en los objetivos de los colectivos pueden confundir y alienar al público, debilitando al movimiento o el grupo de protesta. Pero el conflicto interno también puede aportar beneficios cuando tiene el potencial de activar debates entre activistas, favorecer la adopción de diferentes estrategias y renovar los lazos de solidaridad.

Varios autores han destacado la relevancia del componente emocional de la identidad colectiva (Melucci, 1995; Jasper, 1997; Flesher, 2010), pero la investigación se ha mantenido en gran medida orientada al análisis de los aspectos cognitivos. Sin embargo, para que las personas actúen colectivamente sobre la base de símbolos e ideologías, las emociones son indispensables, ya que proporcionan la energía necesaria y permiten dar sentido a los significados cognitivos y morales. Además, para mantener el compromiso a largo plazo, los individuos deben ser capaces de reelaborar las identidades preexistentes —personales y sociales— e integrarlas en nuevas “identidades de movimiento”, basadas en la pertenencia común a un movimiento o grupo de protesta¹ (Jasper, 1997; Polletta y Jasper, 2001).

La interacción entre identidad y emociones es fundamental para entender por qué la gente participa o no en política (Jasper, 2018; Jasper y Zhelnina, 2022). Las emociones recíprocas entre los miembros del grupo —como la admiración y la estima— son esenciales para la identidad colectiva ya que permiten crear confianza y solidaridad para poder actuar de forma coordinada sin incentivos materiales. Pero igual de importantes son las emociones que uno siente hacia el grupo —como la lealtad y el orgullo—, que refuerzan la identificación. Estas emociones pueden ser compartidas entre los miembros, así como las dirigidas a los oponentes o a los que están fuera del grupo —como la indignación y el desprecio—, que también son necesarias para consolidar la identidad colectiva. En las interacciones, las emociones reflejas, los impulsos y estados de ánimo también contribuyen a consolidar o debilitar los vínculos afectivos y morales hacia los miembros y el grupo. Las emociones recíprocas y compartidas se influyen e intensifican mutuamente, reforzando el sentimiento de pertenencia, que permite mantener el compromiso con la protesta.

¹ Jasper (1997) distingue tres tipos de identidad del movimiento: “identidad organizativa”, “identidad táctica” e “identidad activista”. La primera se refiere al sentimiento de pertenencia a un grupo, más que al movimiento en su totalidad. La segunda se refiere a una táctica específica —legal/ilegal— o a un ala del movimiento —radical/moderada. La tercera implica la identificación con una subcultura más amplia de activismo y puede favorecer la pertenencia a diferentes movimientos. Cada individuo, en función de su personalidad, biografía y cultura, se identifica de manera particular con uno o varios aspectos y dimensiones de la protesta.

Cuando la identidad colectiva se debilita, los individuos tienden a desvincularse o a crear otros grupos con identidad propia que pueden cooperar o competir entre sí, según los medios y los objetivos —personales y colectivos.

Pero las mismas emociones pueden convertirse en medios o fines para los actores políticos. Por ejemplo, los organizadores que promueven la identidad colectiva intentan despertar la lealtad y la confianza entre los participantes, por medio de rituales y momentos de convivencia. Pero lo que para los primeros se considera un medio para la movilización, para los segundos puede ser un fin en sí mismo (Jasper, 2006b). Otro aspecto central de la identidad colectiva es el trabajo con los personajes (*character work*), que permite construir ciertos personajes o roles culturales —héroes, enemigos, víctimas, sirvientes— sobre dos dimensiones —debilidad/fuerza y malo/bueno— para definirse a sí mismo y a otros actores estratégicos y provocar un cierto tipo de emociones —y acciones— en la audiencia (Jasper, Young y Zuern, 2018; Jasper, 2021). Por medio del trabajo del carácter y las emociones, los líderes y activistas intentan, de forma más o menos consciente, construir, transformar y fortalecer la identidad colectiva del grupo, creando a veces nuevos roles e identidades por razones estratégicas o como resultado de conflictos internos (Jasper, 2018).

Entre los dilemas estratégicos que se pueden encontrar en los movimientos sociales y las protestas, los activistas LULU suelen enfrentarse a los siguientes: 1) ¿ampliar o limitar el acceso al grupo de protesta? —dilema de la extensión—; 2) ¿construir alianzas con actores influyentes (partidos políticos, medios de comunicación, celebridades, etc.) o mantener la propia autonomía? —dilema de los aliados poderosos—; 3) ¿adoptar tácticas moderadas y pacíficas o radicales y agresivas? —dilema de malo o bueno. Cada elección puede suponer una ventaja —beneficios/oportunidades— para uno mismo y una desventaja —costes/riesgos— para los adversarios, y viceversa. Las interpretaciones pueden ser múltiples y contradictorias, al igual que el proceso de toma de decisiones para definir las estrategias no siempre es lineal y no implica necesariamente un consenso entre los miembros del grupo de protesta. Pero veamos en qué consisten estos dilemas, cuáles son los riesgos y los beneficios y cómo la identidad colectiva y las emociones influyen en las decisiones de los activistas durante el conflicto.

El primer dilema aparece ya en las etapas iniciales de un movimiento social o grupo de protesta, cuando los activistas se preguntan a quién abrir las puertas de la asamblea, o “¿quién es de los nuestros?”, o “¿quiénes son los enemigos?”. El dilema de la extensión está relacionado con el dilema de la identidad: cuanto más se centre un grupo en su identidad colectiva, más podrá crear fuertes lazos de solidaridad interna y concentrar el entusiasmo en la causa. Cuanto más crezca, más recursos, competen-

cias y contactos tendrá a su disposición. Sin embargo, un grupo demasiado numeroso corre el riesgo de no llegar a un consenso sobre las estrategias, lo que limita su eficacia. Una variante del dilema de la extensión es el dilema de los aliados poderosos. Si el objetivo es ampliar el movimiento, los activistas buscarán aliados que sean fiables y eficaces. Pero cuanto más potentes sean, menos fiables serán. Los partidos políticos u otros grupos de protesta, los medios de comunicación, pero también los líderes u otras celebridades pueden ser aliados muy influyentes y útiles para un movimiento. “Pero siempre existe el riesgo de que —siendo poderosos— utilicen a tu grupo para sus fines en lugar de ayudarte a alcanzar tus propios objetivos” (Jasper, 2006a; McGarry y Jasper, 2015: 7). Por último, el dilema malo o bueno se refiere a la elección de emplear tácticas pacíficas o agresivas, es decir, orientadas a persuadir a un público más amplio mediante la expresión de emociones agradables o a intimidar a los adversarios mediante la rabia y otras emociones beligerantes. Las primeras son moralmente aceptadas por la mayoría del público —pero a veces pueden resultar ineficaces—, mientras que las segundas permiten mostrar la fuerza del movimiento y, en algunos casos, pueden dar lugar a concesiones —pero también a la represión— por parte de la autoridad.

La definición de los límites entre los grupos es uno de los componentes de la identidad del movimiento y está relacionada con estos y otros dilemas de la protesta —el dilema de la banda de hermanos, el dilema de Janus, etc. El trabajo de frontera (*boundary work*) implica una “identificación mutua entre los miembros del grupo que expresan simultáneamente similitudes y diferencias con los grupos de referencia” (Flesher, 2019: 435), y puede darse entre los movimientos y sus oponentes —los ecologistas frente a las multinacionales—, entre grupos y organizaciones —los comunistas frente a los anarquistas—, pero también dentro de los grupos —los radicales frente a los moderados. El papel de las emociones es central en la creación de barreras cognitivas “nosotros/ellos”: el trabajo de frontera y el manejo emocional (*emotion work*) son procesos complementarios y necesarios para la construcción de la identidad del movimiento. El manejo emocional puede ser espontáneo, cuando es el resultado de las interacciones cotidianas entre los participantes, o estratégico, cuando se refiere al intento de estimular o contrarrestar un determinado tipo de emoción (Hochschild, 1979; Goodwin y Pfaff, 2001; Gould, 2009; Gravante y Poma, 2018). En este caso, la iniciativa de los activistas puede estar orientada hacia el exterior, como en el rechazo de los grupos y las etiquetas o la construcción de nuevas identidades, pero también en el caso de las alianzas con otros actores; o hacia el interior, cuando se dirige a los miembros del grupo y tiene como objetivo superar los estereo-

tipos estigmatizantes y reforzar la solidaridad. Las estrategias de “apertura” o “cierre” presentan riesgos y beneficios para los activistas, como veremos en el análisis.

Dilemas estratégicos y emociones en el conflicto contra el gasoducto

El Comité No TAP y la batalla legal

En el caso de los activistas del No TAP,² podemos identificar algunas fases temporales en las que varios dilemas se abordaron de forma diferente en función del contexto externo e interno. Una primera fase del conflicto coincide con la aparición de un grupo informal de ciudadanos tras las primeras noticias sobre el gasoducto (2009-2010) y la creación de un comité tras la presentación oficial del proyecto (2012). La primera información es percibida como una amenaza por una parte de la población y genera una respuesta entre quienes ya son sensibles a los problemas socioambientales o temen impactos negativos en su actividad económica. En 2012 nació el Comité No TAP, formado por ciudadanos y activistas de asociaciones ecologistas, algunos de los cuales ya se habían movilizado en campañas anteriores en la zona. Al igual que en otros conflictos LULU (Della Porta y Piazza, 2008), los activistas y los ciudadanos con competencias específicas participan en la recopilación, elaboración y difusión de la información sobre el proyecto con el fin de definir estrategias adecuadas para contrarrestar la iniciativa de los opositores. La identidad política del grupo tiene una orientación “de izquierdas”, pero en esta primera fase de la protesta se amplía al máximo para no crear barreras de acceso y promover una amplia participación popular —dilema de la extensión.

En esta etapa, los activistas también se enfrentan al dilema de los aliados poderosos. Si el Comité No TAP opta por mantener las distancias con los partidos políticos nacionales y aliarse solo con algunos alcaldes de la zona que siempre se han opuesto al gasoducto, algunos participantes ya vinculados a los partidos deciden formar un nuevo comité y colaborar con los políticos que se habían acercado a la protesta. Además de las alianzas, los dos grupos difieren en sus estilos de comunicación y se enfrentan a lo que puede llamarse un “dilema de comunicación”. Por ejemplo, el Comité No TAP prefiere centrarse en las repercusiones negativas para el turismo y opta

² “No TAP” se refiere a los participantes en la protesta contra el gasoducto —incluidos todos los componentes: Comité No TAP, Movimiento No TAP, asociaciones, colectivos—, mientras que el acrónimo “TAP” indica la obra —“gasoducto TAP”— o el consorcio de multinacionales que la propone —“empresa TAP”.

por una comunicación ligera, irónica y capaz de transmitir emociones agradables —con un cartel en forma de menú que propone “espaguetis con roca perforada”—, para evitar el alarmismo y la exageración del riesgo. En cambio, el nuevo comité decide destacar los peligros para la salud y las emociones asociadas, como miedo, terror y angustia —con el logo de un hombre en llamas estilizado.

En el periodo 2012-2016, la oposición echa raíces en el territorio y se centra en el plano legal. Crece la participación ciudadana, mientras que nuevos actores en los ámbitos local y nacional —colectivos, asociaciones, movimientos LULU, ONG, partidos políticos— colaboran con los No TAP, contribuyendo a la consolidación de la protesta. Los habitantes adquieren así nueva información para comprender las implicaciones del proyecto desde una perspectiva geopolítica y socioambiental. Al mismo tiempo, los participantes desarrollan lazos afectivos de confianza y estima con personas y grupos solidarios o que comparten la misma percepción de injusticia, así como sentimientos de indignación y ultraje hacia sus oponentes. Además, el respaldo de los alcaldes y la competencia de los expertos —que cuestionan la viabilidad del proyecto y apoyan a los activistas en la batalla legal— generan una sensación de seguridad y esperanza, legitimando la lucha a nivel institucional y científico (Della Porta y Piazza, 2008; Poma, 2017).

Durante el mismo periodo, las estrategias de los proponentes también cambian, pasando de un intento de diálogo —aunque tardío— con los habitantes locales a estrategias de *lobby* y búsqueda de consenso (Della Porta *et al.*, 2019). Entre 2013 y 2015, tras el rechazo del primer proyecto por parte del gobierno italiano, la empresa TAP sustituye al gerente nacional —un lobista en lugar de un ingeniero— y comienza a introducirse en el tejido social y económico de Salento, promoviendo conferencias con universidades y empresas, patrocinando eventos y asociaciones, abriendo sedes y contratando personal. Mientras tanto, el gobierno firma un acuerdo con Azerbaiyán sobre el gasoducto TAP y da el visto bueno definitivo al proyecto.

El Movimiento No TAP, el plantón y la lucha en el campo

En la primavera de 2017, la empresa TAP inicia los trabajos de arranque de olivos para dar paso a la primera obra. El *shock* por la presencia de trabajadores y vehículos genera fuertes emociones de indignación y ultraje, lo que lleva a muchos habitantes a expresar su desacuerdo. Nació el Movimiento No TAP: cientos de ciudadanos participaron en acciones de desobediencia civil para bloquear las obras y establecer un plantón permanente. Muchos políticos y administradores locales, impulsados por el entusiasmo generado por la participación masiva, también apoyan la causa de la lu-

cha contra el gasoducto. En el plantón, que se convierte en el cuartel general del No TAP, los activistas se enfrentan de nuevo al dilema de la extensión. Si en los primeros días de la lucha el grado de apertura es máximo —también para explotar la “lógica de los números” y persuadir al público de la fuerza de la oposición—, en el periodo siguiente se produce un reajuste del equilibrio interno, las primeras deserciones y la adopción, más o menos consciente, de estrategias para redefinir los límites del grupo, también mediante la reafirmación o introducción de nuevas reglas de sentir (Hochschild, 1979).

Basándose en las identidades preexistentes, los encuestados expresan diferentes opiniones sobre las identidades del movimiento que se perciben como más o menos hegemónicas en el grupo de protesta. Estas interpretaciones se justifican en las creencias y los sentimientos hacia las categorías —comunistas, anarquistas, “autónomos”, “los de los centros sociales”—³ o los activistas que las representan. En particular, quienes se identifican con una identidad táctica moderada y pacifista rechazan las etiquetas que en la cultura hegemónica asocian a los ciudadanos que protestan con los activistas políticos considerados violentos. En cambio, los que se inspiran en una cultura política radical muestran aversión hacia la política institucional y sus representantes. Muchos también rechazan la etiqueta de ecologistas, sino que se perciben a sí mismos como ciudadanos que luchan por la autodeterminación y contra los intereses de los “mafiosos” y “especuladores”. Otros insisten en la necesidad de establecer límites, por ejemplo, declarándose antifascistas, pero reafirmando la connotación popular e inclusiva del grupo.

En particular, los activistas de orientación radical y anarquista rechazan totalmente la apertura a los “fascistas” —término utilizado en Europa para identificar a los activistas autoritarios de extrema derecha— no solo desde un punto de vista ideológico, sino sobre la base de profundos sentimientos de odio y repulsión hacia ellos y el reconocimiento de una cultura emocional diferente (Taylor y Rupp, 2002) que los distinguiría de los miembros del grupo de protesta —xenofobia, homofobia, machismo, etc. Esta forma de exclusión no siempre es compartida por los parti-

³ El término “autónomos” se refiere a la izquierda obrerista de carácter autoritario que participó en los movimientos sociales de los años setenta en Europa, cuyos herederos dieron origen a un área política organizada en los actuales movimientos sociales europeos. Los “centros sociales” son experiencias de ocupación y autogestión de espacios urbanos abandonados —de propiedad pública o privada— en muchas ciudades europeas, por parte de colectivos políticos de izquierda —compuestos sobre todo por estudiantes y trabajadores precarios— que organizan actividades políticas, sociales, culturales —y también económicas—, experimentando formas más igualitarias de relación y toma de decisiones (Piazza, 2012; Mudu, 2012).

cipantes que destacan una tensión entre la identidad territorial y la identidad político-ideológica. De hecho, algunos sostienen que la identidad local —percibirse como “de Salento”— es un elemento central de las luchas en defensa del territorio que debería unir a los participantes más allá de la afiliación ideológica. En cualquier caso, la construcción y deconstrucción de estas barreras es el resultado de un proceso de confrontación y negociación, incluso conflictivo, entre individuos y grupos animados por diferentes ideas y sensibilidades que, en el contexto de la protesta, tienen un interés común: defender el territorio de la amenaza del gasoducto.

Otro proceso observado es la contaminación entre individuos y grupos con biografías y culturas diferentes que produjo una transformación parcial de las creencias y reglas de sentir que guían las interacciones y una redefinición de la identidad colectiva del grupo de protesta. Por ejemplo, una joven participante relata haber formado un fuerte vínculo emocional con una mujer mayor, con la que compartió su experiencia de activismo y alguna información personal sobre su orientación sexual, lo que destaca la importancia del manejo emocional en el contexto del activismo y el papel de la reflexividad emocional (King, 2005) como medio para rechazar y superar las etiquetas y normas culturales hegemónicas y estigmatizantes. En particular, los activistas han tratado de deconstruir ciertos estereotipos de género, por ejemplo, condenando y restringiendo el uso de expresiones homófobas y sexistas —como “maricón” o “puta”— tanto en el lenguaje cotidiano como para insultar a los opositores. Aunque fue un proceso largo y arduo, este resultado muestra el potencial prefigurativo del manejo emocional (Gravante, 2020b) y se interpreta como un momento de crecimiento colectivo y de cambio cultural, a raíz del cual algunos activistas definen el grupo de protesta como antisexista y antihomóforo.

El plantón fue también el lugar de los primeros conflictos tácticos. Un acontecimiento en particular —la construcción de una barricada— puso de manifiesto la ruptura entre el componente más radical y el más institucional de la protesta —dilema de malo o bueno. Los participantes con una identidad táctica radical consideran espontáneo y legítimo emprender acciones directas para frenar las obras, incluso si se requiere infringir la ley. De hecho, las emociones que surgen del fracaso de las tácticas institucionales —decepción y frustración— impulsan a algunos activistas a actuar, situando la batalla “física” junto a la “legal”. Al mismo tiempo, la elección de emplear formas de desobediencia civil está relacionada con los compromisos afectivos y morales. Sin embargo, los participantes con una identidad moderada no aceptan los “gustos tácticos” (Jasper, 1997) de los más radicales, pues creen que mostrar una imagen agresiva hacia el exterior puede provocar una reacción represiva y alejar a los

potenciales participantes.⁴ Así, observando la compleja interacción entre los procesos emocionales y cognitivos, es posible interpretar “el tradicional dilema estratégico entre las acciones moderadas, que atraen simpatías más amplias, y las más radicales, que tienden a reforzar la solidaridad interna” (Della Porta y Piazza, 2008: 157). Junto a las evaluaciones de eficacia y conveniencia, es el valor afectivo y moral atribuido a las tácticas lo que motiva su elección, especialmente por la carga emocional que genera la acción y la gratificación del reconocimiento y la aprobación del público.

La represión de la protesta, las Madres No TAP y la traición de los políticos

Como resultado de los conflictos internos y los desacuerdos estratégicos, algunos participantes dejan de sentirse representados y deciden retirarse, reducir su compromiso o actuar de forma independiente. Además, la represión —multas, denuncias, restricción de la libertad personal, militarización del territorio— afecta la dinámica de la protesta, generando emociones desagradables —miedo, frustración, ansiedad— que desalientan la participación, pero que al ser compartidas fortalecen la identidad del grupo (Flam, 2005; Poma y Gravante, 2016). Tras las medidas represivas que afectaron a muchos activistas, ante el descenso generalizado de la participación individual, algunos optaron por mantener el plantón activo, mientras que otros —motivados por continuar la lucha, pero preocupados por las consecuencias de la represión— decidieron formar una asociación y adoptar tácticas legales e institucionales.

También la creación de grupos e identidades de movimiento se produce por razones estratégicas, por ejemplo, como respuesta a la represión. En la fase de estabilización y declive de la protesta, los activistas se enfrentaron al dilema de la extensión intentando reabrir las puertas del plantón al mundo exterior. En el caso de las Madres No TAP —un grupo compuesto por mujeres de diferentes edades, orígenes sociales y culturas—, el uso de un marco generacional y de género responde a varios objetivos (Benford y Snow, 2000): representar simbólicamente una de las razones de la protesta —preservar el planeta para las próximas generaciones— y motivar a una población objetivo específica —padres y familias— a participar, pero también ofrecer una narrativa diferente —“somos madres, no revoltosas”. De hecho, la construcción de discursos y prácticas —presentaciones de libros, paseos en la naturaleza, *picnics*, etc.— capaces de alimentar emociones agradables —serenidad, seguridad, esperanza— y

⁴ Incluso los activistas más radicales reconocen que las tácticas ilegales son casi siempre reprimidas y criminalizadas por el Estado y los principales medios de comunicación, mientras que las divisiones internas entre “buenos y malos” se explotan para debilitar a la oposición.

de contrarrestar el miedo y la resignación, permitió alcanzar un objetivo fundamental para la supervivencia de la protesta.

Un intento extremo de elevar la suerte de la resistencia —tras el inicio de las obras y la primera ola de represión— fue apoyarse en las promesas de un partido político que había declarado que podría parar las obras durante la campaña para las elecciones de 2018. Si una parte de los militantes del plantón —en su mayoría de orientación anarquista y autónoma— siempre rechazó esta hipótesis, algunos decidieron apoyar a los candidatos que habían hecho campaña contra el gasoducto —dilema de los aliados poderosos. A pesar del enorme consenso del partido en el territorio de la protesta (en torno al 70%) —gracias a la retórica y a la comunicación emocional de los líderes que lo apostaron todo a la esperanza y la confianza de la población local—, las promesas electorales se incumplieron. La traición de los representantes políticos elegidos, que abandonaron la batalla contra el gasoducto una vez que estaban en el gobierno, ha generado decepción entre muchos habitantes y activistas, alimentando también otras emociones como la resignación y el fatalismo, que han fomentado un fuerte descenso de la participación.

Como señala Jasper (2018), la rabia que se siente en el momento de la traición puede convertirse en una indignación moral que varía en intensidad, pero que puede tener efectos a largo plazo. En particular, los políticos fueron objeto de fuertes sentimientos de resentimiento, desconfianza y desprecio, especialmente por parte de quienes habían confiado en las promesas e invertido tiempo y energía en la campaña. Estas emociones se expresaron en las redes sociales y durante las acciones de protesta —cuando los activistas rompieron las tarjetas de votación o impidieron que un diputado hablara en una marcha—, pero también en privado —por medio de mensajes personales. Por otra parte, algunos políticos respondieron a los ataques bloqueando las cuentas de los activistas y llamándolos despectivamente “gamberros”. Las elecciones posteriores fueron también una oportunidad para que los ciudadanos enviaran una fuerte señal de desconfianza a los políticos, que vieron desvanecerse el consenso que habían conseguido anteriormente.

Las implicaciones de los dilemas

En resumen, el dilema de la extensión surge cuando los activistas tienen que decidir hasta dónde ampliar el perímetro del grupo u organización para lograr sus objetivos. Las estrategias de apertura —como la definición “de base” del movimiento y la construcción de identidades más inclusivas— han aportado, sin duda, beneficios internos: por ejemplo, el aumento de los recursos y los contactos de los que dispo-

nía el grupo en las fases iniciales, pero también la participación de personas que se habían alejado o que nunca se habían acercado a la protesta. En cuanto a las interacciones externas, la eliminación de las barreras de acceso y la creación de identidades más amplias permitieron en parte rechazar la narrativa dominante que presentaba a los opositores como subversivos y dar la imagen tranquilizadora de un movimiento abierto e inclusivo. Ampliar las fronteras también puede entrañar riesgos. Un movimiento demasiado poroso expone la protesta a intentos de instrumentalización por parte de líderes o grupos organizados. Pero también hay que tener en cuenta el riesgo de infiltración por parte de los promotores o de las policías cuando no hay barreras de entrada a los lugares de protesta. En el contexto interno, una expansión excesiva del grupo puede favorecer la ralentización de los procesos decisionales y dar lugar a formas espontáneas y caóticas de asambleísmo, debido a la dificultad de integrar las diferentes posiciones y a la falta de experiencia política de los participantes. Esta dinámica puede crear frustración entre los activistas que, al no encontrar soluciones concretas, experimentan agotamiento o deciden reducir su compromiso.

Las estrategias de cierre —barreras de acceso para determinados grupos políticos y definir el movimiento como “antifascista”, o elegir dedicarse a actividades en el presidio en lugar de actuar a nivel nacional (un ejemplo del dilema de Janus)— también tienen riesgos y beneficios. En el contexto externo, una actitud de cierre hacia los “fascistas” constituye una ventaja en términos de credibilidad frente a los aliados del movimiento con una orientación radical, pero puede representar una barrera para aquellos que anteponen la identidad territorial a las diferencias ideológicas. En el contexto interno, una mayor atención a las dinámicas intragrupal —mediante el manejo emocional espontáneo (momentos de convivialidad y juego) y estratégico (asambleas temáticas, eventos culturales y artísticos)— que a las político-organizativas, aportó beneficios en términos de redefinición de los valores y objetivos del grupo y el fortalecimiento de los lazos de solidaridad entre los miembros. Al mismo tiempo, las facciones y subgrupos, a menudo dirigidos por activistas más carismáticos, han desarrollado identidades colectivas basadas en fuertes sentimientos de lealtad y orgullo que también pueden alimentar formas de cierre y desconfianza mutua —dilema de la banda de hermanos.

El dilema de los aliados poderosos también presenta riesgos y beneficios para los activistas que deciden aliarse con actores estratégicos influyentes, es decir, aquellos que cuentan con recursos, contactos, experiencia y visibilidad mediática. Con respecto al No TAP, estos beneficios se lograron cuando algunos políticos intervinieron en las sedes institucionales y llevaron el tema del gasoducto a nivel nacional, también gracias a los medios de comunicación. Además, los activistas con una identidad moderada

obtuvieron beneficios emocionales en términos de orgullo moral y gratificación por seguir sus gustos tácticos —un beneficio también del dilema malo o bueno— y representar públicamente a los locales en las interacciones con los políticos. Por otro lado, la traición de los partidos muestra el principal riesgo de este dilema: los políticos apoyaron inicialmente a los activistas, pero de forma instrumental para sus propios intereses electorales y no para la consecución de los objetivos de la protesta. Esto produjo sentimientos de rabia, decepción y resignación entre los habitantes, lo que se tradujo en un descenso de la participación. Estas emociones también influyeron en la dinámica interna, reforzando las fronteras identitarias entre los subgrupos y alimentando los conflictos personales entre los líderes carismáticos —también un riesgo del dilema malo o bueno.

Conclusiones

Los conflictos socioambientales se estudian tanto desde la perspectiva sociológica como psicológica, pero una dimensión poco investigada es el papel de las emociones como factores explicativos. Las emociones de diferentes tipos e intensidades pueden motivar una protesta, mantener el compromiso a largo plazo, pero también fomentar una disminución de la participación (Van Ness y Summers-Effler, 2019). Sin embargo, este tema suele ser tabú entre los propios activistas, porque las emociones se siguen asociando a los instintos más irracionales y, por tanto, se consideran incompatibles con una visión “racional” de la protesta (Jasper, 2018).

La dimensión estratégica ha sido menos explorada que en otros procesos de movilización precisamente por la dificultad de observar e interpretar las elecciones y las dinámicas internas de los grupos de protesta. Este análisis intenta llenar este vacío destacando algunos aspectos aún poco tratados en la literatura, como el papel de las emociones en los procesos de la identidad colectiva y de la interacción estratégica. Los dilemas de la protesta pueden presentar riesgos y beneficios para los grupos y los activistas que toman decisiones e interactúan en el contexto interno y externo. Las emociones, individuales y colectivas, son fundamentales en la dinámica de la participación, ya que proporcionan la energía y el sentido de cada acción, influyendo también en las decisiones estratégicas. Al mismo tiempo, el papel de la identidad colectiva es crucial para crear vínculos de solidaridad, pero también como fuente de conflictos.

Aunque este tipo de investigación destaca ciertos procesos culturales en la movilización, todavía no es posible observar y definir los objetivos y las elecciones de todos los actores en la interacción estratégica. Futuras investigaciones en este enfoque

podrían examinar con más detalle las dinámicas de los conflictos socioambientales, centrándose en los dilemas, las identidades, las creencias, los valores y las emociones de los individuos y grupos implicados, para comprender y explicar el papel de estos factores en la adopción de formas de cooperación o conflicto y, en general, en los procesos de construcción y transformación de la realidad social.

REPENSAR EL NEXO ENTRE PROTESTA Y REPRESIÓN: EL MIEDO Y SUS IMPLICACIONES ESTRATÉGICAS

*Julie Massal**

Introducción

Este capítulo apunta a explicar por qué se ha vuelto necesaria una reflexión en torno al miedo¹ en la movilización social y particularmente en el activismo de alto riesgo. Esta emoción, el miedo, ha sido enfocada tradicionalmente como un factor desmovilizador, contrario a la ira o la indignación; enfoque que empieza a ser matizado a raíz de las revueltas árabes que reactivaron la reflexión sobre los cambios de régimen, los regímenes híbridos y los procesos revolucionarios (Bennani-Chraïbi y Fillieule, 2012); pero también ante la persistencia, aun en contextos formalmente democráticos, de un patrón represor de la protesta como ocurre en América Latina (Doran, 2017).

En este sentido, el miedo constituye un factor clave para entender mejor la relación compleja entre represión y protesta: si el miedo es desmovilizador, entonces ¿cómo explicar que exista protesta aun donde prevalece una represión elevada? Dicho de otro modo ¿cuál puede ser el rol del miedo, junto con otras emociones, para que los activistas puedan enfrentar la represión? Esas preguntas pueden nutrir y renovar la reflexión sobre el nexo entre protesta y represión. En efecto, los debates clásicos demuestran que existen tantas pruebas del efecto catalizador como del efecto inhibitorio de la represión sobre la protesta (Combes y Fillieule, 2011). Para salir de este escollo, es preciso reincorporar la dimensión emocional de la protesta.

* Investigadora-coordinadora del Instituto Francés de Estudios Andinos en Colombia (Umifre 17, CNRS-MEAE), 2018-2022, correo <jumassal@hotmail.com>.

¹ Por miedo se entiende aquí específicamente el miedo a la represión y a los actores que la implementan, aunque no se puede descartar otros tipos de miedos, propios de cada contexto o de ciertos actores —miedo al aislamiento o la estigmatización social, por ejemplo— (Gravante y Poma, 2018).

Ante el estancamiento de la perspectiva analítica dominante, que conlleva una rutina teórica y metodológica, se propone una serie de reorientaciones conceptuales en la sociología de la movilización social que propician un mayor diálogo entre sociólogos de la movilización y teóricos de otros campos de estudio, y una renovación de las herramientas analíticas tradicionales (Della Porta y Tarrow, 2005; Fillieule y Puddal, 2010; Combes *et al.*, 2011). Entre esas reorientaciones, se produce el llamado “giro afectivo” desde finales de los años noventa (Jasper, 1997; Aminzade, Goldstone y McAdam, 2001), que da lugar a un renovado interés por la dimensión emocional de la protesta, tradicionalmente minimizada u olvidada, con contadas excepciones (Lefranc y Sommier, 2009).

El giro afectivo propicia repensar la relación entre represión y movilización social más allá de sus dimensiones estratégicas, cognitivas o discursivas, al incorporar las vivencias y emociones en los procesos de movilización (Gamson, 1992; Eyerman, 2005). Lo que a su vez permite ampliar la reflexión más allá del efecto inhibitorio o catalizador de la represión en la protesta. Hay que repensar el trabajo militante a la luz de las emociones de los activistas que enfrentan la represión. De ese modo, el efecto de la represión puede abordarse no solo a partir de las interacciones estratégicas entre activistas y actores represores, sino por medio de los diversos procesos emocionales de los activistas que deben enfrentar el riesgo, lo que permite evaluar por qué y cómo la represión afecta de manera distinta a los activistas y cómo manejan ellos su miedo ante el riesgo.

Proponemos poner de relieve los aportes del enfoque sobre el miedo en la protesta, particularmente a la luz de nuevos debates sobre el activismo de alto riesgo. Este tipo de activismo ha sido tradicionalmente concebido como una acción radical en su cuestionamiento al orden dominante, con una motivación ideológica arraigada; más específicamente, implica encarar un alto nivel de riesgo y optar por métodos de acción violentos o clandestinos. En este sentido, el activismo de alto riesgo se diferencia del activismo ordinario porque se considera como intrínsecamente más contestatario, y porque el nivel de riesgo a enfrentar se contempla desde el principio de la acción, lo cual orienta los modos de acción hacia un alto nivel de confrontación con las autoridades (Crettiez, 2011a, 2011b). Sin embargo, esta definición ha sido matizada en la literatura más enfocada en la protesta no violenta, como la resistencia pacífica o la desobediencia civil (Hallward, Masullo y Mouly, 2017; Massal, 2019). El estudio del activismo de alto riesgo pone el énfasis en los múltiples vínculos entre decisiones estratégicas y retos emocionales, al enfrentar la represión. Se propone mostrar los diversos impactos del miedo y otras emociones que lo acompañan en la estrategia implementada para enfrentar el riesgo.

Después de revisar brevemente los límites del debate clásico que se enfoca en la dimensión estratégica y la renovación analítica a favor de la dimensión emocional, enfocamos entonces los aportes del debate en el activismo de alto riesgo, y los diversos efectos del miedo en distintas etapas de la protesta. De ese modo, se plantean las preguntas y herramientas que surgen al incorporar la dimensión emocional al estudio del activismo.

Marco teórico

Contexto de renovación analítica a favor del enfoque emocional

El nexo entre represión y movilización social es uno de los temas más controvertidos en la sociología de la movilización. Los enfoques clásicos, en particular el interaccionista (Davenport, Johnston y Mueller, 2005), dejan abiertos interrogantes que se reevalúan desde la integración del enfoque emocional en la comprensión de dicha relación. El enfoque interaccionista propone evaluar las condiciones propicias o adversas a la movilización social, así como determinar los efectos macro-sociales, en términos estratégicos, de la represión sobre la protesta, y en menor grado de la protesta sobre la represión (Combes y Fillieule, 2011; Tilly, 2005; Davenport, 2005). En esta perspectiva, se analiza la relación entre protesta y represión desde dos principales interrogantes: ¿cómo la represión incita a los actores sociales a modificar sus tácticas de movilización —o incluso a desistir de la protesta—? por un lado, y ¿cómo la protesta incentiva adaptaciones en las modalidades de la represión? por otro (Tilly, 2008; Davenport, 2005). Se trata *in fine* de determinar en qué condiciones sociales y políticas la represión tiende a inhibir o, al contrario, estimular la protesta.

El balance de la literatura muestra que no hay una respuesta univoca o sistemática a esta pregunta, como lo han evidenciado Combes y Fillieule (2011) a partir de la síntesis de estudios de caso en América Latina, Europa, Asia y África. De acuerdo con estos autores, existen grandes variaciones entre los contextos, o en un mismo contexto, según el actor social considerado. En otros términos, la represión puede ser tanto inhibidora para algunos actores como catalizadora para otros. Son múltiples los factores estructurales y coyunturales que explican por qué y cómo la represión tiene tal efecto en determinado contexto o actor social, lo cual vuelve poco previsible el resultado de la represión, en distintas escalas temporales. Las únicas “reglas” que parecen repetirse en un amplio rango de contextos son: *a)* donde hubo represión en el pasado, hay más probabilidad que esta sea empleada de nuevo —aun cuando haya ocurrido un proceso de democratización del régimen político—; y *b)* los actores

más reprimidos son los que son percibidos como los más radicales en su desafío a las autoridades y el poder central.

En este sentido, se pone el énfasis en los actores más organizados y los actos de protesta masivos, visibles y contestatarios, y en las modalidades represivas estatales o del poder central, sin tomar en cuenta lo suficiente otros actores públicos o privados con efectos represivos. Esto conlleva también una menor atención a actores poco visibles o tácticas menos desafiantes frente a las autoridades. Estos vacíos estimulan una reorientación metodológica en los años 2000, hacia una comprensión más afinada de los modos de represión en contextos más diversos, y de nuevo en la década de 2010 a raíz de las revueltas árabes (Aminzade, Goldstone y McAdam, 2001; McAdam, Tilly y Tarrow, 2001; Davenport, Johnston y Mueller, 2005; Combes *et al.*, 2011; Bennani-Chraïbi y Fillieule, 2012).

No obstante, estos aportes siguen enfocados en la dimensión meramente estratégica de la relación entre activistas y actores represores, y dejan pendiente la reflexión en torno a las vivencias de los actores sociales y su experiencia de movilización ante la represión. Esta preocupación se vuelve más presente en la literatura que reincorpora las emociones en la sociología de la movilización y que reexamina el activismo de alto riesgo, en contextos democráticos, autoritarios o híbridos.² Cada vez es más evidente que la relación entre represión y protesta no constituye un reto solo en los contextos autoritarios, sino también en regímenes formalmente democráticos, cuyo trato a la movilización social puede resultar muy ambivalente (Doran, 2017; Alvarado, 2020).

Enfoque emocional y revisión del nexo represión/protesta

Grosso modo, se puede diferenciar entre dos tipos de aproximaciones en torno al miedo en la sociología de la movilización. El enfoque tradicional no toma el miedo como objeto de estudio central pero sí examina la resistencia a la represión mediante adaptaciones tácticas y se enfoca en evaluar qué tanto los actores logran escapar de la represión o evitarla. Además, se considera que la represión tiene efectos exclusivamente negativos, bien sea al desalentar la movilización o al implicar altos costos

² El régimen híbrido es el que no puede ser calificado como régimen democrático, pero que tampoco obedece a la definición estricta de un régimen autoritario o dictatorial. Es un régimen en proceso de transición, bien sea hacia una mayor democracia o un mayor autoritarismo, donde prevalece un alto nivel de incertidumbre tanto sobre el desenlace del cambio en curso como sobre las reglas del juego vigentes. Para una síntesis del concepto véase Morlino, 2008.

para quien se moviliza. Esta aproximación clásica se empieza a reevaluar, de manera crítica desde el enfoque emocional, en los años 2000.

En la obra seminal *Passionate Politics: Emotions in Social Movements* (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001), se incorporan dos capítulos específicos (Goodwin y Pfaff, 2001; Wood, 2001) sobre el miedo en contextos altamente represivos o riesgosos, trabajos que serán comentados más adelante. En este enfoque, se aborda el miedo como variable central, desde un estudio de la relación del militante que enfrenta la represión con sus compañeros y compañeras de lucha, y no solo frente a las autoridades a las que desafía, como ha sido tradicionalmente el caso. Se pretende evidenciar así la interacción entre la dimensión emocional y la dimensión estratégica de la movilización frente a la represión, desde una comprensión de la práctica militante más afinada.

Debido al interés renovado por las emociones en la movilización social (Jasper, 2011; Sommier, 2010; Lefranc y Sommier, 2009; Calhoun, 2001; Collins, 2001; Jasper, 1997), se abre un amplio espectro de líneas de investigación, enfocando la dimensión emocional de la protesta en sus más diversas aristas (Jasper, 2010, 2007; Polletta y Jasper, 2001; Aminzade y McAdam, 2001). En particular, se observa un interés por determinar el impacto variable de ciertas emociones —ira, miedo, orgullo y alegría, entre otras— en función de los contextos y de los actores sociales que las expresan (Flam y King, 2005).

Existe un consenso creciente para rechazar la idea de que una determinada emoción sea siempre “positiva” —movilizadora— o “negativa” —desmovilizadora.³ De allí, un interés específico por emociones como la ira, la vergüenza o el miedo, que pueden tener efectos contrastados según el contexto más o menos represivo, pero también según el actor social que las expresa y su acogida en la sociedad. Por ejemplo, la ira ha sido tradicionalmente estigmatizada como emoción negativa, más aún cuando es expresada por mujeres (*ibid.*), y su potencial movilizador puede variar mucho, pero también la posibilidad misma de que sea expresada en contextos muy represivos. Entender en qué contextos una emoción específica adquiere tal o cual efecto y por qué, es una de las vertientes analíticas que más se desarrolla.

El enfoque emocional permite entonces profundizar en el rol ambivalente y contrastado de ciertas emociones en la protesta, como lo evidencia un análisis más ma-

³ La noción de emoción positiva/negativa ha sido cuestionada y por eso aquí pongo comillas. El uso de otros términos, como emociones cómodas/agradables o incómodas/desagradables se ha difundido, como lo evidencia el presente libro. En el análisis del activismo, la pregunta central es sobre la forma como se maneja la emoción y no tanto su carácter intrínseco, lo cual se ilustra en el análisis del miedo.

tizado del miedo y sus impactos. A su vez, el miedo se relaciona cada vez más con un tipo específico de protesta, el activismo de alto riesgo, debate que se amplía a continuación.

El activismo de alto riesgo: definición y evolución del concepto en América Latina

El debate sobre el activismo de alto riesgo es pertinente para nutrir y repensar el nexo entre represión y protesta desde el enfoque emocional (Sommier, 2015), porque conecta entre sí varios elementos: se relaciona con el miedo en la protesta por su interés en las adaptaciones estratégicas de la protesta frente a la represión; también se vincula con el trabajo emocional frente al riesgo o con el interés por las trayectorias o el perfil de los militantes arriesgados. Por ende, se contribuye al entendimiento del paso a la acción y del compromiso militante en contextos riesgosos o represivos, desde la reflexión sobre diversas modalidades de activismo y de resistencia a la represión. Se propone aquí reseñar brevemente cómo se ha modificado la definición del activismo de alto riesgo desde la comprensión de los casos latinoamericanos, en un contexto regional caracterizado por una represión persistente o intensificada frente a las protestas (Alvarado, 2020). Ello induce una comprensión más matizada del ejercicio de la represión, incluso en un contexto formalmente democrático, enfatizando sus diversos autores o sus múltiples modalidades y repercusiones.

El concepto de activismo de alto riesgo fue acuñado y teorizado por Doug McAdam (1986) que lo define mediante cuatro características: *a)* las personas involucradas en tal acción ya tienen una experiencia militante previa menos arriesgada pero sostenida; *b)* los individuos involucrados que toman riesgos actúan en virtud de convicciones ideológicas y de valores fuertemente anclados, en aras a implementar objetivos o cambios específicos; *c)* ellos disponen de condiciones personales propicias para la toma de riesgos, por ser jóvenes, sin familia o sin responsabilidades laborales estables; *d)* se han involucrado o han pertenecido a una estructura militante cuya existencia se puede comprobar.

De ese modo, el interés de McAdam radica en identificar las “motivaciones de los individuos que se comprometen en una acción conllevando ciertos riesgos” y en examinar los efectos de esta toma de riesgos sobre su trayectoria militante. Se destaca el grado de compromiso previo como una condición *sine qua non* de la evolución hacia el activismo de alto riesgo. Pese a estos insumos importantes, la noción de “riesgo” fue opacada por la perspectiva clásica de Olson (1965) que planteaba el cálculo “costo-beneficio” como principal obstáculo a la acción colectiva, pues los “elevados costos” frenarían o impedirían cualquier acción colectiva. La noción de “costo” tiende a

veces a confundirse con la de “riesgo”, aunque McAdam sí las distingue, pues señala que “a pesar” de los costos elevados —tiempo y energía, recursos a movilizar—, las “condiciones” propicias al activismo de alto riesgo pueden “incentivar la toma de riesgos” por ciertos individuos comprometidos.

Esta propuesta analítica fue poco aprovechada, hasta el trabajo de Loveman (1998) sobre las protestas en las dictaduras del Cono Sur en los años ochenta. Los aportes de Loveman (*ibid.*) y Lavaud (2005) en contextos dictatoriales, o los estudios enfocados en la protesta en contexto de conflicto civil armado en Colombia (García, 2005; Peñaranda, 2011; Massal, 2019), ayudan a revisitarse el activismo de alto riesgo. El objetivo es evaluar en qué consiste el riesgo en distintos contextos de América Latina —tanto en su historia como en cuanto al régimen político vigente—, puesto que estos difieren respecto al de Estados Unidos donde surge el concepto elaborado por McAdam.

En la mayoría de los estudios, el activismo de alto riesgo se caracteriza como el que se enfrenta a un alto nivel de represión, lo que implica una serie de costos y riesgos elevados que los militantes conocen de antemano y para los cuales se preparan. El énfasis se enfoca particularmente en actores radicales, principalmente partidos de oposición a regímenes autoritarios, o incluso actores armados (Crettiez, 2011a, 2011b; Goodwin, 2012; Larzillière y Grajales, 2021). El activismo de alto riesgo es percibido como radical por naturaleza: el actor social, aunque sea inicialmente pacífico, al ser altamente reprimido, tiende a radicalizarse y a generar una identidad militante muy correlacionada con la toma de riesgo (Steinhoff y Zwerman, 2013; Nikolski, 2013; Ellefsen, 2021; Hager y Krakowsky, 2022). Ello ocurre en contextos donde cualquier alteración o denuncia del *statu quo* sociopolítico implica tomar riesgos para quien se moviliza.

Enfrentar la represión implica siempre un alto nivel de compromiso y la aceptación, o incluso la búsqueda, del riesgo por diversas retribuciones simbólicas (Crettiez 2011a; 2011b; Goodwin, 2012; Steinhoff y Zwerman, 2013; Cuadros, 2013; Toro, 2015; Montoni, 2019). Por ejemplo, Nikolski (2013) propone una reflexión sobre la búsqueda de acciones arriesgadas por placer. Cuadros (2013) o Cano (2014) señalan una relación militante con el riesgo muy ambivalente, pues también contribuye a crear un *ethos* militante “heroico”, donde confrontarse al riesgo y la represión puede resultar placentero y motivante. También se examina si, a pesar de la represión, el miedo propicia al menos una participación en el activismo, en distintos grupos sociales y en distintos contextos, repensando así el rol del miedo en el reclutamiento de activistas (Azab y Santoro, 2017).

Estos estudios de caso evidencian que el alto nivel de riesgo genera fuertes costos emocionales y biográficos a nivel individual: múltiples arrestos, encarcelación de larga duración, vida en clandestinidad o bajo una constante vigilancia y las respectivas rupturas en su vida personal o militante. Pero también tiene consecuencias para el colectivo movilizado o el tejido social en el que se inscriben los protagonistas, como lo evidencian los militantes chilenos exiliados o desmovilizados, pero también las comunidades indígenas y campesinas atrapadas en el conflicto civil armado en Colombia (Cuadros, 2013; Arias, 2017; Robayo, 2017; Mouly y Garrido, 2018). Es decir, que los costos y riesgos de la acción riesgosa se extienden, en el tiempo y en el espacio, después de la acción misma. En ese sentido, el riesgo asumido tiene implicaciones sociales, culturales y emocionales a mediano o largo plazo para el actor movilizado y su comunidad.

El miedo en el activismo: debates, perspectivas y retos analíticos

El miedo en la movilización social se vuelve objeto de análisis desde principios de los años 2000 (Goodwin y Pfaff, 2001; Wood, 2001; Flam, 2005; Eyerman, 2005). Cada vez más, en lugar de considerar el miedo únicamente como un factor de desmovilización, se apunta a repensar sus beneficios para la protesta o el activismo. El miedo se convierte en una emoción clave, aunque no sea la única (Wood, 2001), para entender mejor la relación entre protesta y represión. La inclusión de la dimensión emocional permite renovar el debate clásico, enfocado en el efecto inhibitor o catalizador de la represión sobre la protesta. Además, se trata de entender mejor el modo en que los activistas “manejan” o “trabajan” su emoción, el miedo, para seguir movilizándose a pesar de los riesgos, inspirándose en los aportes de Hochschild (1979).

En efecto, se plantean preguntas inéditas o renovadas desde el ángulo del riesgo alto (Loveman, 1998): ¿en qué contextos y por qué la gente se moviliza “a pesar” de la represión y de sus costos, tanto colectivos como individuales, y cuáles son las ventajas de hacerlo?, ¿puede la represión ser considerada no solo una “oportunidad” (Tilly, 2008, 2005) sino, de manera mucho más explícita, una ventaja estratégica para el militanismo y, de ser así, ¿en qué contextos ocurre ello?, ¿acaso es posible pensar ventajas estratégicas para la protesta que enfrenta la represión más cruda?, y ¿cómo los militantes manejan el miedo y se movilizan a pesar de ello?

Estas perspectivas analíticas más recientes pueden ilustrarse en estudios de caso que evidencian las diferentes formas de enfrentar el riesgo y de tratar el miedo, y otras emociones más agradables pero menos estudiadas, como la alegría, el orgullo y la solidaridad, que surgen ante el riesgo o la represión (Wood, 2001; Flam y King,

2005). Se enfoca la forma en que se maneja el miedo y cómo, a veces, este da paso a emociones consideradas más “movilizadoras”, como la ira, la indignación y el orgullo. Asimismo, se evalúa qué grado —o intensidad— de miedo es más propicio para estimular o inhibir el activismo; por ejemplo, en poblaciones discriminadas por su pertenencia a “minorías” de carácter cultural —etnia, religión— o sexual (Azab y Santoro, 2017). En suma, se logra profundizar en el rol ambivalente del miedo y en las condiciones en que esta emoción, junto con otras, se convierte en movilizadora o desmovilizadora.

Esa renovada problemática permite vislumbrar que la relación represión/protesta puede resultar menos asimétrica de lo que se pensaba: en efecto, la represión no solo se percibe como un costo o un impedimento, sino como algo que, pese a sus impactos negativos, puede ser aprovechado por los militantes. No sería solo una oportunidad contextual, como ha sido planteado en el modelo interaccionista, o incluso como lo sigue pensando el paradigma racionalista (Lefranc y Sommier, 2009), al ofrecer a los movilizadores un blanco claro —las autoridades centrales— a responsabilizar en caso de afectaciones, o al generar una serie de reacciones favorables a los movilizadores entre la población o los simpatizantes del actor considerado.

Así, la represión podría considerarse un factor clave, al estimular una adaptación ineludible —cómo enfrentarla minimizando sus costos e impactos—, pero también porque el miedo que genera se convierte en un elemento constitutivo de la estrategia movilizadora. Sin embargo, todavía existe poco trabajo empírico, y menos aún cuantitativo, sobre el rol movilizador del miedo, ya que la literatura ha enfocado más bien la ira o la indignación —entre las emociones desagradables— como factor de movilización (Azab y Santoro, 2017). Esto implica evaluar mejor cómo influye la dimensión emocional en el día a día del activista y en el trabajo colectivo de estimular o mantener el activismo, en particular cuando se trata de movilización riesgosa.

El miedo y su impacto variable en las etapas de la movilización: propuestas analíticas

El estudio del miedo se plantea a partir de abordar las distintas etapas de la movilización —desarrolladas a continuación—, mostrando sus efectos diferenciados, ya que puede ser tanto una emoción movilizadora como desmovilizadora (Aminzade y McAdam, 2001: 36-46).

- La posibilidad de que surja la acción pese al riesgo y el miedo.

El interés radica en determinar cuáles son las estrategias para enfrentar la represión o para trabajar sobre el miedo y mitigarlo; es decir, en qué condiciones se logra

superar el miedo. Aquí existen dos interrogantes centrales: ¿cómo se logra vencer el miedo y se enfrentan los riesgos, pese a los costos de la movilización?, y ¿cómo se puede incentivar a la acción, desde la perspectiva emocional?

Las respuestas a estos interrogantes son básicamente de dos tipos. Por un lado, se examina cómo la movilización incluye “incentivos” emocionales o “beneficios emocionales secundarios” de la acción (Goodwin y Pfaff, 2001; Wood, 2001). Estos incentivos o beneficios no anulan el miedo que sigue estando muy presente en la mente de los participantes en la acción, como lo señalan Goodwin y Pfaff (2001). El miedo se acompaña de emociones agradables, entre ellas la alegría, el orgullo y el placer de sentirse parte de un grupo, de identificarse con él, de defender un modo de vida, un lugar o un nuevo rol social para las mujeres guerrilleras de El Salvador (Wood, 2001). Pero también se acompaña de otras emociones desagradables o incómodas —la ira, la indignación y la rabia— que, sin embargo, facilitan el paso a la acción.

Esta mezcla de emociones, que permiten a menudo contrarrestar el miedo a los costos que implica la acción contenciosa,⁴ se evidencia por ejemplo en el examen de las motivaciones de mujeres movilizadas en Oaxaca que redefinen su identidad política pero también su rol social y de género, como lo indica el nombre de su colectivo “Mujer Nueva” (Poma y Gravante, 2019); también se hace presente dicha mezcla en el análisis sobre el rol de la canción de protesta en el transcurso de varias marchas en México (Granados, 2019). En contextos más riesgosos, lo demuestran también los estudios sobre los participantes en acciones por la defensa del medio ambiente en América Latina (Poulos y Haddad, 2016; Poma, 2019a). Estas emociones múltiples que acompañan el miedo ayudan entonces a compensar los costos y riesgos para los involucrados en acciones más o menos expuestas a la represión.

Por otro lado, se examinan las condiciones de movilización propicias para que surja la acción colectiva contenciosa, pese a los riesgos, lo que conlleva un análisis pormenorizado y matizado de los contextos represivos, en particular tomando en cuenta la variable del régimen político. Pues la represión no es exclusiva de los regímenes autoritarios más cerrados, sino que persiste en regímenes formalmente democráticos, e incluso se incrementa en periodos de transición política, por ejemplo en los llamados “regímenes híbridos” (Massal, 2018; Morlino, 2008). Algunos estudios de casos (Dabène, Geisser y Massardier, 2008; Doran, 2017) evidencian las características comunes de regímenes autoritarios y democráticos, en su trato a la protesta

⁴ Los costos, individuales y colectivos, son múltiples; incluyendo la estigmatización social o moral para grupos más vulnerables o discriminados, pero también los impactos en la vida personal o familiar.

contenciosa, puesto que sus modalidades de represión convergen hacia prácticas similares que apuntan a la estigmatización y penalización de la protesta. Esto muestra que la relación entre represión, movilización social y democracia debe ser analizada con mayor detalle, y con mayor profundidad histórica, como lo propone Gutiérrez (2014) en el caso colombiano. Si bien la dimensión emocional no ha sido tan desarrollada en esta literatura, el conocimiento acumulado sobre los contextos de movilización represivos constituye un insumo para entender mejor las emociones en juego en la protesta contenciosa (Goodwin, 2012).

- El miedo en el transcurso de la acción contenciosa

Aquí se trata, en primer lugar, de entender cómo los activistas —o militantes—⁵ enfrentan la represión en el día a día de la acción, y evaluar quiénes son los que se movilizan a pesar del riesgo. Este análisis conlleva un interés por los perfiles y las trayectorias de militantes “arriesgados” y por los tipos de activismo arriesgado, como lo ilustran algunos estudios de caso (Cuadros, 2013; Lavaud, 2005). También implica examinar, en segundo lugar, cómo los militantes o participantes de una acción colectiva riesgosa manejan sus emociones, retomando aquí el concepto de “manejo emocional” de Hochschild (1979, 1983). Concepto que, a su vez, ha sido trabajado por varios autores (Goodwin y Pfaff, 2001; Flam y King, 2005; Arias, 2017; Gravante y Poma, 2018; Robayo, 2017, 2019; Gravante, 2020a; Massal, 2021). Estos autores, desde estudios de casos realizados en diversos contextos sociopolíticos, examinan la forma en que, en el transcurso de la acción y más si es riesgosa, los actores movilizadas “trabajan” —sobre todo a nivel individual— en sus emociones, como en el miedo a la represión, para mitigarlo o superarlo, aunque también señalan que más que “superarlo”, lo “sobrellevan”. Según Gravante y Poma: “El manejo emocional es un proceso emocional-cognitivo que integra las actividades políticas y organizacionales del colectivo, ya que sin ese esfuerzo la continuidad de la resistencia sería puesta en peligro” (2018: 614).

La principal tarea del trabajo emocional consiste en darle un significado, un sentido, un alcance y un futuro a la acción desde el ámbito emocional, para luchar contra el desánimo, el desespero o el miedo, emociones que, si no son manejadas, inhiben la acción (Robayo, 2019). Este es el caso, por ejemplo, en Colombia, donde

⁵ Uso el termino activismo o militatismo como sinónimos, aunque existen terminologías más propias de un contexto cultural —el término “militantismo” y “militante” es más común en América Latina.

las condiciones de las poblaciones movilizadas, marcadas por la intimidación, el desplazamiento, la vigilancia o la estigmatización, convierten cualquier intento de reunión o de debate en una acción desafiante al orden social establecido por los actores armados (Arias, 2017); pero también en México, donde la búsqueda de los 43 estudiantes desaparecidos en 2014, por sus familiares, enfrenta el miedo y el silenciamiento (Gravante y Poma, 2019). En ese sentido, el “manejo emocional” permite definir las condiciones de posibilidad de la acción y de su permanencia, dándole un horizonte. También, en una perspectiva más psicológica, implica una reflexión propia de los militantes sobre el sentido de su participación y sus modalidades de acción, en especial las que ponen de relieve el uso del cuerpo y el arte en la protesta (Bonvillani y Roldán, 2017; Massal, Cante y González, 2019).

- Los ciclos de protesta y la desmovilización desde el enfoque emocional

Aquí se plantea la represión como un factor de declive o desincentivo de la protesta porque los costos superan los beneficios al nivel colectivo, o porque los militantes consideran, por razones individuales, que su acción ya no es tan útil o valiosa —lo cual puede ocurrir también por otras razones que no se relacionan exclusivamente con la represión y el miedo. En este caso, la principal reflexión se centra en cuáles emociones —entre ellas el miedo— acompañan el declive o la desmovilización colectiva o individual, y cómo los activistas tratan de evitar esa desafección. También se trata de minimizar los costos colectivos o individuales al promover formas de acción menos arriesgadas. En esta reflexión, el miedo sigue siendo central en la medida que implica un cambio más o menos amplio de estrategia colectiva. También el miedo se acompaña de emociones incómodas más amplias: hastío, desánimo, fatiga militante, desinterés, desconfianza en el actor colectivo o en su propio actuar al nivel individual, y eventuales tensiones hacia los que se desmovilizan, entre otras. Pero existen aún pocos estudios sobre la desmovilización desde el punto de vista emocional (Flam y King, 2005; Massal, 2015).

Esas tres principales orientaciones analíticas en torno al miedo, que siempre se ve acompañado por otras emociones, agradables o desagradables, ayudan a repensar la relación entre represión y protesta, al incorporar la dimensión emocional en la estrategia movilizadora. El miedo puede ser tanto una emoción movilizadora como desmovilizadora según la etapa de la movilización que se considera, en función de los contextos locales o nacionales, socioculturales y políticos, pero también del tipo o de la intensidad de la represión que se enfrenta. Asimismo, cabría tomar mejor en cuenta la vivencia individual y la trayectoria propia del o la activista, que pueden influir en su manejo propio del miedo, lo que afecta su propensión a movilizarse o no.

Conclusiones

El capítulo profundiza en el rol del miedo en la protesta, pues se necesita repensar la dimensión emocional del activismo para salir del escollo en el que se estancó el debate clásico sobre el nexo entre represión y protesta. La perspectiva interaccionista se esforzó por demostrar la relación estratégica entre ambas dinámicas, sin lograr dirimir la controversia sobre el efecto inhibitor o catalizador de la represión sobre la movilización social. Al examinar el miedo y su papel en la protesta, se reincorporan en el análisis las dimensiones emocional y sociocultural, las cuales permiten evaluar de manera más matizada la relación entre represión y protesta. Entender que la protesta persiste pese a la represión implica superar un análisis meramente racional del activismo, y reexaminar el entrelazamiento de las dimensiones emocionales y estratégicas de la movilización social.

De este modo, el análisis tradicionalmente enfocado en variables estructurales —como las oportunidades políticas y los contextos propicios o no a la protesta, o las estrategias de mutua adaptación entre los actores movilizados y represivos—, se reorienta en aras a reincorporar las emociones en la comprensión del activismo y la protesta. En particular, se revisita el activismo de alto riesgo, el cual había sido concebido más que todo en una perspectiva estratégica y biográfica por McAdam (1986); a la luz de contextos latinoamericanos bastante represivos, se profundiza mejor en los efectos contrastados de la represión en diversos modos y grados de acción militante, a veces no tan radical o contenciosa.

El análisis de las vivencias, prácticas y trayectorias militantes enriquece la reflexión sobre la manera de enfrentar los riesgos relacionados con la represión. De este modo, se examinan diversas estrategias emocionales empleadas por los activistas, en distintas fases de la protesta, con el objetivo de propiciar o mantener el paso a la acción o el compromiso militante. Se han enfocado principalmente los incentivos o beneficios emocionales; la mezcla de emociones cómodas o incómodas que acompañan al miedo, así como el trabajo emocional propio de los activistas para manejar o superar el miedo. Así, en lugar de considerar siempre al miedo como factor de desmovilización, se le evalúa como una emoción con efectos disímiles según las etapas de la movilización y los contextos de acción, pero también en función de la experiencia propia del sujeto activista. En este sentido, se necesita mayor trabajo empírico, cualitativo y cuantitativo, para comprender los efectos ambivalentes del miedo sobre el activismo. Trabajos empíricos recientes han mostrado que el miedo puede jugar como factor movilizador, aun en contexto de alto riesgo y de represión severa, pero entenderlo a cabalidad requiere mayor profundización y sistematización en el análisis del activismo a nivel individual y colectivo.

Pese a la renovación fructífera que permite el reincorporar la dimensión emocional en el estudio del activismo, aún falta profundizar en la relación entre represión, emoción y protesta, para enfatizar mejor sus impactos en un régimen democrático (Davenport, 2005), dado que incluso los regímenes formalmente democráticos criminalizan la protesta, particularmente en América Latina. También Azab y Santoro (2017) señalan la importancia de evaluar y cuantificar mejor los efectos ambivalentes y contrastados del miedo sobre el activismo, no solo en diversos grupos sociales reprimidos en tanto “minorías”, sino también en regímenes políticos diversos.

Ampliar este debate aportaría nuevas herramientas para comprender mejor la articulación entre el miedo y otras emociones —ira, rabia, indignación— y su impacto en la pérdida de legitimidad de un régimen o un gobernante, problemática reactivada en las “revueltas árabes” a inicios de la década de 2010 y que puede contribuir a una mejor comprensión de los fenómenos revolucionarios o los regímenes híbridos. Generar miedo aplacando la diversidad de expresiones de descontento y de oposición política, puede resultar una estrategia eficiente a corto o mediano plazo para regímenes autoritarios o en proceso de democratización. Pero sus impactos políticos y emocionales deben también examinarse a más largo plazo, así como sus costos en un régimen democrático. Esta senda de investigación sobre los vínculos emocionales entre micro y macro política, abierta por Flam y King (2005), debería ser mucho más desarrollada en el futuro.

LA OBLIGACIÓN MORAL EN EL ACTIVISMO EN CONTRA DE LA VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES

*Alejandro Zamudio Sosa**

Introducción

En psicología social se han tomado en cuenta múltiples variables para explicar la participación en acciones colectivas contenciosas: la identidad colectiva (Polleta y Jasper, 2001), la identidad colectiva politizada (Stürmer y Simon, 2004; Van Zomerren *et al.*, 2008), la identidad movilizada (Sabucedo, Durán y Alzate, 2010), la eficacia colectiva (Van Zomerren *et al.*, 2004), la eficacia participativa (Eisele y Stake, 2008; Van Zomerren *et al.*, 2013), las normas sociales o la norma subjetiva (Bamberg Rees y Seebauer, 2015), la percepción de injusticia (Clay-Warner, 2001) y las emociones basadas en el grupo (Bamberg, Rees y Seebauer, 2015), han sido tan solo algunas de las variables consideradas. A pesar de esto, pocos autores han tomado en cuenta la dimensión moral y sus procesos emocionales. En este sentido, Vilas y Sabucedo (2012) proponen el constructo de obligación moral y resaltan su importancia para explicar esta participación. A pesar de que existen estudios que han evaluado el posible papel de la obligación moral en el activismo (Sabucedo *et al.*, 2018, 2019), no se ha evaluado el posible papel diferenciador de los procesos cognitivos y emocionales de la obligación moral en el activismo a pesar de que existe evidencia para pensar que estos pueden tener un papel inhibitorio o motivador en el activismo y la protesta (Jasper, 2018).

* Doctor en psicología social por la Facultad de Psicología, de la UNAM, correo <zamudiososaalejandro@gmail.com>; Open Researcher and Contributor Identifier (ORCID) <<https://orcid.org/0000-0002-3902-5585>>.

De esta forma, el presente capítulo tiene como objetivo evaluar el papel predictor del componente cognitivo y afectivo de la obligación moral sobre la participación en el activismo en contra de la violencia hacia las mujeres. En primer lugar, se presentará el caso de estudio y el método que se usó para alcanzar el objetivo planteado, posteriormente se abordará el marco analítico de la obligación moral desde la psicología social y su relación con las emociones morales planteadas desde la sociología, para continuar con el análisis de la dimensión emocional y su papel en el activismo en contra de la violencia hacia las mujeres. Por último, se concluye resaltando la importancia de las emociones en la obligación moral y posibles consideraciones para futuras investigaciones.

El sujeto de estudio

En las últimas décadas, el tema de la violencia hacia las mujeres en México y América Latina ha sido uno de los temas más difundidos y debatidos en la academia, en los medios de comunicación y en la sociedad civil, y no es para menos pues las cifras de violencia y feminicidios han ido en aumento en los últimos años (Infobae, 2022). Ante esto, las acciones colectivas de mujeres y el activismo feminista han sido importantes en los procesos de denuncia, visualización, conceptualización y tipificación de la violencia hacia las mujeres (Hincapié, 2017; Munévar, 2012). De acuerdo con Holguín (2021), las protestas de mujeres han aumentado desde 2015, llegando a un total de 261 eventos de protesta tan solo en 2020, de las cuales una gran mayoría fueron en contra de la violencia hacia las mujeres y en favor del aborto. Además, cada vez es más frecuente que las activistas organicen y ejecuten acciones con el uso de internet y redes sociales (Rovira-Sancho, 2018). Al mismo tiempo, Cerva (2020) considera que es cada vez más importante analizar e incluir en el estudio del activismo de mujeres aquellas acciones colectivas realizadas en los contextos académicos y universitarios, pues son parte importante de los repertorios de acción colectiva de los movimientos de mujeres en contra de la violencia que sufren.

En este contexto, el estudio de los factores explicativos de la participación de mujeres en acciones colectivas en contra de la violencia que sufren representa un tema de suma relevancia. Así, el presente capítulo presenta los resultados de una investigación sobre el papel predictor que juega la obligación moral en cuatro diferentes tipos de participación activista en contra de la violencia hacia las mujeres, a saber; *a*) activismo en contextos académicos, *b*) activismo no convencional —marchas, protestas, toma de edificios, etc.—, *c*) activismo en línea o ciberactivismo, y *d*) activismo en organizaciones y colectivos de mujeres.

Método

La investigación se basa en un método cuantitativo de tipo transversal. Mediante juego de 10 expertos, con al menos tres años de experiencia en investigación sobre la obligación moral y la acción colectiva, fueron construidas las matrices de especificaciones y las preguntas —reactivos, a partir de ahora— para medir los constructos de la presente investigación. Posteriormente, el total de reactivos fueron aplicados en una muestra no probabilística de 875 mujeres de edades comprendidas entre 18 y 60 años, y residentes de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCDMX). El muestreo fue realizado mediante publicidad pagada en Facebook (Kosinski *et al.*, 2015). Con los datos obtenidos, fueron realizados análisis estadísticos para evaluar la confiabilidad y validez de los reactivos aplicados —entre ellos se incluyeron análisis factoriales exploratorios clásicos y bayesianos, análisis factorial confirmatorios de primer y segundo orden, análisis de clúster jerárquico, análisis desde la teoría de respuesta al ítem y obtención de indicadores de confiabilidad. Una vez que se eliminaron aquellos reactivos que no obtuvieron adecuados indicadores de validez y confiabilidad, se conformaron las puntuaciones finales de ambos instrumentos. La obligación moral fue medida en tres dimensiones, a saber; *a*) obligación moral cognitiva (por ejemplo: “Creo que tengo la obligación conmigo misma de hacer algo en contra de la violencia que sufren las mujeres en México”) con tres reactivos; *b*) obligación moral afectiva positiva¹ (por ejemplo: “Me siento bien conmigo misma cuando participo en manifestaciones en contra de la violencia hacia las mujeres”) con tres reactivos, y *c*) obligación moral afectiva negativa (por ejemplo: “Me siento culpable cuando no participo en manifestaciones en contra de la violencia hacia las mujeres”) con tres reactivos. Por su parte, el activismo estuvo evaluado en cuatro factores a saber; *a*) participación en contextos académicos —pláticas, asambleas y conferencias—, *b*) participación no convencional —marchas, pintas en edificios o bardas y toma de edificios—, *c*) participación en acciones colectivas *online*, y *d*) participación en colectivos u organizaciones de mujeres. Para evaluar el posible papel predictor de las dimensiones de la obligación moral en la participación en acciones colectivas se realizaron análisis de regresión múltiple con un modelo para cada tipo de participación, evaluando los supuestos estadísticos para su realización. El análisis

¹ En psicología social, entendemos por emociones positivas aquellas que producen sensaciones reconocidas como agradables o placenteras por las personas; por otro lado, las emociones negativas son aquellas que son reconocidas por producir sensaciones desagradables o displacenteras. Coinciden en parte con la categoría de emociones agradables y desagradables utilizadas en otros capítulos de este libro.

sis de regresión múltiple permite saber si dos o más variables pueden predecir una variable dependiente, es decir, en este caso, el análisis de regresión permitió conocer de forma diferenciada si las dimensiones de la obligación pueden predecir significativamente los diferentes tipos de participación activista.

Marco teórico

Obligación moral y acción colectiva desde la psicología social

Aunque la obligación moral es un constructo relativamente nuevo en el estudio del activismo, tiene bases teóricas desde el imperativo categórico de Kant (Johnson y Cureton, 2004), pasando por Bandura (1986) quien destaca que las personas pueden comportarse de acuerdo con su moral independientemente de los costos. Para Bernal, Gozávez y Burguet (2019), la dimensión moral de las personas constituye el núcleo de la relación entre la vida privada y la pública. Otros autores (Bandura y National Institute of Mental Health, 1986; Kelly, 1993; Stürmer y Simon, 2009) ya contemplaban la posible influencia de la moral en la acción colectiva y el activismo, aunque con sus diferencias en el origen y la dirección de dicha influencia moral.

En la actualidad, Vilas y Sabucedo (2012) entienden a la obligación moral como una decisión en participar colectivamente basado en la creencia de qué es lo que se debe hacer. Por su parte, Sabucedo *et al.* (2018) la entienden como una motivación personal para comportarse de acuerdo a una serie de expectativas morales de la propia conducta, dicho constructo, según los autores, está compuesto por cinco dimensiones, a saber: *a)* sentido de obligación, *b)* sentido de autonomía, *c)* satisfacción personal, *d)* incomodidad por no actuar de acuerdo con la moral (Stets y Carter, 2012), y *e)* sacrificios personales de la acción colectiva (Johnson y Cureton, 2017). De esta forma, y comparándolos con otros constructos como el de norma moral —entendida como la influencia que algunas personas ejercen sobre otra para que esta última se comporte de determinada manera—, Sabucedo *et al.* (2018), mediante una regresión lineal múltiple, encontraron que la obligación moral resultaba significativa para predecir tanto la intención de participar como la participación de forma directa.

De forma similar, Benford (1993) ha reportado que aun cuando las personas percibían poca eficacia colectiva —es decir, que las acciones del movimiento no necesariamente pudieran lograr los objetivos planteados—, participaban en las acciones del movimiento motivados por una gran sensación de obligación moral. Incluso, este autor encontró que las personas que actuaban en el movimiento antinuclear, y que se sentían moralmente obligadas a hacer algo, buscaban convencer a otras personas

de que ellas también estaban moralmente obligadas a participar en las acciones del movimiento. En este sentido, Lindenberg (2001) considera que el cumplimiento de comportamientos moralmente esperados puede provocar sentimientos positivos —como orgullo, satisfacción, etc.— al pensar que se está contribuyendo a una determinada causa que se considera justa.

De forma similar, en el contexto de acciones colectivas ante el cambio climático, Hourdequin (2010) ha propuesto el concepto de integridad moral —entendida como la congruencia entre las propias acciones y sus posiciones políticas e ideológicas— para explicar por qué las personas deciden emprender acciones, aun cuando puedan creer que estas pueden no ser efectivas para solucionar un problema en particular. Por su parte, para Stürmer y Simon (2004), existe un alto grado de obligación interna de participar en acciones activistas principalmente en personas con alta identidad politizada —es decir, aquella identidad donde se es consciente de que se encuentra en una lucha de poder o cambio social. También se ha encontrado que la obligación moral puede ser importante para la participación convencional (Zamudio y Montero, 2022).

Por otra parte, Stern *et al.* (1999), en su teoría de base de apoyo a un movimiento social, consideran que las personas suelen experimentar una obligación a participar en determinado movimiento social con cuyos valores coinciden. Para estos autores, la base para el apoyo general de un movimiento social se encuentra en la obligación personal que está relacionada con las expectativas de uno mismo, a esta disposición los autores le llaman norma personal. Ellos mismos proponen esta norma personal, que difiere de otros constructos como el de norma moral —también llamada norma social—, pues este último hace referencia a la presión externa —principalmente de círculos cercanos, como amigos o familia— que experimentan determinadas personas para comportarse de determinada forma.

Stern *et al.* (*ibid.*) consideran que, en parte, el éxito de un movimiento depende de que los activistas del movimiento y las organizaciones generen apoyo activando las normas personales para crear sentimientos de obligación. También para estos autores, el apoyo público no activista de base es importante para los movimientos, aquí el compartir y difundir valores del movimiento y promover una obligación moral en el público puede ayudar a los objetivos del movimiento, a este fenómeno Klандermans y Oegema (1987) lo denominan el “potencial de movilización” de un movimiento. Aunque la norma personal de Stern *et al.* (1999) es parecida a la obligación moral, la primera no contempla explícitamente sus procesos emocionales.

Van der Werff, Steg y Keizer (2013) incluyeron el componente emocional de la obligación moral para explicar acciones proambientales. En su estudio, incluyeron

la culpa sentida al no cumplir con expectativas morales y la sensación de bienestar al sí cumplirlas. De acuerdo con los resultados de estos autores, los sentimientos asociados a la obligación moral mediaron la relación entre la identidad colectiva y las acciones proambientales.

En lo que se refiere al activismo contra la violencia hacia las mujeres, existen estudios que toman en cuenta la dimensión emocional, como la realizada por Hincapié (2017), quien analiza emociones como: dolor, impotencia, indignación y solidaridad; o la aproximación por parte de Zumeta *et al.* (2020) que analizan constructos como el de sincronía emocional, bienestar personal y colectivo en el activismo en torno al 8 de marzo (8M). Sin embargo, en este contexto, solo se encontró una investigación donde se tomó en cuenta la obligación moral. Así, Zamudio, Montero-López y García (2020) encontraron que la identidad politizada y la eficacia colectiva afectiva predijeron la participación en acciones colectivas mediadas por la obligación moral. De esta forma, hay evidencia para pensar el posible papel predictor de la obligación moral sobre el activismo en contra de la violencia hacia las mujeres en México.

En sociología, el estudio de las emociones en el activismo y la protesta ha ido en aumento desde hace décadas (Jasper, 2012). Dentro de estos estudios, Jasper (2018) ha sido un referente, pues ha propuesto tres importantes categorías para su estudio, a saber: *a*) las emociones relacionadas con uno mismo, que implica la reputación, sentidos de orgullo o vergüenza, *b*) las emociones relacionadas con la compasión o lástima por los demás, y *c*) las emociones relacionadas con la justicia, como la indignación. Es en la primera categoría donde Jasper ubica las emociones de orgullo, vergüenza y culpa, relacionadas con el presente estudio. De acuerdo con este autor, cuando realizamos acciones acordes a nuestros principios morales podemos experimentar orgullo, cuando faltamos a estos principios podemos experimentar vergüenza, siendo estas dos emociones dirigidas hacia la persona. Por su parte, la culpa también es una emoción moral, pero no está dirigida hacia la persona, sino a determinados actos que se realizan y que no son acordes a los principios morales de la persona. Es decir, la culpa se direcciona hacia un comportamiento en particular —o falta de comportamiento—, y el orgullo y la vergüenza hacia la persona.

De esta forma, para Jasper (*ibid.*), las emociones morales relacionadas con uno mismo, especialmente el orgullo, pueden motivar a la acción y el activismo aun cuando dicha acción puede representar grandes costos o riesgos. Por su parte, el papel de la vergüenza depende fuertemente del movimiento que se estudie, mientras unos movimientos buscan eliminarla del repertorio de emociones dentro del grupo, otros buscan promoverlo a aquellos quienes violan las normas compartidas. De hecho, Jasper (*ibid.*) nombra la “batería vergüenza-orgullo” a ese proceso donde los movi-

mientos buscan transformar —y contrastar— la vergüenza por el orgullo como un motivador, movimientos como los LGBT y feministas son buenos ejemplos del uso de esta batería. Jasper (*ibid.*) considera que la culpa es una emoción moral que se enfoca principalmente a actores responsables directa o indirectamente de actos de injusticias. Así, la culpa puede sentar las bases para crear marcos de injusticia con actores o agentes responsables claramente reconocidos.

La similitud entre la propuesta de emociones morales de Jasper (*ibid.*) y la obligación moral planteada desde la psicología social son muchas. Sin embargo, la principal diferencia es que mientras Jasper engloba varias emociones dentro de su primera categoría de emociones morales, desde la psicología social la obligación moral suele estudiarse como un constructo con estrecha relación con la identidad colectiva y la identidad colectiva politizada. En el presente estudio, se tomó en cuenta el orgullo y la culpa como parte de la obligación moral pero no fue tomada en cuenta la vergüenza dado que, como lo expone el propio Jasper (*ibid.*), algunos movimientos, como el movimiento feminista, buscan explícitamente transformar la vergüenza en orgullo o indignación. Por lo anterior, se considera poco probable que en el activismo en contra de la violencia hacia las mujeres se encuentre la vergüenza como posible motivador, pero no así la culpa, pues esta va dirigida a un acto en particular —como no participar o apoyar en alguna acción colectiva o protesta— por lo que se consideró más adecuado considerarla en este contexto.

Es importante destacar que, dentro del estudio de las emociones en los movimientos sociales, Jasper (*ibid.*) desarrolló diferentes categorías para analizar las emociones, como las pulsiones, emociones reflejas, compromisos y lealtades afectivas, estados de ánimo, etc. La aproximación del presente estudio va acorde con la noción de emociones morales que hace referencia a sentimientos de aprobación y rechazo basados en principios morales (Jasper, 2012, 2018). Es decir, son todos aquellos sentimientos, de duración relativamente larga, que derivan de evaluaciones de lo que se considera correcto o incorrecto.

El papel de la dimensión emocional en la obligación moral

De acuerdo con la metodología y los propósitos planteados, en el presente estudio se obtuvieron varios resultados. En primer lugar, los cuatro tipos de participación fueron predichos significativamente ($p < .001$) por la obligación moral afectiva positiva, es decir, experimentar emociones como la satisfacción y el orgullo predijo todas las acciones activistas en la muestra. Específicamente, estas emociones predijeron en

mayor medida el ciberactivismo, seguido por el activismo en contextos académicos, el activismo en colectivos y, por último, el activismo no convencional.

Así, las emociones positivas asociadas a la participación, como lo es la satisfacción o el orgullo, parecen ser de suma importancia. La realización de una acción por sí misma y el impacto que tiene en la forma en que las personas se perciben a sí mismas —llamado autoconcepto con psicología— parece ser un gran motivador para participar aun cuando no se considere que determinada acción colectiva podrá tener un impacto social o en el ámbito político —baja eficacia colectiva— o aunque dicha acción represente altos costos para las personas —es el caso de la participación no convencional. Estudios neurológicos apuntan a que las personas pueden estar motivadas en actuar para ser congruentes con sus valores aun cuando parezcan acciones poco instrumentales (Knoch *et al.*, 2006). Específicamente, las emociones de obligación moral positivas pueden ser buenos predictores del activismo en muchos contextos. Experimentar bienestar, satisfacción y orgullo no solo puede tener un impacto en el estado de ánimo a corto plazo en las personas, sino que puede influir en la identidad y el autoconcepto de las personas, reforzando creencias de saberse individuos congruentes y con estándares morales bien definidos. Esto, a su vez, podría aumentar las probabilidades de participar en subsecuentes acciones colectivas creando un círculo de retroalimentación en favor del activismo (Van Stekelenburg y Klandermans, 2017). En este sentido, Tajfel y Turner (1979) consideran que un supuesto dentro de su teoría de la identidad sociales es que las personas constantemente luchan por una autoevaluación positiva, tanto para la identidad personal como para la identidad grupal.

Que el ciberactivismo y el activismo en contextos académicos fueran las dos acciones que más predijeron las emociones positivas de la obligación moral, puede indicar que dichas acciones, al representar bajo costo y bajo riesgo en comparación con las acciones no convencionales, pueden ser motivados principalmente por estas emociones. Es probable que para el activismo de mayor costo sea necesario, pero no suficiente, experimentar obligación moral afectiva positiva para motivar la participación.

Siguiendo con los resultados, en segundo lugar, la obligación moral cognitiva solo predijo significativamente el ciberactivismo ($p < .001$), es decir, las creencias relacionadas con una obligación con uno mismo solo predijo las participaciones *online*. Probablemente esto se debió a que dicho activismo es el que representa menos costo, por lo que las creencias por sí mismas pudieron jugar un papel relevante, independientemente de si se acompañaban o no de emociones. Así, otros tipos de

activismos que representan costos más altos parecen requerir procesos emocionales además de la obligación moral cognitiva.

En tercer lugar, las emociones de culpa e insatisfacción solo predijeron significativamente el activismo en contextos académicos ($p < .001$), pero lo hicieron con valencia negativa; es decir, a mayor culpa e insatisfacción al no participar en alguna acción en contextos académicos, menor participación predicha. Por lo menos en el contexto de acciones colectivas ante la violencia hacia las mujeres, las emociones como culpa o insatisfacción por no cumplir con las expectativas morales parecen resultar contraproducentes. Una posible explicación de esto es que dentro de los marcos de interpretación difundidos por los colectivos de mujeres se han enfocado a la promoción de emociones asociadas con el empoderamiento, el orgullo y la indignación; por el contrario, la falta de cumplimiento de ciertas conductas no ha sido asociada a sentimientos de culpa o insatisfacción, a diferencia de otro tipo de movimientos, como los ambientalistas o conservadores, donde suelen promoverse dichas emociones como motivadores (Van der Werff, Steg y Keizer, 2013).

En este sentido, Vilas y Sabucedo (2013) consideran que la omisión de una determinada conducta moralmente esperada puede crear alta disonancia entre las creencias morales y el comportamiento. Por su parte, Skitka (2010) considera que las personas actúan en función de un sistema central de valores; así, si no se actúa o se defiende el sistema central de valores, se estaría vulnerando la autenticidad moral de las personas. Sin embargo, la culpa e insatisfacción pueden tener efectos contrarios a los esperados en el contexto del activismo en contra de la violencia hacia las mujeres.

Los hallazgos de la presente investigación dan cuenta de un posible papel diferenciador de las emociones de la obligación moral en el activismo, es viable pensar que estos efectos pueden cambiar dependiendo del movimiento social estudiado; en determinados contextos las emociones morales negativas, como culpa o vergüenza, pudieran motivar acciones colectivas y en otros pudieran inhibirlas (Jasper, 2018).

Los resultados de la presente investigación dan lugar a varias consideraciones en el estudio de la obligación moral y de sus emociones. En primer lugar, en el estudio de las emociones en los movimientos sociales han predominado aquellas emociones como la ira o la indignación como emociones fuertemente explicativas para las acciones activistas, términos como “indignación justa” es un ejemplo de ello. Sin embargo, en contextos donde una situación determinada es percibida como injusta por amplios sectores de la sociedad, o donde existe una gran deseabilidad social para expresar pensamientos y emociones relacionadas con la injusticia, muchas mujeres pudieran expresar abiertamente dichos pensamientos o emociones aun cuando no

necesariamente los experimentan, por ello pudiera ser relevante explorar otras emociones.

En este sentido, Van Zomeren, Postmes y Spears (2008) encontraron que la injusticia y la eficacia colectiva tuvieron un papel predictor en desventajas incidentales, pero no en desventajas estructurales. Así, otras variables, como la identidad colectiva politizada y la obligación moral, pudieran ser más importantes para motivar el activismo ante desventajas estructurales como la violencia hacia las mujeres en México. Las emociones asociadas a la moral y las expectativas morales de las personas pudieran explicar por qué una persona decide participar en determinada acción activista o movimientos sociales, principalmente ante desventajas estructurales.

Zumeta *et al.* (2020) consideran que las mujeres jóvenes, al participar más en las acciones colectivas, pueden mostrar efectos en la identidad y ser autotranscendentes, y que dichos efectos a mediano plazo pueden resultar importantes para subsecuentes participaciones. De esta forma, la obligación moral pudiera representar un papel importante en la formación y consolidación de una identidad más politizada, lo que a su vez sería insumo para experimentar obligación moral en futuras posibles participaciones activistas. En otras palabras, la obligación moral podría tener un doble papel: por un lado, derivado de la identidad colectiva, podría motivar a las personas a involucrarse en determinada acción activista, por otro lado, al cumplir la obligación y experimentar emociones positivas, podría ayudar a consolidar una identidad colectiva y transformarla en una identidad colectiva politizada; a mediano y largo plazo, dicha identidad politizada sería el insumo para experimentar frecuentemente obligación moral.

Por otra parte, para Van Stekelenburg *et al.* (2009) existen dos tipos de manifestaciones; *a)* aquellas orientadas a valores donde la ideología y el aspecto emocional cobran suma relevancia para que una persona participe o no en determinada manifestación, y *b)* aquellas orientadas al poder donde la eficacia colectiva y el logro de las metas resultan de suma importancia. En un mismo sentido, para Van Stekelenburg *et al.* (*ibid.*) las manifestaciones pueden orientarse hacia uno u otro lado dependiendo del tipo de problema y las creencias que los enmarquen. De este modo, es viable suponer que en el activismo feminista y en contra de la violencia hacia las mujeres pueden existir acciones orientadas hacia la ideología y el aspecto emocional, como las marchas en el 8M y otras más enfocadas a la eficacia, cuando se trate de demandas particulares como la justicia ante un caso de violencia o feminicidio en particular. Así, las emociones positivas asociadas a la obligación moral pueden resultar más importantes cuando se traten de acciones encaminadas a la expresión de ideologías y posturas políticas más generales.

Al mismo tiempo, estos resultados concuerdan con lo expuesto por Jasper (2018) al explicar cómo en determinados movimientos, como el LGBT o el feminista, la batería vergüenza-orgullo es una de las principales herramientas para promover el activismo. De esta forma, los resultados de la presente investigación suman evidencia a la posible utilización de la batería moral “vergüenza-orgullo” en los movimientos en contra de la violencia hacia las mujeres.

Por otra parte, la obligación moral contrasta con el clásico argumento economista de Olson (1965), el cual propone que muchas personas perciben ventajas de no participar en acciones colectivas al no tener costos asociados a la participación y, al mismo tiempo, disfrutar de los frutos del activismo llevado a cabo por otras personas. Cada vez es más aceptado que muchas personas deciden participar en acciones colectivas aun cuando estas puedan representar altos costos (Stürmer y Simon, 2004) o no necesariamente se crea que estas tendrán los efectos deseados. Sin embargo, de acuerdo con Benford (1993) los marcos motivacionales que enfatizan la responsabilidad moral de actuar también pueden generar dificultades inesperadas. El sentido del deber de un participante puede, desde la perspectiva de otros actores del movimiento, estar demasiado desarrollado. Pueden producirse al menos dos tipos de disfunciones: *a*) un sentido alto de responsabilidad moral u obligación moral puede impulsar a las personas a dedicar demasiada energía y sufrir agotamiento y como consecuencia reducir su participación o abandonar un movimiento, y *b*) alta motivación moral o de responsabilidad puede provocar que determinadas personas tomen acciones que se encuentren fuera de los límites normativos de los movimientos y pueden llevar a procesos de radicalización de determinados grupos dentro del movimiento.

Considerar diferentes tipos de participación —desde aquellas que implican poco esfuerzo y compromiso hasta las que conllevan gran gasto de recursos individuales— parece ser muy relevante en el activismo en contra de la violencia hacia las mujeres, dado que es de esperar que los procesos motivacionales difieran entre ellas (Van Stekelenburg y Klandermans, 2017). En el presente estudio, las emociones tuvieron un papel diferenciador, tanto si resultaron significativas como en su efecto dependiendo del tipo de participación.

Conclusiones

El presente estudio evidenció la importancia de tomar en cuenta la dimensión emocional en el activismo en contra de la violencia hacia las mujeres, específicamente las emociones morales pueden resultar de suma importancia para explicar los diferentes

activismos. Sin embargo, en estudios posteriores es necesario incluir variables de tipo relacional, donde se considera que los individuos interactúan, influyen a otros, son influenciados y producen estructuras cognoscitivas, motivacionales (Melucci, 1994) y emocionales necesarias para los movimientos. Un ejemplo es el estudio dirigido por Zumeta *et al.* (2020), ellos exploraron variables de psicosociales —por ejemplo, sincronía emocional percibida, emociones positivas, bienestar afectivo, identidad situada, etc.— involucradas en la participación en las manifestaciones del 8M. Estos autores, a la luz de la teoría de los rituales colectivos de Durkheim (2016), encontraron que la sincronía emocional resultó ser una variable sumamente importante para entender la participación de las mujeres en este día. En congruencia con los resultados del presente trabajo, estos autores también encontraron que la participación se asocia con bienestar individual y colectivo, y una alta sensación de compartir valores de vida con otros participantes.

En este mismo sentido, puede ser relevante estudiar en el futuro cómo la obligación moral puede actuar a nivel intergrupalo. Kearney (2018) encontró que, bajo determinadas oportunidades políticas, puede surgir lo que llamó escala de obligación moral u obligación moral escalada, es decir, un sentido de obligación moral cada vez más alto a medida que otros se involucran más en una causa compartida. Este autor encontró que determinados grupos pueden promover y aumentar su obligación moral a medida que perciben cómo otros grupos o aliados se ven involucrados en acciones cada vez más arriesgadas. Para este autor, la obligación moral escalada relaciona el nivel grupal con motivadores individuales.

También podría resultar relevante estudiar cómo se forma la obligación moral. Passy y Giugni (2001), al explorar la relación entre las percepciones individuales y las redes sociales, encontraron que mientras los amigos pueden ejercer una influencia más orientada a desarrollar compromiso, la familia puede ejercer una influencia más orientada a desarrollar una obligación moral.

Es importante resaltar que, aunque las acciones activistas se pueden evaluar a nivel individual, esta se debe considerar como el resultado de intenciones, recursos y estructuras de redes de personas, es decir, es ante todo el resultado de relaciones sociales (Melucci, 1994; Van Stekelenburg y Klandermans, 2017). De esta forma, el activismo no puede considerarse ni un fenómeno derivado únicamente de condiciones estructurales —históricas, sociales, culturales, políticas y económicas— ni solo la suma de creencias y emociones individuales. La emergencia de fenómenos emocionales, cognitivos o conductuales, dentro de activismo, es una característica inherente si entendemos a los movimientos sociales como sistemas complejos. El estudio a nivel individual —creencias, emociones, actitudes y conductas de las personas—

del activismo y de los movimientos sociales debe ser, ante todo, una elección metodológica consciente con los sesgos que esto representa.

La psicología social y la sociología del activismo comparten en gran medida conceptos y nociones en el estudio de las emociones. Trabajos como el presente hacen énfasis en la necesidad de que ambas disciplinas dialoguen en el estudio de las emociones. La complejidad de los procesos emocionales dentro del análisis de la acción colectiva no debe implicar su abandono u omisión. En la actualidad, es imposible pensar cualquier tipo de activismo o movimiento social que no implique, conlleve, produzca o sea causa de procesos emocionales.

EMOCIONES RECÍPROCAS Y COMPARTIDAS EN EL ACTIVISMO FEMINISTA

*Susana Larios Murillo**

Introducción

En la última década hemos observado una renovación de las luchas de las mujeres a nivel global (Gutiérrez, 2018). El grito de miles de mujeres y niñas se ha hecho escuchar representando una constelación de emociones (Flam, 2005) a partir de las cuales las activistas buscan comunicar a un sector amplio de la población su indignación por las violencias machistas, al mismo tiempo que dan cuenta del placer y la alegría de encontrarse y tomar las calles juntas. En América Latina, el tsunami feminista atraviesa luchas diversas: desde la defensa del territorio (Cabrapan, 2022), la búsqueda de personas desaparecidas, el reclamo por los feminicidios, la violencia sexual (Álvarez, 2020), el derecho a decidir (Ramírez y Paz, 2021), entre otras, las cuales han traído consigo un sinnúmero de acciones colectivas que ponen al centro la rabia y el dolor que atraviesan las experiencias cotidianas de las mujeres.

Este ciclo de protestas ha estado acompañado de un contagio emocional colectivo en las calles y las redes sociales digitales (Rovira-Sancho, 2018), pero también en la articulación de procesos organizativos que forman parte de una insurrección silenciosa, subterránea y cotidiana (Zibechi, 2017) que tiene momentos de latencia e irrupción en el espacio público (Taylor, 1989). Las emociones que despliegan los grupos feministas y antipatriarcales en el espacio público forman parte de un trabajo político que tiene impactos tanto al interior del movimiento como en la sociedad en su conjunto (Larios, 2021).

Uno de los trabajos políticos centrales del movimiento feminista a nivel global para dar vitalidad a las luchas es dar cuenta de la forma en que esta politización de las emociones impacta en las experiencias biográficas de las mujeres, al interior de los

* Doctora en ciencias sociales por la Universidad de Guadalajara, profesora titular del Departamento de Estudios Socioculturales del IITESO, correo <susanalarios@iteso.mx>.

grupos y en los procesos político-organizativos (*ibid.*). En este sentido, las activistas ponen en marcha estrategias emocionales a partir de las cuales muestran las posibilidades de los vínculos afectivos para sostener los esfuerzos de los grupos a mediano y largo plazo. Es así como el amor, la confianza, el cuidado, la empatía y la solidaridad, se vuelven centrales en el movimiento feminista.

En este trabajo se analiza la conexión entre la política y las emociones, particularmente el papel de las emociones recíprocas y compartidas¹ en la movilización (Jasper, 1997, 2018), organización y procesos de lucha de las mujeres. El objetivo es mostrar el potencial analítico de estas categorías para comprender la construcción de los vínculos entre mujeres, la emergencia y resolución de los conflictos al interior de los grupos, así como la manera en la que estas se llevan de los espacios organizativos a los eventos de protesta mediante estrategias de manejo emocional (Larios, 2021). La pregunta de investigación que guía el análisis es: ¿cómo se construyen y qué papel tienen las emociones en la construcción de vínculos entre las integrantes de los colectivos feministas y antipatriarcales?

Los resultados que se presentan en este capítulo emergen de una estrategia metodológica centrada en la antropología feminista la cual problematiza la relación entre el compromiso político y la producción de conocimiento (Hernández, 2018) como experiencia intersticial (Leyva, 2018). Las herramientas metodológicas centrales fueron la observación participante en procesos de organización y eventos de protesta, como marchas y encuentros de mujeres, así como entrevistas en profundidad con 12 activistas integrantes de tres organizaciones feministas y antipatriarcales² en Guadalajara, México.

En el siguiente apartado describo las categorías que guían el análisis, así como un breve estado del arte que da cuenta de las posibilidades analíticas del acercamiento planteado.

Marco teórico

El movimiento feminista ha sido, sin duda, una de las experiencias políticas que ha permitido abrir caminos para el desarrollo de las investigaciones de la dimensión

¹ Jasper (1997) engloba las emociones compartidas y recíprocas en una categoría más amplia que es la de emociones colectivas.

² Las integrantes de los grupos antipatriarcales no se reivindican políticamente como feministas; no obstante, el eje de sus procesos de organización y lucha está en la violencia contra las mujeres, como parte de un entramado de violencia que tiene su raíz en el patriarcado en tanto sistema de dominación.

emocional de los movimientos sociales (Jasper, 2018); aunado a ello, en América Latina hay muchas experiencias en las que la subjetividad, la cultura y las emociones juegan un papel central para entender los procesos de organización, lo que da cuenta de nuevas formas de hacer política desde los afectos, el cuidado y la dignidad (Poma y Gravante, 2017). Dichas experiencias han mostrado el potencial de desarrollo de esta perspectiva de análisis y la necesidad de contar con herramientas teóricas y metodológicas para su sistematización y análisis.

Si bien el estudio de la política feminista³ siempre ha estado vinculado al tema de las emociones, hay al menos tres ejes a partir de los cuales las investigadoras feministas han profundizado en el análisis del rol de las emociones en la vida social: la subjetividad, la epistemología y la política (Solana y Vacarezza, 2020). En lo que respecta a la conexión entre emociones y política, uno de los aspectos centrales de esta postura tiene que ver con la politización de las emociones, el cuerpo, la sexualidad, la reproducción de la vida y el cuidado.

La teoría feminista ha puesto énfasis especial en los espacios íntimos y cotidianos debido a que son sitios privilegiados para subvertir el mundo e impulsar la lucha política (Mora, 2014). En ese sentido, las emociones que se comparten son definitorias para el movimiento feminista. Desde esta lógica, la dimensión emocional de la protesta permite entender la construcción de vínculos, el cambio de valores y visiones del mundo, así como la valoración de la vida de las activistas (Poma y Gravante, 2015: 33).

Antes de presentar las categorías que enmarcan este análisis es necesario aclarar que se parte de la noción de que las emociones están construidas socioculturalmente (Hochschild, 1975, 1979). Como explica Jasper (2018), si bien hay procesos físicos involucrados en el sentir, nuestras expectativas y entendimientos son culturales. Esta visión permite comprender las formas en que emergen ciertas emociones en determinados contextos, la manera en la que se comparten y redefinen, así como la relación que tienen con las experiencias de lucha y los procesos cognitivos de los sujetos.

Emociones colectivas y otras categorías de análisis

El análisis que se presenta está articulado por el concepto de emociones colectivas que, como se ha explicado antes, está conformado por dos categorías centrales: emociones compartidas y emociones recíprocas (Jasper, 1997). A continuación, se describen de manera breve cada una de estas categorías y su utilidad en el análisis.

³ Cuando hablo de política feminista me refiero tanto a la práctica como a la teoría (bell hooks, 2017).

Las emociones compartidas emergen de experiencias que son reconocidas como tales en un proceso de enmarcamiento de ellas como injustas. Este reconocimiento forma parte de un trabajo emocional que posibilita la afiliación grupal a medida que las activistas experimentan respuestas emocionales similares a objetos o eventos (Van Ness y Summer-Effler, 2019). Un aspecto que es importante destacar es que las emociones compartidas conectan la dimensión biográfica de la experiencia de las activistas con la dimensión colectiva en la que las emociones recíprocas son centrales, es así que las emociones compartidas también pueden ser un factor explicativo de los impactos biográficos (Almeida, 2020).

Por otro lado, las emociones recíprocas, ayudan a explorar los lazos afectivos, la amistad, el amor, la solidaridad y la lealtad, así como sus contrapartes negativas (Jasper, 2016: 27). Las emociones recíprocas contribuyen a la construcción de los vínculos al interior de los grupos. Estas emociones están asociadas a acciones en las que se afianzan los compromisos, la solidaridad y la reciprocidad (*idem.*). Las emociones recíprocas entre las integrantes de un movimiento pueden ayudar a entender los compromisos afectivos de larga duración, los cuales “nos vinculan con el mundo y lo hacen significativo para nosotros” (Jaspers, 2018: 89).

Otra categoría de emociones que se relaciona con las emociones compartidas y recíprocas son las emociones del trauma y la resistencia (Whittier, 2001), las cuales contribuyen a un proceso fundamental para el activismo feminista que es romper el silencio que envuelve a la experiencia de violencia contra las mujeres. La emergencia de estas emociones en los procesos de formación y consolidación de organizaciones permite dar cuenta del trabajo emocional que se llevan a cabo al interior de los colectivos para lograr politizar las experiencias que comparten las activistas. Cuando hablamos de emociones del trauma nos referimos a todas aquellas emociones derivadas de las experiencias de violencia, como dolor, miedo, culpa e ira, mientras que las emociones de la resistencia son aquellas que emergen del proceso colectivo de superación de la culpa, como orgullo, alegría, seguridad y confianza.

Estado del arte

El estudio de las emociones colectivas (Jasper, 1997) que se propone en este capítulo está conectado con los estudios sobre la identidad y las emociones cuya iniciadora es Verta Taylor (1999). El trabajo de la autora ha permitido dar cuenta del vínculo entre las teorías de la identidad, las emociones, el género y los movimientos sociales (Taylor, 1999). Este acercamiento abrió una senda de exploración sobre el papel de

las mujeres en las luchas sociales y ha puesto al centro el aporte del estudio de las comunidades de mujeres y sus dinámicas culturales para comprender los procesos a partir de los cuales el cambio cultural es posible (Hurwitz y Taylor, 2012).

En este mismo sentido, Bayard de Volo (2003, 2006) explora la conexión entre género y emociones para comprender el proceso mediante el cual las participantes de la asociación Madres de Héroes y Mártires de Nicaragua construyen su identidad como grupo político. Para estas mujeres, reunirse con otras madres con las que comparten emociones derivadas de la experiencia de haber perdido un hijo, les ayudó a construir una identidad colectiva que les da beneficios emocionales, así como la posibilidad de construir vínculos afectivos fuertes para continuar luchando.

Con su investigación, Bayard de Volo aporta una mejor comprensión a la manera en que el género y las emociones están implicadas en los procesos de lucha y hace énfasis en que ignorar esto provoca una comprensión sesgada sobre la relación entre emociones y acción colectiva. Si bien la autora no aplica la categoría analítica de las emociones recíprocas, analiza el proceso mediante el cual las participantes de la organización de madres van construyendo una identidad común que, si bien está basada en las experiencias que comparten, también se centra en aquellas emociones que sienten por sus compañeras. Bayard (2003) muestra la manera en que el activismo cambió la vida de las mujeres que participaban en el movimiento de madres en Nicaragua y que les permitió también modificar sus ideas sobre los roles de género como un impacto cultural paralelo a sus prioridades políticas.

Por otro lado, como evidencian los estudios de la dimensión emocional que se centran en el análisis de los microprocesos emocionales (Bayard de Volo, 2003; Jasper, 1997, 2018; Poma y Gravante, 2019; Summers-Effler, 2002), este acercamiento permite entender la manera en que se evocan o redireccionan las emociones para la lucha (Gould, 2009; Gravante y Poma, 2018), así como analizar cambios sociales más amplios y profundos en la sociedad.

Por su parte, Summers-Effler (2002) reflexiona sobre las dinámicas emocionales, las reglas del sentir y las emociones desviadas [*deviant emotions*], para explicar la energía emocional (Collins, 2001; Jasper, 1997) que implica capitalizar las emociones negadas para las mujeres y hacerlas potencialmente útiles para la resistencia. Además, explica que esto no sería posible sin la interacción y las experiencias de solidaridad que permiten a las participantes de acciones colectivas “recargar la energía emocional”, la cual es un estado emocional que conecta a las personas y permite la interacción.

En esta misma línea se encuentra el estudio de Silva Londoño (2020) que analiza la denuncia por el encarcelamiento de Yakiri Rubio⁴ en la Ciudad de México y la manera en que los colectivos que acompañaban a la familia sostuvieron la energía emocional para potenciar las acciones de resistencia posteriores a su encarcelamiento. La autora muestra cómo las movilizaciones y las acciones colectivas pueden ser pensadas como rituales de interacción que permiten la acumulación de energía emocional y un sentido de pertenencia de las activistas. Por otro lado, mediante la exploración de su propio proceso de participación en las manifestaciones, la autora da cuenta de la manera en la que un evento injusto puede generar emociones compartidas que la vinculan a la acción política.

Por su parte, Poma y Gravante (2019) exploran las emociones asociadas a los procesos de empoderamiento de las mujeres del colectivo Mujer Nueva, en la ciudad de Oaxaca, México. Los autores profundizan en distintas categorías emocionales —emociones del trauma y la resistencia, emociones que generan empoderamiento— para dar cuenta de las consecuencias biográficas que esta experiencia tiene para las mujeres y explican cómo el empoderamiento tiene la capacidad de transformar las relaciones sociales de las protagonistas de los movimientos (*ibid.*: 237).

Poma y Gravante (2018, 2019) y Poma (2019b) han mostrado las posibilidades de análisis de la propuesta de trabajo emocional (Hochschild, 1975, 1979). En este sentido, los autores han explorado esta perspectiva para dar cuenta de la manera en que este tipo de trabajo es utilizado como una herramienta de lucha (Poma y Gravante, 2018). Los procesos que analizan Poma y Gravante (*ibid.*) están relacionados con las formas en las que los integrantes de los colectivos sobrellevan su lucha haciendo trabajo emocional para no perder la esperanza y manejar el miedo.

Asimismo, Poma (2019) analiza el manejo del dolor por la pérdida del territorio, el miedo generado por la posibilidad de perder la vivienda, las relaciones sociales y el estilo de vida de las poblaciones afectadas por proyectos de despojo. Un aspecto que destaca en esta literatura es el compromiso político que atraviesan las investigaciones sobre la dimensión emocional de los movimientos sociales en el mismo nivel de análisis que las emociones de las y los activistas y las personas que investigan (Taylor, 1998).

⁴ Una joven originaria del barrio de Tepito, en la Ciudad de México, que fue secuestrada y violada en 2013 por dos hermanos. Yakiri defendió su vida, por lo cual uno de los agresores murió. Debido a esto, y a pesar de que actuó en defensa propia, fue encarcelada en un proceso plagado de inconsistencias legales. Su caso ha sido emblemático para el movimiento feminista de la zona centro del país.

En el siguiente apartado se presenta el análisis de las emociones que emergen en las dinámicas internas de los colectivos y aquellas emociones compartidas y recíprocas que permiten reforzar las demandas de los colectivos al momento de trasladarse a contextos de protesta pública.

El papel de las emociones recíprocas y compartidas en el activismo feminista

Uno de los aspectos centrales del análisis de la dimensión emocional es la necesidad de agrupar las emociones en categorías que permitan distinguir la dinámica emocional, dependiendo del proceso que se analiza. Al respecto, Jasper (2018) explica que una de las dificultades que entraña el análisis de la dimensión emocional de los movimientos sociales es que muchas cosas están agrupadas bajo la misma rúbrica por lo que, para el análisis, es necesario construir tipologías o matrices de emociones que permitan observar con mayor precisión y distinguir los procesos cognitivos y corporales que subyacen a las dinámicas emocionales que se quieren estudiar.

Como explica Ariza (2021), un supuesto común a las investigaciones de la dimensión emocional de los movimientos sociales es que las emociones atraviesan todas las fases del proceso de movilización, desde que se constituyen hasta que desaparecen, de ahí el esfuerzo por identificar la dinámica emocional inherente a cada una, su gramática. Tomando en cuenta estas dos cuestiones, uno de los aspectos que se considera para el análisis de la dimensión emocional del movimiento feminista es la centralidad de reconocer distintas categorías de emociones y la manera en que estas se pueden entender de manera relacional y contextualizada, dependiendo del proceso que se estudie o la escala en la que se observe.

El análisis que se presenta a continuación se centra en las emociones recíprocas y compartidas, tanto al interior del grupo, como en la manera en que estas emociones emergen en una dimensión biográfica, colectiva y en el nivel de los eventos de protesta, como las movilizaciones y los encuentros de mujeres.

Dimensión biográfica: emociones compartidas en el proceso de organización feminista

Uno de los aspectos que se observan con respecto a este nivel de análisis es que las emociones compartidas emergen de experiencias que se comparten aun antes de unirse a los colectivos. Por ejemplo, la indignación y la rabia que siente una mujer cuando es agredida en la calle —emociones del trauma—; sin embargo, estas emociones son susceptibles de analizarse en los procesos de movilización en la medida

en que son las que permiten vincular la experiencia biográfica con una experiencia compartida por otras mujeres.

En este sentido, la experiencia biográfica es central para entender las emociones que emergen en los procesos de movilización, mediante el enmarcamiento de las experiencias como injustas. Las experiencias y las emociones que emergen de ellas posibilita la elaboración de la rabia y la indignación como sentimientos que, al compartirse, permiten construir una identidad que atraviesa el género como experiencia sensible.

Es así que las emociones del trauma y la resistencia son parte de encuadre emocional que permite a las participantes en acciones colectivas reinterpretar aspectos específicos de la realidad y generar nuevas emociones que posibilitan la acción (Flam, 2005: 19). Reconocer y compartir los sentimientos que emergen en las experiencias de violencia permiten construir un sentido de comunidad que potencia las respuestas emocionales necesarias para la resistencia (Whittier, 2001).

Por otro lado, las emociones del trauma juegan un papel central para entender los procesos de movilización, es a partir de ellas y de convertirlas en emociones compartidas que se comienza a construir una identidad. Las emociones compartidas permiten imaginar posibilidades para buscar cambios en el entorno inmediato y, posteriormente, en conjunto con otras mujeres. Comprender el proceso de movilización y las emociones involucradas en él, posibilita articular la relación entre el enmarcamiento de las experiencias propias y los rasgos y emociones compartidos con otras mujeres. El siguiente apartado profundiza en el análisis de las emociones recíprocas.

Dimensión colectiva: las emociones recíprocas en la construcción de vínculos afectivos

En lo que respecta a las dinámicas internas de los colectivos, es necesario señalar que la experimentación de nuevas formas de relacionarse al interior de las organizaciones de mujeres refuerza la unión, permite construir y reforzar los vínculos entre compañeras por medio de empatía, reciprocidad y responsabilidad. Como se ha observado, el reforzamiento de estos vínculos se da mediante procesos como compartir saberes, hablar de las emociones, reflexionar colectivamente sobre las violencias, así como con la práctica de la solidaridad y el apoyo mutuo.

Otro aspecto que destaca en el proceso interno es la manera en la que estas emociones recíprocas trascienden los espacios de organización y son llevadas a la vida cotidiana, como una forma de llevar la lucha y los aprendizajes emocionales que esta proporciona a la vida toda. Un hallazgo importante de la investigación (Larios, 2021) es que la posibilidad de sentir de forma diferente permite a las activistas de-

safiar las reglas del sentir aprendidas en la interacción con otras mujeres, como rivalidad, desconfianza y competencia.

Las dinámicas internas son la manera en que emergen y se resuelven los conflictos entendidos como procesos inherentes a la organización, pero que también suelen ser momentos en los que se ponen a prueba aquellos aprendizajes cotidianos sobre las emociones en el proceso de organización.

Como se evidencia hasta aquí, uno de los trabajos más importantes que se hacen al interior de los colectivos feministas y antipatriarcales está centrado en la expresión de las emociones que forman parte del enmarcamiento de las experiencias como injustas. Compartir estas emociones, reflexionar y actuar sobre aquellas emociones que se sienten hacia otras mujeres, es central, ya que se experimentan formas de organización política, se buscan nuevas formas de relacionarse afectivamente y se fomenta el aprendizaje de nuevas reglas del sentir.

Dimensión político-organizativa: las emociones colectivas en las protestas feministas

En los eventos de protesta, las emociones compartidas y recíprocas juegan un papel central para construir un sentido de comunidad que trasciende las fronteras de las organizaciones, por lo que estos eventos permiten reforzar aquellas emociones recíprocas, como la admiración y el amor por las compañeras de lucha, y fortalecer la idea de que luchar con otras ayuda a construir la esperanza.

En ese sentido, el trabajo cotidiano de los colectivos es construir el bagaje emocional que después se pone en marcha en los eventos de protesta mediante la energía emocional. Compartir emociones como el dolor permite reforzar emociones recíprocas como admiración y amor por las compañeras de lucha. Por otro lado, emociones asociadas como la alegría y el gozo permiten construir un sentido de comunidad, necesario para continuar luchando.

Un aspecto que evidencia el análisis es la manera en que los aprendizajes y las expresiones emocionales forman parte de un conocimiento que se replica en los eventos de protesta. En ese sentido, la alegría y la esperanza están centradas en las posibilidades que abre el encontrarse con otras mujeres, el tejer vínculos organizativos.

Finalmente, es importante señalar que las organizaciones feministas despliegan sus propios aprendizajes sobre las emociones y establecen reglas sobre lo que es posible sentir.

Conclusiones

Aunque hay un creciente interés por la dimensión emocional de los movimientos sociales y su integración en el estudio de la protesta, queda mucho por profundizar en el análisis de distintas dinámicas emocionales en los procesos de organización feminista y en el estudio de emociones recíprocas y compartidas. En México, las investigaciones feministas se ocupan de mostrar la importancia de las emociones y la manera en la que estas permiten subvertir las experiencias de las mujeres; sin embargo, muy pocas veces articulan el análisis sobre el papel de estas en los procesos de vinculación, organización y protesta, además de los impactos emocionales de la lucha en la vida de las activistas (Larios, 2021).

Como se muestra en el estado de la cuestión, la mayoría de los trabajos que profundizan en la temática han sido escritos en inglés, lo cual puede ser un indicador de la necesidad de analizar las experiencias de los movimientos sociales que se viven en nuestra región y que en este momento aportan un sinnúmero de posibilidades empíricas. Este punto de vista teórico-analítico brinda herramientas para profundizar en la comprensión de los compromisos que vinculan a las activistas a procesos de organización a largo plazo dándoles, por ejemplo, herramientas para superar el cansancio y el dolor.

Es necesario abordar el estudio de las emociones colectivas tomando en cuenta distintas escalas de análisis y la manera en que las emociones recíprocas y compartidas construyen gramáticas políticas que pueden verse en los distintos niveles de análisis. Entre los aspectos que se pueden profundizar está la manera en que las emociones recíprocas permiten construir estrategias de manejo emocional en las protestas o encuentros de mujeres. Tampoco se han estudiado mucho los mecanismos de operación de las emociones recíprocas en contextos transnacionales.

Otra línea de investigación es la comprensión sobre el papel de las emociones recíprocas y compartidas en las políticas de cuidado a nivel micro, meso y macro, así como el de las emociones recíprocas en la construcción de prácticas de cuidado colectivo.

Finalmente, se insiste en la necesidad de construir diálogos teóricos entre aquella producción latinoamericana que, desde los estudios culturales, ha estudiado la relación de las emociones con el autoritarismo, la resistencia popular (Solana y Vaccarezza, 2020), y la dimensión emocional de los movimientos sociales; diálogos que permitan comprender la manera en que las emociones se movilizan en distintos contextos.

Un aspecto que puede aportar nuevas lecturas en las experiencias de los diferentes activismos feministas y las emociones es el cuerpo y su integración productiva al análisis de las experiencias de resistencia de las mujeres, lo cual sería posible poniendo atención al lenguaje emocional y la manera en que la expresión emocional está referida a este. Como explica Marina Ariza (2021), hay una decisión analítica que sostiene esta separación en el análisis; sin embargo, retejer esta relación entre el cuerpo y las emociones podría aportar a la comprensión de las acciones colectivas (Van Ness y Summers-Effler, 2019).

EL PAPEL DEL MIEDO, EL HORROR Y EL DOLOR EN LA EMERGENCIA DEL ACTIVISMO FEMINISTA CONTRA EL FEMICIDIO

*Daniela Cáceres**

Introducción

Si bien la violencia contra las mujeres —y su expresión más brutal, el femicidio— es tan antigua como el patriarcado, su distinción como problema social y público es relativamente reciente, además del resultado de la articulación y movilización feminista en diferentes ámbitos y escalas. En este contexto, han sido clave los procesos de problematización y generalización del fenómeno; es decir, lo que en la óptica de los problemas públicos implica sacar el femicidio de la lógica casuística y situacional, para extender su alcance a nivel estructural y con ello generalizar el problema: nos matan por ser mujeres. En este sentido, la construcción de un marco de interpretación feminista, que mediante un sistema de categorías ha permitido definir la violencia machista y el femicidio, ha sido central para dar lugar a una reinterpretación de las situaciones cotidianas de violencia vividas por las mujeres y, con ello, una nueva interpretación y definición de la situación. Este marco de interpretación no solo es cognitivo, sino también emocional.

En el presente texto, cuestionando el concepto de “emociones negativas”, como el miedo, el horror y el dolor, analizaré cómo estas emociones incómodas, experimentadas por las activistas y las colectivas, en lugar de ser emociones con un impacto desmovilizador, son emociones movilizadoras en el activismo feminista contra el femicidio en Chile.

El análisis se centrará principalmente en presentar el papel del miedo generalizado; es decir, un miedo relacionado con el género y encarnado en la experiencia de las

* Candidata a doctora en sociología, Universidad Alberto Hurtado, Chile, investigadora en violencia contra las mujeres y femicidio, activismos feministas y emociones, correo <danielacaceres@ug.uchile.cl>.

mujeres. El papel del horror como emoción compartida entre las activistas que al ser manejado posee un potencial movilizador. Y, por último, el papel del dolor, el cual se convierte en una emoción central en el proceso de la elaboración de las demandas de las colectivas y el ejercicio de sus derechos civiles.

El análisis se apoya en una investigación que ha tenido el objetivo de comprender cómo el femicidio en Chile, impulsado por el activismo feminista, se ha convertido en un problema público. El diseño metodológico de corte cualitativo se ha desarrollado a partir del método de las narrativas; es decir, de entrevistas a activistas feministas que tienen actorías clave en la fase investigada, complementado con el análisis de fuentes documentales.

Marco teórico

La dimensión emocional en los activismos feministas contra el femicidio

Siguiendo a Jasper (2018), entiendo las emociones como ensamblajes de distintos procesos que subyacen a nuestros pensamientos-sentimientos y que han adquirido su forma debido a nuestra formación cultural. En esta línea, las emociones serán entendidas desde un enfoque sociocultural (Hochschild, 2008); es decir, bajo el supuesto de que la manera en que nos sentimos y expresamos nuestras emociones se deriva de la construcción sociocultural de estas.

En términos analíticos, no categorizaré las emociones como positivas o negativas, si bien considero al concepto de baterías emocionales (Jasper, 2012) —entendidas como emociones que pueden oponerse entre sí— de mucha utilidad, pongo énfasis en que la valoración de si estas son positivas o no dependerá del objeto al que la emoción está vinculada, la interpretación de las y los sujetos sobre estas, así como sus efectos —en estrecha relación con lo anterior. De esta manera, en el contexto de los activismos, las emociones consideradas generalmente como negativas pueden ser altamente movilizadoras y, por tanto, positivas en términos pragmáticos. En consecuencia, para el análisis, es necesario relevar la dimensión situada y contextual de las emociones en diferentes escalas. Además, existe un abanico de conceptos que permiten ayudarnos a describir las emociones que comúnmente se catalogan como negativas, tales como: emociones incómodas (Poma y Gravante, 2021), emociones del trauma (Whittier, 2001), emociones debilitantes (Flam, 2015) o emociones encontradas/contrariadas (Whittier, 2001) cuyo análisis es relacional y dependerá de los elementos mencionados con anterioridad.

El encuadre cognitivo-emocional. Marcos de interpretación feminista

En este contexto, sin duda, las emociones morales —particularmente la indignación que se relaciona al sentido de injusticia (Jasper, 2018)— son prerequisite clave para la movilización colectiva (Flam, 2015). En el caso aquí presentado, dicha indignación es resultado, por una parte, de emociones basadas en su experiencia como mujeres y su relación con la violencia y, por otra, de la construcción de un marco de interpretación feminista (Snow y Benford, 2006) que, mediante un sistema de categorías, define la violencia machista y el femicidio, permitiendo reinterpretar situaciones cotidianas, dando lugar a una nueva realidad. Esto por medio de una operación que en la sociología de los problemas públicos se entiende como generalización, en otras palabras, cuando un problema es sacado de la lógica casuística y situacional para extender su alcance y generalizar el problema. Este marco de interpretación no solo es cognitivo, sino también emocional.

En coherencia con esto, el construccionismo cultural ha ampliado la dimensión cognitiva de los marcos de interpretación, sumando herramientas que permiten comprender la relación entre emociones y política, las que, junto con la moral, forman parte de la cultura (Jasper, 2018). Norgaard (2006), siguiendo a Jasper, señala que las emociones son clave en los procesos de encuadre de los movimientos sociales y/o la acción colectiva, básicamente por el nexo existente entre las emociones que las personas sienten y las interpretaciones que le dan a sus problemas. De esta forma, por ejemplo, la dimensión política de las emociones que Hochschild explica en términos de su direccionalidad; es decir, saber hacia qué o quiénes se dirigen las emociones (Hochschild, 2008) permite vincular emociones como la indignación, el miedo o el dolor, a causalidades y, en este ejercicio, identificar responsabilidades, estructuras opresoras y/o culpables, para luego canalizar dichas emociones hacia diversas formas de acción colectiva. En el caso del activismo feminista por el femicidio como problema público, las responsabilidades causales y políticas (Gusfield, 2014) se identifican en el patriarcado y el Estado. Además de aparecer en el mapa cognitivo emocional: los agresores, la prensa sensacionalista que banaliza y reproduce la violencia utilizando categorías inapropiadas para encuadrar la problemática y, más adelante, la sociedad en su totalidad.

En las narrativas de las activistas entrevistadas se pueden encontrar inicialmente la presencia de las emociones morales, por ejemplo la indignación. Por definición, estos tipos de emociones tienen un arraigo sociocultural e implican juicios normativos, así como una mayor vinculación con las creencias y los valores morales (Jasper, 2012, 2018; Hochschild, 2008). La indignación, en tanto emoción movilizadora,

está asociada a los inicios de los procesos de colectivización, pero también opera como un telón de fondo, es decir, vectoriza la politización de emociones que, como parte de una trama en una dinámica procesual, se relacionan con otras emociones.

Esto puede ser entendido en gran medida gracias a la construcción de los marcos de interpretación que se nutren de los procesos de investigación, generalización y publicitación del problema, transformando el enojo individual en enojo colectivo. Operaciones que se vinculan a la dimensión moral de la problemática porque conectan con el aspecto doloroso, reprochable y oprobioso de la situación, que alimenta la indignación y posibilita configurar el femicidio en tanto problema social. Es importante destacar que estos procesos se fueron desarrollando en espacios colectivos que promovieron la discusión y difusión del problema, poniendo en marcha estos nuevos marcos de interpretación. Espacios donde emociones como el dolor y el horror, que pueden resultar emociones incómodas, encontraron su acomodo en la acción colectiva, canalizándose hacia otras emociones. Volveré sobre esto más adelante.

En la arena feminista contra el femicidio, estos procesos se facilitaron por dos elementos: el primero, la experiencia trasversal de las mujeres respecto a la violencia machista, y el segundo, los compromisos afectivos aplicados a ideas morales (Jasper, 2018) que se derivaron, entre otras cosas, de estas nuevas categorías para pensar, sentir, comunicar y redefinir la violencia hacia las mujeres. De esta manera, las emociones aparecen no solo como una dimensión relevante para dar sentido a la problemática que les moviliza, sino también para sensibilizar y movilizar a las audiencias, sumado al manejo emocional público de las y los activistas que procuran instalar el problema en las diferentes arenas públicas.

En síntesis, la dimensión emocional del encuadre fue tan importante como la dimensión cognitiva. Un ejemplo de ello es la investigación realizada por Hercus (1999) con mujeres feministas, en la que da cuenta de que las lecturas y encuentros feministas dieron lugar a la acentuación de la ira en respuesta a la opresión sexista, además del impulso para enfrentar determinadas situaciones (*ibid.*). Dinámica que, como veremos más adelante, también puede ser observada en las colectivas feministas que conforman la arena por el femicidio como problema público, configurando un nodo de emociones compartidas.

El miedo, el horror y el dolor como emociones movilizadoras en la lucha feminista contra el femicidio

En cuanto a las emociones que identifiqué como relevantes entre la constelación emocional (Gould, 2001) que aparece en las narrativas de las entrevistadas, pude distin-

guir, en la fase de emergencia del problema, específicamente la prevalencia del dolor, el miedo y el horror.

El miedo generizado

En cuanto al miedo y el dolor, pero principalmente el primero, se supone que se trata de un miedo generizado, es decir, debido al género y encarnado en la experiencia de las mujeres y, en consecuencia, su presencia tiene relación con la dimensión fenomenológica de la violencia. Esto se puede entender desde la explicación ofrecida por Snow y Benford (2006) respecto a los marcos maestros de interpretación y su potencial de movilización. Estos autores mencionan tres condiciones para su despliegue: la credibilidad empírica, la afinidad con la experiencia personal y la fidelidad narrativa. La primera hace referencia a que el contenido del enmarcado sea creíble, la segunda a que el marco haga sentido por su elemento experiencial y la tercera se vincula con las narrativas culturales o populares que permiten dar forma a las experiencias que se viven en el presente. De esta forma, la experiencia de la violencia es gravitante para dar sentido cognitivo y emocional al activismo contra la violencia. En este sentido, tanto la experiencia personal de la violencia, como el conocimiento de alguna experiencia cercana y las propias narrativas culturales —de las madres y abuelas que vivieron la violencia, algunas en una expresión brutal—, además de la información proveniente de medios de comunicación masivos, inciden en este miedo generizado y funcionan como condiciones de despliegue para los marcos de interpretación que se construyen para redefinir la violencia contra las mujeres.

En el caso del miedo —según la investigación realizada por Mingo (2020) con las estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México, organizadas en diversos espacios universitarios para denunciar la violencia machista que estaba siendo minimizada en espacios de organización mixtos—, fue la diversidad de experiencias concretas de violencia, así como la sensación de amenaza, la que conjuntó la negación de la violencia por parte de los varones, produjo la perturbación e incomodidad en las activistas, con implicancias cognitivas, morales y emocionales, y las impulsó a la movilización. Además de esto, las mujeres señalaron que fue en los procesos de organización, mientras levantaban información y recopilaban datos, que fueron tomando paulatinamente mayor conciencia sobre el alcance de la violencia hacia las mujeres (*ibid.*). Esta descripción es similar a la de las narrativas de las activistas contra el femicidio en Chile, quienes mediante los procesos de investigación fueron dimensionando la problemática e impulsando con mayor fuerza procesos de colectivización marcados por emociones compartidas, como la indignación.

Siguiendo la línea del miedo generizado, o la experiencia del miedo de las mujeres —y otros géneros no masculinos— a la violencia machista, las investigaciones que han analizado la brecha respecto al género y el miedo han documentado que las mujeres sienten mayor miedo que los hombres, lo que, si bien se explica en cierta medida por el espacio sociogeográfico en el que se deben movilizar las mujeres y las características de este, no se relaciona exclusivamente con el comportamiento delictivo. Por lo anterior, es importante observar el miedo de género o más bien la complejidad del miedo en los grupos desfavorecidos y para ello es necesario considerar tanto elementos individuales como de contexto (Johansson y Haandrikman, 2021). Desde este punto de vista, se enfatiza en la necesidad de poner atención sobre la vulnerabilidad de las mujeres que resulta de las asimetrías de poder relativas al género y la relación entre género y espacio. Más aún si se considera que la violencia se entiende, socialmente, de manera predominantemente masculina, mientras que el cuerpo femenino es visto como vulnerable y subordinado (Sandberg y Tollefsen, 2010).

En el trabajo realizado por Sandberg y Tollefsen (*ibid.*) se señala que las experiencias de mujeres en cuanto a sentir miedo, más allá de la etnicidad, la edad o la clase, las historias convergen en relatos similares de aquellas situaciones que vivieron como aterradoras, aludiendo a lugares por los que debían pasar, por ejemplo, caminos oscuros que les producían miedo. En este sentido, se puede comprender que el miedo generizado existe y cuando este se vincula a la violencia existen similitudes tanto en la manera de sentir como en la forma de comportarse frente a este. Desde este punto de vista, el miedo es una emoción que está encarnada en las mujeres; no obstante, transformar esta emoción individual en una emoción compartida (Jasper, 1997) por medio del giro epistémico de la violencia, y entenderla como estructural y patriarcal, es decir, sentimos lo mismo porque es una problemática que nos afecta a todas, tiene un potencial movilizador, porque podemos enfrentar el miedo. Es justamente en esta operación que se construye y pone en práctica un nuevo marco de interpretación cognitivo-emocional.

El horror como emoción compartida

En cuanto al vínculo de las emociones y la violencia machista, el haber vivido diferentes tipos de violencia, si bien por una parte genera como punto de arranque miedo y dolor, por otro, crea un mayor compromiso con las exigencias del movimiento, como sucede con las mujeres organizadas en México en torno a los derechos de género, particularmente contra la violencia hacia las mujeres (Delhumeau, Calderón y Lacavex, 2018). En el caso de las entrevistadas por la investigación que se presenta

aquí, existen antecedentes que deben ser tomados en cuenta, por ejemplo, el desarrollo de los círculos feministas, tanto nacionales como internacionales, realizados en los ochentas, en los que se comenzaron a debatir temas que hasta ese momento habían sido tabú, tales como la violencia hacia las mujeres, el acoso sexual o la violación conyugal (Araujo, Mauro y Guzmán, 2000: 41). A ello debemos sumar el componente generacional ya que, según sus trayectorias de militancias, varias de las entrevistadas que fueron partícipes de la emergencia del femicidio como problema público, vivieron la violencia de la dictadura militar, en la modalidad de testigos o víctimas, la que en muchos casos fue de tipo político-sexual. Por otra parte, entendiendo que la violencia es un continuo y que tiene múltiples formas, las narrativas también están marcadas por la violencia simbólica vivida en las propias organizaciones políticas, en las que las mujeres eran constantemente secundarizadas, todo ello sumado a la violencia vivida con sus parejas. De esta manera, comenzar a frecuentar círculos feministas fue como un devenir natural del encuentro entre mujeres en la resistencia a la dictadura y hablar estos temas, generando una serie de espacios de encuentro y articulación feminista que se tradujeron en compromisos morales y afectivos (Jasper, 2018).

De esta forma, cuando a principios de 2000 se comienza a tematizar el femicidio en Chile y a investigar sobre el tema, tarea que realizan principalmente organizaciones feministas como la Red Chilena Contra la Violencia Doméstica y Sexual, la recopilación de información sobre los femicidios en América Latina, Centroamérica y en el propio país da cuenta de la magnitud del problema. Pero esta información no se remite solo a cifras que permiten cuantificar el fenómeno, sino que implica las imágenes que circulan sobre los cuerpos asesinados de las mujeres, en México, Chile u otros lugares, imágenes que se acompañan de la descripción detallada de las marcas de la violencia femicida en los cuerpos, las que la prensa sensacionalista utilizaba sin pudor para dar cuenta de las características de los crímenes. Esas imágenes, las entrevistadas las describen como imágenes del horror, imágenes que aparecían en sus sueños y que las acompañaban en su cotidianidad. Algunas de ellas señalaron que trataban de imaginar el terror que sintieron las mujeres antes de ser asesinadas por un desconocido o por sus propias parejas. Cabe destacar que, por temas generacionales, las dinámicas de autocuidado no eran muy frecuentes en ese entonces, y el trabajo emocional (Hochschild, 2008) que debieron realizar para que el manejo de esta información no les afectase más de la cuenta corrió por cuenta personal, no colectiva; sin embargo, no les paralizó, sino que más bien las instó a movilizarse, fue un imperativo a no quedarse inmóviles frente a lo que estaba ocurriendo.

En esta fase, el horror y el miedo aparecen como una amenaza a que esto siga ocurriendo y, para que ello no ocurra, el llamado es a movilizarse; de esta manera, una emoción como el horror, explícitamente incomoda, encuentra su acomodo en la acción colectiva.

En cuanto a las prácticas de autocuidado mencionadas cabe destacar que, de todas las entrevistadas que fueron parte de este proceso, solo una conocía por ese entonces de la necesidad de realizar dinámicas vinculadas al trabajo emocional colectivo, a conciencia, y esto fue básicamente porque se vinculó al trabajo de unas monjas feministas estadounidenses que traían estas experiencias del trabajo con violencias desde el Norte Global, lugar donde estas dinámicas ya estaban incorporadas.

La relación entre el horror y las otras emociones generizadas

Retomando la emoción del miedo, para Boria y Barei (2020) existe una articulación semántica entre miedo y violencia, considerando que existe un anclaje de las emociones en las experiencias y prácticas sociales, conjunto al amplio repertorio de violencias humanas. De esta manera, el miedo se exagera desde el punto de vista de la experiencia humana y se expresa en el horror, como una intensificación de aquel. En este sentido, la experiencia de la violencia y sobre todo de la violencia extrema, intensifica la sensibilidad a estos temas. Lo que explicaría lo que las entrevistadas definían como imágenes del horror, más aún si ellas vivieron el horror de la violencia en la dictadura. Cabe agregar que dos entrevistadas realizaron analogías entre la violencia política, la tortura y la desaparición, con la violencia sistemática de la cual son y somos víctimas las mujeres, volveré sobre esto más adelante.

Siguiendo en esta misma línea, una investigación realizada con 170 estudiantes universitarios/as en México respecto al horror moral frente al parricidio, el de las mujeres fue mayor al indicado por hombres, si bien en la discusión los autores, siguiendo cierta bibliografía, afirman que esto podría tener un correlato con que las mujeres desarrollan mayor expresividad que los varones, o con el hecho de que operan estereotipos sociales que inciden en la voluntad de respuesta de los hombres, por ejemplo, al sentir horror en proporciones similares y no declararlo (Robles-Francia *et al.*, 2020). El miedo latente, presente en las mujeres, tiene un componente generizado que se exagera en las colectivas feministas y esto sucede, en parte también, por sus propias experiencias de la violencia y el riesgo de vivirla en diferentes espacios y momentos de sus vidas.

En este contexto, es importante poner atención sobre el componente generizado de las emociones, entendiendo su naturaleza sociocultural y que, en consecuencia,

estas suelen estar mediadas por expectativas culturales de género y por experiencias, tal como fue explicado antes respecto al marco de interpretación de la violencia machista (Snow y Benford, 2006). En efecto, como señala Bayard de Volo (2006), al ignorar el género corremos el riesgo de no comprender o perder elementos del significado de la identidad colectiva que, si bien en este trabajo no abordaremos, son relevantes en cuanto la experiencia del habitar el género —mujer— y las implicaciones que esto tiene en relación con los distintos tipos de violencia y las emociones compartidas que se vinculan a esto en colectivas compuestas principalmente por mujeres, como sucede por ejemplo con el miedo y el dolor.

En este contexto, las emociones del trauma, tales como el miedo y el dolor, mediante su exhibición abierta, pueden evocar sentimientos similares en las/os demás, ya que les insta a recordar sus propias experiencias y legitima su expresión pública (Whittier, 2001).

Al considerar la dimensión expresiva (Hochschild, 2008) de las emociones relativas al femicidio; es decir, la manera de comunicar la dimensión emocional de la problemática, las primeras materialidades utilizadas para publicitar la causa fueron las instalaciones de memoriales que ubicaban pares de zapatos de mujeres y los nombres de las asesinadas, en ciertos lugares concurridos de la ciudad. Estas instalaciones comunicaban principalmente las imágenes del horror y la huella del dolor: el vacío que dejaron las víctimas. Las entrevistadas relatan en las entrevistas que una de las experiencias más impactantes al realizar estas intervenciones públicas fue que familiares y amigas/os de víctimas de femicidios se acercaran a buscar a sus muertas.

Quisiera proponer que, de acuerdo a las narrativas de las entrevistadas, el miedo y las imágenes del horror se canalizaron hacia la valentía y la ira justa, como una subversión de la regla del sentir, ya que las mujeres, así como los subordinados, no tienen derecho a la ira, esta emoción es un derecho de los privilegiados (Hochschild, 2008; Flam, 2015; Hercus, 1999).

El miedo, señala la literatura, opera como una emoción que motiva a la obediencia y el conformismo, inhibe la protesta, de manera que las y los líderes de los movimientos sociales intentan controlarlo o balancearlo (Somma, Donoso y Rossi, 2020). Al respecto, Somma, Donoso y Rossi (*ibid.*) argumentan que el miedo es una emoción negativa que opera como inhibidora del activismo; no obstante, en el caso de activismos investigados en este trabajo y en otros, es la propia movilización feminista y la interacción con otros cuerpos en ciertos rituales lo que insta a perder el miedo (Mingo, 2020). Esto, en conjunto con la puesta en marcha de los nuevos marcos de interpretación, su discusión y difusión, permite el ejercicio de la canalización de las emociones y dotarlas de una direccionalidad política: el patriarcado y el Estado. En

este sentido, el feminismo como horizonte político, los procesos de colectivización en los que se comparten compromisos afectivos, lealtades afectivas hacia las compañeras y la causa, son clave.

Poma y Gravante (2019) explican las consecuencias biográficas y culturales de la acción colectiva en mujeres y señalan que se conjugan elementos como las emociones, la identidad y el empoderamiento, produciendo nuevas formas de afrontar la vida en las mujeres activistas, asociadas a un cambio cognitivo-emocional. Bayard (2006) explica que en la acción colectiva se pueden encontrar beneficios, tanto en forma de terapia como de vínculos afectivos y, desde este punto de vista, existe una retroalimentación emocional entre la acción colectiva asociada a la agitación, la protesta y la dimensión emocional, no ligada necesariamente al trabajo emocional. En este sentido, de manera similar a lo desarrollado por Gravante (2020a) en cuanto al trauma cultural de Ayotzinapa, fueron las emociones del trauma las que generaron sentimientos compartidos entre las compañeras movilizadas e impulsaron procesos de movilización más fuertes.

El dolor como elemento central para el reclamo y ejercicio de derechos

En cuanto al dolor, esta es una emoción bimodal que opera tanto en el plano individual como social y, si bien es debilitante, también tiene un fuerte potencial movilizador, así lo muestran las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina y otros ejemplos similares en el resto del mundo (Flam, 2015). Las emociones del trauma están ligadas principalmente al dolor; no obstante, al expresarlas y exhibirlas de manera abierta, tal como señala Whittier (2001), se encuentran emociones similares en las y los demás, lo que lleva a la sensación de no estar solos/as y de canalizar las emociones del trauma hacia emociones de la resistencia. En el caso de las mujeres entrevistadas, en las diferentes fases de la configuración del femicidio como problema público, las distintas activistas comentan que a partir del relato de experiencias similares, se han ido generando espacios de contención dentro de los cuales tienen lugar las emociones de la resistencia. Entre estas, destacan el amor, la seguridad, la confianza, la rabia justa y, en algunos casos, el autorreconocimiento como sobrevivientes. En dicho sentido, de forma similar a lo observado por Gould (2009), el dolor se canaliza hacia la articulación y la acción política de tal manera que, nuevamente, como horizonte político, el feminismo es clave.

Desde este punto de vista, se sugiere que, a diferencia del miedo que se transforma en valentía al traspasar el umbral de la acción, el dolor convive con otras emociones que emergen y permiten sobrellevar las emociones incómodas en un diálogo

estrecho con ciertas emociones de la resistencia, como la rabia justa. De esta manera, tenemos dos procesos, por una parte, el de la canalización de emociones hacia otras emociones (Poma y Gravante, 2021) y, por otra, el de la interacción entre emociones que permiten sobrellevarlas, como sucede con el dolor. En este marco, el dolor no desaparece, entendiendo que en muchos casos responde a una pérdida directa, como el dolor del duelo por perder a una hija víctima de femicidio. En otros casos, este dolor es más bien una respuesta empática o la remembranza de otros dolores, ligados a la violencia machista. Algunas entrevistadas aluden a este dolor como una sensación persistente, latente, como angustia que se siente en el cuerpo; otras entrevistadas, sobre todo las afectadas por pérdidas, prefieren directamente no hablar de él y lo aluden desde la indignación y justifican desde ahí su movilización.

El dolor, como parte de los procesos de movilización, forma parte de la constelación emocional de una serie de casos de estudio. Dentro de las activistas entrevistadas, dos realizaron alcances entre la violencia política y la violencia contra las mujeres. Esta relación ya la ha realizado la investigadora feminista Jules Falquet (2017) quien propone una serie de analogías entre la violencia política y la violencia doméstica, en cuanto a las prácticas de tortura en las que se expresa, sus efectos físicos y emocionales y sus objetivos, por ejemplo, comunicacionales, básicamente en el mensaje disciplinador que pretende traspasar.

Esta analogía, sin lecturas previas sobre la autora que he traído a este texto, aparece de manera espontánea en el diálogo que se despliega en las entrevistas. Las activistas, en sus narrativas, realizan esta analogía abarcando desde la violencia sistemática y tortuosa de la que las mujeres son víctimas hasta el desenlace fatal que, en muchos casos, implica la desaparición de los cuerpos. En este sentido, la relación semántica entre la violencia y el miedo también podemos extenderla al dolor y, desde este punto de vista, se puede realizar un vínculo entre la investigación del dolor en familiares de víctimas de tortura política y/o detenidos/as desaparecidos/as y el activismo contra el femicidio, un vínculo que tiene como uno de sus nodos centrales al dolor.

Un ejemplo es la red de familiares contra la tortura y otras violencias estatales, conjunto de organizaciones conformado en Argentina. En esta red, el dolor ha sido desde el comienzo un elemento central, presentándose como un medio para el reclamo y ejercicio de derechos de las y los activistas que forman parte de ella, además de un imperativo de lucha para afrontar el duelo (Aparicio, 2019). En otro caso de organizaciones ligadas al mismo tema, podemos ver cómo la participación en un espacio de memoria posibilitó la transformación del dolor y la rabia en felicidad, desafiando la expectativa general que acusaba a la movilización de familiares y víctimas del terrorismo de Estado, de estar motivada por la búsqueda de “venganza”

(H.I.J.O.S., 2012, en Tavano, 2019). De esta manera, el espacio de memoria ex-ESMA, compuesto por familiares y amigos/as de víctimas o sobrevivientes de violencia estatal, por medio de la experiencia de la participación, “actualizaba el dolor” (*ibid.*: 8).

En esta última investigación, del espacio ex-ESMA, se pudo constatar que incluso la relación con el Estado cambió cuando se transformó el marco de interpretación para definirlo: ya no es el Estado genocida que promueve la impunidad, de tal manera que la redefinición de la situación movilizó sentimientos y transformó espacios marcados por el dolor, la tristeza y la muerte, en espacios marcados por la esperanza, la construcción, la vida y el futuro (*ibid.*: 11). En este caso, se puede observar, por una parte, un trabajo emocional (Hochschild, 1979) orientado a transformar las emociones del trauma en emociones de resistencia, mediante la estimulación de la participación y, por otra, un manejo emocional respecto a lo que se expresa hacia afuera de la comunidad, desvinculándose comunicativamente de la venganza.

Finalmente, otro ejemplo del dolor en la movilización se puede encontrar en la investigación realizada por Gravante (2020a) respecto al trauma cultural ligado a la desaparición forzada de alumnos en Ayotzinapa. El autor, siguiendo a Alexander (2004, en Gravante, 2020a: 95) señala que el trauma está vinculado a un marco de interpretación de clasificación cultural que posee cuatro dimensiones críticas que generan una narrativa: 1) la naturaleza del dolor, 2) la naturaleza de las víctimas, 3) la relación de la víctima del trauma y los otros, y 4) la asignación de responsabilidad.

Siguiendo este ejemplo, sin pretender abordar el concepto de trauma cultural a cabalidad, pero sí las categorías analíticas recogidas por Gravante (*ibid.*: 95), con el paso de la opacidad a la visibilidad del femicidio, plantearé algunos alcances: 1) respecto a la naturaleza del dolor, los casos de víctimas de femicidios más cercanos, como es el caso en Chile de los crímenes de Alto Hospicio o el asesinato de Javiera Neira, permiten relacionar a la comunidad traumatizada con las víctimas. En este caso, es una comunidad compuesta por activistas feministas, que además orientan esfuerzos por lograr un alcance público de la problemática. Esto se acentúa aún más con las ya mencionadas imágenes del terror que llegaban desde otras partes del globo, como México —y en particular Ciudad Juárez. 2) En cuanto a la naturaleza de las víctimas, aparece un vasto abanico de mujeres y niñas asesinadas que, en el marco de interpretación de las activistas, son asesinadas por el hecho de ser mujeres. A ello se suma que existió una tremenda indignación, por ejemplo, con el manejo comunicacional y político de los casos de los asesinatos de Alto Hospicio, Chile, que fueron muy tematizados a principios de 2000, contexto en el que se comienza a tematizar el femicidio por colectivas feministas. Estos femicidios seriales fueron abordados por la prensa y las autoridades de la época acusando a las mujeres desaparecidas de haber escapado

para prostituirse, básicamente por su condición socioeconómica. 3) Respecto a la relación de la víctima del trauma y los otros/as, la huella de los femicidios, las y los hijos que quedan en el camino, las madres y los padres que viven el duelo y el daño al entorno cercano de la víctima, no solo es parte de las materialidades usadas para publicitar el problema, sino que también será utilizada en las siguientes fases de la configuración del femicidio como problema público. Finalmente, 4) la identificación de responsables es fundamental en los marcos de injusticia construidos por las activistas feministas, tanto por la imputación de responsabilidades, en este caso el Estado y el patriarcado, como por la politización de las emociones ya mencionadas, que en su dimensión relacional se implican también con estas responsabilidades.

De esta manera, el dolor, así como el miedo y las imágenes del horror, se conforman como emociones con alto potencial de movilización que, en diálogo con el marco interpretativo cognitivo-emocional y la dimensión moral, impulsaron y fueron parte de la emergencia del femicidio como problema público en Chile.

Conclusiones

Si bien fueron los activismos feministas, y las investigaciones sobre estos, los pioneros en poner el foco en la dimensión emocional de los activismos, avanzar en el análisis situado y contextual de las emociones —esfuerzos a los que se quiere sumar esta investigación—, permite romper con ciertas dicotomías como la de emociones positivas y negativas. En el marco de este trabajo, podemos concluir que emociones como el miedo y el dolor, que tienden a ser catalogadas como negativas, tienen un alto potencial movilizador en los activismos feministas. Desde este punto de vista, se pudo consignar que es fundamental la construcción de un marco de interpretación que redefine la situación problemática desde la indignación y que tiene implicaciones cognitivas, morales y emocionales. En el caso del activismo contra el femicidio, la fuerza de este marco de interpretación tiene relación con la experiencia encarnada de la violencia contra las mujeres y, con ello, el miedo generizado, además de la imputación de responsabilidades que se desprende de la perspectiva feminista y se difunde por diferentes canales, en especial aquellos referentes a encuentros y discusiones entre mujeres. Lo anterior permitió, desde la experiencia y las emociones compartidas, impulsar procesos de colectivización y canalizar el miedo hacia emociones movilizadoras, como la rabia. En el caso del dolor, otra de las emociones con mayor presencia en la emergencia del femicidio como problema público, pudimos ver que es una emoción que tiende a permanecer en las entrevistadas, pero en un constante diálogo con otras emociones, de tal manera que no solo las impulsó a movilizarse, sino que

además ha hecho del dolor una emoción más llevadera. Ambas, como emociones incómodas, encontraron y encuentran su acomodo en la movilización social.

En otro plano, aunque existió un trabajo emocional por parte de las entrevistadas, orientado principalmente a la no afectación o a que las imágenes del horror no les afectasen en demasía, por temas generacionales, las entrevistadas que fueron parte del proceso estudiado no conocían las dinámicas del autocuidado y, en consecuencia, el trabajo emocional fue realizado de manera individual como una forma de protegerse, no un trabajo colectivo. Pese a ello, estas emociones, que se nutren de los procesos de investigación, generalización, publicitación y colectivización, impulsan el imperativo a la movilización frente a este problema que no solo afecta a algunas mujeres, sino a todas, y es definido por las activistas como un problema generalizado que tiene por causas al patriarcado y el Estado.

Para cerrar, este trabajo pretende ser un aporte al considerar y evidenciar cómo determinadas emociones incómodas, tales como el miedo, el dolor y el horror —esta última en tanto imágenes del horror—, si bien se relacionan con la violencia, desde la experiencia personal o testimonial en el caso investigado, no se cristalizaron como emociones desmovilizadoras. Más bien, se canalizaron y transformaron, dando lugar a una narrativa y emociones que, en conjunto con la construcción de un marco de interpretación cognitivo-emocional feminista, empujaron determinados procesos de activismo social que posibilitaron el paso de la opacidad a la visibilidad del femicidio como problema público.

EL PAPEL DEL TRABAJO EMOCIONAL, LA RETÓRICA DEL AMOR Y DEL MATERNALISMO EN LA DESMOVILIZACIÓN DE LAS TRABAJADORAS DEL HOGAR

*Carlos Piñeyro Nelson**

Introducción

Existen por lo menos 75.6 millones de trabajadores del hogar en el mundo, 76% de los cuales es mujer. Eso significa que una de cada 22 trabajadoras en el planeta es una empleada del hogar (ILO, 2021: 10-12). Así, este sector equivale a 4,5% del total de mujeres empleadas en el planeta (*ibid.*: 12). Numéricamente hablando, esta fuerza laboral podría tener un peso político y social importante en el mundo. Muchas de estas trabajadoras llevan años organizándose y movilizándose para obtener condiciones laborales dignas y ser reconocidas legalmente como trabajadoras (Bapat, 2014; Bernardino-Costa, 2014; Boris y Klein, 2012; Chun, 2009; Fish, 2017; Goldberg, 2014; Nadasen, 2015; Piñeyro, 2018; Piñeyro y Varela, 2018; Rojas y Contreras, 2018). Si bien sus tácticas, estrategias y capacidades disruptivas varían (Fox y Cloward, 1977), es innegable la organización de este sector en distintas partes del mundo.

Sin embargo, la gran mayoría de las trabajadoras del hogar no se organizan para demandar derechos laborales y mejorar sus condiciones de vida. Esto tiene varias explicaciones. Una es de tipo estructural: por un lado, este es un sector altamente informal: se estima que de los 75.6 millones de trabajadoras y trabajadores del hogar, 61.4 millones se emplean de manera informal (ILO, 2021: 17). Aunado a lo anterior, muchas de estas mujeres son migrantes —17% del total mundial pero, en países como Estados Unidos, esta cifra sube a más de 70%— (ILO, 2015, xiii: 16) e indo-

* Coordinador de la maestría en gestión de empresas de economía social, Universidad Iberoamericana, Puebla, México, doctor en sociología por la New School for Social Research (EUA).

cumentadas, por lo cual numerosos países no las consideran ciudadanas. La informalidad se puede medir en la pocas naciones en el mundo —35 de un total de 206— que han ratificado la Convención 189 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), concerniente al trabajo del hogar remunerado (ILO, 2021).¹

Por otro lado, la explotación y discriminación por motivos étnico/raciales de este sector es altísima (Durin, De la O y Bastos, 2014; De la Hidalga, 2018; Piñeyro, 2022: 142-148). A su vez, dicha labor no se considera un “verdadero” trabajo dada la creencia social sobre lo fácil y sencillo que es ejercerlo (Hondagneu-Sotelo, 2007: 3-28).

A nivel meso, existe una característica importante que hace más difícil la organización de este sector: las empleadas del hogar trabajan en la “sombra”, es decir, en espacios privados donde, como ya se dijo, no existen mecanismos de regulación pública y, por otro lado, suelen estar aisladas de otras trabajadoras; lo común es que una empleada labore sola en una casa. Ello implica estar en una condición de inferioridad numérica y simbólica ante sus empleadores, situación contraria a, digamos, una fábrica, una tienda de alimentos o el sector agrícola, donde suelen existir más trabajadores/as con quienes hacerle frente a los empleadores y organizarse, desde el espacio laboral, para exigir mejores condiciones de trabajo. Estas circunstancias han hecho que, históricamente, ciertos sindicatos y confederaciones sindicales vieran a las trabajadoras del hogar como “inorganizables” (Nadasen, 2015).

Existe, no obstante, otro factor que dificulta a muchas trabajadoras del hogar buscar mejores condiciones laborales: los vínculos emocionales que muchas empleadas generan con quienes las contratan, los cuales pueden ser usados para desmovilizar a las trabajadoras. Así, dado el trabajo emocional realizado por las empleadas, y los sentimientos de amor, compasión y fraternidad que muchas de estas sienten por quienes cuidan, muchas de ellas ven como una traición pedir mejores condiciones laborales a quienes les pagan.

En este capítulo se problematizará lo emocional como una forma desmovilizadora. Así, se abordará cómo el trabajo emocional realizado por las empleadas del hogar, y los vínculos entre ellas y sus empleadores, pueden jugar en contra de sus capacidades de organización y movilización. En particular, se hará desde la noción de

¹ La misma OIT reconoce que, en una investigación realizada en 108 países, 88% de ellos tiene leyes que, total o parcialmente, reconocen y/o protegen a las y los trabajadores del hogar. Esto es un avance importante. Sin embargo, además de analizar a detalle cuáles son las diferencias entre las leyes nacionales para entender hasta dónde las mismas realmente son una fuente de protección, el hecho es que la principal norma internacional en la materia, la Convención 189, ha sido ratificada en muy pocos Estados. Para un análisis un poco más detallado, véase ILO (2021: 58-93).

“trabajo emocional”, elaborado por Arlie Hochschild, así como desde la “retórica del amor” propuesta por Qayum y Rei, y el maternalismo formulado por Judith Rollins.

La primera parte de este capítulo explica el marco teórico desde el cual se analiza el papel de los vínculos emocionales como dinámica desmovilizadora de las trabajadoras del hogar. En dicho apartado se desarrollará la propuesta de Arlie Hochschild sobre trabajo emocional, la “retórica del amor” y el maternalismo. La segunda parte del capítulo incorporará a esta discusión el papel de las relaciones afectivas entre trabajadoras y empleadoras como elemento desmovilizador de las primeras. En particular, me centraré en las implicaciones de la retórica del amor y el maternalismo para añadir una mayor complejidad al análisis de las dificultades para articular a este sector laboral. La última parte serán las conclusiones.

Marco teórico

La convención 189 de la OIT define trabajo doméstico remunerado como aquella labor realizada en uno o varios hogares por una persona contratada para realizar ciertas funciones (ILO, 2011, art. 1). Si bien dentro de esta definición entran los jardineros, mayordomos y choferes, 76% de quienes laboran en casas particulares son mujeres, quienes suelen dedicarse a la limpieza, cocinar, cuidar de niños(as) y/o adultos(as) mayores, así como de personas enfermas (ILO, 2021). Además, salvo en el Medio Oriente, donde hay un porcentaje mayor de hombres que de mujeres en esta ocupación, en el resto de las regiones del planeta, el porcentaje de mujeres suele ser mucho mayor, rozando 90% de quienes hacen esta labor (*ibid.*). Por ello, nos enfocaremos en las dinámicas desmovilizadoras de las mujeres trabajadoras del hogar.

En general, las mujeres que laboran en este sector suelen dividirse en cuatro subgrupos: aquellas que son contratadas para hacer un poco de todo lo mencionado; las niñeras —se ocupan solo del cuidado de bebés y niñas—; cuidadoras —contratadas para ocuparse de adultos y adultas mayores, así como de personas enfermas—, y limpiadoras —se les paga exclusivamente para hacer el aseo del hogar. De igual manera, hay quienes son contratadas por unas horas, por media jornada, jornada completa, o quienes habitan en los hogares donde trabajan. Estas últimas suelen ser las más explotadas.

Por lo general, la labor emocional llevada a cabo por las trabajadoras del hogar, y las relaciones interpersonales entre empleadas y empleadores suelen oscurecer los límites de los derechos de las trabajadoras, bajo la noción de que ellas “son parte de la familia” —volveré a esto más adelante. El trabajo de Arlie Hochschild sobre labor

emocional resulta indispensable para analizar las dificultades que las trabajadoras del hogar suelen tener para organizarse y pedir mejoras laborales. La sección siguiente aborda las principales aportaciones de esta socióloga y su utilidad para entender la complejidad de las empleadas del hogar.

Trabajo emocional y empleadas del hogar

Arlie Hochschild fue una de las pioneras en el análisis de las emociones en los entornos laborales. Ha producido una vasta obra al respecto. En particular, esta autora abrió el camino para pensar y reconocer como un elemento central el manejo de las emociones en empleos desempeñados predominantemente por mujeres, como el cuidado y el trabajo del hogar, distintas ocupaciones en el sector servicios —meseras, aereomozas—, el educativo —maestras—, el terapéutico o el trabajo en *call-centers*. De acuerdo a esta autora, el “nuevo ícono laboral es una trabajadora de servicios haciendo labor emocional” (Hochschild, 2013: 25).

Por trabajo emocional, Hochschild se refiere a aquella labor que “requiere de la empleada inducir o reprimir un sentimiento para generar un adecuado estado mental en otras personas [...]. Utilizo el término trabajo emocional para referirme al manejo de un sentimiento mostrado facial y corporalmente, y desplegado en público; el trabajo emocional es vendido por un salario [o pago] y, por lo tanto, tiene valor de cambio” (Hochschild, 1983: 7).²

Los empleadores/clientes/consumidores que pagan por un trabajo emocional esperan una “buena actitud” de toda persona llevando a cabo esta labor: “cuanto más natural parece, menos se muestra su trabajo como trabajo” (*ibid.*: 169). Hochschild habla de dos formas básicas mediante las cuales se realiza trabajo emocional: la “actuación superficial” (*surface acting*, en inglés) y el “actuar profundo” (*deep acting*, en inglés). El primer tipo de actuación implica poder “disfrazar” lo que sentimos, o pretender sentir algo que realmente no sentimos. Dicho de otra manera, “podemos engañar a otros sobre lo que realmente sentimos, pero no a nosotros/as mismos/as” (*ibid.*: 33). La actuación profunda radica en desplegar de forma

² La misma autora explica cómo, para ella, trabajo, labor o manejo emocional son sinónimos. Si bien empezó usando *Emotional Work*, en general se decantó por *Emotional Labor*, que en español se ha traducido como trabajo emocional. Para el primer análisis en este rubro véase Hochschild (1979: 551-575).

“natural” un sentimiento; es “un sentimiento real auto-inducido” (*ibid.*: 35). Las empleadas del hogar pueden actuar superficialmente, fingiendo estar en el estado emocional esperado, o actuar profundamente, es decir, genuinamente llevando a cabo las acciones emocionales esperada por el empleador —para ver un ejemplo de lo intrincado y complejo del actuar superficial y profundo en las trabajadoras del hogar véase Piñeyro (2020b: 81-100).

Hochschild apunta un elemento central para entender el trabajo emocional: las emociones socialmente permitidas y reprobadas de acuerdo al género. Es decir, a los hombres se nos enseñan, fomentan y limitan ciertas emociones, mientras que a las mujeres se les enseñan, fomentan y limitan otras (véase tabla 1). Lo anterior se lleva a cabo mediante la socialización que tenemos en distintos ámbitos —familiar, escolar, laboral, religioso. Estas pautas de conducta se suelen reproducir en la mayoría de los espacios colectivos de los cuales formamos parte. Pero, a su vez, dichas pautas también enseñan qué, cómo y cuánto tiempo es aceptada una emoción. A esto Hochschild le llamó las “reglas del sentir”. Las reglas del sentir son “marcadores emocionales” sobre lo que deberíamos sentir y sobre lo que “supuestamente sentimos” (Hochschild, 1983: 58), de acuerdo a nuestro género.

Las empleadas del hogar en sus distintas subocupaciones —niñeras, cuidadoras, limpiadoras de casa, así como quienes realizan las tres tareas—, están socializadas, como la mayoría de las mujeres, a manifestar y reprimir ciertas emociones “correspondientes” a su género y bajo las reglas del sentir acorde con esto. Y es desde allí que la mayoría realiza trabajo emocional. En el caso de las trabajadoras del hogar, como el de las mujeres en general, se espera que muestren amor, cariño, ternura, “buena actitud” y disposición al cuidado de otras personas. Sin embargo, dicha labor emocional no suele ser remunerada, se cree como una parte dada dentro de su ocupación; a las trabajadoras se les paga por limpiar, cocinar, jugar, lavar ropa, etc., incluso para aquellas contratadas solo para cuidar. En otras palabras, se les reconoce y retribuye por su labor física, pero no por su trabajo emocional, aunque se espera lo lleven a cabo dentro de su rutina. Pero, “el trabajo emocional implica direccionalidad, intención y esfuerzo. En ese sentido, se realiza un ‘trabajo’ de verdad” (Hochschild, 2013: 27).

Tabla 1. Ejemplos de reglas del sentir según los patrones de género

Emociones en las mujeres		Emociones en los hombres	
<i>Permitidas</i>	<i>No permitidas</i>	<i>Permitidas</i>	<i>No permitidas</i>
Sensibilidad	Rabia	Rabia	Tristeza
Tristeza	Enojo	Enojo	Amor (romántico)
Duelo	Orgullo	Orgullo	Miedo
Amor (romántico)	Dignidad	Dignidad	Sensibilidad
Ansiedad	Indignación	Duelo	
Miedo	Odio	Ultraje	

FUENTE: Tabla tomada de Gravante (2020a: 168).

Como ya se mencionó, se espera que las trabajadoras del hogar sean, generen o muestren, emocionalmente hablando, felicidad, comodidad, seguridad y bienestar hacia sus empleadoras y sus familias. En especial, las niñeras y cuidadoras, se espera en todo momento críen y se encarguen de manera amistosa de quienes se ocupan. Por otro lado, también se espera que las trabajadoras del hogar manejen sus estados de ánimo; los empleadores no quieren a una empleada triste o enojada en sus casas cuidando a un ser querido. Quieren a alguien que pueda presentarse en el trabajo —aparente o realmente— feliz, diligente y paciente.

Así, independientemente de si las trabajadoras actúan superficial o profundamente, se espera que brinden consuelo emocional a los empleadores y sus familias y que estén emocionalmente disponibles para lo que la ocasión exija. Como menciona De Vault (2014: 782), al reprimir sentimientos como la ira, la enfermedad o la tristeza, las empleadas suelen llevar a cabo “interacciones micro invisibles” poco reconocidas y recompensadas por sus empleadores.³ Por lo tanto, esta ocupación puede “fundir” a los trabajadores física, mental y emocionalmente (Wharton, 2009: 159). Además, esta dinámica se basa en una relación asimétrica: las trabajadoras necesitan mostrar ciertas emociones mientras que los empleadores y sus familias no (*ibid.*: 154).

Todo lo anterior nos lleva a preguntar: ¿Es disfrutable hacer trabajo emocional? La respuesta depende. Hay trabajadoras del hogar que disfrutan mucho realizar dicha labor (Hochschild, 2013: 25-27; Hondagneu-Sotelo, 2007; Ibarra, 2010: 117-131; Piñeyro, 2020b: 55-99), así como hay otras que no (Hondagneu-Sotelo, 2007; Pi-

³ La película *Roma* (2018), de Alfonso Cuarón, retrata muy claramente este tipo de actitudes y dinámicas.

ñeyro, 2020b: 55-99). Hay empleadas realizando trabajo emocional que incluso se desapegan y se “alienan” de sus emociones, como una forma de protegerse emocionalmente a sí mismas (Hochschild, 2011: 21-33).

El trabajo emocional, profundo o superficial, suele generar cierto apego y amor por parte de las trabajadoras del hogar hacia quienes cuidan (Hochschild, 2013: 25-27; Hondagneu-Sotelo, 2007; Ibarra, 2010: 117-131; Piñeyro, 2020b: 55-99). Y es normal; a diferencia de otras labores donde la labor emocional (Hochschild, 1983, 2013) o íntima (Boris y Parreñas, 2010; Poster *et al.*, n.d.; De Vault, 2014) juega un papel importante, el trabajo de cuidados, implícito dentro de las tareas de las trabajadoras del hogar, genera un contacto directo, profundo y largo entre las personas contratadas y a quienes atienden; las trabajadoras pueden ver a las familias en uno de los espacios más íntimos posibles, como es el hogar. Allí pueden conocer los problemas interfamiliares, económicos, de salud, etc., de quienes habitan estas casas. Y, si bien las conexiones emocionales entre empleada y empleadores pueden ser genuinas, muchas veces estos las aprovechan para explotarla aún más y evitar que las trabajadoras pidan mejores condiciones laborales. Por ende, las dinámicas relacionales, de poder y emocionales entre empleadores-trabajadora juega un papel fundamental en la desmovilización de este sector. En particular, existen dos mecanismos utilizados para ello: la “retórica del amor” y el “maternalismo”.

Qayum y Ray (2010) denominan “la retórica del amor” a los discursos del “eres como de la familia”, “los niños te quieren tanto”, utilizados por los empleadores para crear una conexión, a veces falsa, a veces genuina, entre ellos y las empleadas del hogar. La “retórica del amor” es muy común, y con ello se llega a lograr tener a las empleadas laborando por periodos más largos sin recibir pago extra, pagarles con retraso, cambiarles sus horarios laborales o agregarle deberes a su turno de trabajo —por ejemplo, llevar al perro a pasear. Un caso típico es pedirle a la trabajadora cuide unas horas extra gratis a un adulto mayor porque este “se pone triste cuando no estás”.

Por otro lado, los empleadores a menudo intentan crear una relación emocionalmente jerárquica con sus empleadas, basadas en las “reglas del sentir” acordes al género y a la profesión de estas. Judith Rollins llama a esto maternalismo: los empleadores ven a las trabajadoras del hogar como niñas, es decir, incapaces de cuidar de sí mismas. Por ende, la empleadora actúa de manera cariñosa dándole a la trabajadora “regalos [como ropa usada], prestándole dinero, explicándole cómo funcionan las facturas, llamando a su nombre a centros comerciales [...] o intercediendo por ella ante el sistema legal” (Rollins, 1985: 189). Dicha dinámica maternal puede ser vista como una manera de “apoyo intrafamiliar” en la cual entran en cuestión el cui-

dado y el amor (*ibid.*: 179). En la siguiente sección analizaremos cómo la “retórica del amor” y el “maternalismo” influyen en la desmovilización de las trabajadoras del hogar.

Análisis

La “retórica del amor” y el “maternalismo” como procesos desmovilizadores

Vincular una mirada sobre la intimidad del trabajo del hogar ayuda a tener un conocimiento más profundo sobre las dificultades que muchas empleadas tienen para demandar mejores condiciones laborales. Permite incorporar dentro del análisis los contextos y las situaciones familiares dentro de un hogar que es, a su vez, un espacio laboral. Pero, además, amplía la mirada de las relaciones individuales empleada-empleador o empleada-persona a la cual cuida, y pone atención a lo que ocurre en el lugar de trabajo. Así, por ejemplo, se reconocen los problemas laborales que puede tener el empleador, o las dificultades escolares de uno de los hijos, y la forma en la que estas situaciones impactan en el entorno laboral de las trabajadoras del hogar y en ellas mismas, tanto en lo laboral como en lo emocional.

Muchas trabajadoras del hogar tienden a formar lazos emocionales con sus empleadores y sus familias. Se preocupan por el bienestar de las personas para las que trabajan, especialmente por las niñas(os) y adultas(os) mayores. En parte se debe al trabajo emocional que realizan cotidianamente con estas personas, como por el ámbito de intimidad existente cuando se labora en una casa privada. Aunque estas conexiones pueden tener un efecto positivo en los derechos de las trabajadoras —traducido en buenos tratos y buena paga—, muchas veces estas relaciones sirven para reducir los estándares laborales y aumentar el abuso hacia las empleadas.

Una forma de lograr lo anterior es mediante los discursos de amor utilizados por los empleadores hacia las trabajadoras, la mencionada “retórica del amor”. Frases como “los niños te quieren mucho”, “qué haríamos sin ti” y, sobretodo, el “tú eres como de la familia”, son parte de un repertorio que muchos empleadores usan para crear un falso sentido de identidad compartida entre ellos y las empleadas. Muchas trabajadoras, a su vez, dicen “amar”, “preocuparse” y sentir compasión por sus empleadores y sus familias.

Esta imbricación entre los reales o supuestos lazos amorosos entre las trabajadoras y sus empleadores suele tener un efecto desmovilizador para las empleadas. Ya que, como dice una trabajadora del hogar y líder dentro de la Alianza Nacional de Trabajadoras del Hogar de Estados Unidos (National Domestic Workers Alliance,

en inglés):

...cuando los empleadores nos dicen que somos “parte de la familia”, parece ser una manera de neutralizar [la relación empleada-empleador]. Este discurso es una manera de decirnos “deberías de confiar en mí” [la empleadora], porque ¿en qué miembros de nuestras familias no confiamos? (Piñeyro, 2020b: 86-87).

La sensación de traición descrita por las trabajadoras del hogar hacia sus empleadores y familiares si se pide, por ejemplo, un mejor sueldo o menos horas de trabajo, es un elemento con mucho peso en esta profesión.

La “retórica del amor” y el trabajo emocional desarrollado por las empleadoras del hogar hacen más complicado para estas percibir las formas de manipulación emocional⁴ utilizada por los empleadores y desactivarlas, que en otras profesiones donde también se ejerce trabajo emocional. En primer lugar, las trabajadoras tienen una cercanía a la intimidad de las personas que las contratan inexistente en otras profesiones donde también se hace labor emocional, como la docencia, mucho del sector servicios, las aeromozas o en los *call centers*, (Hochschild, 1983 y 2013: 25). Las empleadas del hogar ven y conviven de manera directa en estos espacios privados para la mayoría de las personas y, ya sea que realicen labor emocional profunda o superficial —o una mezcla—, se inmiscuyen y van conociendo, muchas veces a profundidad, las vidas de quienes las contratan y a sus familias. Conocen sus días buenos y malos. Y eso puede provocar en ellas cierta flexibilidad y/o resignación al momento de pedir derechos laborales. Un ejemplo: si el/la principal proveedor/a económica de la familia se queda sin trabajo, pocas trabajadoras le dirán a sus empleadores que les paguen a tiempo o completo. No obstante, el empleador en escasez económica le sigue pagando en tiempo y forma a otras personas que le brindan servicios —doctores, arrendadores, lavacoches, etcétera.

Lo anterior no significa que todas las trabajadoras del hogar no noten estas prácticas manipulativas. Muchas lo hacen, pero prefieren mantenerse en estos empleos mal pagados y explotados por distintas cuestiones: han laborado en otras ocupaciones tan o más explotadoras a la que tienen, como obreras o campesinas. O, dado su estatus migratorio o su nivel de escolaridad, el empleo del hogar es una de las pocas alternativas de trabajo que tienen a su alcance. Además, incluso cuando se dan condiciones de explotación dentro de las mismas, las trabajadoras del hogar valoran

⁴ En pocas palabras, la manipulación emocional ocurre cuando los empleadores usan los vínculos amorosos de las empleadas del hogar para obtener trabajo no pagado y evitar quejas para mejorar sus condiciones laborales. Para mayor detalle, véase Piñeyro (2022: 149-155).

positivamente cierta flexibilidad —algunas veces— posible dentro de su profesión. Por ejemplo, poder llevar a sus hijos/as a trabajar si uno de ellos se enferma —aunque eso implique la doble carga de laborar y cuidar a sus hijos/as.

Los empleadores pueden utilizar conjuntamente la “retórica del amor” y el maternalismo para paliar ciertas incomodidades laborales y salariales de las trabajadoras. Si bien “ayudarle” a una empleada regalándole ropa usada puede parecer algo bueno, el maternalismo basa su lógica en una relación superioridad-subordinación. Rollins cita a Mauss para explicar esto: “dar es mostrar la superioridad de uno [...]. Aceptar sin devolver o pagar más es enfrentarse a la subordinación para convertirse en cliente y en subordinado” (Rollins, 1985: 192). Como ya se mencionó, el maternalismo también infantiliza a las trabajadoras. En otras palabras, el maternalismo parte de la idea de que hay personas más y menos capaces; hay quienes pueden hacer el trabajo pesado e indeseado dentro de una casa —las empleadas del hogar— quienes, a cambio, serán tutoradas y “cuidadas”, desde una lógica caritativa, por parte de quienes se benefician de su trabajo. Se trata, pues, de una “relación unidireccional” (Hondagneu-Sotelo, 2007: 172).

Andrea de la Hidalga resume la complejidad de esta relación:

El trabajo del hogar se puede entender como una tensión constante entre el *maternaje* y la lógica laboral [En ese sentido, el maternalismo es] un mecanismo para entablar una relación entre la trabajadora y la empleadora que permite evadir de manera “cordial” obligaciones laborales, escondiendo diversas formas de explotación, a cambio de algunos apoyos, protección y cuidado, que se caracterizan, también, por una cierta actitud maternal de cariño y preocupación por el bienestar de las trabajadoras, pero con ciertas reservas y desde una posición que las infantiliza (De la Hidalga, 2019: 81-82).⁵

⁵ Hondagneu-Sotelo (2007, 172-209), propone la idea del “personalismo” como una alternativa empleador-trabajador. A diferencia del maternalismo, el personalismo es una “relación bilateral que implica que dos individuos se reconozcan”, no solo dentro del vínculo laboral, sino “como personas inmersas en un conjunto único de relaciones sociales, y con aspiraciones particulares” (*ibid.*: 172). La autora llegó a la conclusión de que las empleadas del hogar quieren ser reconocidas por sus empleadores. “Quieren más cercanía y consideración de su personalidad por parte de sus empleadores” (*idem.*). Sin embargo, Hondagneu-Sotelo reconoció que, si bien el personalismo es una relación bidireccional, no deja de ser una relación desigual: “En ausencia de salarios justos, horarios razonables y autonomía laboral, el personalismo por sí solo no es suficiente para mejorar el trabajo del hogar remunerado” (*ibid.*: 208). Abonando a este debate, he planteado la lógica contractualista de algunas empleadas del hogar, es decir: establecer derechos y obligaciones claros desde el principio con quienes las contratan, preferiblemente firmando un contrato. Con ello, se busca romper con el maternalismo y la “retórica del amor” descrita anteriormente, y basar en primer lugar la relación entre ambas partes en lo que es: una relación laboral (Piñeyro, 2020b: 88-94).

La “retórica del amor” y el maternalismo juegan un papel importante en la desmovilización de las trabajadoras del hogar. No solamente por la confusión emocional que generan en las empleadas; encariñarse con las personas con las cuales se trabaja, recibir algunas muestras de “cariño” dentro de los contextos tan difíciles en los cuales se encuentran la mayoría de las empleadas, puede generar “sentimientos encontrados”. Y, aunado a las reglas del sentir basadas en el género, el maternalismo y la “retórica del amor”, logran generar una lealtad hacia quienes las contratan y hacia sus familias. Dicha lealtad puede ser “superficial” o “profunda”. En el primer caso, se sabe que existen peores empleadores o trabajos, como los agrícolas o en fábricas, por tanto, se acepta el abuso al que son expuestas dado que siempre puede existir algo peor. Ante ello, las trabajadoras agradecen las muestras de “cariño” provenientes de la retórica del amor y del maternalismo.

En el caso de la lealtad profunda, las trabajadoras mantienen un vínculo emocional fuerte con sus empleadores, el cual les permite sobrellevar las duras cargas de trabajo, tanto físicas como mentales y emocionales. Y eso les suele aligerar el hecho de saber que se están aprovechando de ellas. Así, el amor hacia los empleadores y sus familias se usa como un “escudo” emocional con el cual las empleadas autojustifican sus condiciones laborales. Y, ya sea la lealtad superficial o la profunda, las dos suelen tener un impacto negativo en la capacidad de las trabajadoras del hogar para levantar sus voces en busca de mejores condiciones laborales.

A pesar del maternalismo, la “retórica del amor” y las condiciones estructurales y personales que hacen difícil la movilización de las empleadas del hogar, esta fuerza laboral se organiza para mejorar sus condiciones de trabajo. Existen diversas organizaciones de trabajadoras del hogar en todo el mundo movilizándose para obtener la promulgación de derechos laborales en legislaciones estatales que regulen la relación empleada-empleador, así como para romper con las prácticas desmovilizantes anteriormente descritas (Bapat, 2014; Bernardino-Costa, 2014; Boris y Klein, 2012; Chun, 2009; Fish, 2017; Piñeyro, 2018, 2020a, 2020b y 2022; Rojas y Contreras, 2018). Además de la disputa jurídica, la creación de espacios colectivos para las trabajadoras del hogar es otra estrategia utilizada para poder romper con los efectos negativos de la “retórica del amor” y del maternalismo. En estos espacios colectivos, las empleadas pueden compartir sus experiencias de vida, aprender técnicas de negociación y resignificar su labor como algo digno y por lo cual sentir orgullo y, por ende, reivindicar sus derechos laborales (Piñeyro, 2020a y 2020b: 102-202). Sin embargo, proporcionalmente hablando, siguen siendo pocas las empleadas incorporadas a procesos colectivos para superar las dinámicas, estructurales y micro-interactivas, descritas.

Conclusiones

La intención de este texto ha sido develar las particularidades del empleo del hogar remunerado para entender por qué, a pesar de ser una de las ocupaciones más nutridas en el mundo, es tan difícil que dicho sector se organice para mejorar sus condiciones laborales y de vida. Y, como se ha expuesto, el papel emocional dentro del trabajo del hogar remunerado, así como el laborar en un espacio tan íntimo como las casas de las personas, y el conocimiento de sus condiciones cotidianas con tanta profundidad, hace una mezcla desmovilizante no vista en la mayoría de las ocupaciones. Como dice Hochschild, no se trata solo de entender las emociones circundantes —en este caso— dentro del empleo del hogar remunerado, sino de comprender las dinámicas que las “gobiernan” y son usadas por trabajadoras y empleadores. Es develando los mecanismos de control emocional y sus complejidades como se les puede disputar y, eventualmente, cambiar (Hochschild, 1979: 568).

El trabajo emocional “es trabajo”, y cansa mucho. A su vez, llevar a cabo trabajo emocional de forma constante puede resultar en la generación de sentimientos genuinos de amor, compasión y felicidad, las cuales desemboquen en conexiones emocionales profundas. Si bien las personas realizando trabajo emocional sufren un desgaste emocional, las trabajadoras del hogar, en sus distintas subocupaciones, lo suelen sentir más. Y no solo por las implicaciones de cuidar a un infante, adulto mayor, o por la intimidad de dicha ocupación, sino por las estrategias utilizadas por muchos empleadores para “jugar con sus emociones”. Por un lado, la dinámica de “camaradería” e “indispensabilidad”, manifiesta en la “retórica del amor”, pueden ser “sentidas” como verdaderas por las empleadas, simple y sencillamente porque así lo sienten. No obstante, estas frases suelen ser usadas para encubrir abusos y explotación laboral.

La estrategia maternalista se vuelve otro elemento desmovilizador, a veces de gran calado, y junto con la “retórica del amor” no solo se entienden por el factor emocional. Parte de la explicación está en la situación estructural de vulnerabilidad a la cual están expuestas muchas trabajadoras del hogar, quienes suelen provenir de estratos humildes, tener un origen inmigrante, ser madres solteras, sin redes sociales en las ciudades donde laboran, etc. Por ende, ante las “muestras” de afecto dentro del maternalismo, se generan vínculos de lealtad hacia sus empleadores, y también sentimientos de culpabilidad al pensar en, por ejemplo, pedir se les respete su tiempo de asueto.

Parte esencial de la desmovilización de las trabajadoras del hogar es que su labor emocional no es remunerada, ni es socialmente vista como fundamental. Se da

por hecho que es igual o menos importante que cocinar, limpiar o tender ropa. Ello desvaloriza su papel dentro de los hogares en los que se emplean. Pero, siendo que mucha de su labor es emocional, la “retórica del amor” y el maternalismo pueden ser vistas por las trabajadoras, o como una manera mínima de reconocimiento a su labor emocional —aunque ello no reditúe en mejores condiciones laborales y salariales—, o como una forma de cubrir e incluso ampliar la explotación laboral a la cual suelen estar sujetas. Aunque estas últimas suelen ser las menos.

No obstante, la movilización de las empleadas del hogar por ser reconocidas como empleadas con derechos y obligaciones, como otros sectores formales, aunado al trabajo de base hecho por muchas de estas organizaciones, está ayudando a que tanto la “retórica del amor” como el maternalismo sean cada vez más cuestionadas, y la relación empleada-empendedor se base fundamentalmente en lo que debería de ser: una relación de trabajo, no una relación interpersonal. Si bien falta mucho para poder romper con estas dinámicas, esperamos que develando algunos de los mecanismos utilizados para oscurecer las relaciones de explotación descritas en este capítulo, ayude a dimensionar los retos organizativos de este sector laboral, para así poder pensar en formas de contrarrestarlas.

LA RELACIÓN ENTRE EMOCIONES, PRÁCTICAS Y VALORES EN EL ACTIVISMO DE BASE PREFIGURATIVO

*Tommaso Gravante**

Introducción

El término “política prefigurativa” se refiere a una orientación política basada en la premisa de que los fines y los objetivos de un movimiento social son fundamentalmente moldeados por los medios que el mismo movimiento emplea para alcanzarlos. Es decir, los activistas buscan, en los límites de lo posible, una coherencia entre medio y fines, haciendo todo lo posible en elegir medios y prácticas que encarnan o “prefiguran” el tipo de sociedad que quieren crear. En otras palabras, la práctica prefigurativa anticipa o representa de alguna forma algunas características del “mundo alternativo” en el presente, como si este se fuese realizando.

El concepto de prefiguración política fue usado por primera vez en el campo de los estudios de los movimientos sociales y de la protesta por Carl Boggs (1977), como una interpretación política de los movimientos sociales que se oponía directamente a la visión del marxismo estatalista. Sucesivamente, la Nueva Izquierda de Estados Unidos utilizó el concepto para destacar las tensiones que habría entre la importancia de la comunidad o de la organización en los movimientos sociales (Breines, 1989; Epstein, 1991). El concepto asumió relevancia en el estudio de los así llamados “nuevos movimientos sociales”, en cuanto resultó un concepto que se incrustaba en la orientación política de estos nuevos sujetos, como el movimiento feminista, el ecologista o el pacifista, entre otros. Además de vincularse directamente en el debate que había alrededor de la estrategia y la cultura en ese campo de estudio. Actualmente, es un concepto que ha jugado un rol importante al analizar las actividades de los movimien-

* Investigador del CEIICH-UNAM <gravante@ceiich.unam.mx>, coordinador del Laboratorio sobre Activismos y Alternativas de Base (Lacab) <www.lacab.org>.

tos contemporáneos, como el movimiento alter-globalización (Maeckelbergh, 2011; Juris, 2008), la acción directa ambientalista (Szerszynski, 1999), los centros sociales (Futrell y Simi, 2004; Polletta, 1999; Yates, 2014), las prácticas alternativas de consumo y suministro (Portwood-Stacer, 2012; Gravante, 2019) o la ocupación de espacios públicos en las protestas de 2011 (Juris, 2012; Razsa y Kurnik, 2012).

A pesar de su utilidad de análisis en el estudio del activismo de base, el enfoque de la prefiguración política ha sufrido diferentes prejuicios por parte de los mismos investigadores en movimientos sociales. Estos prejuicios se basan principalmente en dos aspectos que emergen cuando se propone este tipo de enfoque: uno es ¿cómo se puede considerar un movimiento social entero como prefigurativo?; y el otro ¿cómo se puede comprender si una práctica es prefigurativa o estratégica? Esto ha llevado a un *impasse* en la aplicación de este enfoque en el estudio de los movimientos sociales, y que se manifiesta en un reducido número de aplicaciones.

En este capítulo intentaré proponer una vía de salida, primero especificando qué sujeto social es el más apto para este enfoque; y segundo proponer, por medio del vínculo entre prácticas-valores-emociones, una operacionalización de las características prefigurativas.

Prefiguración política: ¿quién puede estudiar con este enfoque?

El teórico social Carl Boggs definió la prefiguración política como “la personificación, dentro de las prácticas políticas en desarrollo en un movimiento, de aquellas formas de relaciones sociales, tomas de decisiones, culturales y de experiencias humanas, que representa el objetivo final” (1977: 100). Concepto que, desde Boggs, se ha asociado generalmente con los grupos anarquistas y los colectivos que practican la acción directa no-violenta.

Punto central en la definición de prefiguración política es que estas prácticas, más que seguir la lógica de los fines, justifican los medios; los medios de la política prefigurativa reflejan, o son, de cualquier manera, equivalentes a los fines (Calhoun, 1993; Franks, 2003; Maeckelbergh, 2009; Rucht, 1988). De esta manera, las prácticas políticas llevadas a cabo por los movimientos sociales resultan ser “prefigurativas” cuando cumplen determinadas condiciones en cómo son realizadas —importancia del *doing*. Un típico ejemplo es el uso del consenso como mecanismos de toma de decisiones (Maeckelbergh, 2009, 2011), de esta forma, la práctica del consenso prefigura una componente de la democracia a que aspiran estos grupos. Otro, es el uso de la acción directa. La acción directa prefigurativa es, en pequeña escala, una expresión sinécdoque de los objetivos del movimiento social, como por ejemplo la acción di-

recta de liberación animal de los movimientos animalistas se vincula a los objetivos y valores antiespecistas del movimiento que busca la igualdad entre animales, así sean humanos o no humanos.

Desde los años noventa, la prefiguración política se ha utilizado también para caracterizar los entonces llamados “nuevos movimientos sociales”, donde la cultura y la identidad tomaban una dimensión política y, por tanto, iban a representar nuevas variables de análisis para la comprensión de movimientos como el feminista, el ecologista y el LGBTQ+, entre otros. De hecho, la mayoría de los movimientos sociales recientes han sido etiquetados como prefigurativos o con una orientación prefigurativa: como el movimiento alter-globalización en los años 2000 (Juris, 2008), los movimientos contra la austeridad y por una nueva democracia que se dieron entre 2010 y 2013 (Flesher, 2014), movimientos de consumidores y de economía solidaria (Forno y Graziano, 2014; Schlosberg y Craven, 2019) donde las prácticas y proyectos son regularmente definidos como prefigurativos. Por ejemplo, Juris (2008), en su estudio sobre los movimientos alter-globalización, describe la “literaria personificación” de los protagonistas en las redes alternativas por medio de la “prefiguración de alternativas utópicas” (*ibid.*, 131).

Claramente, ninguna de las prácticas de estos grupos o proyectos es nueva, pero la característica prefigurativa, es decir, el significado que estas prácticas tienen para los activistas resulta cada vez más importante para comprender estos fenómenos sociales que son escasamente contabilizados en la literatura sobre participación política y movimientos sociales. A pesar de esto, este enfoque ha sido criticado por algunos académicos por ser ineficaz para el análisis de estos movimientos (Yates, 2021).

Esta crítica no es del todo falsa si consideramos un movimiento social como una red de relaciones informales, es decir, un conjunto de relaciones no formalizadas entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones (Della Porta y Diani, 2011), resulta que los distintos sujetos que componen el movimiento, a pesar de tener un objetivo político común, difieren en prácticas, valores y estrategias. Por tanto, resulta difícil analizar un movimiento social entero bajo el enfoque de la prefiguración política. Consideramos, por ejemplo, la red de actores que componía el así llamado Movimiento por la Justicia Global (MJG) o también Alter-globalización, se puede observar una enorme diferencia de valores y prácticas entre ellos (Della Porta, 2007). Tanto en Italia, Alemania, Francia o España, solo para citar algunos países presentes en la investigación (*ibid.*), el MJG se componía de una red de actores muy diversos entre ellos, desde los anarquistas hasta la izquierda antimperialista, desde las organizaciones de la sociedad civil, como ATTAC, a los grupos católicos de base. A pesar de que los actores presentes tenían objetivos políticos comunes, obviamente las

prácticas y los valores de grupo de los anarquistas son muy diferentes de los grupos antimperialistas, de los católicos de base o de las ONG legalistas. Prácticas y valores que iban desde el DIY, la acción directa, la asamblea horizontal, el antiautoritarismo, hasta la delega, la jerarquía, el liderazgo y la fe. En fin, resulta efectivamente difícil considerar el MJG como un movimiento prefigurativo en su totalidad. Por tanto, aunque algunos autores como Graber, Juris o Pleyers reconocen una orientación prefigurativa del MJG, la aplicación de este enfoque de análisis al movimiento es efectivamente ineficaz. Este discurso podríamos hacerlo para cualquier otro movimiento social, como por ejemplo el actual movimiento feminista o el climático que, a pesar de tener determinados objetivos compartidos por sus participantes, la relación entre prácticas y valores, y la búsqueda de coherencia entre medios y fines cambia de grupo en grupo. Entonces, ¿quién puede estudiar con este enfoque?

El enfoque de la prefiguración política es particularmente apto para analizar grupos o colectivos de base cuyos miembros comparten un conjunto de valores, prácticas y que se caracterizan por una identidad colectiva y cultura emocional propias. Otra condición necesaria es que estos grupos, además de participar y estar involucrados en un movimiento social —así como pasa usualmente— tengan una comunidad de referencia territorial, como puede ser un barrio o una ciudad, virtual como las comunidades del FLISOL,¹ o ideológica como son los grupos anarquistas. Comunidades con las cuales se desarrollan proyectos de alternativas sociales, como son los huertos urbanos, los espacios sociales ocupados, la protección y reforestación de áreas verdes, la creación de panaderías comunitarias, mercados agroecológicos a kilómetro cero, la creación e instalación de *software* libre, refugios y apoyo para migrantes, etc. Es decir, proyectos que reflejan los valores de los grupos y donde emerge un proceso de politización de la vida cotidiana.

El proceso de politización de la vida cotidiana resulta muy importante en el enfoque prefigurativo, en cuanto permite a los protagonistas reflexionar, debatir y crear otras narrativas alrededor de distintos aspectos como por ejemplo el de cuidado, la vivienda, la alimentación, la cultura, la naturaleza, las relaciones sociales, las desigualdades, etc., y construir un marco de injusticia (*injustice frame*) alrededor de estos problemas y eventualmente individuar los responsables políticos de estos problemas. Es muy importante que, a lo largo de este proceso para los protagonistas, las prácticas de la vida cotidiana sean completamente indistinguibles desde otras prácticas políticas. Esto los lleva a desarrollar “otra” definición del hacer político. Y es precisamente en esta “otra” forma de hacer política que podemos individuar los aspectos

¹ Festival Latinoamericano de Instalación de Software Libre <<https://flisol.info/>>.

prefigurativos del futuro deseado y que se están experimentando en el presente. En la tabla 1 resumo algunos de estos aspectos. En la sección que sigue abordaré la importancia de insertar la dimensión emocional en este tipo de enfoque, en cuanto nos ayuda en el proceso mismo de análisis, sobre todo en la vinculación entre prácticas y valores.

Tabla 1. Grupos de base y prefiguración política: algunas características

Características	Tipo de organización	Prácticas	Procesos
Comparten una identidad colectiva.	Horizontal.	Autogestión.	Politización de la vida cotidiana.
Comparten un conjunto de valores.	Asamblearia.	Autofinanciamiento.	Construcción de un marco de injusticia alrededor de las problemáticas que enfrentan.
Comparten una cultura emocional.	Participación voluntaria.	Acción directa.	Búsqueda de coherencia entre fines y medios.
Hacen referencia a una comunidad territorial, virtual o ideológica.	No altamente estructurada.	Hazlo tú mismo.	Vínculo entre valores y prácticas.
Se desarrollan tanto en la dimensión de la política contenciosa —uso del repertorio de protesta, participación en un movimiento social—, como en la dimensión de la vida cotidiana.	Grupos de afinidad.	Compartir conocimiento.	Desafío de las reglas del sentir dominantes.
	Se busca el consenso en las decisiones.	Autoformación.	Emergencia de reglas del sentir contrahegemónicas.
	Repartición del trabajo de forma voluntaria y equitativa.	Buscan soluciones prácticas a los problemas que afectan a su comunidad.	
		Construcción de alternativas sociales.	

FUENTE: elaboración del autor.

El enfoque sociocultural de las emociones en la prefiguración política

La propuesta analítica que se presenta en este capítulo se apoya en la teoría de la acción desarrollada por Jasper (2018), e incluye el análisis de la dimensión emocional en el estudio de los movimientos sociales y la protesta. Además, es una teoría culturalmente orientada, donde las emociones son parte de la cultura y pone al sujeto en el centro del análisis (Jasper, 1997).

Tanto la teoría de la acción de Jasper, como este texto, se basan en el entendimiento de las emociones como construcciones socioculturales (Hochschild, 1979, 1983). A diferencia de la psicología, que considera las emociones como estados internos individuales y biológicos actuando sobre el individuo para la resolución de

problemas, Arlie Hochschild considera, por un lado, que las emociones son una construcción sociocultural y, por tanto, cambiantes en función del contexto social y de la temporalidad histórica —superando de esta forma la visión organicista y universal de las emociones—; por otro lado, la autora considera al individuo como un ser consciente y activo respecto a sus emociones, es decir, las personas son conscientes de sus propias emociones y a partir de un trabajo emocional pueden evocar, manejar o encauzar una determinada emoción para adecuarse o desafiar las reglas del sentir de su propia sociedad, por tanto, las personas se vuelven sujetos activos respecto a sus emociones, pueden pensar sobre lo que sienten o utilizar determinadas emociones para evocar otras emociones.

El enfoque sociocultural de las emociones está en la base de las tipologías de Jasper (2018), las cuales permiten concentrarnos en las características de las emociones y sus efectos, más que en cómo se nombran o expresan (Gravante, 2020b). De las cinco tipologías que describe Jasper (véase Gravante, 2020b), para este texto nos interesan particularmente las emociones morales. Es decir, aquellas emociones de aprobación o desaprobación —incluyéndonos y a nuestras acciones—, como: la vergüenza, la culpa, el orgullo, la indignación, el ultraje, la compasión, la venganza y el desprecio.

Esto, porque este tipo de emociones se basan en principios o intuiciones morales, son de larga duración y estrictamente entrelazadas con procesos cognitivos. Son las emociones que nos orientan alrededor del mundo y son parte del amplio bagaje cultural desde el cual emerge un movimiento social.

Con estas premisas se puede comprender cómo las emociones pueden resultar una variable que determina tanto la componente prefigurativa como la estratégica de una determinada práctica política. Además, siendo las emociones un constructo sociocultural se vinculan directamente a los valores expresados por estas experiencias.

A pesar de considerar grupos de base con una orientación prefigurativa, hay que tener en cuenta que estos grupos también —como todos los demás— desarrollan acciones y prácticas puramente estratégicas; es decir, que siguen la lógica coste-beneficios. Esto no significa que en estos grupos se pierda el carácter prefigurativo, sino más bien que determinadas acciones tomarán significados distintos. Por ejemplo, es normal que los grupos de base involucrados en conflictos socioambientales y de defensa del territorio recurran entre otras cosas a acciones legales. Aunque la confianza en estas acciones es muy baja, eventualmente, el objetivo es ganar tiempo con un amparo o una demanda frente a las secretarías de medio ambiente, etc. Estas son acciones típicamente estratégicas y no reflejan la desconfianza que estos grupos tienen hacia las instituciones políticas, en cuanto muchas veces son cómplices y parte del problema.

Por tanto, las distintas prácticas que podemos observar en un grupo de base varían tanto en sus formas como en sus significados, y por ello es normal que un grupo tenga lo mismo prácticas estratégicas que prefigurativas. Para comprender estas últimas, y que tipo de futuro estos grupos están construyendo en el presente, es importante individuar aquellas prácticas y formas de hacer política que llegan a ser imprescindibles para los grupos en cuanto son incrustadas de aquellas emociones morales que nos llevan directamente a cómo los activistas enmarcan la realidad. Muchas de estas emociones morales se desarrollan desde nuestras reacciones y creencias alrededor del sistema social en el que vivimos. Por ejemplo, emociones como el ultraje y la indignación nos vinculan a nuestro sentido de justicia. Por tanto, comprender las emociones morales que están detrás de una determinada práctica política permite comprender cómo los activistas están articulando nuevas visiones morales basadas en nuevas formas de sentir-pensar, con la esperanza de que este proceso se pueda difundir también entre los no miembros.

Tabla 2. Relación prácticas-emociones-valores: activismo feminista

Tipo de activismo	Práctica prefigurativa	Emociones morales/ Procesos emocionales- cognitivos	Valores	Fines relacionados con los valores
Activismo feminista.	Acción directa contra el machismo, acoso y violencia en general.	Ultraje hacia los responsables. Trabajo emocional de miedo a rabia. Trabajo emocional de vergüenza en orgullo. Construcción de un marco de injusticia alrededor de la violencia. Rabia hacia los responsables físicos y morales. Orgullo para luchar. Obligación moral. Rupturas de las reglas del sentir dominantes. Emociones subversivas.	Sororidad con las otras mujeres que sufren violencia. Solidaridad con otras luchas. Compromiso. Respeto a las diversidades.	Cambio cultural en las relaciones de género. Nuevas reglas del sentir contrahegemónicas. Eliminación de la violencia de género.

FUENTE: elaboración del autor.

Tomando como ejemplo experiencias de activismo feminista de base estudiados en estos años (Poma y Gravante, 2018), analizamos solamente la práctica prefigurativa de la acción directa que caracteriza estos grupos en contra del machismo, el acoso y la violencia en general en contra de las mujeres. Podemos ver que esta práctica tiene una componente prefigurativa en cuanto se vincula directamente a emociones morales, como la rabia hacia los que se consideran responsables, tanto físicamente —como puede ser la policía—, como moralmente en cuanto legitiman el actual sistema patriarcal —es el caso de las instituciones políticas.

Otro proceso que caracteriza esta práctica de la acción directa es el trabajo emocional realizado sobre algunas emociones incómodas, como la vergüenza a involucrarse en el grupo y el miedo a una eventual represión. El trabajo emocional realizado de forma individual y colectiva permite la transformación de estas emociones en emociones movilizadoras, como la rabia o el orgullo. Otra emoción moral que tiene un peso importante en este tipo de práctica en el activismo feminista es el obligo moral de hacer algo hacia aquellas mujeres que han sufrido violencia o han sido asesinadas.

La acción directa llevada a cabo por estos grupos se alimenta también del marco de injusticia que las activistas crean alrededor del significado de la violencia, mientras la reapropiación de emociones vetadas a las mujeres, como la rabia, el odio, la venganza y el enojo, permite romper aquellas reglas del sentir dominantes con patrones de género.

Al mismo tiempo que las emociones, podemos individuar algunos valores morales que subyacen a la práctica de la acción directa, como por ejemplo la sororidad con las otras mujeres, la solidaridad con otras luchas de base, el compromiso con las otras activistas. La relación emociones-valores nos permite determinar que la acción directa en estos grupos tiene una componente prefigurativa, que existe una búsqueda de coherencia entre medios y fines, además de individuar aquellos aspectos del futuro deseado por estos grupos que se están prefigurando en el presente. Por ejemplo, el cambio cultural en las relaciones de género, la construcción de nuevas reglas del sentir contrahegemónicas y la eliminación de la violencia de género en su propia comunidad de referencia.

El ejercicio sociológico realizado por la práctica de la acción directa puede ser desarrollado por acciones como la organización horizontal, la toma de decisión por consenso, la práctica del cuidado colectivo, etc. Cada una nos daría las pistas de las componentes que están siendo prefiguradas aquí y ahora por estos grupos.

Hay que poner atención en que cada práctica tiene una dimensión significativa y emocional específica para cada grupo. Por tanto, si estamos analizando grupos anar-

quistas o animalistas, la misma práctica de la acción directa se vinculará a otros tipos de emociones y valores, aunque siempre podemos encontrar patrones comunes.

Futuras investigaciones

Como se comentó al inicio de este texto, el enfoque de la prefiguración política resulta ser el más apto cuando queremos comprender el significado que determinadas prácticas y proyectos tienen para los grupos de base que los están llevando a cabo. Insertar la dimensión emocional nos permite resolver el dilema entre prefigurativo *versus* estratégico y, al mismo tiempo, si nos vinculamos a los valores podemos comprender algunos pedazos del futuro deseable que los grupos están prefigurando en el presente.

Las futuras investigaciones pueden seguir dos caminos: primero, aplicar este enfoque a los diferentes tipos de activismos de base que emergen a lo largo de la contienda política; segundo, determinar patrones comunes entre las distintas experiencias. Por último, se debe destacar que este tipo de enfoque resulta necesario al momento de estudiar el imaginario o la utopía real que estos grupos están construyendo aquí y ahora.

PARTE II

RESULTADOS DE JÓVENES INVESTIGADOR@S EN EMOCIONES Y ACTIVISMO DE BASE

EL PAPEL DE LAS EMOCIONES EN EL ACTIVISMO FEMINISTA CON EL #NONOSCUIDANNOSVIOLAN

*Elisa Niño Vázquez**

Introducción

Las violencias por medios sexuales a manos de agentes de seguridad del Estado son eventos rastreables en distintos momentos de la historia de la región hoy llamada Latinoamérica pero, en el último lustro, a propósito de las protestas feministas, se han visibilizado con potencia elaborando territorios de denuncia común. Vale destacar, en los feminismos latinoamericanos y de Abya Yala,¹ un devenir polisémico y transnacional (Álvarez, 1998; Chen, 2004; Gargallo, 2007, 2014) que en un híbrido calle/red de acciones colectivas posiciona, produce y conecta historias (Rovira-Sancho, 2018).

Particularmente en 2019, fueron denunciados, con el *hashtag*/consigna #NoNosCuidanNosViolan, distintos sucesos en que la autoridad ejerció violencia por medios sexuales. En agosto se desataron manifestaciones en México por dos casos de alta visibilidad que se entienden como parte de una constante violencia contra las mujeres en el país; una menor de edad que, de vuelta a casa, fue agredida en una patrulla por cuatro policías; y otra menor violentada en el baño de un museo de la Ciudad de México por un elemento de la Policía Bancaria Industrial. En octubre del mismo año, en Chile, en el marco de lo que llamó “la revuelta social” o “el estallido”, personal de carabineros —policía chilena—, detuvo a manifestantes y les torturó por

* Doctoranda en estudios latinoamericanos de la UNAM, integrante del grupo de estudios Género y Raza: Miradas Interseccionales (GRI) y GT CLACSO Red de Género, Feminismos y Memorias de América Latina y el Caribe. Correo <elisa.ninovazquez@gmail.com>.

¹ Abya Yala fue el nombre que el pueblo Kuna —habitantes de lo que hoy se conoce como Panamá y Colombia— le diera a buena parte del continente que después de la colonización se nombraría América Latina. En un gesto decolonial, activistas y académic@s han optado por esta palabra para nombrar al territorio.

medios sexuales o los sometió a vejaciones de este tipo. Si bien lo acontecido en ambos países obedece a circunstancias que ameritan distinciones, coinciden en la participación de elementos de la fuerza pública en los mecanismos de sometimiento de los cuerpos y en el mandato de masculinidad corporativa (Segato, 2003, 2016) que las feministas, en sus acciones, problematizan como una violencia sistémica, en tanto la violencia sexual es un problema político (Segato, 2016).

Con la expresión #NoNosCuidanNosViolan se ocuparon las calles e inundaron las plataformas sociodigitales de expresiones visuales. Si a decir de Giomar Rovira-Sancho (2018), las redes han “hackeado” al feminismo, abriendo la posibilidad de que las experiencias de los cuerpos se encuentren y cada quien ponga su sentir y su hacer, vale preguntarse por dichos sentires y sus expresiones. Especialmente cuando se trata de protestas feministas, en su mayoría gestionadas por mujeres, aquel sujeto que desde la mirada occidentalizada ha sido considerado como muy emocional para decidir de forma competente (Jasper, 2018).

Lo que sentimos en términos emocionales se torna relevante porque es parte de la acción política (*ibid.*). En sus variadas formas, las emociones están implicadas en los repertorios políticos que desplegamos; tienen complejidades, matices, direcciones, visiones morales y vínculos culturales. En esa línea, el capítulo que presento se cuestiona sobre el carácter emocional de lo que se moviliza con la consigna *hashtag* frente a las violencias policiales. Indago el papel de las emociones en la configuración contenciosa entre un “Ellos”: policías, carabineros y gobernantes, *versus* un “Nosotras”: las que vivimos violencia y luchamos contra ella, en la protesta alrededor del #NoNosCuidanNosViolan en Chile y México.

El capítulo se desarrolla en tres partes. Primero abordaré los referentes teóricos que me apoyan en la comprensión de las emociones en los movimientos sociales y del repertorio de protesta que tiene que ver con la publicación de imágenes en torno a esta. Segundo, a partir de imágenes ensambladas con textos (Gómez, 2012) y de entrevistas con quienes las han compartido, analizaré cómo el enojo, la indignación y la repugnancia hacia las fuerzas policiales y sus violencias, se condensan en la representación de estos como cerdos/chanchos, configurando un “ellos”: la policía, las autoridades, de donde viene la violencia; y cómo el acompañamiento, el cuidado y el amor entre mujeres se torna en una forma colectiva para enfrentarse a la violencia de dichos actores, trazando un “nosotras”.

Finalmente, concluyo que el papel de las emociones en la configuración de un “ellos *vs* nosotras” en la protesta alrededor del #NoNosCuidanNosViolan en los países señalados, con las imágenes compartidas usando el *hashtag* en Instagram durante 2019 y 2020, muestra que en las prácticas y procesos que las envuelven como reper-

torio y archivo se dan emociones que forman lazos en y para las prácticas feministas de protesta.

Marco teórico

Al encaminar un análisis en el marco de las protestas del movimiento feminista vale destacar que, particularmente, las feministas han utilizado repertorios afectivos para la transformación social al enfrentar múltiples formas de violencia (Macón, Solana y Vacarezza, 2021). Esto lo han abordado en sus trabajos sobre emociones y movimientos sociales Verta Taylor (1995), Chery Hercus (2005) y María Martínez (2018), entre otras, donde subrayan el amor, la solidaridad y la alegría al juntarse a movilizar juntas en colectivas, asambleas u otras agitaciones.

Específicamente en las coordenadas de las acciones que aquí abordo, es decir, la práctica de publicar en las plataformas con un *hashtag*, Cecilia Macón (2021), en su trabajo sobre contra-archivo y emociones a propósito del #QueSeaLey² en Argentina, señala que lo que se da en la movilización con el *hashtag* construye un contra-archivo de afectos,³ siguiendo la propuesta de archivo de sentimientos de Cvetkovich (2018). Para la autora, el archivo digital que se construye por medio de *hashtags* visibiliza la dimensión performativa de las emociones; cruza el hacer y el decir en una circulación donde se expresan emociones, y estas se transforman y amplifican en entrecruces con la calle. En las redes, dice Macón refiriendo a Castells (2015), la circulación inmediata de los posteos superpone emociones. En ese sentido, me planteo que las prácticas en las plataformas, entendidas como estrategias, rutinas, experiencias y expresiones (Duffy, Poell, y Nieborg, 2019) que se dan *onlife* (Floridi, 2015), es decir, en un *continuum* con la calle, pueden ser exploradas en su dimensión emocional a partir de las imágenes en torno a la protesta feminista.

Para acercarme a las emociones en estas prácticas de protesta que ponen a circular materiales visuales, me apoyo en la teoría de las emociones de los movimientos sociales y en dos aspectos de la propuesta teórica feminista sobre las emociones. Hago este cruce porque las últimas me permiten acentuar la circulación de las emociones y su archivo, mientras que las primeras me guían en los matices y las direcciones de las

² Este *hashtag* se viralizó en Argentina durante las movilizaciones feministas en lucha por legalizar el aborto 2018 —y posterior a ello— cuando ambas cámaras del Congreso nacional de dicho país discutían el proyecto de ley, en lo que se conoció como la marea verde.

³ La autora utiliza indistintamente emociones y afectos, ya que tiene una perspectiva crítica sobre la pretensión de diferenciar procesos vinculados.

emociones. Aunque existen diferencias entre ellas, coinciden en la necesidad de romper la concepción cartesiana —razón/emoción—, en atender el vínculo que guarda la cultura con las emociones, en señalar el carácter político de estas, y en que su quehacer no se enfoca en la definición de emoción/sentimiento, sino más bien en desenrañar qué hacen las emociones, su papel, sus procesos, circulaciones e impactos.

Desde la política cultural de las emociones planteada por la teórica feminista Sara Ahmed, las emociones circulan entre cuerpos y adquieren forma en su contacto, por lo que el sujeto es un punto nodal de las emociones, pero no necesariamente su origen o destino (2015), en tanto hay una socialidad de las emociones, las aprendemos culturalmente. Para la autora, las emociones acumulan valor por efecto de circulación y contacto, en consecuencia, las economías emocionales se producen en las superficies de lo individual y lo social y lo delinear. Esta concepción de la circulación de los objetos de la emoción me permite pensar que las imágenes —y sus textos— circuladas con el #NoNosCuidanNosViolan, son parte de la economía emocional de la protesta.

Por su parte, Ann Cvetkovich propone concebir en el trabajo político activista una serie de materiales orales, textuales, visuales, etc., que configuran —y a partir de los cuales podemos construir— un archivo de sentimientos que “captura” las emociones del activismo y donde se encuentran experiencias colectivas y singulares (2018).

Desde las teorías de los movimientos sociales se entiende que las emociones, al ser constructos sociales y culturales, están imbricadas en las movilizaciones (Goodwin, Jasper, y Polletta, 2001). Si bien James Jasper no ha sido el único en trabajar en esta línea de investigación, sus planteamientos son resultado de un largo camino investigativo con una propuesta de análisis consolidada y sistematizada (Poma y Gravante, 2022a) por lo que me referiré principalmente a sus propuestas.

En su trabajo más reciente, Jasper (2018) nos presenta una tipología de emociones; entre ellas, para fines de este análisis, destaco dos: las emociones morales, son aquellos sentimientos que, de acuerdo con nuestras intuiciones o principios morales —venganza, culpa, indignación, ultraje, etc.—, nos hacen aprobar o desaprobar a otras personas, sus acciones o a nosotras(os), mismas(os); y los compromisos afectivos, algo relativamente más estable, de connotaciones positivas o negativas sobre otras personas u objetos, generalmente amor y odio, confianza y desconfianza, etcétera.

Jasper (*ibid.*) afirma que después de varias situaciones de violencia, la población espera que esta siga sucediendo; el miedo, la desconfianza y el odio se vuelven parte de la manera en que la ciudadanía piensa sobre su gobierno, y así se desarrollan emociones morales. En general, las emociones y sus tipologías están imbricadas o

pueden tener efectos unas sobre las otras. La indignación pone de manifiesto intuiciones morales; con trabajo cultural el enojo se convierte en indignación, la esencia de la protesta (*ibid.*: 42) y podemos corregir o cambiar el enojo que sentimos pensando en él, dándole una vuelta con elementos culturales y morales, es decir, haciendo un trabajo emocional. Aunque, según el autor, el enojo sobre la injusticia raramente es algo que alguien lamente haber sentido.

Para poder analizar las emociones en el terreno que me ocupa, hay que “tomar en cuenta que este fenómeno se caracteriza por relaciones conflictivas con oponentes claramente identificados, en una dimensión de política contenciosa” (Poma y Gravante, 2022a: 5). En esa contienda, los vínculos afectivos hacia diferentes actores influyen en la construcción de la identidad colectiva, es decir, del “nosotros” *vs.* “ellos” (*ibid.*). En el caso que examino “ellos” son: los policías, la autoridad que representan, que les encubre y “nos” violenta. Emociones como el odio, el desprecio o la rabia que los movimientos dirigen hacia el Estado y sus agentes, son definidas por Helena Flam (2005) como contra-emociones subversivas, emociones que se contraponen a la lealtad y la gratitud que fortalecen a las estructuras sociales —emociones cimentadas (*cementig emotions*). En el “No nos cuidan, nos violan” se identifica un alguien que no cuida, sino violenta: la policía, a quien se le reclama, rechaza y señala con desconfianza, lo contrario a lo que debería evocar; en ese movimiento que discierne un “ellos” con rechazo y se delinea un “nos” común.

Jasper (2018) plantea que el enojo o la rabia hacia otro identificado como una amenaza y, en ese sentido, el amor a quienes se considera del mismo grupo por ser parte de una misma lucha, son compromisos afectivos que se mueven con compromisos morales, dado que las emociones parten de nuestros sistemas éticos de razonamiento. Las emociones morales se desarrollan alrededor de nuestras creencias sobre los sistemas sociales en los que vivimos y tienen efectos estabilizadores haciendo predecible nuestra acción y añadiendo confianza y cooperación. Entre las categorías de emociones morales que el autor se da a la tarea de reconocer —tres— una de ellas tiene que ver con la justicia. El sentido de justicia nos puede mover a la indignación porque, parafraseando a Jasper, las personas suelen quedar más choqueadas cuando enfrentan injusticias del gobierno que supuestamente debe protegerles; aun cuando no todas las personas lo esperen, si tienen la esperanza de que suceda (*ibid.*: 145). Esta indignación podría estar evidenciada en la afirmación del “no nos cuidan, nos violan”; los cuerpos de seguridad del gobierno, que deberían protegernos, no solo no lo hacen, sino que nos violentan.

La indignación es la forma moral del enojo y, de acuerdo con Jasper (*ibid.*), precisamente han sido las feministas quienes han nutrido la indignación, porque han he-

cho un trabajo constante en pro de que las mujeres acepten su enojo y lo movilizan.⁴ En ese “nos”, se puede trazar el compromiso afectivo al cual hace alusión el autor cuando señala que este se puede sentir por otras personas a quienes se reconoce en una misma identidad feminista, considerando además que nuestras lealtades afectivas hacia un grupo nos hacen más sensibles a las injusticias.

En el reconocerse con otras, las emociones morales pueden también jugar un papel de formación o fortalecimiento ya que, al compartirlas, las personas pueden empezar a sentirse parte de un “nosotros” (Poma y Gravante, 2022a) y construir un sentido de hermandad (Poma y Gravante, 2015), mismo que ha sido realzado en el movimiento feminista con el término sororidad. Lo que se contradice con lo planteado por Verta Taylor (1995) quien destaca la alegría de participar colectivamente, así como el amor y la amistad entre mujeres como un factor muy importante.

Metodología

A partir de un trabajo etnográfico digital (Pink *et al.*, 2019; Gómez y Ardèvol, 2013) durante el cual curé de manera manual un archivo de publicaciones con el #NoNosCuidanNosViolan de 2019 a 2020 en México y Chile (Niño, 2022), pude identificar —entre otras cosas— un conjunto de materiales visuales donde se explicita: la confrontación entre fuerzas policiales y manifestantes, el desprecio a los agentes del Estado con la representación de policías/carabineros como cerdos/chanchos, y el énfasis en el acompañamiento entre mujeres con la gráfica del abrazo, manos enlazadas, un bloque de cuerpos o corazones. Por medio de la técnica de observación *one-way mirror* (Urbanik y Roks, 2020), una aproximación en la cual observo las prácticas, pero quienes las realizaron no pueden advertir en qué momento o para qué —aunque están conscientes de que sus publicaciones serán visibles en tanto son públicas—, que llevé a cabo a lo largo de 2021, llegué a una selección sistematizada a partir de elementos que se repiten en relación con la protesta feminista *onlife* y las emociones. Contacté a quienes crearon ilustraciones, bordados, *gifs* o tomaron fotografías y conversamos en un formato de entrevista abierta en profundidad sobre las emociones que les movilizaron a ilustrar, capturar o bordar de dicha manera, y publicar en el contexto de las protestas a las cuales hacen alusión con el texto que acompaña a la imagen.

⁴ Esto desde una mirada occidental colonial de “las mujeres”, que corresponderían a mujeres blancas, ya que las mujeres racializadas no serían concebidas bajo los mismos parámetros morales y emocionales de qué sienten o pueden sentir (Lugones, 2008; Jasper, 2018; Oyèwùmí, 2017)

Para el análisis, me remitiré en concreto a lo expresado en 17 publicaciones —imagen+texto que coinciden en las representaciones referidas antes— y a las conversaciones que sostuve con seis personas entre julio y agosto de 2022, mediadas por mensajes directos de Instagram y WhatsApp —ambos en formato de texto y audio— y videollamada. Sus participaciones serán señalizadas únicamente con su inicial.

Análisis

Si bien las denuncias gráficas, textuales y narrativas están en una mixtura donde casi nunca hay una sola referencia emocional, presento a continuación algunas que circulan con el #NoNosCuidanNosViolan. En la selección se expresa desconfianza e identificación de culpables e incluso repugnancia hacia un “ellos”: la policía, la autoridad y su violencia, *vs.* un “nosotras”: las hermanas, las que nos cuidamos y entendemos en lo que vivimos. Hay una oposición repudio *vs.* amor, y debido a ello me concentraré en el vínculo enojo-indignación-repugnancia y amor-acompañamiento-cuidado.

Enojo, indignación y repugnancia hacia ellos

Se identifican culpables: policías, carabineros y gobernantes. Los policías han mostrado ser una amenaza “Dijeron que debía sentir respeto por policías que me cuidan, cuando la realidad es que no”, escribe una de las publicaciones. El respeto por el policía es la emoción cimentada (Flam, 2005) esperada y promovida por la autoridad que, frente a los hechos, en las publicaciones, se señala incompatible, de ahí el enojo y el desprecio por los agentes de seguridad pública.

Con asco y repugnancia hacia los cuerpos policiales, representados en varias imágenes en forma de cerdos, puercos o chanchos, se expresan contra-emociones subversivas. Respecto de la repugnancia, Nussbaum señala que esta “corporiza un rechazo a la contaminación que está asociada con el deseo humano de ser ‘no animal’” (2006: 93), mismo que proyecta propiedades en quienes ejemplifiquen la frontera entre “lo realmente humano y lo vilmente animal” (*ibid.*: 130). Para Sara Ahmed (2015), un objeto no es en sí mismo repugnante, sino que se torna así por medio de su contacto con otros cuerpos, objetos y signos que nos evidencian dónde ha andado.

El accionar policial, su contacto con signos de lo corrupto, lo bajo, lo vil, es nombrado en las publicaciones; su abuso es animal en tanto inhumano, vejatorio, brutal, condenable, repugnante, por el código de honor que debiera cumplir, por el abuso

al poder que ostenta. En las conversaciones, quienes ilustraron comentan que la repugnancia les hizo retratar policías-cerdos, y explican:

Los cerdos son considerados animales impuros, y probablemente tenemos esta asociación a lo grotesco porque se trata de animales que están entre el lodo, con excremento, aunado a que su fisionomía es bastante gráfica y no tan agraciada a los estándares de estética que tenemos inculcados como sociedad; son animales que tienen granos, pelos, una nariz voluminosa y todo esto lo hace algo fuerte (B).

En sus narraciones, las personas coinciden en reconocer que actuaron con enojo e indignación inmediata, fue lo primero que sintieron y les impulsó a querer hacer algo en rechazo al actuar de los agentes del Estado. “Es que no solo fueron los abusos sexuales, sino luego los abusos a quienes se manifestaron por esos abusos, entonces, aunque llevaba un tiempo sin dibujar cosas de ese tipo, ya no pude más con el enojo” (M). Durante las conversaciones compartieron un acumulado de referencias violentas por parte de estos cuerpos de seguridad, no todas las han vivido en carne propia ni son en su totalidad sucesos de violencia por medios sexuales, pero el haber visto o sabido de muchos abusos, les ha hecho sentir en general desconfianza, repugnancia y temor.

Las emociones ante esas violencias constantes se han nutrido de muchos eventos y han hecho de la violencia algo esperado, sabiendo y deseando que no sea así, lo que aumenta su enojo e indignación.

Siempre he creído que la policía debería ser esta institución que nos brinde seguridad, paz, que el verlos sea un sentimiento de alivio, de tranquilidad y no de preocupación [...] mi sentir siempre ha sido de temor, cuando voy caminando por la calle, me siento más seguro si veo a personas, que si veo a la policía, porque a lo largo de mi vida, he tenido incidentes con ellos (B).

Al mirar en retrospectiva la ilustración que hicieron para apoyar, posicionarse y poner a circular como un cartel que otras personas pudieran compartir, dada la conexión con ese sentir, expresan que ya no lo harían igual porque consideran especista la representación de los cerdos para deshumanizar a los policías. “Esta analogía tampoco me parece la más adecuada, pues es especista y es otro tema que tampoco me agrada tanto” (B), “Me debatí si fue correcto poner un cerdo, lo veo especista, pero supongo que eso pasa con los sentimientos de enojo, no son los más reflexivos y creo que está bien” (M). Se reconoce que es una emoción legítima en ese momento, dados los acontecimientos y lo que tuvieron a la mano para expresarse. En los conceptos de Jasper (2018), pudieron reflexionar sobre ese enojo moral con nuevos elementos éticos que dirigen hacia los animales para distinguirlos de los policías y no usarlos para despre-

ciar. Son las emociones morales antiespecistas las que les dan otra perspectiva sobre la forma que tomó la representación.

Eso sí, el rechazo al accionar de las fuerzas policiales y sus ganas de posicionarse no han cambiado; la desconfianza, el enojo e inclusive el asco por los cuerpos policiales permanecen. Como afirma Jasper (*ibid.*), el enojo por la injusticia no es algo de lo que la personas se arrepienten o lamentan haber sentido. Aunque, al mismo tiempo, una de ellas manifiesta que en ese enojo hay algo muy desgastante “dibujar cosas a partir del enojo es algo muy pesado, se comparten [en redes] mucho o rápido, más que otras cosas. Es una visibilidad a partir de algo muy doloroso” (M). En consecuencia, quiere enfocarse más en la empatía: “la empatía por las chicas me mueve a dibujar, por lo que les pasó, porque me pudo pasar; yo también he protestado y me he encapuchado. Pude ser yo a la que sometieron por la fuerza por protestar” (M).

Compartir sentimientos de rechazo y repugnancia frente al actuar de las fuerzas de seguridad puede dar lugar a un tipo de sociabilidad (Ngai, 2005). Compartir una condena, un repudio, puede “alinear a la persona con el colectivo en el mismo momento en que se generan ambos” (Ahmed, 2015: 152). Es ante el repudio por la identificación de culpables, la amenaza, la violencia, y la empatía frente a las injusticias que se configura un “ellos” y a su vez un “nosotras”, este último concepto se abordará en el siguiente apartado.

Acompañamiento, amor y cuidado entre nosotras

Si “ellos” son los culpables o responsables: la policía, las autoridades y su violencia; “nosotras” tiene contorno en relación con tres referencias: *i)* nosotras, las que hemos vivido violencia; *ii)* nosotras, quienes nos manifestamos contra la violencia; *iii)* nosotras, que compartimos un sentir en relación con la violencia.

El “nosotras” se rodea y contiene con alusiones a expresiones de confianza, acompañamiento y unidad en el estar #juntas. Se direcciona amor y cuidado hacia quienes se ve como y se nombra hermanas. Aparecen textos tales como: “vamos hermanas no se dejen intimidar por machitos” y “afecto entre hermanas”. Se practica una narrativa en la que todas somos con ese alguien que está pasando por algo violento, se reiteran mensajes de acompañamiento; se explicita un “aquí estoy/aquí estamos” en la calle/red y nos ponemos, nos hacemos visibles para que otras nos vean y no se sientan solas. #Yotecreo, deviene en un “yo te protejo”, “protejo tu palabra, la acojo”, “no te calles”, #cuéntalo, es un compromiso afectivo por acompañar y acoger el relato, pero también por reaccionar ante el acontecimiento.

A su vez, hermana es quien está en la calle, en la toma y a la que otros descalifican, por lo que es importante expresar “en ti veo una hermana”, como pude leer en una de las imágenes. Posicionarse con ese vínculo de parentesco para apoyar las manifestaciones que otras personas deslegitiman, evoca un compromiso afectivo para con quien acciona.

De la misma manera, hermana también se es por estar en la misma lucha, experimentando las mismas emociones, la rabia, el enojo, el hartazgo, la empatía: “Yo también estoy enojada” o “estamos hartas”. Incluso se habla de lo terapéutico que ha sido hablar, contar las experiencias y participar en concentraciones, marchas, manifestaciones o *performances* que te hacen sentir acompañada. La insistencia en #sororidad, #sororo, #sorora es un hincapié en esa hermandad. Hablan de luchar juntas, de que así lo han venido haciendo las mujeres en su historia, incluso en pandemia, juntándose por medio de plataformas o desafiando el encierro. Esos rituales de interacción generan compromisos afectivos, ya que el contacto da un sentido de conexión con la otra (Jasper, 2018).

Quienes han hecho ilustraciones o bordados que aluden a ese acompañamiento entre mujeres, mostrándolas juntas, enojadas y abrazadas, tomadas de las manos, decoradas con flores, corazones y fuego, manifiestan que, si bien les ayuda a ellas mismas a soltar y sacar, también es por y para las otras, con el fin de que sepan que no están solas en lo que sienten. Así me lo manifiesta una ilustradora:

Es mi manera de extender mi manita, como mira, te puedo pasar esto [la ilustración], te puedo compartir esto, que tal vez a ti también te va a ayudar a darle forma, a ponerlo y transformarlo en algo más. Todo esto que todas estamos sintiendo y que también tú lo puedas usar para representarlo [...] no todas tenemos la facilidad de nombrarlo, de saber decir estoy enojada, tengo rabia, tengo coraje, tengo miedo. Entonces creo que eso es como mi manera de extender esa mano y decir pues mira, yo aquí te muestro que yo también me siento así, tengo estas sensaciones que tú puedes tener y que pues no estás sola (P).

En las conversaciones hablan de cuidado cotidiano entre amigas y también desconocidas en el espacio público, con quienes después arman estrategias para las manifestaciones debido al comportamiento de las fuerzas policiales. Narran experiencias en las que han atestiguado violencias y las maneras en las que accionan con otras mujeres. Eso las hace sentir menos solas y más fuertes. En definitiva, hay una constante superposición de emociones navegadas a propósito del “ellos *vs.* nosotras”. Por ejemplo, miedo ante la violencia, pero cuidada con otras para luego enfrentarse sin miedo, empoderadas y seguras; o sentir mucho enojo por los abusos de agentes del Estado, pero al mismo tiempo sentir amor por las compañeras y ganas de cuidarlas.

Ese día [en la manifestación donde tomó la foto] conocí a una chica que se volvió mi amiga y compañera de lucha, gracias a ella conocí varias colectivas. Por otro lado, fue la primera a la que asistieron muchas compañeras, de ahí surgió ser acompañantes de nuevas integrantes, para que se sientan seguras y puedan asistir a estas manifestaciones sin el miedo de llegar e irse solas (A).

En suma, dicha hermandad en el “nosotras” es un compromiso afectivo con, al menos, cuatro acentos: *i*) si te pasa algo, voy a quemarlo todo; *ii*) si me pasa algo, qué-malo todo; *iii*) si protestas y te criminalizan voy a estar de tu lado, “fuimos todas”, “gracias, hermana por protestar”; y *iv*) no te dejo sola en lo que sientes, yo te acompaño, yo siento lo mismo. Es decir, de alguna manera se cuenta con el compromiso afectivo sintetizado en la expresión “si tocan a una respondemos todas”.

Está el enojo/la rabia conviviendo constantemente con el cuidado y la ternura. Todas expresan de una u otra manera que habitar el enojo en la protesta es algo que se agota como repertorio y las agota, por lo que es más bien desde el amor donde procuran moverse porque, en definitiva, es también una forma de rebelarse. “Desde la ternura y el cuidado, el cariño ¿no?, el cuidarnos entre nosotras, creo que es de donde se construye. Entonces, lo veo como ese terreno que sí es fértil para construir. Por esto construyó desde ahí” (AM).

Se fortalece ese “nosotras” que se entiende en relación con un contexto que las violenta y les mandata o representa bajo una forma de sentir. Por cuanto esto las agota, el cuidado y acompañamiento entre ellas, a pesar de no ser la solución, es también una estrategia de resistencia. Una fotógrafa expresa:

Yo veo a mujeres llenas de rabia y dolor, hartas de todo lo que sucede, pero se acompañan con amor, ternura y cuidado entre ellas, creo que es parte de la rebeldía hacia el patriarcado, porque ellos nos quieren molestas, nos quieren “histéricas”, pero nosotras solo estamos molestas con el sistema, no con nuestras compañeras de lucha, porque sabemos que entre nosotras nos entendemos y podemos acompañarnos de mejor manera. Considero que nosotras sabemos bien que un apapacho no solucionará los problemas, pero sí alivia el cuerpo y el alma, nos hace sentir seguras el recibir cuidado y empatía por lo que hemos vivido o estamos viviendo (A).

En síntesis, hay un engarce entre rechazar la violencia, enojarse ante ella y protegerse en ese proceso para dar lugar a la contención de experiencias por las emociones que generan y al fortalecimiento de la lucha por el cese de la violencia.

Conclusiones

En las distintas materialidades visuales, las prácticas y procesos que las envuelven como repertorio y archivo, circulan emociones y contra-emociones subversivas que forman

lazos. Parafraseando a Macón, Solana y Varaezza (2021), en dichos lazos se tejen experiencias y trazan mapas de acción para la protesta que se van acumulando. Quienes se indignaron con el actuar de cuerpos de seguridad pública y los retrataron como cerdos para denunciar, posicionarse y también apoyar a las manifestantes, se cuestionan sobre la representación, pero comprenden de dónde surge, nombran emociones en su reflexión para darles contexto y ahora se plantean buscar otras maneras de accionar en vista de la nueva consideración antiespecista, también emocional y moral hacia los animales. Al mismo tiempo, las alusiones a mujeres juntas, unidas y hermanadas, reafirma y proyecta futuros de acompañamiento y protesta.

Distinguir matices, direcciones y momentos de las emociones permite comprender de mejor manera su papel, procesos y dinámicas. En ese sentido, el entrecruce de teorías feministas y movimientos sociales que se acercan a las emociones complejiza el panorama de circulación de estas en las prácticas *onlife* de protesta, a la vez que decanta en expresiones muy concretas donde revelar cómo una “misma emoción” deviene en distintas acciones y configuraciones contenciosas, o cómo construye compromisos afectivos, de los cuales queda un archivo y/o nos podemos hacer uno.

Por último, quiero exaltar que los compromisos afectivos no solo se narran oralmente, sino que se materializan, en este caso, con una imagen y su texto dentro de plataformas sociodigitales, una acción que es importante considerar también como experiencia emocional. Desde sus procesos de motivación y creación —fotografía, ilustración, *gif* o bordado—, hasta su revisita, dicha experiencia y práctica está impregnada de emociones que las personas legitiman en su valor, comprenden en su contexto y remiran para accionar.

EMOCIONES EN EL ACTIVISMO CLIMÁTICO: EL CASO DE LA CASA DE CAMPAÑA, MÉXICO

*Tzitzitlini Ortega Hernández**

Introducción

La nueva ola del movimiento climático, a finales del 2018, representó el surgimiento de una nueva generación de jóvenes activistas que atendieron al llamado que hicieron los científicos por medio de la publicación del Reporte Especial del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (ipcc) ese mismo año, en el que señalaba la urgencia de cambios sistémicos, urgentes y de gran alcance para evitar el aumento de temperatura de 2 °C (Poma, 2021). En México, organizaciones como Viernes por el Futuro y Rebelión Extinción tuvieron un papel protagónico en las acciones climáticas que se llevaron a cabo en 2019, como las Huelgas por el Clima. Sin embargo, a causa de las medidas sanitarias por la pandemia del COVID-19, a inicios de 2021 se suspendieron las acciones promovidas por movimientos sociales, lo que ha hecho emerger distintas formas de activismo político (Poma y Gravante, 2021).

En este contexto, el proyecto de la Asamblea Ecologista Popular (AEP) surge de un grupo de jóvenes activistas que reconocieron la necesidad de actuar frente a la crisis climática que atraviesa el país proponiendo medidas desde la ciudadanía. Así, el objetivo de la asamblea es la construcción de los “pactos ecosociales”, que serán un paquete de reformas políticas para atender la emergencia climática, presentados como una iniciativa ciudadana.

La AEP representa un ejemplo de cómo, desde el activismo de base, se están construyendo alternativas para enfrentar la crisis, poniendo en primer lugar la justicia climática, el fomento de procesos democráticos, la difusión de valores de solidaridad y respeto a la naturaleza y la vinculación del cambio social a acciones prefigurativas (Gravante y Poma, 2020a). Reconociendo la importancia de los activistas de base en

* Maestría en ciencias de la sostenibilidad, UNAM. Correo <tzitzit.oh24@gmail.com>.

las ciudades, la investigación se realizó en el espacio de la Casa de Campaña, el cual es el equipo logístico encargado de la instauración de la asamblea donde se formularán los pactos ecosociales.

Aunque el análisis de la dimensión emocional en la protesta se ha estado estudiando desde la década de los noventa del siglo pasado, continúa siendo una tarea pendiente en las investigaciones sobre la acción política contenciosa ante la diversidad de experiencias que han surgido en los últimos años. El presente trabajo parte del reconocimiento de la conexión entre “nuestros pensamientos, emociones y comportamiento en nuestras elecciones cotidianas” (*ibid.*: 3). El marco teórico que se basa en la teoría de la acción desarrollada por James Jasper (2018), así como en conceptos de otras autoras y autores de la línea sobre emociones y movimientos sociales, permitirá conocer algunas emociones relevantes en el activismo climático, en particular las emociones incómodas y estados de ánimo desagradables junto a las emociones de la resistencia y los compromisos afectivos.

El análisis de la dimensión emocional permitirá mostrar cómo interaccionan algunas emociones entre sí y cómo también están vinculadas con uno de los principales impactos biográficos que genera la protesta: el empoderamiento. Dado que la crisis climática actual genera emociones desmovilizadoras, como la frustración y la impotencia ante la falta de acciones que se equiparen a la urgencia de la situación (Kleres y Wettergren, 2017; Poma, 2018) se vuelve relevante comprender cómo los activistas climáticos manejan estas emociones para mantener su compromiso en la construcción de alternativas.

Los datos presentados fueron recolectados por medio de herramientas de análisis cualitativas: la observación participante en las juntas semanales que realizan los activistas de la Casa de Campaña y entrevistas a profundidad aplicadas a cinco integrantes en 2021 y 2022.

Marco teórico

En los años noventa del siglo pasado se incorporó la dimensión emocional como factor explicativo en el estudio de los movimientos sociales a partir del giro cultural en este campo (Poma y Gravante, 2021). El estudio de la dimensión emocional en la protesta está influenciado por el enfoque constructivista de la sociología de las emociones, la cual considera que en la experiencia emotiva interviene la cultura y el contexto social, por lo que las emociones forman parte indisoluble de la acción social.

James Jasper, uno de los autores de referencia en el campo de las emociones y la protesta, desarrolló una nueva teoría de la acción; el propósito de esta es “com-

prender el conjunto de emociones que las personas sienten y cómo estas influyen en su acción política” (Poma y Gravante, 2022a: 7), por lo que retomar la dimensión emocional en la protesta implica preguntarse qué emociones intervienen en las dinámicas que se van a analizar ya que, respecto a estas, las que emergen en el activismo difieren de las que sentimos cotidianamente. La teoría de la acción ofrece conceptos analíticos que nos permiten comprender cómo esas emociones influyen en la acción.

Las tipologías que se encuentran en el trabajo son las desarrolladas por James Jasper (2018) y Nancy Whittier (2001). En el caso de las retomadas por Jasper, se encuentran en primer lugar los estados de ánimo, que se caracterizan por perdurar en el tiempo, carecer de un objeto directo y pueden ser agradables o desagradables. Otra tipología propuesta por el autor es la de lealtades o compromisos afectivos, que incluyen emociones como “amor, simpatía, alegría y sus equivalentes negativos, las cuales están relacionadas a valoraciones cognitivas elaboradas en relación a los otros” (Jasper, 2012: 48). Dentro de esta categoría, destacamos las emociones recíprocas, que son las que los activistas sienten entre sí. Estas emociones están asociadas con motivar la acción ya que “lo que mueve a las personas a protestar es algo con que están vinculadas emocionalmente, de manera profunda” (Poma y Gravante, 2015: 26). También se relacionan con la creación de un sentido de pertenencia al grupo, que en la mayoría de los casos, hace que las personas permanezcan dentro y permite que los grupos se fortalezcan a partir de las lealtades afectivas. Por otra parte, las emociones morales son los sentimientos de aprobación o rechazo basados en principios morales, por lo que están relacionados a la satisfacción de hacer o sentir lo correcto —o incorrecto. Finalmente, muchas de estas emociones también se pueden compartir en la acción colectiva o en la vida cotidiana, y por eso el autor introduce el concepto de emociones compartidas.

Otra categoría que hemos aplicado son las emociones de la resistencia definidas por Nancy Whittier (2001) y retomadas para el estudio de la protesta (Gravante, 2020a) como aquellas que se generan y se comparten en la lucha. Estas emociones incluyen las recíprocas, como el amor y la confianza, la alegría que puede ser primaria pero también moral (Jasper, 2018), y las emociones morales, como la rabia y el orgullo. Estas emociones, resultado de la acción colectiva, tienen el efecto de producir energía emocional.

Un concepto empleado son las baterías morales (Jasper, 2012) en el que emociones opuestas generan un contraste motivando la acción. Un ejemplo son el orgullo y la vergüenza presentes en el movimiento gay o la mezcla de la esperanza por el cambio futuro con el miedo o la ansiedad en el movimiento climático, como baterías que podrían motivar la acción política.

Un proceso que también se retoma es el empoderamiento, una de las principales consecuencias biográficas del activismo, definido por John Drury y Steve Reicher como “la transformación sociopsicológica positiva, relacionada con el sentido de ser capaces de (re)transformar el mundo social, que se dan en los miembros de grupos subordinados que derrocaron (o por lo menos desafían) las relaciones de dominación existentes” (Drury y Reicher, en Poma y Gravante, 2019: 237).

El empoderamiento puede darse tanto a nivel individual como colectivo. A nivel individual, el empoderamiento se vincula con emociones, como la confianza, el orgullo y la alegría, por lo que para este proceso es necesario compartir experiencias y vínculos afectivos recíprocos entre los participantes y compartir emociones morales, como la indignación o el orgullo.

“Los sentimientos de empoderamiento [*feelings of empowerment*] duran más allá del evento mismo [...] pueden afectar la vida personal de aquellos fuera del evento de protesta [y] pueden afectar la motivación de los participantes a involucrarse en acciones colectivas futuras” (*ibid.*: 240). Es decir, existe un vínculo entre el empoderamiento y el compromiso duradero, con cambios en la identidad de quien participa en la protesta, como mejor confianza en uno mismo, que los lleva a tomar el control de sus vidas; además, el empoderamiento también produce una preocupación general por la justicia social que aumenta la solidaridad (*ibid.*).

La socióloga Arlie Hochschild (1979), por su parte, brinda un concepto central para comprender la participación de las personas en los movimientos sociales y en el activismo: el manejo emocional [*emotion work*]. Este se da cuando los sujetos son capaces de evaluar si lo que están sintiendo es inapropiado y tratan de manejar sus emociones para que estas sean las apropiadas a la situación, o de aparentar las que son esperadas socialmente. El manejo, por tanto, es el intento de que se produzca un cambio en el grado o la calidad de una emoción, así como poder suprimirla.

Las emociones, al ser parte de la cultura, pueden ser manejadas por grupos, por lo que, en los movimientos sociales y en el activismo, el manejo emocional se encuentra presente. Las técnicas de manejo que desarrollan los grupos de protesta son las cognitivas, de ellas la canalización y la evocación son de interés para el trabajo. La canalización consiste en dirigir una emoción a otra socialmente aceptada o una que nos permita actuar, por ejemplo, aunque los activistas climáticos sienten emociones que pueden desmovilizar como dolor o tristeza, las canalizan en rabia y en otras emociones de la resistencia como la esperanza (Poma y Gravante, 2021). Jochen Kleres y Asa Wettergren (2017) identificaron que la esperanza es una emoción esencial en la acción climática, ya que maneja el miedo e inspira la acción, lo que a su vez genera más esperanza.

Finalmente, “la evocación consiste en expresar públicamente una emoción con la confianza de que otros la sientan y, en consecuencia, se identifiquen con quien la evocó y entonces actúen” (Poma y Gravante, 2021: 123). Por ejemplo, una estrategia emocional es la evocación de la rabia, la cual contrarresta emociones como el miedo o la culpa, impulsando la acción. Es importante destacar que, en el manejo emocional, las parejas, los amigos y otros activistas tienen un papel importante al estar relacionados. Además, el manejo emocional no solo tiene el efecto de movilizar la acción, también ayuda a evitar el agotamiento [*burnout*], en re-direccionar las emociones hacia los enemigos, no perder la esperanza para continuar con las acciones por medio de actividades entre los miembros de un grupo, como reuniones de convivencia e incluso la protesta misma.

Caso de estudio y metodología

La investigación se desarrolló en la Casa de Campaña, un espacio conformado por jóvenes activistas, en su mayoría de la Ciudad de México, cuyo objetivo principal es la conformación de la AEP donde se construirán los “pactos ecosociales”; estos serán un paquete de reformas políticas para atender la emergencia climática en México, redactados desde la ciudadanía. Para ello, la meta es reunir a cien organizaciones, colectivas y defensores del territorio de todo el país, para que discutan el contenido de la propuesta. Una vez terminada la redacción de los pactos, serán presentados al Congreso de la Unión mediante una iniciativa ciudadana.¹

Conocer el proceso de construcción de una agenda política ambiental por grupos alternativos urbanos se consideró importante, ya que en la actualidad existe poca participación ciudadana y, al mismo tiempo, se vuelve esencial para actuar frente a la emergencia climática (Della Porta, 2013c, O’Neill y Sinden, 2021; Alfe, 2013) y en la construcción de alternativas al sistema capitalista. Además, estudiar al activismo de base no se limita a conocer cómo se organizan estos grupos sino también comprender las motivaciones, emociones y los impactos biográficos que se generan en la participación.

La investigación utilizó herramientas de análisis cualitativas que permitieron generar datos descriptivos sobre aspectos específicos de la protesta, en este caso, las

¹ En México, la iniciativa ciudadana es un instrumento de participación reconocido desde 2012 “a través de la cual los ciudadanos hacen propuestas de ley al Poder Legislativo, ya sea para crear, reformar, adicionar, derogar o abrogar disposiciones constitucionales o legales tras la recolección de un número suficiente de firmas” (Zovatto, en Vázquez, 2018: 5).

emociones de los activistas (Della Porta, 2014). Las herramientas para la recolección de datos fueron la observación participante y las entrevistas a profundidad. La primera fue empleada durante las reuniones virtuales de los activistas, realizadas una vez por semana entre los meses de marzo de 2021 y agosto de 2022. El uso de esta herramienta permitió comprender la aportación de cada uno de los integrantes, lo cual fue clave para identificar a quiénes se les aplicaría la entrevista.

En el caso de las entrevistas a profundidad, fueron aplicadas a cinco activistas. En el diseño de los cuestionarios se utilizó el lenguaje inclusivo ya que un número significativo de activistas son no binarios y algunas preguntas se orientaron a indagar específicamente las emociones que genera el proceso de construcción de la asamblea y la realización de acciones de activismo. Por último, el análisis de los datos se apoyó en matrices divididas en categorías relativas a la dimensión emocional: emociones incómodas y estados de ánimo desagradables, emociones de la resistencia y, por último, emociones recíprocas y compromisos afectivos.

Análisis

Los resultados de la investigación muestran que les² activistas de la Casa de Campaña sintieron diferentes emociones en el proceso de construcción de la AEP; por un lado, emociones incómodas y estados de ánimo desagradables y, por otro, emociones de la resistencia, emociones recíprocas y compromisos afectivos.

Como se muestra a continuación, analizar la dimensión emocional permitió comprender procesos que se relacionan con la participación dentro del grupo y con las actividades climáticas que llevan a cabo con otras organizaciones y colectivas.

Las emociones incómodas y los estados de ánimo desagradables, entre los que se encuentran la impotencia, la desconfianza y la rabia, están dirigidas principalmente a la inacción del gobierno frente a la emergencia climática. La desconfianza hacia el gobierno, que corresponde a la categoría de lealtad o compromiso afectivo, lleva a los integrantes de la Casa a reconocer que es probable que se rechacen los pactos ecosociales.

La rabia, como emoción moral, es una de las emociones principales que motivan la acción (Jasper, 2018) y, por tanto, fundamental en el activismo climático, se encuentra presente hacia quienes detentan el poder. Alice Poma y Tommaso Gravante (2021) encontraron que la rabia es evocada en el movimiento climático para contra-

² A lo largo del análisis se hará uso del lenguaje inclusivo para respetar las identidades de género de las personas entrevistadas.

rrestar emociones que podrían desmovilizar, como el dolor o el miedo. Además, permite identificar responsables, ya sea el gobierno o el sistema, tiene un papel central en la transformación del miedo en rabia. En el caso de los integrantes de la Casa de Campaña, se reafirma que la rabia tiene el potencial de movilizar, ya que da fuerzas a los activistas para continuar trabajando a pesar de las dificultades a las que se enfrentan en la construcción de la AEP y el probable rechazo de los pactos ecosociales; sin embargo, los activistas señalan que esto podría tener repercusiones en el movimiento climático en el país como se puede notar en palabras de una entrevistada: “Podría hacer enojar a más activistas y a nosotres, o sea no es algo que beneficiaría al gobierno, demostraría con más insistencia la lucha climática” (AC_3).

Otra emoción identificada que se destaca es la frustración, estado de ánimo desagradable que fue generado por el atraso en el inicio de la AEP, que se tenía previsto para agosto de 2021 y después en abril de 2022, aunque los activistas estaban conscientes de que era una situación muy probable, como da cuenta el siguiente testimonio:

Frustración, pero es que se está moviendo muy lento el movimiento climático en general, las ideas que se van construyendo. Es algo bueno para la asamblea y es algo bueno para mí porque necesitaba un descanso, pero sí es frustrante que no salga tan rápido todo. También ya sabíamos que iba a ser algo que iba a durar años, pero en la parte de las alianzas está siendo más difícil de lo que pudo haber parecido en su momento (AC_2).

Una batería moral identificada fue la desesperanza/esperanza. La desesperanza es otro estado de ánimo desagradable que los entrevistados sienten por estar luchando con autoridades indiferentes hacia los problemas. Los activistas reconocen que es una emoción presente en los grupos de activismo que intentan sobrellevar con la esperanza que sienten a construir un mejor futuro al trabajar en el proyecto de la AEP y con personas de todo el mundo que también luchan por ello. Al respecto, una activista que participó en la COP26³ hace referencia a lo mencionado: “Las esperanzas están ahí. Me siento esperanzado porque ahora sé que, bueno ya lo sabía, pero ahora ya tengo el contacto con esas personas, las redes de solidaridad ya están, de que hay miles, de miles de personas de todo el planeta luchando por lo mismo” (AC_2).

Las emociones incómodas y los estados de ánimo desagradables pueden alimentar el desgaste [*burnout*], situación que como reconocen los entrevistados es común y se relaciona con periodos donde hay baja participación. El mismo hecho de pensar que el desgaste sea algo común en el activismo y no una experiencia individual, es una

³ La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP26) fue llevada a cabo en la ciudad de Glasgow, Escocia, del 1 al 12 de noviembre de 2021.

forma de enmarcarlo como un problema que se puede resolver colectivamente. No obstante, emociones incómodas como la impotencia y la rabia moral tienen el efecto de motivar la acción futura, mientras que la desconfianza impulsa la reflexión sobre los actores con los cuales trabajar. Mientras que los estados de ánimo desagradables, como la desesperanza y la frustración, son manejados para que no les paralicen.

Las emociones de la resistencia propuestas por Nancy Whittier (2001) son aquellas que, en este caso de estudio, les integrantes de la Casa de Campaña sienten al participar en acciones que tienen como objetivo generar un cambio en la sociedad por medio de la construcción de la AEP y de trabajar con otras organizaciones en acciones vinculadas a la emergencia climática.

Las situaciones en las que se generan las emociones de la resistencia son, por ejemplo, la participación en actividades con otras organizaciones, como la Huelga Global por el Clima, realizada el 25 de marzo de 2022 y las acciones de vinculación con los defensores del territorio de la Ciudad de México, por medio de apoyarlos en las acciones a las que convocan. Las emociones de la resistencia identificadas en esta investigación son la esperanza, la alegría y el entusiasmo por estar avanzando en el proceso y de adquirir conocimiento de los defensores del territorio, actores que han señalado que son fundamentales en la construcción de alternativas a la emergencia climática al ser quienes viven y luchan a diario contra sus impactos desde hace años. La esperanza, un estado de ánimo según la tipología de Jasper (2018), se señala en las palabras de uno de ellos:

La verdad es [que siento] mucha, mucha esperanza y mucha emoción porque me da muchísimo gusto que lo estemos haciendo juntas y que lo podamos trabajar en equipo para hacer esto, y aparte es un proyecto muy padre porque intenta integrar a todos los actores de la sociedad con los problemas (AC_5).

El proyecto de la AEP y sus impactos en la sociedad también generan esperanza y optimismo, el cual también es un estado de ánimo agradable pues, a pesar de que reconocen que en México solo ha sido aprobada una iniciativa ciudadana,⁴ el trabajo que están realizando en torno a construir alternativas e impulsar decisiones desde la ciudadanía que se ven afectadas directamente por los problemas socioambientales, representa una “pequeña semilla” para fomentar el cambio que la sociedad necesita para hacer frente a la crisis, como se muestra en las siguientes palabras: “Pues yo creo en el proyecto de la asamblea. Yo creo mucho en lo que se está encaminando la

⁴ En 2016, se aprobó la única iniciativa ciudadana de las once que se han presentado ante el Congreso: la Ley General de Responsabilidades Administrativas, mejor conocida como la Ley 3de3 en que los fun-

asamblea, que es desjerarquizar las decisiones que se toman en torno al territorio, a la dignidad humana a través de procesos hechos por las personas que se ven afectadas por estos problemas” (AC_1).

La esperanza y el entusiasmo también se encuentran relacionadas en el caso de que el AEP aprobara los pactos. Sin embargo, les activistas señalaron que, independientemente de cual sea el resultado en la entrega de los pactos, continuarán trabajando en el proyecto. Kleres y Wettergren (2017) y Poma y Gravante (2021) indican que la esperanza en el éxito de la acción es uno de los principales impulsores de la acción en el movimiento climático, al mismo tiempo que presenta una estrategia de manejo emocional, punto que se tocará más adelante. Así, este caso de estudio confirma lo que Jasper destaca en su investigación, que “cada victoria, por pequeña que sea, produce confianza, interés y energía emocional; todas las cuales son ventajas para la posterior acción” (*ibid.*: 57).

La última categoría que se analiza es la de las emociones recíprocas, que son una subcategoría de los compromisos afectivos (Jasper, 2012, 2018) y son las emociones que les participantes sienten unos con otros e influyen en el compromiso y el manejo de otras emociones. Estas emociones se construyen en la cotidianidad de la práctica política. Las emociones recíprocas identificadas son amor, cariño y confianza hacia les activistas involucrados en la construcción de la AEP e incluyen relaciones amorosas.

Un elemento fundamental identificado en la investigación es que el cariño no solo se da entre les integrantes sino también hacia el proyecto, es decir, existe un apego a la táctica —la AEP— como señala una activista:

Creo que conforme hemos fortalecido el equipo de Casa de Campaña y nos hemos puesto a trabajar más hacia nuestro objetivo, que es construir la asamblea, ha aumentado más, no sé si fe es la palabra correcta, pero como mi optimismo en torno al proyecto y mi cariño también (AC_1).

Este vínculo afectivo hacia el proyecto permite mantener el compromiso en su activismo.

Una emoción moral identificada es el orgullo a nivel individual y colectivo. De manera individual, el ser activista ha influido de manera positiva en la salud de les jóvenes de la Casa de Campaña. Esto les ha ayudado a conocerse a sí mismos, a tenerse paciencia y a sentirse orgullosos de encontrarse luchando por sus ideales, que tiene que ver con construir un cambio, como indica una de ellas: “Me siento bastan-

cionarios públicos tienen la obligación de hacer públicas tres declaraciones: la patrimonial, de intereses y fiscal con el objetivo de evitar la corrupción.

te orgulloso de estar trabajando, de estar haciendo algo para ver un mundo mejor, para ver las cosas como siento que deberían serlo y como me gustaría que fueran” (AC_4).

A nivel colectivo, el orgullo está vinculado a lo que han construido en conjunto. El orgullo, por otra parte, se encuentra estrechamente vinculado con el empoderamiento, una de las principales consecuencias biográficas del activismo (Poma y Gravante, 2019) y un beneficio emocional que genera la protesta. Drury y Reicher (2005) vinculan el empoderamiento con emociones, las cuales se denominan “sentimientos de empoderamiento”, entre las que se encuentran la confianza, el orgullo, la alegría o el apoyo. También se encuentra vinculado con cambios en la identidad.

El empoderamiento se encuentra presente a nivel individual y colectivo. A nivel individual se manifiesta en el autoconocimiento mientras que, en lo colectivo, se manifiesta en luchar por generar un cambio social. Al respecto, Jasper (2018) señala que el deseo de producir un efecto sobre el mundo es uno de los objetivos humanos que motivan la acción. Además, el placer que produce la protesta conlleva la sensación de confianza y capacidad de agencia (*agency*) que se convierte en medio para la acción futura. En el caso analizado, les activistas manifestaron sentir satisfacción por hacer algo ante la crisis climática y en querer trabajar de manera colectiva.

El último proceso que se analizó es el manejo emocional, proceso identificado por Arlie Hochschild (1979) cuando una persona siente y a partir de eso interpreta y actúa sobre sus emociones. En el caso de estudio, este proceso se encuentra presente entre les activistas para evitar el agotamiento y superar emociones desagradables como la frustración, la desesperanza o la impotencia a las que se enfrentan en el día a día en su labor de activismo y que pueden desmovilizar. Poma y Gravante (2021) enfatizan que enfrentar un problema, como lo es la emergencia climática, implica tener que manejar ciertas emociones incómodas que no son comunes en otros movimientos; además, las estrategias de manejo que prevalecen son las cognitivas para “evocar emociones que alientan la movilización al mismo tiempo que se manejan y limitan las que desmovilizan” (*ibid.*: 122).

Entre las estrategias de manejo emocional identificadas en la Casa de Campaña, se encuentra la evocación de la rabia, contrarrestando la impotencia o la desconfianza por la falta de respuesta gubernamental a la emergencia climática. También se encuentra presente la generación de esperanza en el éxito de la acción futura, estrategia identificada por Poma y Gravante (*ibid.*), que resulta ser prioritaria en la acción climática. En este caso, les activistas hacen el esfuerzo de sentir esperanza por el impacto que puedan tener los pactos ecosociales y por estar trabajando con otros grupos y actores en la construcción de alternativas.

Otra de las técnicas de manejo que les integrantes utilizan es el compartir sus experiencias y sentires en las juntas que llevan a cabo cada semana, lo que permite redireccionar emociones hacia los enemigos —en este caso la clase empresarial y política que privilegia lo económico en detrimento del medio ambiente—, para continuar participando. Además, tomar descansos cuando existe agotamiento, permite que les activistas renueven sus energías para continuar en la lucha.

Para concluir, la crisis climática y el esfuerzo que requiere crear un proyecto que no tiene precedentes en México, genera emociones que podrían desembocar en el abandono del proyecto; sin embargo, gracias al manejo de estas emociones, en el que les amigos y otros activistas juegan un papel importante, contribuyen a fortalecer el compromiso y se relacionan a impactos biográficos de la protesta, como el empoderamiento.

Conclusiones

La emergencia climática genera emociones que pueden conducir a la negación o la inactividad frente al problema (Norgaard, 2011; Poma y Gravante, 2021). Les activistas climáticos no son la excepción en sentir emociones que pueden desmovilizar, de hecho, los resultados del análisis indican que les activistas se enfrentan constantemente a estas emociones ante los obstáculos a los que se enfrentan en su cotidianidad y en su lucha política. No obstante, las emociones de la resistencia, como la esperanza en el impacto que los pactos ecosociales puedan tener para enfrentar la emergencia climática en el país y el orgullo de estar construyendo alternativas y de hacer del mundo un lugar mejor al trabajar de manera colectiva, ayudan a canalizar la impotencia, la frustración y la desesperanza.

Los vínculos afectivos, que incluyen la confianza, el amor y el cariño, se han construido entre los integrantes de la Casa de Campaña, les han ayudado a superar emociones incómodas y estados de ánimo desagradables. Algo que se destaca de la investigación es la existencia de apego a la táctica, la AEP, en la que los activistas expresan sentir cariño hacia el proyecto, situación que permite comprender su compromiso en sus acciones de activismo climático.

Además, el orgullo presente a nivel individual y colectivo, y las emociones recíprocas, ayudan a combatir la soledad y fortalecen el sentido de pertenencia a una comunidad, influyen también en uno de los principales impactos biográficos: el empoderamiento. Este se relaciona con el autoconocimiento que han desarrollado desde que son activistas y en la capacidad de agencia que se fortalece al luchar por generar un cambio social que permita construir soluciones ante la emergencia climática, im-

pulsando su acción futura.

Otro proceso fundamental que llevan a cabo constantemente los integrantes de la Casa de Campaña es el manejo emocional que les permite canalizar emociones que pueden desmovilizar y evocar aquellas emociones que tienen el efecto de propiciar la acción, así como para evitar el agotamiento [*burnout*], situación que es común en el activismo.

La complejidad de la dimensión emocional presente en el caso de estudio demuestra la importancia de su incorporación como variable analítica en el activismo de base, del que existen un amplio número de experiencias que promueven prácticas y visiones alternativas (Gravante y Poma, 2020a), las cuales se vuelven fundamentales para superar la desesperanza que genera la crisis climática a la que nos enfrentamos actualmente.

ALEGRÍA Y RESISTENCIA DE LAS MUJERES EN LA REGIÓN DEL SOCONUSCO, CHIAPAS, MÉXICO

*Carolina Elizabeth Díaz Iñigo**

Introducción

Emociones como la alegría, expresada en la risa, así como la actitud de valentía en las mujeres, son parte de la cultura emocional de la región del Soconusco que, sustentada en la vida cotidiana, permiten la reproducción de la vida y la resistencia de cara al despojo y la contaminación de sus territorios. Por consiguiente, en este capítulo analizaremos, desde la perspectiva de la antropología de las emociones y desde la línea de investigación sobre emociones y movimientos sociales, ¿qué papel desempeña la alegría de las mujeres en la resistencia frente al despojo y la contaminación del territorio?

Por ello, se mostrará de qué manera las emociones —en especial la alegría— son piezas fundamentales en la participación de las mujeres que resisten en el Soconusco. Así, en la primera parte desarrollaremos el enfoque teórico desde el cual realizamos esta investigación; posteriormente, analizaremos el contexto sociocultural donde emergen las emociones de las interlocutoras de este trabajo; enseguida se tratará un caso que permite comprender la resistencia de las mujeres frente al despojo y su relación con emociones como la alegría, tema central para interpretar la participación de las mujeres en esta región.

* Doctora en antropología social por la Universidad Iberoamericana. Investigadora posdoctoral en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Unidad Golfo. Líneas de investigación: la dimensión emocional en los procesos de resistencia y participación de las mujeres en la defensa de sus derechos y el territorio, así como el acceso a la justicia en clave interseccional. Autora del libro *La resistencia de la sutileza. Mujeres y emociones contra el despojo en la frontera sur de Chiapas*. Cofundadora del Colectivo Transdisciplinario de Investigaciones Críticas (Cotric). Correo <carolinalive3@hotmail.com>.

El Soconusco, territorio donde se desarrolló esta investigación, se ubica en el sur del estado de Chiapas, esta geografía representa parte de la “frontera sur” de México, región conocida por su movilidad de seres humanos y mercancías, producto de su ubicación estratégica en el continente americano. Además de lo anterior, el Soconusco chiapaneco posee una gran riqueza natural, tanto que cuenta con tres Reservas de la Biósfera,¹ todas con una gran diversidad de ecosistemas que incluyen el manglar, el bosque, el mar y la selva; sin embargo, la región también cuenta con diversos megaproyectos, incluida la minería. Simultáneamente, se encuentran monocultivos de mango, plátano y papaya, así como la plantación de palma africana o de aceite. De manera que la contaminación, provocada por fertilizantes y pesticidas usados en los monocultivos, se ha convertido en una amenaza para la salud y el medio ambiente. Sin embargo, existen comunidades y mujeres que han resistido de diversas maneras a estas problemáticas, como ejemplo tenemos su participación para lograr la expulsión de una empresa minera, tema que desarrollaremos en este capítulo a partir de la experiencia de Camila.

La construcción de esta investigación fue posible gracias a la etnografía que se alimenta de la experiencia de las y los investigadores en trabajo de campo, así como de la teoría antropológica y social (Peirano, 2004). Paralelamente, las entrevistas a profundidad, las entrevistas informales, así como la observación participante hicieron posible la comprensión de la dimensión emocional en la participación de las mujeres y en las motivaciones que las llevaron a defender su territorio. De igual forma, por medio de talleres y grupos focales, se pudo conocer a mujeres de diversos municipios que participaban en un centro comunitario de cultura y cuidado ambiental ubicado en la región, el cual se mantendrá en anonimato. Estas técnicas y metodologías de investigación contribuyeron al registro y problematización de las emociones que guiaron la participación y el liderazgo de mujeres en la defensa del territorio.

Si bien en este capítulo analizamos principalmente el caso de Camila y su participación en la expulsión de una empresa minera, su experiencia forma parte de la movilización colectiva en su contexto; es decir, su liderazgo no es un proceso aislado, por el contrario, su participación se relaciona con la movilización comunitaria sobre todo en lo relacionado a la defensa del territorio en el Soconusco. El acercamiento desde el enfoque sociocultural de las emociones y su relación con los activismos de base permitió construir la pregunta ya mencionada: ¿qué papel desempeñan emocio-

¹ La Reserva de la Biósfera de El Triunfo; la Reserva de la Biósfera El Volcán Tacaná, y finalmente, la Reserva de la Biósfera de La Encrucijada.

nes como la alegría de las mujeres en la resistencia frente al despojo y la contaminación del medio ambiente? Cuestión que desarrollaremos a lo largo de este capítulo.

Marco teórico

Un breve acercamiento a la antropología de las emociones

Lo que denominamos antropología de las emociones puede tener varios y diversos antecedentes (Abad y Flores, 2010: 15-28); sin embargo, considero que el estudio de la cultura es uno de los más relevantes. Uno de los intereses particulares de la antropología cultural fue la flexibilidad de la “naturaleza humana”. De acuerdo con Margaret Mead ([1935] (1990), una de las antropólogas culturalistas más icónicas de esta postura: “Estamos obligados a deducir que la naturaleza humana es maleable de una manera casi increíble, y responde con exactitud y de forma igualmente contrastante a condiciones culturales distintas y opuestas” (*ibid.*, 236). Entonces, la cultura fue central en el desarrollo de la personalidad y las emociones de los sujetos, estos planteamientos fueron un antecedente para lo que hoy denominamos como antropología de las emociones.

Sin embargo, el origen oficial de la antropología de las emociones está en Catherine Lutz y Geoffrey White (1986) cuando publican su artículo *The Anthropology of Emotions*, donde se examina una década —anterior a 1986— de la investigación antropológica estadounidense sobre las emociones. En esta revisión, destacan los aportes de Renato Rosaldo (1984), quien contribuyó a comprender la manera en que la posición social —“sujeto posicionado”—, guardaba relación con la diversidad de experiencias emocionales, donde aspectos como el género, la edad y el estatus son centrales para comprender la experiencia transcultural de la emoción.

Otro aporte relevante de Rosaldo ([1989] (2000), se refiere a su propia experiencia haciendo investigación como antropólogo. Al abordar “la ira en la aflicción” del pueblo ilongot, fue comprendiendo que este sentimiento —la aflicción en la ira— surgía producto del luto por una pérdida que orillaba a este pueblo a “cazar cabezas”; sin embargo, en las explicaciones que daban los propios ilongot, Rosaldo no encontraba la motivación para sus acciones: “Aunque había registrado correctamente sus declaraciones acerca de la aflicción y la necesidad de arrojar fuera su ira, simplemente no valoraba la importancia de sus palabras” (*ibid.*: 26). Además, reconoció que: “Ciertamente, no disponía de ninguna experiencia personal que me permitiera imaginar la poderosa ira que los ilongot afirman encontrar en el luto” (*ibid.*: 24). Solo cuando experimentó la pérdida de su esposa, Michel Rosaldo, en un accidente,

fue capaz de comprender la ira y la aflicción de los ilongot: “Únicamente después de sufrir en carne propia una pérdida devastadora, pude entender mejor lo que querían decir los ilongot cuando describían la ira generada por el luto como la fuente de su deseo de cortar cabezas humanas” (*ibid.*: 25). A partir de esta experiencia encarnada, Rosaldo elaboró una crítica a la antropología y su metodología, que había silenciado la importancia de las emociones en las y los etnógrafos, así como en los sujetos y culturas a las que se investigaba, ello contribuyó al desarrollo de la antropología de las emociones y a considerar la relevancia de los sentimientos como herramientas metodológicas y epistemológicas. Estos aportes modificaron en gran medida la manera de hacer antropología y cuestionaron las aspiraciones de neutralidad en las ciencias sociales.

Un ejemplo más reciente es el caso de Juan Flores Martos, quien indica que las emociones son además “una variable clave en el proceso de conocimiento/descubrimiento etnográfico, y como un factor de naturaleza epistemológica y metodológica de primer orden, tanto en el proceso de trabajo de campo como en el de análisis, reflexión, ‘edición’ y escritura del texto antropológico” (2010: 11). Flores también hace una crítica a la construcción de las y los sujetos investigadores en las ciencias sociales pues:

...lo científico y aceptado por la academia era contemplar a personas (investigadores) que querían estudiar a otras personas sin ser humanas ellas mismas, y ocultando y negando protagonismo y elemento de reflexión a unos componentes tan específicamente humanos, y tan constitutivos de las relaciones sociales como son los sentimientos y las emociones (*ibid.*: 13).

Desde la antropología de las emociones, se considera relevante la experiencia emocional de la investigadora, pues es parte de reivindicar el papel de las emociones como herramientas que permiten la construcción de conocimiento y de entablar el diálogo e intercambio con las interlocutoras de las investigaciones.

Uno de los trabajos más relevantes sobre el carácter social de las emociones y su manifestación en el cuerpo fue: *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, de Le Breton ([1998] 1999). En este libro se designa a las emociones como relaciones sociales que son parte de una cultura emocional: “Las emociones son modos de afiliación a una comunidad social, una manera de reconocerse y de poder comunicarse contra el fondo de una vivencia similar” (*ibid.*: 117). En este sentido, las dimensiones simbólica y social son partes fundamentales en el desarrollo y estudio de las emociones desde la antropología, pues las emociones, como los sentimientos, “no son de ningún modo fenómenos puramente fisiológicos o psicológicos” (*ibid.*: 11). El carácter sociocultural de las emociones permite su interpretación, significación e intercam-

bio; estas características se despliegan de manera diferente de acuerdo al contexto cultural y los actores que las desarrollan, por lo que hablar de la antropología de las emociones circunscribe el cambio y la acción de los sujetos. De acuerdo con Le Bretón, las emociones:

Son relaciones, y por tanto son el producto de una construcción social y cultural, y se expresan en un conjunto de signos que el hombre siempre tiene la posibilidad de desplegar, incluso si no las sienten. La emoción es a la vez interpretación, expresión, significación, relación, regulación de un intercambio; se modifica de acuerdo con el público, el contexto, se diferencia en su intensidad, e incluso en sus manifestaciones, de acuerdo a la singularidad de cada persona (*ibid.*: 69).

De manera que la cultura emocional se refiere a la dimensión simbólica de las emociones, comprendidas como producto de la cultura y de las relaciones sociales en las que emergen. La cultura moldea las experiencias emocionales donde los sujetos han sido socializados. Así, la cultura emocional se refiere “al hecho de que en cualquier grupo social existe un repertorio de conductas y sentimientos adecuado a una determinada situación en función de factores como el estatus social, la edad y el sexo de quienes están afectivamente involucrados y de su público” (Bourdin, 2016: 63). En consecuencia, la cultura emocional repercute directamente en las acciones humanas y en los significados de la experiencia, es por ello central en la comprensión de las decisiones humanas y también en el entendimiento de las transformaciones sociales, como veremos a continuación.

Emociones y movimientos sociales

Además de los aportes hechos desde la antropología de las emociones,² considero relevantes las contribuciones que, desde la línea de investigación sobre emociones y movimientos sociales, realizan James Jasper (1998, 2012, 2018), Alice Poma (2019a, 2017), Tommaso Gravante (2020) y Gravante y Poma (2018, 2022) quienes han coadyuvado a posicionar el carácter sociocultural de las emociones y, sobre todo, el rol que desempeñan en la protesta, en los activismos de base y en los movimientos sociales.

Jasper señala, por ejemplo, que emociones como alegría, amor, esperanza, enojo y orgullo son significativas en la movilización social y permiten comprender tanto su desarrollo como su desarticulación. Asimismo, realiza una clasificación de las emo-

² Una de las discusiones más recientes sobre la antropología de las emociones en México, la podemos encontrar en la obra de Edith Calderón (2012).

ciones en: pulsiones, emociones reflejas, estados de ánimo; así como en lealtades afectivas y emociones morales. Estas dos últimas, según Jasper (2012), se caracterizan por ser relativamente estables y de largo plazo, y a menudo constituyen el trasfondo de los estados de ánimo; adicionalmente, son centrales para comprender las acciones políticas. Las emociones morales son un ejemplo claro de lo que el autor quiere señalar cuando estudiamos la cultura emocional, pues al ser parte de las instituciones y los valores de la sociedad, inciden en las acciones de las y los sujetos y les otorgan sentido. Estas emociones son las que serán analizadas en este capítulo.

Por su parte, Poma (2019a, 2017) examina la manera en que emociones como el amor a la naturaleza, el dolor por su destrucción y los apegos al lugar, intervienen en la defensa del medioambiente y el territorio. En la misma línea, Gravante (2020b), ha analizado las reglas del sentir, concepto acuñado por Hochschild (1979, 2008), para mostrar de qué manera las emociones hegemónicas pueden ser cuestionadas por las personas y transformadas por los movimientos sociales.

De la misma manera, Poma y Gravante (2022a), contribuyen a las investigaciones desde América Latina, y especialmente en México, acerca de los activismos de base³ y su correlación con la dimensión emocional. De modo que, abordar estos elementos implica preguntarse cuáles son las emociones que influyen en las dinámicas analizadas, pues si se examina la motivación para la acción —de acuerdo con lo propuesto por Jasper—, se deben identificar cuáles son las emociones que han tenido un efecto movilizador en la experiencia de las y los activistas. Elementos que expondremos a continuación.

Análisis

La alegría como componente central en la cultura emocional de las mujeres en el Soconusco

Alrededor de 15 mujeres de Acacoyagua y Escuintla estábamos conviviendo alegremente, tomando café y haciendo tortillas. La señora Rosita, como es su costumbre, comenzó a hacer algunos chistes y comentarios de contenido sexual: “el sacerdote de Escuintla está bien guapo, yo sí le doy su apretón” (Díaz, 2019). Estos comentarios provocaron la risa y el regocijo de las mujeres presentes. La celebración de la

³ De acuerdo con Poma y Gravante (2022a), el activismo de base se caracteriza por su dimensión local, aunque desde su contexto también puede promover soluciones locales a problemas globales y, al mismo tiempo, puede participar en movimientos sociales más amplios.

sexualidad por medio de comentarios, chistes, albures, fueron comunes durante mi estancia en trabajo de campo, sobre todo cuando las mujeres se reunían para convivir o trabajar.

En algún momento de la plática y debido a la alegría que suscitaron estos comentarios, una de las mujeres me hizo una acotación sarcástica que tenía como fin evidenciar la particularidad de las relaciones sexo/genéricas en la región y cuestionar la visión de víctimas de las mujeres: “Caro, ahora sí vas a hacer tu tesis sobre las mujeres sumisas de la Costa”. Este comentario provocó mucha risa entre las que estábamos ahí. Enseguida respondí: “Desde el segundo día —de mi estancia en campo—, me di cuenta de que estaba en un lugar diferente” (*ibid.*). Esta experiencia fue parte del intercambio emocional y del encuentro entre la investigadora y las interlocutoras de la investigación. En este esbozo etnográfico dejaron clara su agencia y resistencia en la vida cotidiana y refutaron la visión de víctimas pasivas ante las violencias que las rodean. Es, además, un ejemplo de la relevancia de la dimensión emocional en la disciplina antropológica, tanto en el trabajo de campo como en la interpretación, reflexión y escritura del texto académico.

En el Soconusco es común que las mujeres se defiendan de la violencia que llega a ejercer el esposo o pareja, y que constantemente cuestionen las relaciones de poder al interior de la familia, tal y como me lo relató Rocío, originaria de la región: “No todos los matrimonios son perfectos, pero creo que la mujer de acá a veces se impone, impone su carácter con el hombre, no deja que el hombre sea tan machista” (*ibid.*). Las mujeres “costeñas” se defienden y resisten de diversas maneras y cotidianamente; ya sea frente al marido, pareja y, últimamente, en oposición a la Guardia Nacional, que revisa y custodia los caminos y el transporte que se dirige a Tapachula en busca de migrantes centroamericanos. “Papacitos”, y otras palabras, pueden ser dirigidas a los militares para avergonzarlos, situación que sucede, sobre todo, cuando se transportan varias mujeres juntas. Pero, además, las mujeres han sido protagonistas de luchas por el territorio, como sucedió en los municipios de Acacoyagua y Escuintla, donde lograron detener la explotación de dos empresas mineras.

Con el transcurrir de mi estancia en trabajo de campo, comencé a comprender que, en el Soconusco, no podían aplicarse las divisiones sexo/genéricas “tradicionales”. La frase: “Ya vas a hacer tu estudio de las mujeres sumisas”, expresa un cuestionamiento en este sentido. La autopercepción de su carácter como alegre, fuerte y valiente, es parte de la identidad de las mujeres costeñas, como ellas mismas se autodenominan:

Las mujeres costeñas somos muy bravas, espontáneas, valientes, fraternas, pero también muy violentas, o sea muy violentas de que cuando las lastiman ¡cuidado!, y ¡hasta con los esposos eh!

Con los esposos podemos ser muy sumisas más si estamos enamoradas “sí, lo que tú digas” “lo que tú quieras” pero cuando las hartan, son capaces hasta de “chingárselos”, de darles sus sartenazos y no nos dejamos. En algunos casos también el hombre ha logrado someterlas, no vamos a decir que todas las costeñas no se saben dejar, hay algunas mujeres que sí sufren violencia porque el marido las tiene sometidas. Pero, por ejemplo, mi mamá me decía “cuando te cases, ese es el hombre con el que te vas a morir, ¡pero no te dejes pegar!”, eso sí siempre me lo decían (entrevista con Leonora, en Díaz, 2019).

Muchas de las mujeres del Soconusco no se identifican con algún grupo étnico, algunas evocan un pasado e identidad mam,⁴ pero por lo general se autodefinen como costeñas.⁵ Ser costeña y costeño, según sus palabras, es tener la “sangre caliente”, lo anterior puede observarse en la cotidianidad, cuando manifiestan su alegría, deseo, sexualidad y también cuando se enojan.

Cuando las mujeres del Soconusco se congregan para convivir, trabajar, cocinar o platicar, ríen. En gran medida, la risa la provocan comentarios en torno a la sexualidad: “Aquí es pura verga”. Reí mucho durante el trabajo de campo, sobre todo con las mujeres; pronto comprendí que la alegría era una actitud constante que les permite participar, dialogar, entablar afectos, relaciones de amistad y compañerismo. La alegría en este contexto es una fuerza vital, de acuerdo con Jorge Rueda: “Aproximarse al estudio de la risa como una forma de resistencia significa [...] pensarla como una estrategia para recuperar y sostener la vida” (2013: 341). Esta actitud, que manifiesta un constante gozo en la cotidianidad, les ha permitido luchar contra proyectos extractivistas en la región, cuestión que analizaremos más adelante.

Las mujeres que son más hábiles en provocar la risa y alegría entre sus compañeras y compañeros ganan cierta reputación y, en algunos casos, esta actitud puede contribuir a que sean percibidas como lideresas. De acuerdo con Emma Chirix, para el caso que ella analizó: “Las mujeres más atrevidas, con mayor experiencia y con sentido del humor, son quienes hacen comentarios jocosos y guían la conversación en el grupo, durante la cual ocurre un proceso de retroalimentación de la broma” (2009: 151). La sexualidad es un tema común entre hombres y mujeres del Soconusco, para las mujeres es, además, una manera de resistir diversos tipos de violencia y de relacionarse con los hombres, pues si logran avergonzarlos con sus comentarios y/o hacerlos reír, esto es percibido como un logro.

⁴ El pueblo mam se ubica en algunas zonas de la selva, Sierra y Soconusco de Chiapas. Así como en algunos departamentos de Guatemala.

⁵ Los procesos de aculturación en la región fronteriza del Soconusco son parte de las políticas integracionistas del Estado-nación mexicano que, bajo la identidad mestiza, construyó el proyecto nacional, proyecto que implicó la invisibilización de las identidades étnicas y la exaltación de la mexicanidad.

Por su parte, Jorge Rueda muestra la manera en que la población chilena de clases populares, y en especial las mujeres, resistieron cotidianamente a la dictadura y la violencia que los rodeaba por medio de la risa:

La risa, por tanto, fue un mecanismo simbólico de una visión del mundo: un *ethos* (una manera de actuar), un *pathos* (una manera de sentir y expresar) y un *imago* (una fuerza o potencia para imaginar y creer en la voluntad para cuidar la vida). La risa motivó, movilizó e integró a los pobladores a través de la carga afectiva que ella soporta (2013: 343).

En nuestro caso, la risa y la alegría en la vida cotidiana de las y los pobladores del Soconusco es una manera de actuar y sentir que representa a la identidad “costeña”. La alegría es parte de la cultura emocional que les permite cuidar la vida y enfrentar en algunos casos el despojo neoliberal, esta actitud emocional fue central para sostener el plantón donde resistieron la explotación minera, tema que veremos en el siguiente apartado. Por consiguiente, algunos elementos de la cultura emocional fueron usados estratégicamente para sostener y reproducir la vida ante el despojo y la violencia de este contexto fronterizo.

El apego al lugar y el amor a la naturaleza como emociones emancipadoras

Conocí a Camila durante el desarrollo de esta investigación, fue una de las lideresas que participaron activamente en la expulsión de una empresa minera en el municipio de Acacoyagua. En el siguiente fragmento nos muestra las afectaciones a la salud ocasionadas por la explotación minera y el proceso que la llevó a resistir junto con su comunidad:

Moría mucha gente, pero no sabíamos por qué enfermábamos, no sabíamos que nos mataban como cucarachas, no sabíamos qué lo provocaba. Yo trabajaba en la Clínica del IMSS ayudando a la doctora del pueblo. La doctora me preguntaba: ¿Por qué muere tanta gente? ¿Qué estarán comiendo? Cada año se hace un diagnóstico en la región y no hallábamos la explicación de cuál era el daño. Yo recuerdo que había como 4 o 5 muertos al día por cáncer, era de tener miedo.

Pasó el tiempo, me jubilé y me dediqué a los talleres de pastoral social en diferentes pueblos, ahí conocí el documento del Papa Francisco, el *Laudato Si'*. El *Laudato Si'* nos decía que cuidemos a la madre tierra porque es nuestra vida y así supe que la minería nos afectaba. Esto se lo platicaba a la comunidad en la asamblea, les platicaba que la minería nos invade mucho. Nos unimos hace cuatro años a la lucha contra la minería [...] Cuando la minería llegó a Escuintla y Acacoyagua la gente se comenzó a organizar [...] Tapamos seis meses el camino, pusimos un campamento, llegaban periodistas y también de otros movimientos sociales que nos dejaban víveres (entrevista a Camila, en Díaz, 2019).

Asimismo, Camila relata cómo la empresa intentó comprar a la población pues: “A algunas familias les entregaron 5 000 pesos”. Esto provocó la división entre los pobladores: “nos enfrentamos con gente comprada de las comunidades”. Sin embargo, a pesar de que la empresa logró comprar algunas conciencias, y por medio de este acto amedrentar a la población, la movilización y organización de la gente logró expulsar a la empresa minera que contaminaba sus ríos.

El avance de megaproyectos en México y Chiapas es parte de la visión antropocéntrica y neoliberal sobre la naturaleza, que prioriza el capital frente a la vida y la salud de las personas. De acuerdo con Guerrero, esta visión ha provocado que “la naturaleza sea transformada en mercancía, en simple recurso, en objeto para generar plusvalía y acumular ganancias” (2010: 86). Lo anterior se contrapone con el apego al lugar que señala Poma, como uno de los procesos emocionales que posibilitan la defensa del territorio:

Un elemento clave para comprender los conflictos socioambientales son los apegos al lugar, a nivel local y global. Ese vínculo ha sido definido como “la relación simbólica formada por personas que otorgan significados emocionales/afectivos culturalmente compartidos a un particular espacio o terreno que proporciona la base para la comprensión y la relación con el medio ambiente del grupo y del individuo” (2019: 51).

El apego al lugar fue relevante en el caso de la participación de Camila. Esta estuvo acompañada de la dimensión espiritual y de su preparación como catequista en la pastoral social donde conoció el documento *Laudato Si'* (Francisco, 2015), este último coloca a la tierra como “hermana”, “madre”, una de las más agraviadas por la avaricia del ser humano. Es un llamado también para el cuidado de la naturaleza y una crítica al antropocentrismo despótico que se desentiende de las demás criaturas y cosifica a la tierra, “nuestra casa común”. Cuando le pregunté a Camila si hubo algún componente espiritual que le ayudara a fortalecer su valentía en esta lucha, me contó la siguiente experiencia:

Sí, claro, estubo la presencia de Dios, hubo un momento en que ya se querían dar —matar entre pobladores con machetes— yo le pedí a Dios que no se mataran, le pedí a Dios que nos liberara, había mujeres, niñas y niños. Nos pusimos en oración y ¡cayó un aguacero! Estábamos todos mojados. Los contrarios —a los que la empresa minera había comprado con 5 000 pesos— llevaban machetes, fue entonces que uno de ellos gritó “¡No levanten los machetes porque nos va a caer un rayo!” No hallaban qué hacer con ¡la gran respuesta! de la naturaleza y de la gente que estaba dispuesta a morir defendiendo al pueblo, fue entonces que decidieron no enfrentarse con los que nos oponíamos a la mina (entrevista a Camila, en Díaz, 2019).

Como podemos observar, emociones morales como el amor por la naturaleza y por la “madre tierra” se encuentran vinculadas con valores profundos que se asocian a la práctica de la espiritualidad. Estos componentes otorgaron significado a eventos como el relatado, de modo que brindaron energía emocional para continuar con la resistencia. Adicionalmente, este amor por la naturaleza concomitante a la espiritualidad y las creencias profundas de la población, que resistió, vigorizó la actitud de valentía en las mujeres y en la comunidad, a pesar de los peligros y las amenazas de muerte que experimentaron varias de las activistas de esta lucha.

Otro componente relevante en el desarrollo de esta resistencia se refiere a la convivencia de la población que se mantuvo en el plantón, el cual impidió el tránsito de los camiones de la empresa minera. En este espacio, la comida hecha por las mujeres, la plática, las bromas, y sobre todo la alegría de compartir, fueron componentes cotidianos que fortalecieron la resistencia y la participación de la población. Jasper (2012) denomina como el “placer de la protesta” a las emociones satisfactorias que surgen en las personas que participan en alguna causa o movimiento social, haciendo posible que estos se sostengan a pesar de las adversidades. La alegría emerge cuando los individuos defienden sus creencias, ideales y valores morales. Para las mujeres y hombres que participaron en la resistencia contra la minería, la defensa del medio ambiente estaba asociada a la protección de la salud y la vida; esta alegría no se podía comprar con dinero.

Si bien la empresa minera, por medio de algunos emisarios, le ofrecieron a Camila y a su esposo un millón de pesos para dejar la lucha, estos no lo aceptaron; por el contrario, continuaron en la resistencia y defendiendo sus creencias y valores. Como lo muestra su experiencia, el componente espiritual fue relevante para resistir ante la muerte, esta dimensión dotó de fuerza y convicción a esta mujer que: “sabía que estaba haciendo lo correcto”. Como se mencionó antes, su formación en la pastoral social y el documento *Laudato Si'* fueron herramientas que profundizaron su actitud de valentía —común en las mujeres del Soconusco—, y que le permitió resistir a pesar de sentir miedo de ser asesinada. La esperanza de un mejor futuro para niñas y niños fue otra de las emociones que la acompañó en este proceso: “¿qué les vamos a dejar?”, “queríamos un mejor futuro para todos” (entrevista a Camila, en Díaz, 2019).

El amor por su pueblo, su territorio, y el apego al lugar fueron emociones que la animaron a no claudicar. La alegría, que además forma parte de las relaciones cotidianas del Soconusco, fue alimentada con la convivencia en el plantón, y con el placer de la protesta señalado por Jasper (2012). Esta alegría se fortaleció aún más cuando la empresa minera fue expulsada gracias a la organización de la población

y a la participación de las mujeres que, con sus alimentos elaborados y brindados al plantón, sostuvieron este espacio por más de seis meses.

Conclusiones

La presencia de la minería forma parte de la expansión territorial del neoliberalismo en la región fronteriza del estado de Chiapas, en especial en la región del Soconusco; no obstante, las mujeres también han sabido resistir a partir de la dimensión emocional. Por ese motivo, se pudo observar el lugar que ocupa la alegría en las características de la participación de las mujeres “costeñas” del Soconusco. Su participación tuvo como fundamento la búsqueda de salud y la defensa de la vida para sus familias, comunidades y para ellas mismas. El caso de Camila, presentado en este capítulo, nos muestra cómo una mujer, y parte de su comunidad, enfrentaron la contaminación del agua y el subsuelo, cuestión que les negaba el derecho a vivir con salud.

La espiritualidad, y los valores asociados a esta, le permitieron a Camila fortalecer la dignidad y la actitud de valentía, lo que le proveyó de fuerza para refutar la colonialidad de la naturaleza que concibe a la tierra y las personas como recursos explotables. La población que participó junto con Camila, también tuvo que resistir los sobornos de la empresa minera y sus promesas. Si bien la empresa compró algunas conciencias, muchos otros se negaron a claudicar.

El análisis de la cultura emocional nos brinda elementos para entender el papel que la alegría desempeña como fuerza vital en el Soconusco. En la vida cotidiana, esta emoción, y la actitud de valentía, se relacionan con la participación y resistencia de las mujeres en ámbitos como el doméstico y en las relaciones de pareja. La alegría fue parte del sustento que posibilitó la resistencia comunitaria frente a la minería. En consecuencia, podemos concluir que ciertos elementos de la cultura emocional del Soconusco fueron estratégicos para las mujeres, pues emociones como la alegría y la actitud de valentía, les permitieron sostener y reproducir la vida ante el despojo, la contaminación de sus territorios y la violencia en este contexto fronterizo.

EL USO ESTRATÉGICO DE LAS EMOCIONES EN EL MOVIMIENTO 21N EN COLOMBIA

*Diego Mauricio Duque Rodríguez**

Introducción

El presente capítulo ofrece una discusión sobre el rol de las emociones en los activismos de base (Poma y Gravante, 2022a). Partiendo del problema fundamental de la emergencia de la protesta en la escena pública, este abordaje analiza qué emociones podemos reconocer a partir del estudio audiovisual. Por medio de un vídeo de la organización *Strolling Around Co.* (2019) y un *podcast* de la emisora *La Vox Populi Radio* (2019), se subrayan experiencias concretas del miedo a la represión estatal y la esperanza de cambio como dos emociones interdependientes que canalizan otras a descifrar en el proceso de la movilización social.

Cuando enfocamos cómo emergen los agravios en los espacios de interacción contenciosa, podemos entrever la intersubjetividad como un principio transversal, plástico y abierto al uso de emociones como fines o como medios. Por ello se destacan experiencias emocionales de varios agentes en un enunciado, una imagen, una canción o un testimonio. En este sentido, el descubrimiento del supuesto “toda acción implica una reacción”, es multicausal, abigarrado, azaroso y dinámico. Una mirada desde los individuos hacia las estructuras captura la complejidad del fenómeno.

Considerando este problema, la pregunta de investigación fue: ¿cómo se compone la dimensión emocional de la protesta del 21N en Colombia? En términos de acción colectiva, esta aproximación comprende las emociones en el apoyo imprevisto de personas y organizaciones no contempladas en la convocatoria inicial. El enfoque sociocultural de las emociones reconoce la unión entre lo cognitivo y lo corporal en

* Politólogo (Universidad del Tolima-Colombia). Magíster en sociología (Universidad Iberoamericana-México). Docente catedrático en ciencia política y sociología en la Universidad del Tolima. Miembro del grupo de investigación “Educarte” (Universidad Distrital Francisco José de Caldas-Universidad del Tolima). Contacto <dmauricioduque@ut.edu.co>, <duque5304@gmail.com>.

la agencia de las personas, quienes usan imágenes, sonidos, consignas y testimonios de manera estratégica. En este sentido, no hay una correspondencia exacta entre el movimiento y los agentes, y por ello es necesario descubrir cómo la acción de un agente puede motivar a otros agentes a unirse a la movilización social, produciendo varios movimientos simultáneamente (Poma y Gravante, 2022a). Este es el caso del movimiento del 21 de noviembre de 2019 en Colombia (21N). Lo anterior trasciende el sesgo estructural, donde se alinea una causa política con una organización, partido o personalidad, sin pensar en conflictos o tendencias internas que se bifurcan y se encuentran en una protesta, ocultando los activismos (Goodwin y Jasper, 2004: 3-31).

Este caso muestra cómo la protesta es un espacio para demostrar el hartazgo de personas que no suelen expresarse y que no necesariamente están alineadas ideológicamente con alguna organización. Situado a finales de 2019 y principios de 2020, el paro cívico del 21 de noviembre de 2019 (o 21N) fue una constelación de variadas reivindicaciones históricas que se hicieron visibles debido al descontento en materia de derechos humanos con la presidencia de Iván Duque Márquez (2018-2022). Los agravios se explicaron en gran medida por no implementar integralmente los Acuerdos de Paz entre el Estado colombiano y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Como veremos, el caso muestra que una gestión gubernamental de la protesta desde la sospecha, la estigmatización y un ambiente de miedo no disuade a los participantes, sino que los incita a movilizarse.

El uso estratégico de emociones para manejar el miedo a protestar

Desde el giro cultural de los años noventa, el estudio de los movimientos sociales ha resaltado la importancia de la dimensión emocional como variable de análisis (Goodwin, Jasper y Polleta, 2001). Al respecto, esta investigación destaca tres conceptos transversales que unen el activismo de base y la política contenciosa: el manejo emocional, las estrategias de movilización y las formas de cognición.

Esta literatura académica reconoce a las emociones como formas para visibilizar los agravios de la dominación a nivel simbólico, material y estructural. Influidos por el concepto de manejo emocional de Hochschild (1979: 560), quien habla de un “esfuerzo consciente e intencionado de alterar un sentimiento”, han sido varios los académicos que han contextualizado su propuesta para estudiar los activismos de base alrededor del mundo. A nivel general, las contra-emociones han resistido las emociones dominantes, renegociando los límites del vínculo entre obediencia y desobediencia entre gobernantes y gobernados (Flam, 2005; Moore Jr., 1996: 26).

Un ejemplo de lo anterior son las protestas en Europa Central —Polonia y Alemania del Este, antes de 1989, y Serbia 1996-1997. Helena Flam destaca cómo en contextos totalitarios no hay una violencia automática por parte de los activistas, sino un conjunto de formas ambivalentes, satíricas y carnavalescas para “manejar los propios miedos de represión de los protestantes y los transeúntes, así como socavar la explosión anticipada de rabia del oponente” (2004: 172). Al respecto, sienten “una mezcla de rabia, miedo y esperanza, pero despliegan ansiedad, preocupación o felicidad, más que rabia abierta” (*ibid.*: 176).

Siguiendo la estela de Helena Flam y Arlie Hochschild, Alejandro Robayo (2017) amplía la evidencia del concepto para retomar el trabajo emocional de organizaciones y movimientos sociales en Colombia, principalmente a partir del contexto de las protestas de 2013 con el análisis discursivo de los comunicados públicos que realizaban varias plataformas de movilización, que organizaron el 21N en 2019. Una estrategia es vencer el miedo frente a “la posibilidad palpable de perder la vida o ser objeto de la retaliación de algún actor armado” (*ibid.*: 223). El miedo no desaparece, pero da espacio para que aparezcan otras emociones, como la esperanza, que permite creer que “la acción colectiva puede generar la obtención de los fines y el mejoramiento de las condiciones de vida” (*ibid.*: 224). Asimismo, se encauza el miedo para expresar “la tristeza, la frustración, la rabia y la desconfianza” (*idem.*) que afianza la identidad y solidaridad hacia los defensores de paz. Esta situación los pone en un activismo de alto riesgo en el contexto de pos-acuerdo de paz, como lo sostiene Massal (2019).

Gravante y Poma (2018: 597-600) retoman el concepto para enfocarlo en el área de la lucha política. De esta manera, estudian el caso del bosque Nixticuil, en la zona metropolitana de Guadalajara, en México. A partir de un enfoque biográfico y de entrevistas semiestructuradas sostienen el manejo emocional a partir de tres elementos, a saber, sobrellevar el sentimiento de impotencia frente a la tala de árboles y encauzarla hacia sentimientos de rabia, dolor o injusticia; canalizar la desesperanza a partir de la autogestión y la reforestación del bosque, lo cual permite la posibilidad de cambio; por último, manejar distintos miedos como la desaparición del bosque y la represión para potenciar la acción colectiva del Comité Salvabosques.

A partir de estos análisis, subrayamos el manejo emocional en la lucha política y la perspectiva de la canalización del miedo y la vergüenza hacia la esperanza, la desconfianza, el hartazgo, la indignación y el dolor mediante formas carnavalescas y satíricas que propicien la identidad colectiva y la solidaridad hacia los defensores de paz. No obstante, sostenemos que el concepto puede explorar la efectividad de lo audiovisual para transmitir mensajes cognitivos-afectivos y adquirir visibilidad por medio de nuevas tecnologías (Della Porta, 2013b), a tal punto que las representa-

ciones visuales alternativas enfrenten emociones dominantes (Flam y Doerr, 2015) y permitan la transmisión estratégica de las emociones de los activistas (González, 2015).

Por esta razón, el manejo emocional debe ir junto a la tipología de las emociones como estrategias de movilización social que visibilicen los microfundamentos de lo político: agravios desde la agencia, la estructura, los procesos sociopolíticos y las políticas públicas en una protesta. Aquí, James Jasper arranca de una aporía. Por un lado, sitúa la estrategia más allá de la relación costo-beneficio, desde las teorías de elección racional. Por otro lado, supera el concepto de estructura de oportunidades, que esconde el rol de la agencia frente a las estructuras y reduce lo emocional a lo cultural —desde lo cognitivo—, a la apertura o cierre del sistema político o a las políticas públicas (Goodwin y Jasper, 2004). En contraste, sostiene que las emociones son utilizadas estratégicamente como fines y como medios en la acción colectiva (Jasper, 2018: 2). Lo cual sucede tanto en la política como en el activismo, dos de sus áreas de trabajo integral sobre emociones.

En primer lugar, acciones de corto plazo o preconscientes como las reacciones y los apetitos. Las reacciones son “respuestas automáticas, bastante rápidas, a acontecimientos e información, que se tomaron regularmente como paradigma de todas las emociones: rabia, miedo, asco, sorpresa, *shock* moral, desilusión y alegría” (Jasper, 2018: 4). En política, la rabia y el miedo han sido medios para intimidar y disuadir, lo que puede descarrilar proyectos colectivos de largo aliento (Jasper, 2006b: 19). En segundo lugar, las urgencias o apetitos son “necesidades corporales intensas: lujuria, hambre, adicciones a sustancias, la necesidad de orinar o defecar, agotamiento o dolor, cubrirse del frío, etc.” (Jasper, 2018: 4). Como fines, son objetivos de acción inmediatos que de no satisfacerse tienen un alto riesgo de romper proyectos colectivos (*idem.*).

En tercer lugar, los estados de ánimo son emociones de mediano plazo que “filtran nuestras intenciones y acciones, fortaleciéndolas o disolviéndolas, cambiando su tono. Estos niveles de energía afectan nuestra habilidad para continuar proyectos colectivos como los políticos” (*ibid.*: 78). Ellos “colorean todo lo que hacemos más allá del lugar original” (*ibid.*: 86). Al respecto, “emociones como el entusiasmo, la felicidad y la confianza son estados de ánimo que nos recargan; la depresión, la resignación y la tristeza nos descargan energía” (*ibid.*: 78). De esta forma, en política, se utilizan como fines para transformar ánimos paralizantes en asertivos ya que, si estamos de buen ánimo, podremos reaccionar y procesar información más fácilmente que si estamos de mal humor o bajos de ánimo (Jasper, 2006: 19).

En orden de complejidad, Jasper sitúa dos emociones de largo plazo —emociones morales y compromisos afectivos. Poseen un arrepentimiento potencial muy bajo y una acción más sostenida para desarrollar proyectos colectivos, lo cual hace que se minimice su ruptura potencial. En cuarto lugar están los compromisos afectivos, como “sentimientos relativamente estables, positivos o negativos, sobre otras personas o sobre objetos, tales como amor y odio, gustos y disgustos, confianza y desconfianza, respeto o desprecio” (2018: 4). Los afectos podrían ser fines, para quienes presencian el objeto de atracción o repulsión, pero pueden ser medios para los organizadores o personas a las que se le atribuyen estas emociones (Jasper, 2006b).

En quinto lugar, las emociones morales se pueden ver como “sentimientos de aprobación o desaprobación —incluso hacia nosotros y nuestras acciones— basados en intuiciones o principios, como vergüenza, culpa, orgullo, indignación, ultraje y compasión” (Jasper, 2018: 4). Jasper (2006: 24) sostiene que: “las emociones morales son cruciales para la acción cuando nos conectamos con variados contextos sociales y físicos, proporcionando evaluaciones inmediatas de estos contextos”. Por ende, las emociones morales son utilizadas como fines, en tanto objetivos deseables hacia uno o hacia otros.

Expuesta esta tipología, fue necesario un tercer concepto para entender que las emociones son contextuales a pesar de tener una misma etiqueta, pues se refieren a situaciones, personas o construcciones sociales. Por ello, para codificar cada agravio en los datos audiovisuales la pregunta pendiente fue: ¿emoción con respecto a qué? Y así, el estudio de las “formas de cognición” de Jasper (1997: 155-162), nos permitió captar procesos sentipensantes de los agravios, la emergencia del activismo en ambientes de desconfianza respecto a las autoridades y el miedo a la represión. En una primera parte, las intuiciones son formas de cognición más simples e implícitas. Van desde el sentido común —proverbios, máximas, poesía, humor—, las sensibilidades —creencias o la moral—, los instintos e imágenes, hasta formas más vinculantes, como la nación. En la segunda parte, las construcciones sociales son formas más articuladas de significados, como visiones del mundo, creencias, marcos del mundo o referencias familiares como tropos, héroes, villanos o historias. En la tercera parte, hay ideologías que articulan y guían colectivos, aunque aparezcan en distintas visiones del mundo. En la cuarta parte, hay formas concretas como críticas a políticas públicas y/o a prácticas existentes. En la quinta parte, existen símbolos condensantes que simplifican significados culturales a partir de palabras, imágenes o sonidos, que hay que decodificar para entenderlos claramente. En la sexta parte, encontramos algunos más complejos, como los soportes, que resumen estructuras de plausibilidad, instituciones, grupos o rutinas que articulan otras formas de cognición

—por ejemplo, modernización, sociedad postindustrial, gobierno, familia, Iglesia, etcétera.

Caso de estudio y metodología

De acuerdo con la Cruz Roja, Colombia enfrenta varios conflictos armados desde hace 60 años: *a*) con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), con presencia en Chocó, Nariño, Cauca y Catatumbo; *b*) con las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC), una organización de corte paramilitar; *c*) con el Ejército Popular de Liberación (EPL), que se ha venido fortaleciendo desde 2017; *d*) con las disidencias de las FARC y algunos de sus frentes 1, 7 y 40; *e*) entre el ELN y el EPL en la región del Catatumbo, en la frontera con Venezuela (Harnisch, 2019; Grasa, 2020: 15).

Al respecto, el Estado firmó unos Acuerdos de Paz con las FARC para su desmovilización en 2016. La oposición a estos, como la del partido derechista Centro Democrático, del expresidente Álvaro Uribe, hizo elegir a Iván Duque como presidente (2018-2022). En respuesta, emergió un ciclo de movilizaciones —el 21N—, un paro del 21 noviembre de 2019 hasta febrero de 2020, con varias demandas vinculadas a la defensa del proceso de paz, así como el rechazo a reformas laborales, pensionales y tributarias (para más detalles, véase Asociación Minga, 2019).

Para captar la emocionalidad de los agravios, usamos metodología cualitativa y virtual durante la pandemia. Basados en Collins (2009) y Nassauer (2016), resaltamos cómo los videos y los *podcasts* permiten una sociología de los activismos de base en Bogotá durante tres días de protesta (21, 22 y 23 de noviembre de 2019). El vídeo de Strolling Around Co. (2019) nos permitió recoger documentación visual, mientras que el *podcast* de la radio La Vox Populi Radio (2019) brindó una crónica sonora. Entre agosto y noviembre (2020) transcribimos enunciados de pancartas, testimonios, imágenes y canciones. Entre diciembre y abril (2021) codificamos y analizamos las emociones, comparando supuestos teóricos frente a referentes empíricos.

Análisis

Con estas premisas retomamos los agravios en el activismo y el manejo emocional del miedo y la vergüenza a partir de enunciados, imágenes, arengas y testimonios.

El trabajo emocional del miedo en emociones morales y vínculos afectivos

Dos meses antes de la protesta de noviembre de 2019, cuando se sabía de la convocatoria del paro nacional, la estrategia del presidente Iván Duque se orientó hacia estas conductas (Calle, 2019): la negación de razones válidas para protestar —son mentiras de demagogos para “incendiar” el país—; la estigmatización —hay infiltración de terroristas desde Venezuela con Nicolás Maduro y el Foro de Sao Paulo para desestabilizar el país—; la intimidación hacia organizaciones culturales críticas del gobierno —lo alternativo es sospechoso de terrorismo— (La Liga Contra el Silencio, 2019). Durante la protesta, la estrategia estuvo dirigida hacia la represión —a las demandas sociales no se les escucha— y a la desconexión de su presidente —governamos para nuestros votantes, no para todos— (Viva la Ciudadanía, 2019: 150).

En este ambiente de miedo, la alta concurrencia hizo historia. Desde mucho antes de 2019, varios colectivos y defensores de derechos humanos venían manifestándose por agravios similares, generando un proceso de movilización desde 2011 (*ibid.*: 140). De este proceso surgieron organizaciones que convocaron al paro nacional del 21N adscritas a centrales obreras, organizaciones campesinas, étnicas, sindicatos; asociaciones étnicas, de pensionados y de estudiantes universitarios (para más detalles, véase Polo Democrático Alternativo, 2019).

Sin embargo, un hecho excepcional desbordó a estas organizaciones: la asistencia masiva y espontánea de jóvenes, ancianos, hombres y mujeres de mediana edad, estudiantes de colegios, centros técnicos y tecnológicos, universidades públicas y privadas, artistas, músicos famosos, trabajadores informales, del sector salud, pensionados, campesinos, obreros, desempleados, indígenas, afrodescendientes, víctimas del conflicto armado, comunidades LGTBTTIQ+, feministas, ambientalistas y partidos de izquierda y centroizquierda en varias ciudades del país.

Esto se explica, en parte, por el escándalo que causó el encubrimiento de ejecuciones extrajudiciales realizadas por soldados contra civiles y niños, para hacerlos pasar por guerrilleros en combate —falsos positivos—, a tal punto que el ministro de Defensa, Guillermo Botero, tuvo que renunciar luego del debate de control político en el Congreso (BBC News Mundo, 2019). Esta práctica fue recurrente durante el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010) y, desde que Duque ganó el poder en 2018, la desconfianza estuvo latente. Un testimonio afirma que: “Una de esas razones es la que expresa la gente y que tiene que ver con el bombardeo del Ejército a unos niños en el Caquetá” (La Vox Populi, 2019: 19:00).

El paro duró cerca de tres meses, hasta febrero de 2020. Luego se detuvo por la irrupción de la pandemia del COVID-19 con varias protestas a mediados de 2020

y 2021. Al tercer día de la protesta de 2019 —23 de noviembre—, un agente del ESMAD¹ le disparó a Dilan Cruz, un joven que protestó pacíficamente; ocasionándole la muerte. Asimismo, hubo 1477 detenciones arbitrarias, solo por protestar, en los primeros tres meses (Defender la Libertad, 2020: 245).

Considerando estos precedentes, era un imperativo romper con el miedo a la represión. Por ello, una estrategia fue enfocar los agravios de fondo para despertar vínculos morales y compromisos afectivos entre activistas y espectadores que, además, se desconcertaron con un hecho fortuito que exacerbó el descontento: cuando un periodista le preguntó a Iván Duque por los falsos positivos el 6 de noviembre de 2019, su respuesta fue: “¿De qué me hablas, viejo?” Esto causó un repudio hacia el mandatario en redes sociales, caracterizándolo como un líder desconectado, inepto, indolente y cínico (más detalles en *El Espectador*, 2019a). A través de Twitter, el *hashtag* con su pregunta ayudó a convocar la protesta junto con otras etiquetas (Alcázar y Holguín, 2020).

Algunas pancartas usaron esta pregunta retórica: ¿De qué te hablo, viejo? De políticas públicas —“recortes presupuestales a la salud, educación y entidades territoriales; a la precarización del servicio a la salud a través de la Ley 100”— (La Vox Populi, 2019: 44:39); de conductas, datos y prácticas —“la mayor tasa de desempleo en los últimos 10 años, encubrir el asesinato de niñ@s por el ejército”— (*ibid.*: 19:34); o de hechos dolorosos —“más de 59 líderes asesinados en 2019”— (*ibid.*: 18:40). Aquí circulan emociones morales y compromisos afectivos que expresan indignación, impotencia y dolor por asesinatos a civiles y hacia la actitud negacionista del mandatario de “no abrir el diálogo con la ciudadanía” (*ibid.*: 01:11; *El Espectador*, 2019b).

En esta línea, la no-violencia abarcó afectos que conmueven desde lo más simple, como el humor: que funciona para alterar el sentido retórico del miedo a la violencia hacia la alegría del baile o el “amor” —“que lo único violento sea el perreo” / “hoy solo rompo corazones”—, (Strolling Around Co., 2019: 12:04, 18:33). El humor se desplaza al deber del individuo por preservar los lazos sociales por medio del manejo emocional de sí: transformando la rabia, el desprecio y el asco en empatía y respeto hacia la diferencia para rechazar asesinatos —“que tus razones sean tan válidas que no necesites de reajo o bala para imponerlas. No más líderes asesinados”— (*ibid.*: 43:01). En cuanto al enunciado “póngame las botas al derecho y el camuflado talla L”, (*ibid.*: 35:18), la sátira expresa desesperanza, rabia e impotencia por la normalización de estructuras y rutinas antidemocráticas, como ejecuciones extrajudiciales de militares contra civiles. Por último, compromisos afectivos, como el deseo de paz y

¹ Escuadrón Móvil Antidisturbios.

el rechazo del miedo identifican activistas en: “la paz es mi protesta” y “SIN MIEDO. 21N” (*ibid.*: 12:04, 18:33).

Reivindicar la sátira visual para cuestionar las emociones dominantes

Otra estrategia para subvertir emociones dominantes, como el miedo y la vergüenza, es ridiculizar al poder por medio de la sátira. Este medio genera procesos emocionales que expresan indignación encubierta en humor, lo que contribuye a procesar mejor el mensaje. Las críticas al gobierno usaron símbolos condensantes, como las caricaturas, que evocan situaciones de rechazo abierto a políticas públicas y a causantes de agravios.

Se usaron referencias familiares, como el presidente Duque caracterizado como cerdo. En el sentido común, muchos críticos en las redes virtuales lo empezaron a dibujar como Porky, de los *Looney Tunes*,² cuando estuvo en campaña. Tiempo después, el tropo se viralizó para expresar procesos mezclados de reacciones, como el asco, junto a emociones morales, como la indignación en el enunciado “no al paquetazo de Duque” / “Renuncie Duque” (Strolling Around Co., 2019: 46:13, 23:34). El paquetazo comprende beneficios a grandes capitales con las reformas tributarias, laborales y pensionales que afectan el costo de vida de las clases medias y bajas. Ello indigna por ser una afrenta hacia los colombianos más necesitados, a tal punto de exigir su renuncia.

Otras referencias retratan su carácter autoritario y pusilánime al considerarlo un gobernante títere. Como en un cartel sobre un fondo naranja, con cara sonriente y una mano oscura detrás que lo manipula (*ibid.*: 43:34). En términos emocionales, se pueden dividir tres capas: sus expresiones gestuales, que muestran un sujeto bonachón y jovial, que produce simpatía, confianza y hasta respeto. Pero esta imagen se derrumba en una segunda capa que presenta una mano oscura y gigante que maneja los hilos de Duque como una fuerza sobrenatural; esto despierta escepticismo. En la tercera capa, se desenmascara al farsante con el mensaje “*heil, heil, heil*”, que expresaría lo siguiente: “Iván Duque es fascista. No gobierna para todos, sino para unos pocos”. Es un títere manejado por fuerzas oscuras que destruirán el estado de derecho e impondrán un estado de opinión como los nazis: con violencia hacia la oposición.

Los hilos del poder pertenecen, según sus críticos, a las órdenes del expresidente Álvaro Uribe, quien aparece en otra pancarta junto a Iván Duque. Sobre ellos, un

² Es una serie animada de la compañía Warner Bros cuyo origen data de los años 1930. Algunos de sus personajes más representativos son Bugs Bunny, Porky, el pato Lucas y el gallo Claudio, entre otros.

enunciado que dice “Gobierno podrido” (*ibid.*: 45:23) en letras rojas, condensa el asco visceral que sienten los críticos para expresar indignación y desafección por sus prácticas autoritarias a partir de intuiciones como el gobierno títere de Duque y la influencia de Uribe. Como lo sostiene una activista: “Yo estoy de acuerdo con el paro, porque no me parece la injusticia de este gobierno, ¡es lo peor que hemos tenido! ¡Duque, fuera! ¡No lo queremos! Porque usted ha sido lo peor. Usté (*sic*) y Uribe han sido lo peor que tiene este país” (La Vox Populi Radio, 2019: 02:21).

Utilizar la alegría de la música para canalizar emociones desagradables

El uso de tambores, silbatos, flautas y cacerolas, gente bailando y cantando al unísono fue parte del repertorio de la protesta. La música posee un aspecto terapéutico para expresar la catarsis colectiva de las “voces no escuchadas”, puesto que canaliza diversas emociones que apelan a la comunidad, tal como lo sostiene la PhD en musicoterapia, Juanita Eslava (2021).

Uno de los testimonios de La Vox Populi Radio (2019) destaca este aspecto a partir de estados de ánimo como la alegría, transversal a los procesos de movilización social: “Pues mira, yo te hablo desde mi experiencia [...] he sido testigo de una movilización alegre, espontánea —como el cacerolazo— y que marca una diferencia en lo que estamos viviendo” (*ibid.*: 01:13). Esta diferencia busca integrar la alegría para presentar “iniciativas, propuestas” (*idem.*), como activistas “defendiéndose del ESMAD y de las agresiones de ciertos capuchos” (*ibid.*, 01:14), que les desmarca de una estrategia violenta. Igualmente, recalca que la alegría permite enfocarse en los agravios como la mala implementación de los acuerdos de paz que causa las muertes de los líderes sociales y en la situación precaria de la educación y el trabajo (*ibid.*, 01:13).

En este sentido, se denunciaron los falsos positivos, que expresan desconfianza en el gobierno cómplice con el paramilitarismo, a partir de la indignación por medio de la alegría y el placer de protestar: “Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver / Esto no es un gobierno, son los paracos en el poder (*sic*)” (Strolling Around Co., 2019: 37:42). O el dolor por los asesinatos de líderes, que les identifica con la esperanza de cambio en el continente: “Por qué, por qué, por qué nos asesinan / Si somos la esperanza de América Latina” (*ibid.*, 39:40). Algunas emociones compartidas son la indignación, junto al dolor por los asesinatos de líderes sociales; la desconfianza frente a las autoridades, canalizadas rítmicamente para identificar a los activistas.

Esta desconfianza hacia el gobierno ayuda a romper el miedo a la violencia y es canalizada a partir de estados de ánimo como la alegría y el humor en arengas como “Duque está de fiesta y el pueblo de protesta” (*ibid.*, 10:33), que avergüenza al man-

datario por su indiferencia frente al clamor popular. Un proceso parecido se escucha en “un pueblo que camina para adelante” y “un gobierno que camina para atrás” (*ibid.*, 43:29), que expresa hartazgo hacia su gestión. Ambos cánticos designan una desconexión entre voluntad popular y acción gubernamental desde la que se descalifica al gobierno de retrógrado, inestable, incapacitado, mientras que el pueblo es cada vez más poderoso, progresista, persistente.

Combatir el estigma de la violencia con resistencia pacífica

Como ya se mencionó, el presidente partió de la desconfianza hacia los activistas al estigmatizarlos como violentos para sembrar miedo y vergüenza. Una estrategia efectiva para contrarrestar este estigma es resistir pacíficamente, aunque aumente las posibilidades de ser violentado. En este sentido, las emociones se manifiestan en el acto, por medio de intensidades de la voz y de los agravios registrados por reporter@s de la Vox Populi Radio.

En primer lugar, respecto a las declaraciones del presidente sobre la ausencia de razones válidas para protestar, un señor en la calle de Bogotá manifiesta indignación:

...¡hay muchas razones por las cuales nosotros estamos protestando! [...] para él, todo está bien. Yo le digo al señor Duque (si de pronto escucha esto): ¡Nada está bien! [reprocha subiendo la voz:] Ni el hecho de que usted sea el presidente tampoco está bien porque usted (*sic*) entró por [fraude electoral por] la Registraduría. ¡No por el voto popular!

La indignación y desconfianza hacia el gobierno se acrecentó por descalificar la protesta como irracional. Al respecto, el activista rechaza “reformas tributarias, salariales, laborales y [...] del ecosistema”, desligándose de cualquier afiliación ideológica y reivindicando su derecho democrático a la protesta como ciudadano, sin ser estigmatizado por grupos de poder. Basado en el principio de la “equidad” social, entendido como un “equilibrio” a re-establecer a partir de las injusticias. Esta situación unió varios colectivos ideológicos: “aquí estamos unidos los de centro, derecha, izquierda, diagonales, ‘qué sé yo’”. El derecho a la paz y a la igualdad convocó: “sindicatos, profesores, indígenas, campesinos, etnias, adultos mayores” (La Vox Populi Radio, 2019: 16:05).

En segundo lugar, en la confrontación entre los activistas y los agentes de policía surgen testimonios del manejo emocional del miedo. El viernes 22 de noviembre de 2019, en la ciudad de Bogotá, cerca de la plaza de Bolívar, la reportera era a su vez manifestante y narra cómo se habían comportado pacíficamente, pero llegaron los agentes del ESMAD a acorralarlos y a reprimir la protesta: “¡Seguimos resistiendo! [Su

voz tiembla:] ¡Nos están atacando a punta de gases! ¡Nos están apuntando con láser!” Los manifestantes sienten en carne propia la represión y utilizan una estrategia de disuasión arengando “¡Sin violencia! ¡Sin violencia!”, “¡La gente está alzando sus manos... en símbolo de paz!”, aturdidos entre gases lacrimógenos (*ibid.*, 01:02:04).

Por último, la autopercepción de otra mujer allí es esclarecedora: “Yo creo que sentimos lo que sienten a diario la gente en el Cauca, en el Chocó y en los territorios más olvidados del país, donde es el miedo de tener la carne expuesta a la violencia estatal. Eh, pero creo que vale toda la pena estar aquí y todos los días que haga falta” (*ibid.*, 01:05:47). El miedo se gestiona para inscribir el cuerpo como lugar de resistencia y orgullo por participar en favor de las poblaciones de las periferias más afectadas, que viven en medio de la angustia constante de la guerra.

Conclusiones

En este capítulo resaltamos una visión activa de las emociones en el lugar de la movilización social. Previo a la protesta, el gobierno sembró un ambiente de miedo a la protesta violenta y luego de represión estatal para disuadir a los activistas. Pero el descontento fue tan masivo que el miedo y la vergüenza se gestionaron para visibilizar agravios atravesados por la indignación por los asesinatos de civiles por el ejército y grupos armados ilegales, el hartazgo por la desconexión del presidente, la esperanza de cambio hacia políticas públicas menos regresivas, y la solidaridad y el dolor por los asesinatos de líderes sociales.

Con este caso, analizamos la desafección hacia el gobierno. Partiendo de la desconfianza y la indignación, los activistas se enfocaron en el uso de emociones morales, reacciones y compromisos afectivos para contrarrestar el miedo. El uso de símbolos condensantes, como las caricaturas, ayudó a expresar la desconfianza, el asco y el hartazgo hacia el gobierno y el expresidente Uribe, satirizando su proyecto autoritario y sus reformas políticas. Mediante las arengas, se evocó el miedo, la desconfianza y el dolor a partir de la expresión de esperanza y alegría que brinda el carnaval. Por último, la resistencia pacífica ayudó a sobrellevar el miedo frente a la estigmatización y a la represión policial mediante emociones morales como la indignación frente a la indiferencia del presidente y el orgullo de ejercer el derecho legítimo a protestar como una acción consciente y solidaria. Todo apuntó a la agencia de las personas para usar las emociones de modo estratégico, sin perder de vista los grandes procesos y los ciclos de protesta.

EL NACIONAL-POPULISMO Y EL RÉGIMEN DE EMOCIONES. UN ESTUDIO DE CASO: EL FRENTE NACIONALISTA DE MÉXICO

*Aída Sofía Padilla Santa Cruz**

Introducción

Señala Rosanvallon (2021) que el populismo está revolucionando la política del siglo XXI. Si en el siglo XX era visto como “lo otro” de la democracia, hoy forma parte de la misma y se ha convertido en una tendencia política dominante. En este sentido, el populismo ya no puede ser pensado como una ideología “débil” o “marginal”; constituye una verdadera fuerza política con una coherencia y propuesta positivas. Una de las dimensiones más importantes y poco exploradas en la teoría del populismo son las emociones y el papel que juegan dentro de esta fuerza política. El populismo tiene gran capacidad de movilización gracias al uso de las emociones para seducir políticamente. Siguiendo a Rosanvallon (*ibid.*), la inteligencia de los movimientos populistas consiste en haber captado, sea intuitiva o explícitamente, el papel de las emociones en política. Posiblemente, quien mejor representa esta inteligencia —a la vez que sensibilidad— sea el “trumpismo”. En su discurso de investidura, Donald Trump expresó:

El 20 de enero de 2017 será recordado como el día en que el pueblo volvió a gobernar esta nación. Los hombres y mujeres olvidados de nuestro país ya no lo serán. Todos los están escuchando ahora [...] Nunca volverán a ser ignorados. Su voz, sus esperanzas y sus sueños definirán nuestro destino nacional. Y su valor, bondad y amor nos guiarán siempre en el camino. Juntos, haremos que Estados Unidos vuelva a ser fuerte. Haremos que Estados Unidos vuelva a ser rico. Haremos que Estados Unidos se sienta orgulloso de nuevo. Haremos que Estados Unidos vuelva a ser seguro. Y sí, juntos, haremos que Estados Unidos vuelva a ser grande (20 de enero, 2017).

* Doctora en historiografía por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Profesora en el Instituto Politécnico Nacional, México. Correo <sofiapadillasc@gmail.com>.

A partir de este discurso y de las múltiples arengas durante su campaña, la noción de “nacional-populismo” comenzó a cobrar auge. Por un lado, dirigirse a los “olvidados” por las élites y apelar al sentimiento de abandono. Ya no se está hablando de una masa o una multitud, sino de la particularidad de la vida y la importancia que tiene cada persona en la política. Por otra parte, referirse a la grandeza nacional y aludir al sentido de pertenencia y orgullo nacionales, es decir, hacer que cada cual se sienta parte de algo más importante y, sobre todo, que pueda contribuir a la construcción de un destino común. El uso de la identidad nacional no descarta, por supuesto, sentimientos chovinistas como es la exclusión de los “otros”, casi siempre inmigrantes, que amenazan la soberanía, la seguridad y la grandeza nacionales.

En el presente capítulo nos interesa rastrear las emociones que rigen el nacional-populismo y cómo funcionan tanto en la seducción como en la movilización política. A partir de un caso de estudio, el Frente Nacionalista de México, identificamos que los motores emocionales del nacional-populismo son principalmente el miedo, el odio y la indignación devenida en resentimiento. Estas emociones son clasificadas según los tres tipos de emociones propuestas por Rosanvallon (*ibid.*) para la cultura política populista: las “emociones de intelección” destinadas a volver el mundo más legible mediante relatos de esencia complotista, las “emociones de acción” o el expulsionismo, y las “emociones de posición” sobre el sentimiento de abandono y de invisibilidad.

El primer apartado retomará la discusión teórica sobre la dimensión emocional en la movilización política de los nacional-populismos, principalmente a partir del concepto de “régimen de emociones” de Rosanvallon. El segundo apartado presentará de manera breve el caso de estudio y el *corpus* analizado. Finalmente, el tercer apartado analizará los tres tipos de emociones identificados: indignación —emociones de posición—, odio —emociones de acción— y miedo —emociones de intelección.

Marco teórico

En la teoría política del populismo, el papel de las emociones había recibido poca o nula atención. Existen tres principales modelos teóricos que explican el populismo: 1) como un tipo de estrategia política, 2) como una lógica de acción política, y 3) como un conjunto de ideas (Mudde y Rovira, 2017; Rodríguez, 2021). La perspectiva ideacional ha sido la más retomada en los últimos años. No obstante, en los tres modelos prevalece el orden de las ideas y de la razón. La acción política, por tanto, está sujeta a este orden. Una de las obras más importantes en la teoría del populismo, *La razón populista*, de Laclau (2016), busca una “lógica” en la acción política. Si bien

esta lógica otorga coherencia al modo en que el populismo funciona y construye lo político, en los distintos modelos de explicación se pasa por alto el papel que desempeñan las emociones en la movilización populista.

El trabajo más reciente de Rosanvallón (2021), *El siglo del populismo*, viene a cubrir justamente este vacío. El autor se propone hacer un esbozo de la teoría faltante y comprender el populismo como parte de la cultura política en tanto ideología ascendente del siglo XXI. La cultura política del populismo —dice Rosanvallón— “está explícitamente adosada a la movilización de un conjunto de emociones y pasiones cuya importancia es reconocida y teorizada” (*ibid.*: 20). Este elemento constitutivo del “tipo ideal” populista es propuesto por el autor como un “régimen de emociones”.¹ Consideramos aquí que este régimen debe ser pensado en dos marcos.

Primero, en el marco de los estudios sobre emociones y movimientos sociales. Este campo de estudio se ha aproximado al conjunto de emociones que las personas sienten y cómo estas influyen en su acción política (Poma y Gravante, 2022a). Como propone Jasper (2018), las emociones nutren la teoría de la acción que las perspectivas estructural, cultural y racionalista habían dejado de lado. Es en este sentido que la acción, la lógica y la estrategia populistas ya no pueden separarse del régimen emocional. Nos interesa sumar aquí, y en general a la teoría política del populismo, que el nacionalismo involucra más emociones aún, pues la identidad nacional y el sentido de pertenencia están sustentados en emociones que los políticos populistas explotan cuando existe una sensación de invisibilidad.

En segundo lugar, el contexto en el que se producen las emociones. El ascenso y auge de movimientos nacionalistas-populistas ha sido situado en una crisis de representación política que comienza por la distancia resentida entre clase política y ciudadanía, o entre “élite” y “pueblo” según el reproche populista. Pero Rosanvallón (2021) también adjudica la “rehabilitación” emocional a un contexto de complejización y difracción social. Anteriormente, había clases y condiciones sociales bien delimitadas que permitían captar la realidad, así como relatos estructurados que orientaban el futuro. Nuestro presente incierto ha desplazado la noción de progreso cuyo impacto en la variabilidad de las situaciones es decisivo en la vida de las personas. Es así como la atención a la singularidad (*ibid.*) y el reconocimiento de la identidad y la dignidad de las personas, cobran vital importancia.

¹ Los elementos constitutivos del populismo que identifica Rosanvallón (2021) son: 1) una concepción del pueblo, 2) una teoría de la democracia, 3) una modalidad de la representación, 4) una política-filosofía de la economía, y 5) un régimen de emociones y pasiones.

El régimen de emociones populista es clasificado por Rosanvallon (*ibid.*) en tres tipos, cada uno con consecuencias políticas específicas:

1. *Emociones de posición.* Estas emociones expresan la rabia y la indignación de no ser reconocido y se traducen como un “resentimiento democrático” o una “denuncia sorda de lo que se percibe como desviación del proyecto de una sociedad de igual consideración, atribuida a la ceguera e insensibilidad de las élites” (*ibid.*: 72). Sin embargo, este resentimiento se torna en un motor de seducción populista. Fukuyama (2019) ha problematizado lo anterior como “políticas de resentimiento”, que consisten en movilizar políticamente a los seguidores en torno a la percepción de que la dignidad del grupo ha sido ofendida, desprestigiada o ignorada. El resentimiento engendra demandas de reconocimiento público de la dignidad como base para la refundación democrática que tanto anhela el populismo.
2. *Emociones de intelección.* En tanto que las emociones de posición son difíciles de distinguir, los movimientos populistas se apoyan en emociones de intelección que se nutren de teorías conspirativas y visiones complotistas. La función de estas visiones es demostrar que detrás de la complejidad del mundo hay un orden del poder simple, por lo que la ilegibilidad se reduce a un complot o un proyecto de dominación. De alguna manera, las teorías conspirativas dan sentido al mundo y reordenan el caos (Rosanvallon, 2021). Y ante la falta de certezas, surge un aluvión de sospechas, mentiras, desinformaciones y noticias distorsionadas que Internet facilita.
3. *Emociones de intervención.* Estas emociones son el resorte para lograr el proyecto populista de refundación democrática. La idea de una democracia “directa” exhorta a expulsar al gobierno establecido (*ibid.*) y reemplazarlo por el “auténtico” gobierno del pueblo. Los movimientos populistas recurren a lo que Rosanvallon llama una política negativa construida en torno a una “comunidad de repulsión y frustración” (*ibid.*: 78). Las emociones de intervención terminan en deseos de expulsión de aquellos que no pertenecen a la comunidad, por lo que estas emociones están fuertemente imbricadas con vínculos afectivos que otorgan sentido de pertenencia y posibilitan la construcción de la identidad colectiva, esto es, del “nosotros” frente a los “otros” (Poma y Gravante, 2022a). El odio y el desprecio constituyen características emocionales propias de los movimientos nacional-populistas.

Caso de estudio y metodología

El Frente Nacionalista de México (FNM) es una organización política, surgida en 2008, que promueve un nuevo orden social sustentado en los valores y las tradiciones nacionales. La instauración de un nuevo orden nacionalista es el principal proyecto político de la organización. El nacionalismo constituye el conjunto de valores, creencias y códigos en torno al cual se identifica el movimiento y que es compartido por sus miembros. La nación, la etnia, la familia y la localidad son categorías fundamentales de la existencia que otorgan certeza y seguridad ante cambios sociales vistos como un caos y una amenaza.

El FNM es un movimiento reactivo y de resistencia que hace “frente” a: 1) corrupción, 2) globalización, 3) inmigración, 4) (neo)liberalismo, y 5) movimientos sociales transformadores. Muchos de estos cambios son percibidos también como injustos. He aquí unos de los motores emocionales más importantes del movimiento y que, como se describió en el apartado teórico, asoman sentimientos de abandono. Las identidades de resistencia, tal como las ha problematizado Castells (2001), son generadas por aquellos actores dominados que construyen trincheras basándose en principios opuestos a los de las instituciones. Por tratarse de un movimiento político contencioso, se caracteriza por tener relaciones conflictivas con oponentes claramente identificados (Poma y Gravante, 2022a). Los enemigos del FNM son: la clase política, las élites globales-liberales, los migrantes y, más recientemente, el movimiento feminista y la comunidad LGBTTIQ+.

Las principales vías de movilización del FNM son las redes sociodigitales. Estas redes, así como su sitio *web*, componen el *corpus* de este estudio que ha sido recolectado con herramientas de *software* —para Twitter— y analizado mediante observación etnográfica digital —en el caso de Facebook.² Uno de los principales resultados que arroja esta observación es que el activismo en red, al menos en movimientos de este corte, genera un efecto mayormente compensatorio. Esto es, las redes sociodigitales son principalmente plataformas de quejas y reclamos. De manera reciente, y ante sus aspiraciones partidistas, el FNM ha intensificado las estrategias de propaganda y seducción política.

² Los sitios *web* analizados son nacionalistas.org.mx y frenamex21.net (archivo histórico). Por su parte, las cuentas de redes sociales analizadas son twitter.com/siguealfrente y facebook.com/siguealfrente. En lo subsecuente, para distinguir ambas redes citaremos la cuenta de Twitter como @siguealfrente y de Facebook como siguealfrente.

Análisis

Son tres las emociones que rigen la movilización del FNM: la indignación, el odio y el miedo que se corresponden con las emociones de posición, de acción y de intelectión. A continuación, profundizaremos en cada una de ellas teniendo como base la propuesta teórica del régimen populista de emociones.

Sobre la indignación y las emociones de posición

Con motivo de los apoyos otorgados a las caravanas de migrantes centroamericanos por parte del gobierno mexicano, el FNM publicó un “urgente mensaje”:

Los mexicanos trabajadores, que luchamos por el sustento cotidiano de nuestras familias con esfuerzos honrados, no podemos permitir que se nos *humille y pisotee* [cursivas propias], pues tal parece que estas personas tienen más derechos que nosotros, recibiendo de los gobiernos como resultado directo del pago de nuestros impuestos. [...] Para organismos nacionales e internacionales, el acceso de los extranjeros a la salud pública y a otros servicios en México resulta prioritario, mientras los ciudadanos mexicanos somos *ignorados y abandonados* [cursivas propias] a nuestra suerte (nacionalistas.org.mx, 6 de septiembre, 2020).

Este mensaje expresa la indignación y el ultraje de sentirse “humillado”, “pisoteado”, “abandonado” e “ignorado”. Tanto la indignación como el ultraje son emociones morales ligadas al sentido de injusticia (Jasper, 2018) y alimentadas en este caso por el sentimiento de humillación, abandono y agravio. El problema de la inmigración, tal como lo mira el FNM, es solo una plataforma para demandar atención y dignidad por parte del gobierno. Las demandas de reconocimiento son consecuencia directa del despojo y el abandono adjudicados al desdén y la corrupción de las élites. Uno de los objetivos de la organización es:

... tender puentes entre los ciudadanos y las autoridades políticas, para que estas asuman su responsabilidad ante los gobernados en lo que respecta a sus necesidades de vivienda digna, servicios públicos de calidad, administraciones libres de corrupción (nacionalistas.org.mx, 1 de agosto, 2020).

Para hacer frente al abuso de las autoridades, el FNM propone una “refundación del Estado mexicano” sustentada en un régimen nacionalista cuyo principal interés sea el pueblo. En “Nuestra lucha” la organización señala que,

Desde hace décadas, los políticos nos han vendido la idea de que solo hay dos alternativas, representadas por la izquierda y la derecha. Sin embargo, tanto unos como otros han mantenido intacto el sistema opresor. En la práctica, este orden político se hizo para beneficio de los extranjeros parásitos que nos saquean. Por eso es esencial refundar completamente al país conforme a un proyecto acorde a la realidad de nuestro pueblo (frenamex21.net, 2016).

El nacionalismo es, según el FNM, la vía más adecuada para construir una sociedad justa donde el interés colectivo esté por encima del individualismo y la competencia. El orgullo que se tiene en la nación es fundamental para este movimiento porque alimenta el sentido de justicia cuyo principio se refiere a cómo se trata a las personas cuando interactúan (Jasper, 2018). El sentimiento de injusticia es clave entonces en la indignación y el ultraje. En el caso de los movimientos nacional-populares, este sentimiento aparece en relación con vínculos afectivos estables (Jasper, 2018) como son el resentimiento y la desconfianza. Se trata de emociones relativas a la equidad/inequidad que en estos actores se originan en la creencia de que el sistema es injusto y desigual. En un tweet, el FNM expresa: “Una democracia que pregona la igualdad de los desiguales no es democracia, es plebeyismo, es decadencia, es podredumbre” (@siguealfrente, 1 de septiembre, 2020). Existe, pues, una percepción de que el pacto de la “sociedad de iguales” se rompió.

Pese a lo que comúnmente se piensa, los populismos no tienen una relación problemática con la democracia, sino con las democracias liberales (Mudde y Rovira, 2017; Rosanvallon, 2021) que prometen la igualdad de los ciudadanos en su libertad. El resentimiento y la desconfianza democráticas surgen cuando este ideal no se cumple, adjudicado principalmente al distanciamiento entre ciudadanos y líderes que daña el proceso de gobernanza y redistribución (Hochschild, 2016). De aquí que los movimientos populistas promuevan una democracia directa donde prevalezca la confianza y se asegure la justicia. La lucha del FNM se ha centrado en exigir el derecho a un trato justo.

Ante la falsa promesa igualitaria de las democracias liberales, el FNM plantea un “socialismo anti-igualitario” que “implica otorgar a todos las mismas oportunidades para desarrollar plenamente su personalidad en cada dimensión, eliminando así las causas que históricamente han perpetuado la inequidad, la discriminación, el odio y la explotación” (nacionalistas.org.mx, 15 de octubre, 2018). Demanda igualdad de condiciones y oportunidades prestando atención a la singularidad de cada cual. Como afirma el propio movimiento, su socialismo anti-igualitario no debe ser confundido con el socialismo marxista o con la socialdemocracia. Debe interpretarse como un “socialismo nacional” que aspira, sin más, a “la práctica de la justicia social” (nacionalistas.org.mx, 26 de octubre, 2017). Es debido a esto que el “socialismo na-

cional ha sido redescubierto en diversas partes del mundo, convirtiéndose ahora en una alternativa a una sociedad cada vez más decadente e inequitativa” (nacionalistas.org.mx, 26 de octubre, 2017).

Desde la experiencia del FNM, el nacionalismo se activa en contextos donde hay sentimientos de abandono y de injusticia. Como ya han demostrado Hochschild (2016) y Fukuyama (2019), estos sentimientos van más allá del dinero pues es un problema de dignidad, de respeto y de orgullo. Es en este punto donde entra el sentimiento nacional: hay una nación por la cual sentirse orgulloso y hay un movimiento político hecho para los olvidados como tú. La pertenencia a la comunidad nacional cubre la falta de reconocimiento, generando así un efecto compensatorio. Es por esta razón que los populismos se aferran al nacionalismo, justamente porque reivindica la dignidad y la identidad de los grupos.

Las emociones morales, como la indignación y el ultraje, juegan un papel fundamental en el fortalecimiento de la identidad colectiva y en el sentido de orgullo sobre un “nosotros” (Jasper, 2018; Poma y Gravante, 2022a). Este tipo de reputación está muy conectado con la dignidad, devolviendo nuestro propio lugar en el mundo (Jasper, 2018). Podría decirse que la identidad y el orgullo nacionales otorgan emociones de “posición”. Siguiendo a Jasper (2018), las emociones morales también son estímulos para la movilización social dando pie a las emociones de acción.

Sobre el odio y las emociones de acción

En “La conducta del militante nacionalista”, el FNM establece: “Es digno de aborrecer al enemigo que miente, que sirve a los intereses de la antipatria y que trabaja suciamente contra el pueblo y contra la nación con plena conciencia de sus actos” (nacionalistas.org.mx, 15 de mayo, 2016). La clase política es digna de aborrecer porque ha traicionado y despreciado al pueblo. El FNM hace uso de lo que Flam (2005) llama “emociones contrasubversivas”, como el odio, el desprecio y la desconfianza, para dirigirse a sus oponentes y generar desafecto al sistema. Estas emociones son muy efectivas para emprender una cruzada contra el enemigo (Jasper, 2018) y, particularmente, para persuadir políticamente y ganar nuevos miembros (Flam, 2005). La cultura política del populismo se basa en dividir a la sociedad en amigos/enemigos y en seducir a aquellos que sienten que las estructuras de poder les han traicionado y despreciado.

La principal propuesta de intervención que hace el FNM es desplazar al gobierno establecido para instaurar un nuevo régimen que beneficie al pueblo. En el primer punto de su “Proyecto de nación” dice:

Impulsaremos la participación democrática del pueblo con el fin de desplazar a la clase política actual, surgida del fraude, los negocios, la corrupción y la venta del país. Queremos un régimen distinto, tanto en personas como en actitudes, que restablezca la Independencia de México. El nuevo régimen tendrá como meta la implantación de un nuevo orden político, económico y social en beneficio del pueblo mexicano (nacionalistas.org.mx, 15 de octubre, 2017).

Este es el primer paso para lograr la refundación del Estado mexicano: desplazar pacíficamente al sistema corrupto y reivindicar la participación popular democrática. Pero la refundación del Estado no es otra cosa que la implementación de “otro” régimen bajo el epíteto de “nuevo orden”. O, mejor dicho, la refundación implica la sustitución de la clase política actual por “su” régimen nacionalista. El FNM tiene la convicción de que es posible el desmantelamiento del sistema para alcanzar el anhelado orden nacional mediante el liderazgo de los “elementos más capaces, honestos y altruistas de la comunidad nacional a ocupar posiciones de influencia en la sociedad, el empresariado y la política” (frenamex21.net, 2016). En todo caso, “los nacionalistas” son los mejores elementos para ocupar posiciones de influencia. Las intenciones políticas del movimiento son claras y, en más de una ocasión, lo ha hecho explícito en sus plataformas:

Conquistar el Estado es tarea de los nacionalistas. No debemos quedarnos fuera, ganar espacios es tarea de todos. No podemos dejarle el camino libre a quienes han usurpado las instituciones para promover sus agendas antimexicanas y antinacionales. Es tarea de todos trabajar para la conquista del Estado. Unirse al frente es trabajar a favor de México (siguealfrente, 29 de noviembre, 2020).

El populismo llega cuando el orden social es vivido como injusto y apela a la reinención del pueblo como nuevo sujeto de la acción colectiva capaz de reconfigurar ese orden (Rosanvallon, 2021). He aquí el llamado del FNM a conquistar el Estado y a despojar a los usurpadores del auténtico gobierno del pueblo. Sin embargo, las fronteras trazadas entre la élite y el pueblo no se apoyan únicamente en una oposición de intereses, los vínculos afectivos están basados en la captación de una distancia y de un desprecio.

Las emociones subversivas dependen de los valores y las metas del grupo, de la competencia por los recursos, de la sensación de amenaza, así como de la indignación moral por la injusticia percibida de otros grupos (Jasper, 2018). La idea de una competencia creciente y despiadada con otros grupos por una cuota de honor y dignidad es central en este tipo de movimientos (Hochschild, 2016; Jasper, 2018). En esta competencia, el FNM se siente relegado y desplazado por grupos que han obtenido derechos que antes no tenían, como son los migrantes, las mujeres y las minorías sexuales. Considera injusto, por ejemplo, que los migrantes sean premiados con trabajo

después de haber transgredido las fronteras de México o que reciban apoyos sin ningún mérito mientras que los mexicanos son oprimidos e ignorados:

Así como el gobierno de Andrés Manuel López Obrador destina ayuda preferencial a los países centroamericanos, muchos apoyos se otorgan a quienes se han establecido en México sin trabajar ni haber hecho nada para ser beneficiados de tal manera. En cambio, nosotros los mexicanos del sureste, estamos sujetos al rigor de los impuestos y a ser ignorados por las autoridades (nacionalistas.org.mx, 6 de septiembre, 2020).

En el caso de las mujeres y las minorías sexuales, les molesta que reciban más atención por “moda” o “corrección política”. Hochschild (2016) analiza este resentimiento mediante la metáfora de la espera cuando uno hace fila (*waiting in line*) y es cortada por los que no siguen las reglas: mujeres, negros, migrantes, refugiados y hasta animales en peligro de extinción (*line cutters*). Gente que hace la cola tiempo atrás, creyendo que merece avanzar más rápido, está pagando impuestos que van a parar a los que, apoyados por el gobierno, se están colando. Surge entonces el sentimiento de injusticia por la dicotomía entre “los que hacen” y “los que cogen”, pero también el de traición por los políticos que se alían con los que se cuelan (*ibid.*). Algunos de los tweets del FNM que expresan los sentimientos de traición e injusticia son: “Prepara AMLO traición migratoria en medio de la crisis”, “Traiciona Claudia Sheinbaum a los mexicanos” y “El gobierno no aplica la ley de manera equivalente para todos. La banda de feministas continúa impune” (@siguealfrente).

Aunque las emociones subversivas son dirigidas a los políticos, odian al desfile interminable de quejumbrosos (Hochschild, 2016) que termina en deseos de expulsión, de supresión de derechos y hasta el uso de la fuerza pública y militar. Las fuentes al respecto son abundantes, pero los nacionalistas exigen el castigo de las “vándalas feministas” y han mostrado su respaldo a la represión de los migrantes en la frontera sur de México. No obstante, el FNM justifica estos deseos en la necesidad de defender y conservar la soberanía y la identidad nacionales como valores preciados del movimiento que ve constantemente amenazados, como veremos a continuación con las emociones de intelección.

Sobre el miedo y las emociones de intelección

El odio que el FNM siente hacia los migrantes y las feministas se sostiene en una teoría conspirativa: la teoría de la desestabilización global. Por lo general, las teorías conspirativas tienen un alcance mundial para explicar su capacidad de influencia. Una de las funciones de estas teorías es hallar respuestas simples a las desgracias humanas (Ro-

sanvallon, 2021). El FNM reduce el drama de los caravaneros a un complot. Dice que las caravanas son invasiones financiadas por élites globales-liberales con fines desestabilizadores:

Los integrantes de estas caravanas no ingresan a México por guerras, hambrunas o persecuciones políticas en sus países de origen. Son invasiones disfrazadas, financiadas por organizaciones y activistas internacionales que solo buscan crear caos, violencia y desestabilización en nuestro país, tal y como viene ocurriendo desde hace muchos años en Europa (nacionalistas.org.mx, 6 de septiembre, 2020).

Asegura que el fundador de la Open Society, George Soros, está detrás de todo esto, pues a partir de este proyecto liberal pretende desestabilizar al mundo para dominarlo. Con la llegada de nuevas caravanas, en 2018, el FNM tuiteó: “Este es el anhelado proyecto de #GeorgeSoros la mano negra detrás de la #CaravanaMigrante en un acto intolerable de agresión contra México” (@siguealfrente, 21 de octubre, 2018). Según el FNM, el feminismo “forma parte también de las reivindicaciones hechas por grupos relacionados con Open Society, que preside George Soros” (@siguealfrente, 1 de febrero, 2020). Un movimiento dedicado a la lucha del reconocimiento de sus derechos es reducido, igualmente, a una conspiración. Sin embargo, la desestabilización es tomada por el FNM como una oportunidad política de decidirse por el orden global-liberal o por el orden nacional: “¿De qué lado estás tú?” ¿del lado de George Soros o del lado del Frente Nacionalista de México? (@siguealfrente, 22 de mayo, 2019).

El odio es una reacción emocional que no solo emana de la indignación, sino también del miedo que se expresa en el temor de ser reemplazado. En realidad, la teoría de la desestabilización del FNM se basa en la teoría del gran reemplazo difundida por el pensador francés Renaud Camus en 2011. Esta conspiración versa sobre la idea de que sociedad europea-blanca va a ser sustituida por migrantes no europeos. El FNM teme que suceda lo mismo que en Europa con la llegada de caravanas de migrantes centroamericanos a México. Es aquí donde se conectan las emociones de posición y de intelección. Sentirse relegado y desplazado se compensa con tentativas de racionalización imaginaria, es decir, imaginar que hay un plan manejado por élites globales que supera la capacidad de acción de los sujetos.

La función compensatoria de las visiones complotistas también reordena el caos que es vivido como amenazador. Para los nacionalistas, el origen del caos es la globalización. El (des)orden global —dicen— solo ha dejado miseria, sometimiento y decadencia moral:

Estamos siendo sometidos a una dictadura global que niega a las naciones la posibilidad de ser soberanas y vivir conforme a un sistema propio, a la vez que otorga toda una serie de falsas li-

bertades individuales. Esto se ha traducido en una profunda crisis moral, que se manifiesta en la pérdida creciente de valores familiares y del respeto de las personas por sí mismas y por los demás (nacionalistas.org.mx, 15 de octubre, 2018).

Los migrantes, las feministas y las minorías sexuales representan esas falsas libertades individuales que “fomentan la promiscuidad, el individualismo y la destrucción de los valores nacionales” (siguealfrente, 1 de febrero, 2020). La teoría de la desestabilización termina por culpar a los otros de la alteración del orden, de la violencia, la inseguridad, así como de la pérdida de los valores culturales, tradicionales e identitarios. La aversión del FNM hacia sus enemigos asoma un miedo a la destrucción de aquellas categorías de la existencia que otorgan certeza y seguridad. La nación, la raza o la familia son categorías que orientan a los actores sociales en un mundo incierto y vivido como hostil. Asimismo, el miedo a lo global revela la desubicación provocada por el trastocamiento de nociones como localidad e identidad. Es por esta razón que la teoría del gran reemplazo tiene una importante recepción en el mundo, porque explica el orden del poder detrás de las supuestas “masas homogéneas sin identidad” a las que nos quieren someter.

Conclusiones

Las emociones nutren y motivan la acción social. La indignación es una de las emociones predominantes en la movilización política (Jasper, 2018). Cada movimiento social, no obstante, la gestiona de manera distinta pues depende de los valores que se prioricen y de lo que se considera justo o injusto (Poma y Gravante, 2022a). Los movimientos nacional-populares se sienten humillados y ultrajados ante un sistema democrático desigual y una clase política totalmente distanciada del pueblo que se vuelven su centro de acción. Particular de estos movimientos son las emociones subversivas que usan para atajar a sus enemigos y transformar el orden establecido. Los sentimientos de traición, injusticia y desprecio también vienen de la idea de que los políticos ayudan a otros grupos identitarios por conmisericordias liberales con las que ni siquiera están de acuerdo (Hochschild, 2016). De fondo, estos actores solo demandan dignidad, justicia y atención que se compensan con valores nacionales.

Movimientos nacional-populares, como el FNM, han sabido reconocer y utilizar las emociones para la seducción política. Recurren, principalmente, al sentimiento de abandono e invisibilidad, cuya desconfianza democrática es utilizada para movilizar al pueblo en tanto sujeto con capacidad de agencia. Este es el reto de su refundación democrática. Las emociones que problematizamos como de posición, acción e intelección obedecen a las necesidades de las personas: si te sientes olvidado, per-

teneces a la comunidad nacional; si sientes odio, hay actores contra los que puedes dirigir tu resentimiento; si sientes miedo de un mundo incierto e inenarrable, hay relatos que lo explican de manera simple.

En este sentido, las emociones que pudieran parecer incómodas, esto es, la indignación, el odio y el miedo, se manifiestan de manera positiva por los populismos. Recordemos que, ante la desconfianza democrática e institucional, los populistas exponen una fuerza y una propuesta positivas. Los valores y fundamentos “eternos”, como la nación, forman parte de esto. Dado que los nacional-populismos no generan soluciones reales, seducen con recursos emocionales e imaginarios. Uno de estos recursos, tal como lo inventó el trumpismo, es “hacer a México grande otra vez”.

EPÍLOGO

¿POR QUÉ ESTUDIAR A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

*Donatella Della Porta**

Muchos expertos y académicos han dicho que es importante estudiar a los gobiernos porque son quienes toman las decisiones; por su parte, los sociólogos creen que es relevante estudiar las estructuras económicas. Sin duda, todos los elementos son importantes, pero los movimientos sociales tienen un rol especial porque dan a las personas normales la oportunidad de participar de formas distintas. A lo largo de este texto presentaré brevemente de qué forma los movimientos sociales son relevantes.

Iniciaré con algunos ejemplos de movimientos sociales que han sido muy importantes y conocidos a nivel internacional justo antes del inicio de la pandemia. En 2019, en Líbano, las personas protestaron contra el aumento del impuesto al internet y después la protesta se desarrolló sobre las desigualdades en general y por la profundización democrática. En Chile, el efecto de la protesta de 2019 sigue siendo visible en los cambios profundos del sistema político, especialmente con un aumento de la presencia de movimientos sociales y todo el apoyo a estos por parte de partidos políticos y activistas de izquierda. Asimismo, los movimientos sociales también fueron relevantes en Hong Kong y Cataluña en búsqueda de la independencia, en el primer caso respecto a China y, en el último caso, a España.

Para pensar por qué los movimientos sociales deben estudiarse es necesario observar estas protestas de acuerdo con la forma en que actúan. Podemos pensar en ellos

* Es una de las más importantes investigadoras en movimientos sociales en el mundo. Su línea principal de investigación es sobre los movimientos sociales y la democracia. Actualmente es decana de la Facultad de Ciencias Políticas y directora del doctorado en Ciencias Políticas y Sociales en el Scuola Normale Superiore en Florencia, donde coordina también el Centro de Estudio en Movimientos Sociales (Cosmos, <<http://cosmos.sns.it/>>). Este texto tiene su origen en una conferencia en línea del lunes 3 de octubre en el marco de la Semana Nacional de las Ciencias Sociales y el Primer Coloquio Internacional de Jóvenes Investigadores sobre Emociones y Activismos de Base. Enlace del video en inglés <<https://youtu.be/Ialy2hkCXDA>>. Video con traducción simultánea al español <<https://www.youtube.com/watch?v=PXMbAglEtxk>>.

como protestas masivas con millones de personas que participan y es interesante notar que estas personas, en su mayoría, son jóvenes y mujeres, así que la gente que por lo general hace investigación en la participación política afirma que estos sujetos raramente están presentes en la política oficial, en el gobierno y en instituciones importantes.

Todas fueron protestas donde las personas participaron mediante formas horizontales y fluidas de organización que se ven facilitadas por las redes sociales. Un insumo muy importante para las personas jóvenes es su capacidad de utilizar las redes sociales para presentar demandas de distintos tipos. Estos movimientos han usado esta forma de acción que caracteriza a los movimientos sociales desde abajo. Los movimientos sociales utilizan la protesta, y son llamados “el poder de los que no tienen poder”.

Así, estas personas, que no tienen dinero para invertir en hacer presión al gobierno o que tienen menos recursos para usar a nivel institucional, pueden usar formas disruptivas, acciones que en los casos mencionados fueron formas de desobediencia civil, no violenta, pero que perturbaron el funcionamiento normal del sistema. Lo que también es interesante en estos casos, y relevante para los movimientos sociales, es que, muy comúnmente, un movimiento inicia a partir de problemas contingentes; por ejemplo, en el caso de Líbano fue un impuesto al internet, en el caso de Chile el aumento de los precios de autobús, y luego tienden a expandirse rápidamente y a menudo abordan cuestiones mucho más profundas en términos de justicia y democracia.

Las banderas nacionales están a menudo presentes en estas protestas, por lo que hay un elemento nacional que se vincula con las luchas y los conflictos nacionales, y en general con el desarrollo político, de igual manera tienden a desarrollar formas internacionales de solidaridad y tienden a recibir apoyo más allá de una nación o de un Estado. De hecho, los movimientos sociales se consideran como redes informales densas de grupos e individuos que se caracterizan por compartir una forma distinta de identidad colectiva, utilizando la protesta de forma conflictiva para poder hacer frente a sus oponentes.

Cuando pensamos por qué los movimientos sociales son importantes para estudiarse, también pensamos por qué los movimientos sociales pueden ser importantes en general al producir cambios políticos y sociales. Considero que se debe reflexionar sobre qué hacen los movimientos sociales con el fin de practicar lo que se ha descrito como el poder de los que no tienen poder. Mencioné la protesta en las calles y de hecho, muy a menudo, si vemos libros sobre movimientos sociales, encontramos en la portada expresiones de protesta en las calles, cuando los medios hablan de movimientos sociales, por lo general hablan de la protesta.

Pero considero que también es importante ver otras acciones de los activistas de los movimientos sociales; por ejemplo, ellos hablan, lo cual importa porque significa que los movimientos sociales son espacios en donde la gente puede reunirse e intentar desarrollar ideas y conocimientos. Por lo general, tienen éxito en presentar visiones y soluciones alternativas. Así que la democracia del movimiento no es solo la democracia en las calles, sino la democracia de las asambleas, de las reuniones, de los encuentros de distintos tipos.

Lo que se puede notar con los movimientos sociales es que practican su objetivo. Por ejemplo, en tiempos de pandemia, muchos movimientos progresistas han practicado solidaridad en distintas formas, de tal forma que utilizan la autoayuda y la acción directa no solo para subrogar el poder o la intervención del Estado, sino también para mostrar solidaridad con otros e inventar distintas formas de proporcionar esta solidaridad en sí misma. Los movimientos sociales hacen presión en quienes toman las decisiones y utilizan el *lobbying* o el cabildeo a distintos niveles, ya sea internacional, local, etc. Algunas veces también participan en la política electoral mediante la construcción de partidos movimiento, muchos de estos se han formado en Europa y América Latina, nacen a partir de movimientos sociales, por ejemplo, el PT en Brasil, y lo menciono por las elecciones de ayer.

Los movimientos sociales generan conocimiento y también producen distintos tipos de identidades, así que un elemento muy importante —que también están estudiando Tommaso y Alice— es la forma en que los movimientos sociales son espacios o entornos donde las emociones se desarrollan y se construyen emociones positivas, lo cual es muy importante en los procesos políticos y sociales, ya que es en torno a las emociones que se construyen las identidades. Y las emociones no están opuestas a la cognición sino que, en muchas ocasiones, son el pegamento necesario para que las ideas puedan difundirse, para que la comunidad de desarrolle o para que se construya identidad. Por ejemplo, yo he estudiado este proceso al observar los movimientos ambientales en Italia y en otros países, los cuales a menudo se consideran movimientos que dicen ¡No!, es decir, movimientos que se oponen a algún uso no deseado de la tierra a nivel local. En muchos casos, hay la capacidad de un movimiento para decir no a distintos tipos de proyectos que ellos consideran peligrosos para el medioambiente.

Lo que se quiere evidenciar es que, mientras estos movimientos dicen no, mientras intervienen en el sistema político, mientras ponen presiones en las instituciones, ellos también dicen muchas cosas positivas al crear comunidades que por lo general están perdidas. Contribuyen a construir vínculos sociales que son fundamentales para la creación de una comunidad. Una característica de los movimientos sociales, espe-

cialmente los que defienden el territorio, es su capacidad para construir una comunidad de seres humanos. Como señaló un activista que entrevisté, esto no es un producto natural de vivir juntos, sino que se trata de una construcción a la cual contribuyen los movimientos sociales. Es durante estas luchas que se enfatiza la idea de que existen intereses en los territorios donde se involucran distintos tipos de grupos sociales, de generaciones, de géneros, entre otros, en los cuales, además, los recuerdos del pasado reemergen y se utilizan para producir estas ideas de una comunidad.

Los movimientos sociales no son los únicos actores que producen comunidad. En el pasado, los partidos políticos también tenían estas orientaciones y trabajaban con el gobierno porque se podían desarrollar vínculos que podían construir comunidades más amplias de camaradas y personas que creían en los mismos ideales y por eso estaban dispuestos a renunciar a intereses egoístas en beneficio del interés común de la clase, de género o de un grupo étnico de la comunidad. Este encuadramiento de identidades generalmente sucede durante los conflictos y es sumamente importante porque los movimientos no son solo actores en oposición a algo que está sucediendo, sino que también sirven para la construcción de identidades. Estas identidades, que se desarrollan durante estas luchas, por lo general son muy inclusivas, así que tienden a presentar la imagen de una comunidad donde se busca que prevalezca el bien común de la gente que vive en un territorio, sobre el interés de grupos de negocios o de partidos políticos específicos.

Estas ideas sobre qué es una comunidad y cuáles son los valores comunes a menudo están arraigadas en el pasado, pero también quedan perdidas y olvidadas por mucho tiempo y es algo que por lo general se construye en acciones. Así que las luchas locales se constituyen a menudo por acciones que perduran en el tiempo y que involucran la ocupación de sitios, así como la construcción de espacios alternativos y es en estos espacios donde los activistas se reúnen, conversan o comen juntos, piensan en soluciones potenciales y hallan elementos que tienen en común.

A menudo es durante estas luchas, como en los ejemplos que mencioné al principio —donde por lo general hay un aumento en las luchas que empezaron, como en los casos que estudio, en oposición a la construcción de un puente o de un tren de alta velocidad o a menudo en oposición a la construcción de un aeropuerto u otro tipo de infraestructura—, estos movimientos se desarrollan en dos discursos más amplios, no solamente en “No en mi patio trasero”, sino de una perspectiva mucho más amplia sobre cómo tenemos que imaginar nuestro desarrollo, nuestro futuro, nuestra existencia y nuestras relaciones con los demás.

Considero que es importante mirar dentro de estos conflictos para observar sus evoluciones. En el estudio de los movimientos sociales, el énfasis ha sido puesto fre-

cuentemente en conocer bajo qué condiciones actúan, pero también es importante verlo de otra manera, es decir, conocer cuáles son las formas en las que la protesta cambia las condiciones o de qué manera la protesta modifica las estructuras al actuar en los individuos. Cuando he entrevistado a activistas que participan en distintas formas de protesta a nivel territorial, ellos han mencionado que sus primeras experiencias como manifestantes les han cambiado la vida; por lo regular, estas personas no tenían experiencia política previa, pero van construyendo su experiencia durante la lucha. Una activista me dijo “yo fui mamá de muchos hijos y he llegado a ocupar un espacio, justo como les advertí a mis hijos que no lo hicieran cuando iban a la escuela”, entonces se puede ver cómo esto cambia la forma de ver las cosas y también crea una relación entre las personas y entre los grupos que antes no estaban conectados.

Por lo general, los movimientos también crean puentes entre distintos enmarcamientos. En el origen de estos conflictos algunas veces hay movimientos que están particularmente interesados en temas específicos, si se trata por ejemplo de la construcción de un campo para el ejército son los movimientos pacifistas los que se movilizan primero, si hay algo peligroso para el ambiente, se moviliza primero el movimiento ambiental o si se trata de algo que afecta la salud de los trabajadores, son los movimientos del trabajo los que se movilizan primero, pero la característica de estas luchas es que muchas veces también se convierten en los espacios donde estos diferentes movimientos se encuentran, y donde también se juntan personas que pertenecen a distintos contextos o experiencias de participación en el movimiento. Así, como mencioné, hay activistas que se movilizan por primera vez, pero también encontramos movimientos ambientalistas, laborales, de mujeres, estudiantiles, los que ocupan espacios, entre otros.

De igual modo, en estos conflictos también hay tensiones internas, pero los espacios de los movimientos son lugares donde se pueden encontrar distintos grupos o generaciones que se acercan y dialogan. Muchas veces se juntan porque se necesitan, porque sus opositores son muy fuertes, pero luego, hablando, discutiendo con los demás, luchando juntos, se genera una suerte de empatía que permite el desarrollo de un tipo de lucha más resiliente, consistente y durable. Hay luchas que también abordan el elemento esencial de la democracia, así que se trata de los derechos de los ciudadanos a resistir contra lo que por lo general se convierte en una militarización del territorio. Cuando las autoridades ven un uso indeseado de un territorio, por lo general envían a los militares, el ejército o la policía, para defender el espacio, el territorio, lo cual también frecuentemente adquiere legalmente otra definición, se convierte en un área especialmente protegida. En las movilizaciones del territorio,

el principal derecho que se demanda es el derecho de los ciudadanos a decidir sobre su propio destino y así también liberar los espacios, liberar su propia tierra, de la ocupación que viene de afuera.

Durante estas acciones hay una redefinición de las metas que se han desarrollado, con reflexiones en torno a diferentes formas de crecimiento y decrecimiento, distintas formas de uso de los territorios y la lógica detrás de esto. Como las llamé en un libro dedicado a estas formas de protesta, se trata de cómo las luchas producen comunidad, porque mientras a menudo los conflictos son vistos como algo que destruye la paz, lo que he visto en mis propias investigaciones es lo contrario, es en la lucha donde se crean las identidades colectivas. Por supuesto, la idea de que el territorio es todo homogéneo es engañosa, pero durante estas luchas se desarrollan grandes reflexiones sobre el uso del territorio.

Los movimientos sociales están en las calles y esto es solo un momento, para el cual se requieren muchas reuniones y encuentros y participación en redes, y donde también se producen transformaciones y enmarcamientos, así como identidades. Los movimientos también desarrollan cierto tipo de formas alternativas de producción y de consumo, como zonas liberadas donde tratan de prefigurar con distintos tipos de espacios. Un ejemplo son los movimientos que se han dado en España en contra de la austeridad desde 2011 y posteriormente. Estas “mareas” —término usado para referirse a los movimientos masivos en los últimos años en España, así como en Latinoamérica, donde se ha empleado para referirse a la más reciente ola de feminismo (ndr.)—, con organizaciones horizontales de trabajadores y usuarios que utilizan distintos tipos de servicios sociales, lucharon contra la privatización de servicios y los efectos de esta privatización en términos del incremento de las desigualdades y contra concepciones sobre el bienestar y los servicios públicos que son de arriba hacia abajo, respecto a los cuales se pedía la elaboración de alternativas mediante la participación de los mismos trabajadores y usuarios: esto se creó bajo la etiqueta de los comunes, de la creación de algo que no es privado, pero que tampoco es público en el sentido de estar bajo el control del gobierno, sino que existe gracias a una participación desde abajo.

Los ciudadanos y activistas que organizan este tipo de provisiones alternativas de bienes y servicios entran en un profundo conflicto con el Estado, porque también utilizan estas formas de autoayuda, solidaridad y apoyo mutuo como formas de desobediencia civil, que ayudan a quienes el Estado no quiere ayudar, no solo a los pobres sino también a los migrantes. Así que podemos pensar en la migración de mexicanos hacia Estados Unidos y las movilizaciones de distintos tipos de organizaciones en apoyo a los migrantes y contra la represión hacia estos. En Europa ocurrió algo

similar, ahí por lo general los migrantes vienen del mar, de África, atravesando el Mediterráneo, y en muchos casos se ahogan en su intento de llegar a Europa, así que hay muchos grupos de activistas jóvenes y personas que quieren desarrollar formas concretas de solidaridad. Ellos, por ejemplo, han organizado un sistema de barcos que se usan para intentar evitar que las personas se ahoguen en el mar y, al hacer esto, ellos desarrollan una alternativa, una forma distinta de ciudadanía que no está relacionada con poseer una credencial de identidad o un pasaporte, sino que se trata de un legado relacionado con la propia participación en el desarrollo de la humanidad en sí misma.

Una de las cosas importantes que esta forma de involucramiento también produce es un tipo de politización. Otro caso que también es relevante para América Latina es la creación de clínicas de autoayuda. Este es un ejemplo de Grecia, país donde pegó muy fuerte la crisis financiera al inicio de la década de 2010, allí la gente se enfrentaba realmente a la muerte debido a la falta de apoyo sanitario público. En estos casos, los activistas desarrollaron redes de clínicas donde los doctores proporcionaban consultas y medicinas, entre otras cosas, y tuvieron mucho cuidado en no enmarcar esto como algún tipo de caridad, sino que trataron de involucrar también a los pacientes necesitados en la organización, conectando estas prácticas con la defensa de los derechos y la protesta.

Quisiera concluir con los partidos contruidos desde abajo, a partir de la protesta contra la austeridad que ha sido muy radical en algunos países y ciudades europeas, como Barcelona, por ejemplo, y que tuvieron mucho éxito en no solo crear un padrón local sino que entraron a instituciones locales trayendo consigo muchos tipos de personas diferentes. Me gusta mucho esta imagen porque tenemos los extremos en grises como formas tradicionales en las que las personas son representadas dentro de los parlamentos y, en cambio, la disrupción colorida de distintos tipos de activistas que actuaron en las calles y que pensaron, en algún punto, que era momento de ingresar a las instituciones. Este padrón fue tan exitoso que la alcaldesa de Barcelona es miembro de estos grupos y una de las líderes del movimiento por el derecho a la vivienda en Barcelona.

Finalmente, los movimientos sociales son importantes en general y en algunos momentos son mucho más interesantes y relevantes. Existe un historiador y científico político, llamado Mark Beissinger, que destacaba este momento en particular de la historia donde los movimientos también son particularmente importantes. Él menciona que:

...no todas las épocas históricas son iguales. Hay épocas en las que el cambio se produce con tanta lentitud que el tiempo parece casi congelado, aunque bajo la superficie pueden estar actuando

EMOCIONES Y ACTIVISMOS DE BASE

silenciosamente una cantidad de turbulencias y evolución. Pero también hay otros momentos en donde los cambios pueden estar tan comprimidos, ser estruendosos y fundamentales que es casi imposible medirlos (2002: 47).

En los tiempos que estamos viviendo, los efectos de los movimientos sociales pueden ser sumamente relevantes. Hay momentos donde las contingencias son importantes, así como la agencia, por tanto, es valioso estudiar los movimientos sociales y, por supuesto, participar en ellos.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Abad, Luisa y Juan Flores (eds.). 2010. "Abordando las emociones desde la antropología", en *Emociones y sentimientos. La construcción social del amor*, España, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 15-28.
- Ahmed, Sara. 2015. *Política cultural de las emociones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Albrecht, Glenn. 2011. "Chronic Environmental Change: Emerging 'Psychoterratic' Syndromes", en *Climate Change and Human Well-Being: Global Challenges and Opportunities*, Inka Weissbecker (ed.), Nueva York, Springer, 43-56.
- _____. 2019. *Earth Emotions: New Words for a New World*. Ithaca, Cornell University Press.
- Alcázar, Laura Isabel y Holguín, Valentina. 2020. "Twitter como herramienta de la movilización social en Colombia: caso del Paro Nacional del 21N", tesis de pregrado, Universidad del Valle., <<https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/handle/10893/18841>>.
- Alfie Cohen, Miriam. 2013. "Democracia deliberativa y gobernanza ambiental: ¿conceptos transversales de una nueva democracia ecológica?", en *Sociológica*, vol. 28, núm. 80, pp. 73-122, en <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732013000300003&lng=es&tlng=es>.
- Almeida, Paul. 2020. *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*, Buenos Aires, Clacso.
- Alvarado, Alejandro. 2020. "La criminalización de la protesta social: un estado de la cuestión", *Revista Rupturas*, núm. 10, pp. 25-43.
- Álvarez Enríquez, Lucía. 2020. "El movimiento feminista en México en el siglo XXI: juventud, radicalidad y violencia", *Revista Mexicana de Ciencia Política*, núm. 140, pp. 147-175, en doi: <<https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76388>>.
- Álvarez, Sonia. 1998. "Feminismos Latinoamericanos", *Estudios Feministas* núm. 6, pp. 265-284, en <<http://www.jstor.org/stable/43904051>>.
- Aminzade, Ron y Doug McAdam. 2001. "Emotions and Contentious Politics", en *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Ron Aminzade, Jack Goldstone y Doug McAdam (eds.), Cambridge: Cambridge University Press, pp. 14-50.

- Aminzade, Ron, Jack Goldstone y Doug McAdam (eds.). 2001. *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Aparicio, Matías Javier. 2019. “La red de familiares contra la tortura y otras violencias estatales (CPM): sangre y reencantamiento del activismo”, *Século XXI, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 9, núm. 2, pp. 567-609.
- Araujo, Katia, Amalia Mauro y Virginia Guzmán. 2000. “El surgimiento de la violencia doméstica como problema público y objeto de política”, *Revista CEPAL*, abril, pp. 133-145.
- Arias, Jeimy. 2017. “‘Superamos el miedo’: emociones y acción colectiva campesina en el Alto Sinú”, tesis de maestría, Bogotá, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia.
- Ariza, Marina. 2021. “La sociología de las emociones en América Latina”, *Annual Review of Sociology*, núm. 47, pp. 1-19, en doi: <<https://doi.org/10.1146/annurev-soc-021021-054653>>.
- Asociación Minga. 2019. “Cumbre Agraria y Plataformas de DDHH, convocamos y respaldamos el Paro Nacional del 21N”, *Asociación Minga*, 20 de noviembre, <<https://asociacionminga.co/cumbre-agraria-y-plataformas-de-ddhh-convocamos-y-respaldamos-paro-nacional/>>.
- Azab, Marian y Wayne A. Santoro. 2017. “Rethinking Fear and Protest: Racialized Repression of Arab Americans and the Mobilization Benefits of Being Afraid”, *Mobilization: An International Journal*, vol. 22, núm. 4, pp. 473-491, en DOI <10.17813/1086-671X-22-4-473>.
- Bamberg, Sebastian, Jonas Rees y Sebastian Seebauer. 2015. “Collective Climate Action: Determinants of Participation Intention in Community-Based Pro-Environmental Initiatives”, *Journal of Environmental Psychology*, núm. 43, pp. 155-165, en <<https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2015.06.006>>.
- Bandura, A. y National Institute of Mental Health. 1986. *Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive Theory*, Prentice-Hall.
- Bapat, Sheila. 2014. *Part of the Family? Nannies, Housekeepers, Caregivers and the Battle for Domestic Workers' Rights*, Brooklyn, Nueva York, IG Publishing.
- Bayard de Volo, Lorraine. 2003. “Analyzing Politics and Change in Women’s Organizations: Nicaraguan Mothers’ Voice and Identity”, *International Feminist Journal of Politics* vol. 5, núm. 1, pp. 92-115.
- _____. 2006. “The Dynamics of Emotion and Activism: Grief, Gender and Collective Identity in Revolutionary Nicaragua”, *Mobilization: An International Quarterly*, vol. 11, núm. 4, pp. 461-474, en <<https://doi.org/10.17813/mai.11.4.q21r3432561121t7>>.
- BBC News Mundo. 2019. “Renuncia el ministro de Defensa de Colombia: Guillermo Botero dimite en medio de la polémica por la operación militar en que murieron varios menores”, *BBC*, 6 de noviembre, en <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50326172>>.

- Beissinger, Mark R. 2002. *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*. Cambridge Studies in Comparative Politics, Cambridge, Cambridge University Press, en <doi: 10.1017/CBO9780511613593>.
- Belotti, Francesca, Stellamarina Donato, Arianna Bussoletti y Francesca Comunello. 2022. “Youth Activism for Climate on and Beyond Social Media: Insights from FridaysFor Future-Rome”, *The International Journal of Press/Politics*, vol. 27, núm. 3, pp. 718-737, en <doi: 10.1177/19401612211072776>.
- Benford, Robert D. 1993. “You Could be the Hundredth Monkey: Collective Action Frames and Vocabularies of Motive Within the Nuclear Disarmament Movement”, *Sociological Quarterly*, vol. 34, núm. 2, pp. 195-216, en <https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.1993.tb00387.x>.
- Benford, Robert D. y David Snow. 2000. “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *Annual Review of Sociology*, vol. 26, núm.1, pp. 611-639, en <doi: https://www.jstor.org/stable/223459>.
- Bennani-Chraïbi, Mounia y Olivier Fillieule. 2012. “Pour une sociologie des situations révolutionnaires; retour sur les révoltes arabes”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 62, núm. 5, pp. 767-796.
- Bernal Guerrero, A., V. Gozálviz y M. Burguet. 2019. Ethical Reconstruction of Citizenship: A Proposal Between the Intimate Self and the Public Sphere, *Journal of Moral Education*, vol. 48, núm. 4 pp. 483-498, en <https://doi.org/10.1080/03057240.2018.1563880>.
- Bernardino-Costa, Joaze. 2014. “Intersectionality and Female Domestic Workers’ Unions in Brazil”, *Women’s Studies International Forum*, 46 (C), pp. 72-80, en <https://doi.org/10.1016/j.wsif.2014.01.004>.
- Biglia, Barbara y Jordi Bonet-Martí. 2009. “La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial. Prácticas de escritura compartida”, *Forum: Qualitative Social Research*, vol. 10, núm. 1, pp. 1-25.
- Boggs, Carl. 1977. “Marxism, Prefigurative Communism and the Problem of Workers’ Control”, *Radical America*, núm. 6, pp. 99-122.
- Bonvillani, Andrea y Macarena Roldán. 2017. “Politicación de los cuerpos juveniles: la Marcha de la Gorra como performance multitudinaria”, *Aposta - Revista de Ciencias Sociales*, núm. 74, pp. 165-203, en <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/bonvillani.pdf>.
- Boria, A., y Barei. 2020. “La cultura del miedo: el control de las emociones”, *Estudios*, núm. 43, pp. 9-14, en <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/27946>.
- Boris, Eileen y Jennifer Klein. 2012. *Caring for America. Home Health Workers in the Shadow of the Welfare State*, Nueva York, Oxford University Press.

- Boris, Eileen y Rhacel Parreñas Salazar. 2010. "Introduction", en *Intimate Labors. Cultures, Technologies and the Politics of Care*, Stanford: Stanford University Press, pp. 1-12.
- Bourdin, Gabriel. 2016. "Antropología de las emociones: conceptos y tendencias" *Revista Cui-cuilco Revista de Ciencias Antropológicas* núm. 67, pp. 55-74, en <<https://www.redalyc.org/journal/5295/529555490004/html/>>.
- Breines, Wini. 1989. *Community and Organization in the New Left 1962-68: The Great Refusal*, New Brunswick, Rutgers University Press.
- Brulle, Robert J. y Kari Marie Norgaard. 2019. "Avoiding Cultural Trauma: Climate Change and Social Inertia", *Environmental Politics*, en <doi: 10.1080/09644016.2018.1562138>.
- Cabanas, Edgar y Eva Illouz. 2019. *Happycracia: cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, Barcelona, Paidós.
- Cabrapan Duarte, Melissa. 2022. "Movimientos de mujeres contra el extractivismo: feminismos y saberes multisituados en convergencia", *Debate feminismo*, vol. 32, núm. 64, pp. 56-79, en <doi: <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2022.64.2287>>.
- Calderón, Edith. 2012. *La afectividad en antropología. Una estructura ausente*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Calhoun, Craig. 1993. "'New Social Movements' of the Early Nineteenth Century", *Social Science History*, vol. 17, núm. 3, pp 385-427, en <doi: 10.2307/1171431>.
- _____. 2001. "Putting Emotions in Their Place", *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polletta (eds.), Chicago, University of Chicago Press, pp. 45-57.
- Calle, María Clara. 2019. "Logros y fantasmas de la violencia: la estrategia Duque contra el paro", *La Silla Vacía*, 19 de noviembre, en <<https://lasillavacia.com/logros-y-fantasma-violencia-estrategia-duque-contra-paro-74573>>.
- Cano, Carolina. 2014. "Etre syndicaliste en Colombie: un métier à haut risque", *Nouvelle Revue de Psycho-Sociologie*, vol. 2, núm. 18, pp. 103-116.
- Castells, Manuel. 2001. *El poder de la identidad. Vol. 2. La era de la información: economía, sociedad y cultura de Manuel Castells*, México, Siglo XXI.
- _____. 2015. *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*, 2a ed., Polity Press, RU/EUA.
- Cerva Cerna, Daniela. 2020. "Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres", *Revista de la educación superior* núm. 49, pp. 137-157, en <<https://doi.org/10.36857/resu.2020.194.1128>>.
- Chen, Yin-Zun. 2004. "De los encuentros feministas a las campañas transnacionales: surgimiento y desarrollo de los movimientos transnacionales de mujeres en América Latina",

- La ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 20, pp. 267-292, en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402012>>.
- Chirix, Emma. 2009. “Los cuerpos y las mujeres kaqchikeles”, *Revista Desacatos*, núm. 30, pp. 149-160, en <doi: <https://doi.org/10.29340/30.417>>.
- Chun, Jennifer Jihye. 2009. *Organizing at the Margins. The Symbolic Politics of Labor in South Korea and the United States*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- Clay-Warner, Jody. 2001. “Perceiving Procedural Injustice: The Effects of Group Membership and Status”, *Social Psychology Quarterly*, vol. 64, núm. 3, pp. 224-238, en <<https://doi.org/10.2307/3090113>>.
- Clayton, Susan. 2020. “Climate Anxiety: Psychological Responses to Climate Change”, *Journal of Anxiety Disorders*, núm. 74, pp. 1-7, en <<https://doi.org/10.1016/j.janxdis.2020.102263>>.
- Clayton, Susan, Christie M. Manning, Kirra Krygsman y Meighen Speiser. 2017. *Mental Health and Our Changing Climate: Impacts, Implications, and Guidance*, Washington, D.C., APA/ecoAmerica.
- Collins, Randall. 2001. “Social Movements and the Locus of the Emotional Attention”, en *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polleta (eds.), Chicago, University of Chicago Press, pp. 27-44.
- _____. 2009. “The Micro-Sociology of Violence”, *The British Journal of Sociology*, núm. 60, pp. 566-576, en <<https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2009.01256.x>>.
- Combes, Hélène y Olivier Fillieule. 2011. “De la répression considérée dans ses rapports à l’activité protestataire. Modèles structuraux et interactions stratégiques”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 61, núm. 6, pp. 1047-1072.
- Combes, Hélène, Hmed Choukri, Lilian Mathieu, Johanna Siméant y Isabelle Sommier. 2011. “Observer les mobilisations : Retour sur les ficelles du métier de sociologue des mouvements sociaux”, *Politix*, núm. 93, pp. 7-27.
- Contraloría General de la República. 2018. *Grandes hallazgos. Así destapó la Contraloría General de la República los casos más sonoros de corrupción en Colombia. Del Cartel de la Hemofilia a los estafalarios sobrecostos de Reficar pasando por el saqueo al Plan de Alimentación Escolar*, Bogotá, Contraloría General de la República.
- Crespi, Franco. 2002. *Il Pensiero Sociologico*, Bologna, Il Mulino.
- Crettiez, Xavier. 2011a. “‘High Risk Activism’: Essai sur le processus de radicalisation violente (première partie)”, *Pôle Sud*, vol. 34, núm. 1, pp. 45-60.
- _____. 2011b. “‘High Risk Activism’: Essai sur le processus de radicalisation violente (seconde partie)”, *Pôle Sud*, vol. 35, núm. 2, pp. 97-112.
- Cuadros, Daniela. 2013. “Répression, transition démocratique et ruptures biographiques”. *Cultures et Conflits* núm. 89, pp. 53-69, en <<https://www.cairn.info/revue-cultures-et-conflits-2013-1-page-53.htm>>.

- Cuadros, Daniela y Daniella Rocha (coords.) 2013. Dossier “Militantisme et répression”. *Cultures et Conflits*, núm. 89, en <<http://conflits.revues.org/18626>>.
- Cvetkovich, Ann. 2018. *Un archivo de sentimientos*, Barcelona, Bellaterra.
- Dabène, Olivier, Vincent Geisser y Gilles Massardier. 2008. *Autoritarismes démocratiques. Démocraties autoritaires au XXIe siècle. Convergences Nord-Sud*, París, La Découverte.
- Damasio, Antonio R. 2003. *Alla ricerca di Spinoza. Emozioni, sentimenti e cervello*, Milano, Adelphi Edizioni.
- Davenport, Christian. 2005. “Repression and Mobilization: Insights from Political Science and Sociology (Introduction)”, en *Repression and mobilization*, Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller (eds.), Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. vii-xli.
- Davenport, Christian, Hank Johnston y Carol Mueller (eds.). 2005. *Repression and Mobilization*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Defender la Libertad, Campaña. 2020. “En el gobierno de Iván Duque. Agresiones a la protesta social”, en *El desgobierno del aprendiz. Autoritarismo, guerra y pandemia. Balance del segundo año de gobierno de Iván Duque*, Plataforma Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo / Coordinación Colombia, Europa, Estados Unidos / Alianza de Organizaciones Sociales y Afines (eds.), Bogotá, PCDHDD, CCEEU, Alianza, pp. 241-251.
- De la Hidalga Ríos, Andrea. 2018. “Distanciar los cuerpos: el imaginario racializante sobre las trabajadoras domésticas”, en *Prácticas comunicativas y prefiguraciones políticas en tiempos inciertos*, Tuxtla Gutiérrez, UNICACH y CESMECA, pp. 113-132.
- _____. 2019. *No, ¡no somos iguales! Ama de casas poblanas y sus trabajadoras del hogar*, México, Universidad Iberoamericana Puebla.
- Delhumeau Rivera, Sheila, Nelly Calderón de la Barca y Mónica Lacavex, 2018. “Por el dolor que nos representa a todos: El movimiento por los derechos de género en una ciudad del noroeste de México”, *Revista DoxaDigital*, vol. 8, núm. 15, segundo semestre, pp. 45-69, en < <https://journals.sfu.ca/doxa/index.php/doxa/issue/view/11>>.
- Della Porta, Donatella. 2007. *The Global Justice Movement: Cross-National and Transnational Perspectives*, Nueva York, Routledge.
- _____. 2013a. *Methodological Practices in Social Movement Research*, Oxford, Oxford University Press.
- _____. 2013b. “What we can do with Visual Analysis in Social Movements Studies: Some (Self) Reflections”, en *Advances in the Visual Analysis of Social Movements*, Nicole Doerr, Alice Matone y Simon Teune (eds.), Bingley, Emerald, pp. 137-147.
- _____. 2013c. “Democracy Inside Social Movements”, en *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*, David A. Snow, Donatella della Porta, Bert Klandermans y Douglas McAdam (eds.), Sussex, Wiley-Blackwell.

- _____. 2014. "In-Deep Interviews", en *Methodological Practices in Social Movement Research*, Donatella della Porta (ed.), Oxford, Oxford University Press, pp. 228-261.
- Della Porta, Donatella y Sidney G. Tarrow. 2005. "Transnational Processes and Social Activism: An Introduction", en *Transnational Protest and Global Activism*, Donatella Della Porta y Sidney G. Tarrow (eds.), Oxford: Rowman & Littlefield, pp. 1-17.
- Della Porta, Donatella y Gianni Piazza. 2008. *Le Ragioni del No. Le campagne contro la TAV in Val di Susa e il Ponte sullo Stretto*. Milano, Feltrinelli.
- Della Porta, Donatella y Marco Diani. 2011. *Los movimientos sociales*, Madrid, CIS/Complutense.
- Della Porta, Donatella y Louise Parks. 2014. "Framing Processes in the Climate Movement. From Climate Change to Climate Justice", en *Routledge Handbook of The Climate Change Movement*, Matthias Dietz y Heiko Garrelts (eds.), Nueva York, Routledge, pp. 19-30.
- Della Porta, Donatella, Gianni Piazza, Nicolás Bertuzzi y Giuliana Sorci. 2019. "LULU's Movements in Multilevel Struggles: A Comparison of Four Movements in Italy", *Rivista Italiana di Politiche Pubbliche*, núm. 3, pp. 477-513, en <doi: 10.1483/95213>.
- De Marco, Ivan y Andrea Raviolo. 2012. "Le emozioni in psicologia cognitiva", en *Lavorare con le emozioni nell'approccio costruttivista*, Giorgio Rezzonico e Ivan De Marco (eds.), Torino, Italia, Bollati Boringhieri.
- De Moor, Joost, Katrin Uba, Mattias Wahlström, Magnus Wennerhag y Michiel De Vydt. 2020. *Protest for a Future II: Composition, Mobilization and Motives of the Participants in Fridays For Future Climate Protests on 20-27 September, 2019, in 19 cities around the world*. Goteborg, Swedish Research Council for Sustainable Development, en <doi: 10.17605/OSF.IO/ASRUW>.
- De Vault, Marjorie L. 2014. "Mapping Invisible Work: Conceptual Tools for Social Justice Projects", en *Sociological Forum*, vol. 29, núm. 4, pp. 775-790.
- Díaz, Carolina. 2019. *Diario de campo*, Soconusco, Chiapas.
- Dietz, Matthias y Heiko Garrelts. 2014. *Routledge Handbook of The Climate Change Movement*, Nueva York, Routledge.
- Doherty, Brian y Graeme Hayes. 2019. "Tactics and Strategic Action", en *The Wiley Blackwell Companion to Social Movements*, 2a. ed., D.A. Snow, S.A. Soule, H. Kriesi y H.J. McCammon (eds.), Chichester, Wiley Blackwell, pp. 217-288.
- D'Oliveira-Martins, Madalena. 2018. *Arlie Russell Hochschild. Un camino hacia el corazón de la sociología*, Madrid, España, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS)
- Doran, Marie-Christine. 2017. "The Hidden Face of Violence in Latin America: Assessing the Criminalization of Protest in Comparative Perspectives", *Latin American Perspectives*, vol. 44, núm. 5, pp. 183-206.

- Drury, John y Steve Reicher. 2005. "Explaining Enduring Empowerment: A Comparative Study of Collective Action and Psychological Outcomes", *European Journal of Social Psychology*, vol. 35, núm. 1, pp. 35-58, en <<https://10.1002/ejsp.231>>.
- Du Bray, Margaret V., Amber Wutich, Kelli L. Larson, Dave D. White, y Alexandra Brewis. 2017. "Emotion, Coping, and Climate Change in Island Nations: Implications for Environmental Justice", *Environmental Justice*, vol. 10, núm. 4, pp. 102-107, en <DOI: 10.1089/env.2016.0025>.
- Duffy, Brooke Erin, Thomas Poell y David B. Nieborg. 2019. "Platform Practices in the Cultural Industries: Creativity, Labor, and Citizenship", *Social Media and Society*, vol. 5, núm. 4, en <<https://doi.org/10.1177/2056305119879672>>.
- Dunlap, Riley E., Aaron M. McCright, y Jerrod H. Yarosh. 2016. "The Political Divide on Climate Change: Partisan Polarization Widens in the U.S.", *Environment: Science and Policy for Sustainable Development*, vol. 58, núm. 5, pp. 4-23.
- Durin, Séverine, María Eugenia De la O y Santiago Bastos (ed.). 2014. *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano*, México, CIESAS-EGAP.
- Durkheim, Emile. 2016 "Elementary Forms of Religious Life", en *Social Theory Re-Wired*, Wesley Longhofer y Daniel Winchester (eds.), cap. 2, Routledge.
- Eisele, Heather, y Jayne Stake. 2008. "The Differential Relationship of Feminist Attitudes and Feminist Identity to Self-Efficacy", *Psychology of Women Quarterly* vol. 32, núm. 3, pp. 233-244, en <<https://doi.org/10.1111/j.1471-6402.2008.00432.x>>.
- El Espectador*. 2019a. "¿De qué me hablas, viejo?: Así respondió @IvanDuque a pregunta sobre bombardeo en Caquetá. ¿Qué piensa de la respuesta del presidente?", Twitter, 6 de noviembre, en <<https://twitter.com/elespectador/status/1192269832160522243>>.
- _____. 2019b. "Emociones y redes: lo que mueve el paro", 30 de noviembre.
- Ellefsen, Rune. 2021. "The Unintended Consequences of Escalated Repression", *Mobilization: An International Quarterly*, vol. 26, núm. 1, pp 87-108, en <DOI 10.17813/1086-671X-26-1-87>.
- Elliott-Negri, L., I. Jabola-Carolus, J.M. Jasper, J. Mahlbacher, M. Weisskircher y A. Zhelnina. 2021. "Social Movement Gains and Losses: Dilemmas of Arena Creation", *Partecipazione e Conflitto*, vol. 14, núm. 3, pp. 998-1013, en <doi: <https://doi.org/10.1285/i20356609v14i3p998>>.
- Epstein, Barbara L. 1991. *Political Protest and Cultural Revolution: Nonviolent Direct Action in the 1970s and 1980s*, Berkeley, University of California Press.
- Eslava-Mejía, Juanita. 2021. "Unheard Voices and the Music of Resistance: Social Turmoil in Colombia", *Voices*, vol. 21, núm. 2, en <<https://voices.no/index.php/voices/article/view/3349/3272>>.
- Espinosa Damián, Gisela y Ana Lau Jaiven. 2020. "Introducción", en *Un fantasma recorre el siglo. Luchas feministas en México 1910-2010*, Gisela Espinosa Damián y Ana Lau

- Jaiven (eds. y comps.), Ciudad de México, UAM-Xocimilco/ ITACA/Conacyt/Ecosur, pp. 9-23.
- Eyerman, Ron. 2005. "How Social Movements Move. Emotions and Social Movements", en *Emotions and Social Movements*, Helena Flam y Debra King (eds.), Nueva York, Routledge, pp. 9-23.
- Falquet, Jules. 2017. *Pax neoliberalia. Perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia contra las mujeres*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Madre Selva.
- Feldman Barrett, Lisa. 2017. *La vida secreta del cerebro. Cómo se construyen las emociones*, Barcelona, Paídos.
- Fillieule, Olivier y Bernard Pudal. 2010. "Sociologie du militantisme. Problématisations et déplacement des méthodes d'enquête", en *Penser les mouvements sociaux*, Olivier Fillieule, Eric Agrikoliansky e Isabelle Sommier (eds.), París, La Découverte, pp.163-184.
- Fillieule, Olivier, Eric Agrikoliansky e Isabelle Sommier. 2010, *Penser les mouvements sociaux*, París, La Découverte.
- Fish, Jennifer N. 2017. *Domestic Workers of the World Unite! A Global Movement for Dignity and Human Rights*, Nueva York, New York University Press.
- Flam, Helena. 2004. "Anger in Repressive Regimes: A Footnote to Domination and the Arts of Resistance by James Scot", *European Journal of Social Theory*, vol. 7, núm. 2, pp. 171-188.
- _____. 2005. "Emotions' Map: A Research Agenda", en *Emotions and Social Movements*, Helena Flam y Debra King (eds.), Londres y Nueva York, pp. 29-50.
- _____. 2015. "Micromobilization and Emotions", en *The Oxford Handbook of Social Movements*, Donatella Della Porta y Mario Diani (eds.), Oxford, Oxford University Press, pp. 1-15, en <DOI:10.1093/oxfordhb/9780199678402.013.31>.
- Flam, Helena y Nicole Doerr. 2015. "Visuals and Emotions in Social Movements", en *Methods of Exploring Emotions*, Helena Flam y Jochen Kleres (eds.), Nueva York, Routledge, pp. 229-240.
- Flam, Helena y Debra King (eds.). 2005. *Emotions and Social Movements*, Nueva York, Routledge.
- Flesher Fominaya, Cristina. 2010. "Collective Identity in Social Movements: Central Concepts and Debates", *Sociology Compass*, vol. 4, núm 6, pp. 393-404, <doi: <https://doi.org/10.1111/j.1751-9020.2010.00287.x>>.
- _____. 2014. *Social Movements and Globalization*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- _____. 2019. "Collective Identity in Social Movements: Assessing the Limits of a Theoretical Framework", en *The Wiley Blackwell Companion to Social Movements*, 2ª ed., D.A. Snow, S.A. Soule, H. Kriesi y H.J. McCammon (eds.), Chichester, Wiley Blackwell, pp. 429-445.

- Flores, Juan. 2010. "Trabajo de campo etnográfico y gestión emocional: notas epistemológicas y metodológicas", *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, núm. 14, pp. 11-23, en <<https://aldizkaria.ankulegi.org/ankulegi/article/view/22>>.
- Floridi, Luciano. 2015. *The Onlife Manifesto: Being Human in a Hyperconnected Era*, Cham Heidelberg-Nueva York / Dordrecht-London, Springer Open.
- Forno, Francesca y Graziano Paolo. 2014. "Sustainable Community Movement Organizations", *Journal of Consumer Culture*, núm. 14, pp. 139-157, en <DOI: 10.1177/1469540514526225>.
- Fox Piven, Frances y Richard Cloward. 1977. *Poor People's Movements*, Nueva York: Vintage Books.
- Francisco, Papa. 2015. *Carta encíclica Laudato si 'sobre el cuidado de la casa común*, Roma, El Vaticano.
- Franks, Benjamin. 2003. "The Direct Action Ethic: From 59 Upwards", *Anarchist Studies*, núm. 11, pp. 13-41.
- Fukuyama, Francis. 2019. *Identidad: la demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, México, Ariel.
- Futrell, Robert y Pete Simi. 2004. "Free Spaces: Collective Identity, and the Persistence of U.S. White Power Activism", *Social Problems*, vol. 51, núm. 1, pp. 16-42, en <doi: 10.1525/sp.2004.51.1.16>.
- Gamson, William. 1992. "The Social Psychology of Collective Action", en *Frontiers in Social Movement Theory*, Aldon D. Morris y Carol Mueller (eds.), Nueva Haven, Yale University Press, pp. 53-74.
- García Villegas, Mauricio (comp.). 2005. *Sociedad de emergencia: acción colectiva y violencia en Colombia*, Bogotá, Defensoría del Pueblo-Oficina para la Coordinación de la Atención al Desplazamiento-Asdi.
- Gargallo, Francesca. 2007. "Feminismo latinoamericano", *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, vol. 12, núm. 28, pp. 17-34, en <http://www.scielo.org/ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100003&lng=en&nrm=iso&tlng=es>.
- _____. 2014. *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*, 1a ed. digital, Ciudad de México, Corte y Confección, en <<http://francescagargallo.wordpress.com/>>.
- Geertz, Clifford. [1973] 1988. "Persona, tiempo y conducta en Bali", en *La interpretación de las culturas*, Clifford Geertz (ed.), España, Gedisa, pp. 299-338.
- Goldberg, Harmony. 2014. "'Prepare to Win': Domestic Workers United's Strategic Transition Following the Passage of the New York Domestic Workers' Bill of Rights", en *New Labor in New York. Precarious Workers and the Future of the Labor Movement*, Ruth Milkman y Ed Ott (eds.), Ithaca, NY, Cornell University Press, pp. 266-288.

- Gómez Cruz, Edgar. 2012. *De la cultura Kodak a la imagen en red: una etnografía sobre fotografía digital*, 1a ed., Barcelona, uocPress-Comunicación, núm. 23.
- Gómez Cruz, Edgar y Elisenda Ardèvol. 2013. "Ethnography and the Field in Media(ted) Studies: A Practice Theory Approach", *Westminster Papers in Communication and Culture*, vol. 9, núm. 3, p. 27, en <<https://doi.org/10.16997/wpcc.172>>.
- González, David. 2015. "Memoria colectiva, emociones y cultura política: análisis de los actos públicos presentados por el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado -Movice", cap. "Bogotá", tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia.
- Goodwin, Jeff. 2012. "Introduction to a Special Issue on Political Violence and Terrorism: Political Violence as Contentious Politics", *Mobilization: An International Journal*, vol. 17, núm. 1, pp. 1-5, en <DOI: 10.17813/maiq.17.1.t401865vh16t3w57>.
- Goodwin, Jeff y Steven Pfaff. 2001. "Emotion Work in High-Risk Social Movements: Managing Fear in the U.S. and Eastern German Civil Rights Movements", en *Passionate Politics. Emotions and Social Movements*, Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (eds.), Chicago, University of Chicago Press, pp. 282-302.
- Goodwin, Jeff y Jasper, James. 2004. "Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory", en *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning, and Emotion*, Jeff Goodwin y James Jasper (eds.), Lanham, Rowman & Littlefield, pp. 3-31.
- Goodwin, Jeff, James M. Jasper y Francesca Polletta. 2000. "The Return of the Repressed: The Fall and Rise of Emotions in Social Movement Theory", *Mobilization: An International Journal*, vol. 5, núm. 1, pp. 65-83.
- _____. 2001. *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press.
- Gould, Deborah. 2001. "Rock the Boat, Don't Rock the Boat, Baby: Ambivalence and the Emergence of Militant AIDS Activism", en *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (eds.), University of Chicago Press, pp. 135-158.
- _____. 2009. *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*, Chicago, University of Chicago Press.
- Granados, Alan E. 2019. "Cuando el sentimiento y la música se encuentran. La *praxis* sonoro-emocional en las marchas de protesta en la Ciudad de México 2015-2018", *Desafíos* vol. 31, núm. 2, pp. 63-95, en <doi: <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.7290>>.
- Grasa, Rafael. 2020. "Colombia cuatro años después de los acuerdos de paz: un análisis prospectivo", Documentos de trabajo, Fundación Carolina, 2a. época, núm. 39, pp. 3-26.
- Gravante, Tommaso. 2019. "Prácticas emergentes de activismo alimentario en la Ciudad de México", *Iberoforum*, vol. 14, núm. 28, pp. 105-125.

- _____. 2020. “Emociones y reglas del sentir como impactos culturales de los movimientos sociales”. *Interdisciplina*, vol. 8, núm. 22, pp. 157-179, en <doi: 10.22201/ceiich.24485705e.2020.22.76423>.
- _____. 2020a. Forced Disappearance as a Collective Cultural Trauma in the Ayotzinapa Movement, *Latin American Perspectives*, vol. 47, núm. 6, pp. 87-102, <doi: 10.1177/0094582X20951773>.
- _____. 2020b. “Emociones y reglas del sentir como impactos culturales de los movimientos Sociales”, *InterDISCIPLINA*, vol. 8, núm. 22, pp. 157-169, en <doi: https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2020.22.76423>.
- Gravante, Tommaso y Alice Poma. 2018. “Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política”, *Estudios Sociológicos*, vol. 36, núm. 108, pp. 593-618, en <Doi: https://doi.org/10.24201/es.2018v36n108.1612>.
- _____. 2019. “Emociones, trauma cultural y movilización social: el movimiento por las víctimas de Ayotzinapa en México”, *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 27, núm. 53, en <Doi: http://dx.doi.org/10.18504/pl2753-007-2019>.
- _____. 2020a. “El papel del activismo socioambiental de base en la nueva ola del movimiento climático (2018-2020)”, *Agua y Territorio*, núm. 16, pp. 11-22, en <DOI: https://doi.org/10.17561/at.16.5109>.
- _____. 2020b. “Mexico”, en Joost de Moor, Katrin Uba, Mattias Wahlström, Magnus Wennerhag y Michiel De Vydt (eds.). *Protest for a Future II: Composition, Mobilization and Motives of the Participants in Fridays For Future Climate Protests on 20-27 September, 2019, in 19 Cities around the World*, Goteburgo, Swedish Research Council for Sustainable Development, pp. 160-176, en <https://osf.io/asruw/> <DOI: 10.17605/OSF.IO/ASRUW>.
- _____. 2022. “El impacto de la pandemia en el activismo de base”, en *Viralizar la esperanza en la ciudad. Alternativas, resistencias y autocuidado colectivo frente al COVID-19 y a la crisis socioambiental*, Tommaso Gravante, Jorge Regalado Santillán y Alice Poma (eds.), Ciudad de México, CEIICH-UNAM, pp. 269-313.
- Guerrero, Patricio. 2010. “Corazonar el sentido de las epistemologías dominantes desde las sabidurías insurgentes, para construir sentidos otros de la existencia (primera parte)”, *Calle14: Revista de Investigación en el Campo del Arte*, vol. 4, núm. 5, pp. 80-94, en <https://www.redalyc.org/comocitar.oi?id=279021514007>.
- Gusfield, Joseph. 2014. *La cultura de los problemas públicos. El mito del conductor alcoholizado versus la sociedad inocente*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel. 2018. “La lucha de las mujeres contra todas las violencias en México: reunir fragmentos para hallar sentido”, en *8M Constelación feminista ¿Cuál es tu lucha? ¿Cuál es tu huelga?*, Verónica Gago et al. (eds.), Buenos Aires, Tinta Limón, pp. 25-48.

- Gutiérrez, Francisco. 2014. *El orangután con sacoleva. Cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010)*, Bogotá, IEPRI-UN-Penguin Random House.
- Hager, Anselm y Krzysztof Krakowski. 2022. "Does State Repression Spark Protests? Evidence from Secret Police Surveillance in Communist Poland", *American Political Science Review*, vol. 116, núm. 2, pp. 564-579, en <DOI: <https://doi.org/10.1017/S0003055421000770>>.
- Hallward, Maia, Juan Masullo y Cécile Mouly. 2017. "Civil Resistance in Armed Conflict: Leveraging Nonviolent Action to Navigate War, Oppose Violence and Confront Oppression", *Journal of Peacebuilding & Development*, vol. 12, núm. 3, pp. 1-9, en <DOI: [10.1080/15423166.2017.1376431](https://doi.org/10.1080/15423166.2017.1376431)>.
- Harnisch, Christoph. 2019. "Colombia: entre la guerra y la indiferencia", *Comité Internacional de la Cruz Roja*, 28 de marzo, en <<https://www.icrc.org/es/document/colombia-entre-la-guerra-y-la-indiferencia>>.
- Hercus, Cheryl. 1999. "Identidad, emoción y acción colectiva feminista", *Género y sociedad*, vol. 13, núm. 1, pp. 34-55, en <<https://doi.org/10.1177/089124399013001003>>.
- _____. 2005. *Stepping Out of Line. Becoming and Being Feminist*, Nueva York, Routledge.
- Hernández Castillo, Rosalva Aída. 2018. "Algunos aprendizajes en el difícil reto de descolonizar el feminismo", María Paula Meneses y Karina Bidaseca (coord.), *Epistemologías del sur*, Buenos Aires, Clacso/Coímbra-CES, pp. 313-345, en <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/15244/1/Epistemologias_del_sur_2018.pdf#page=313>.
- Hincapié, Sandra. 2017 "Acción colectiva de las mujeres y derechos humanos en México: movilizándolo el dolor en medio del conflicto armado", *Estudios Socio-Jurídicos* vol. 19, núm. 2, pp. 97-127, en <<https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/sociojuridicos/a.5255>>.
- Hochschild, Arlie R. 1975. "The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities", *Sociological Inquiry*, vol. 45, núms. 2-3, pp. 280-306, en <doi: <https://doi.org/10.1111/j.1475-682X.1975.tb00339.x>>.
- _____. 1979. "Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure", *American Journal of Sociology*, vol. 3, núm. 85, pp. 551-575, <doi: <http://www.jstor.org/stable/2778583>>.
- _____. 1983. *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling*, Berkeley, University of California Press.
- _____. 2008. *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Madrid, Katz.
- _____. 2011. "Emotional Life on the Market Frontier", *The Annual Review of Sociology*, núm. 37, pp. 21-33.
- _____. 2013. *So How's the Family: And Other Essays*, Berkeley, CA, University of California Press.

- _____. 2016. *Stranger in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York, New Press.
- Holgín, Roberto. 2021. “¿Cómo protestan las mujeres en México?”, México, Laboratorio de Análisis de Organizaciones y Movimientos Sociales (CEIICH-UNAM), en <<https://laoms.org/protestas-mujeres-mexico/>>.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 2007. *Domestica. Immigrant Workers Cleaning & Caring in the Shadows of Affluence*, Berkeley, CA, University of California Press.
- Hourdequin, Marion. 2010. “Climate, Collective Action and Individual Ethical Obligations”, *Environmental Values*, vol. 19, núm. 4, pp. 443-464, en <<https://doi.org/10.3197/096327110X531552>>.
- Hurwitz, Heather Mckee y Verta Taylor. 2012. “Women’s Cultures and Social Movements in Global Context”, *Sociology Compass*, vol. 6, núm. 10, pp. 808-822, <doi:10.1111/j.1751-9020.2012.00502.x>.
- hooks, bell [Gloria Jean Watkins]. 2017. *El feminismo es para todo el mundo*, Madrid, Traficantes de sueños.
- Hutter, Swen. 2014. “Protest Event Analysis and its Offspring”, en *Methodological Practices in Social Movement Research*, Donatella Della Porta (ed.), Oxford: Oxford University Press, pp. 335-367.
- Ibarra, María de la Luz. 2010. “My Reward Is Not Money: Deep Alliances and End-of-Life Care Among Mexicana Workers and Their Wards”, en *Intimate Labors. Cultures, Technologies and the Politics of Care*, Eileen Boris y Rhacel Parreñas Salazar (eds.), Stanford, CA, Stanford University Press, pp. 117-131.
- ILO [International Labor Organization]. 2011. “C189-Domestic Workers Convention”.
- _____. 2015. “ILO Global Estimates on Migrant Workers: Special Focus on Migrant Domestic Workers”, Genova, en <http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/publication/wcms_436343.pdf>.
- _____. 2021. “Making Decent Work a Reality for Domestic Workers: Progress and Prospects Ten Years after the Adoption of the Domestic Workers Convention, 2011 (No. 189)”, Geneva.
- Infobae. 2022. “La brutal realidad de los feminicidios en México: más de 10 mujeres fueron asesinadas al día en 2021”, Infobae, en <<https://www.infobae.com/america/mexico/2022/01/01/la-brutal-realidad-de-los-feminicidios-en-mexico-mas-de-10-mujeres-fueron-asesinadas-al-dia-en-2021/>>. [Fecha de consulta: 20 de octubre de 2022.]
- IPCC, 2022: “Summary for Policymakers”, en *Climate Change 2022: Impacts, Adaptation and Vulnerability. Contribution of Working Group II to the Sixth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*, H.O. Pörtner, D.C. Roberts, M. Tignor, E.S. Poloczanska, K. Mintenbeck, A. Alegría, M. Craig, S. Langsdorf, S. Löschke, V. Möller,

- A. Okem, B. Rama (eds.), UK, Cambridge University Press / USA, Nueva York, pp. 3-33, en <doi:10.1017/9781009325844.001>.
- Jabola-Carolus, Isaac, Luke Elliott-Negri, James M. Jasper, Manès Mahlbacher, Jessica Weiskircher y Anna Zhelnina. 2018. "Strategic Interaction Sequences: The Institutionalization of Participatory Budgeting in New York City", *Social Movement Studies*, vol. 19, nums. 5-6, pp. 640-656, en <DOI: 10.1080/14742837.2018.1505488>.
- Jämte, Jan e Ilaria Pitti. 2019. "Strategic Interplay in Times of Crisis. Opportunities and Challenges for State-Civil Society Interaction During the Swedish "Refugee Crisis" of 2015-2016", *Partecipazione e Conflitto*, vol. 12, núm. 2, pp. 410-435, en <doi: 10.1285/i20356609v12i2p410>.
- Jasper, James M. 1997. *The Art Moral of Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press.
- _____. 1998. "The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and Around Social Movements", *Sociological Forum*, vol. 13, núm. 3, pp. 397-424, en <https://www.jstor.org/stable/684696>.
- _____. 2006a. *Getting Your Way*, Chicago, University of Chicago Press.
- _____. 2006b. "Emotions and the Microfoundations of Politics: Rethinking Ends and Means", en *Emotions, Politics and Society*, S. Clarke, P. Hoggett y T. Thompson (eds.), Londres, Palgrave Macmillan, pp.14-30.
- _____. 2007. "Cultural Approaches to the Study of Social Movements", en *Handbook of Social Movements Across Disciplines*, Bert Klandermans y Connie Roggeband (eds.), Nueva York, Springer, pp. 59-109.
- _____. 2010. "Social Movement Theory Today: Toward a Theory of Action?", *Sociology Compass*, núm. 10, pp. 965-976.
- _____. 2011. "Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research", *Annual Review of Sociology*, núm. 37, pp. 285-304.
- _____. 2012. "Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación", *Revista Latinoamericana de Estudios Sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 10, núm. 4, pp. 46-66, en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273224904005>.
- _____. 2015. "Introduction. Playing the Game", en *Players and Arenas: The Interactive Dynamics of Protest*, J.M. Jasper y J.W. Duyvendak (eds.), Amsterdam, Amsterdam University Press, pp. 9-32.
- _____. 2016. "Las emociones de la protesta: emociones afectivas y reactivas dentro y en torno a los movimientos sociales", Red Movimientos, en <https://www.redmovimientos.mx/2016/wp-content/uploads/2017/12/Las-emociones-de-la-protesta-emociones-afectivas-y-reativas-dentro-y-en-torno-a-los-movimientos-sociales.-James-M.-Jasper.pdf>.
- _____. 2018. *The Emotions of Protest*, Chicago, University Chicago Press.

- _____. 2021. "Estigma, Identidad y Trabajo de Caracterización", *Ciencia Política*, vol. 31, núm. 16, pp. 27-40, en <doi: <https://doi.org/10.15446/cp.v16n31.97925>>.
- Jasper, James M. y J.W. Duyvendak (eds.). 2015. *Players and Arenas: The Interactive Dynamics of Protest*, Amsterdam, Amsterdam University Press.
- Jasper, James M. y A. Zhelnina. 2022. "Identity, Emotions, and Political Participation", en *The Oxford Handbook of Political Participation*, M. Giugni y M. Grasso (eds.), Oxford, Oxford University Press, pp. 652-667.
- Jasper, James M., M. Young y E. Zuern. 2018. "Character Work in Social Movements", *Theory and Society*, núm. 47, pp. 113-131, en <doi: <https://doi.org/10.1007/s11186-018-9310-1>>.
- Johansson, Sofi y Karen Haandrikman. 2021. "Gendered Fear of Crime in the Urban Context: A Comparative Multilevel Study of Women's and Men's Fear of Crime", *Journal of Urban Affairs*, 25 de junio, pp. 1-27, en <<https://doi.org/10.1080/07352166.2021.1923372>>.
- Johnson, Robert y Adam Cureton. 2004. "Kant's Moral Philosophy", en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford, CA, Metaphysics Research Lab, Stanford University.
- Juris, Jeffrey S. 2008. *Networking Futures: The Movements against Corporate Globalization*. Durham, NC, Duke University Press.
- _____. 2012. "Reflections on #Occupy Everywhere: Social Media, Public Space, and Emerging Logics of Aggregation", *American Ethnologist*, vol. 39, núm. 2, pp. 259-279, en <doi: [10.1111/j.1548-1425.2012.01362.x](https://doi.org/10.1111/j.1548-1425.2012.01362.x)>.
- Kearney, Matthew. 2018. "Escalating Moral Obligation in the Wisconsin Uprising of 2011", *Social Forces*, vol. 96, núm. 4, pp. 1569-1592, en <<https://doi.org/10.1093/sf/sox091>>.
- Kelly, Gary. 1993. *Women, Writing and Revolution, 1790-1827*, Oxford, Oxford University Press on Demand, en <<https://global.oup.com/academic/product/women-writing-and-revolution-1790-1827-9780198122722?cc=mx&lang=en&>>.
- King, D. 2005. "Sustaining Activism Through Emotional Reflexivity", en *Emotions and Social Movements*, H. Flam y D. King (eds.), Abingdon: Routledge, pp. 150-169.
- Klandermans, Bert y Dirk Oegema. 1987. "Potentials, Networks, Motivations and Barriers: Steps Towards Participation in Social Movements", *American Sociological Review*, vol. 52, núm. 4, pp. 519-531, en <<https://doi.org/10.2307/2095297>>.
- Kleres, Jochen y Asa Wettergren. 2017. "Fear, Hope, Anger, and Guilt in Climate Activism", *Social Movement Studies*, vol. 16, núm. 5, pp. 507-519, en <<https://doi.org/10.1080/14742837.2017.1344546>>.
- Knoch, Daria, Álvaro Pascual-Leone, Kaspar Meyer, Valerie Treyer y Ernst Fehr. 2006. "Diminishing Reciprocal Fairness by Disrupting the Right Prefrontal Cortex", *Science*, vol. 314, núm. 5800, pp. 829-832, en <doi: [10.1126/science.1129156](https://doi.org/10.1126/science.1129156)>.

- Knops, Louise. 2021. "Stuck Between the Modern and the Terrestrial: The Indignation of the Youth for Climate Movement", *Political Research Exchange* vol. 3, núm. 1, pp. 1-30, en <DOI: 10.1080/2474736X.2020.1868946>.
- Kosinski, Michal, Sandra Matz, Samuel Gosling, Vesselin Popov y David Stillwell. 2015. "Facebook as a Research Tool for the Social Sciences: Opportunities, Challenges, Ethical Considerations and Practical Guidelines", *American Psychologist*, vol. 70, núm. 6, pp. 543-556, en <<https://doi.org/10.1037/a0039210>>.
- Laclau, Ernesto. 2016. *La razón populista*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- La Liga Contra el Silencio. 2019. "Los confusos hechos ocurridos antes del paro del 21N en Colombia", *Pacifista*, 21 de noviembre, en <<https://pacifista.tv/notas/los-confusos-hechos-ocurridos-antes-del-paro-del-21n-en-colombia/>>.
- Larios Murillo, Susana. 2021. "Sentir y luchar juntas. Análisis de la dimensión emocional de tres organizaciones feministas y antipatriarcales en Guadalajara", tesis de doctorado, Universidad de Guadalajara.
- Larzillière, Pénélope y Jacobo Grajales (coords.). 2021. "Les émotions politiques de combattants, entre guerre et paix" (dossier), *Critique Internationale*, núm. 91, pp. 5-134.
- Lavaud, Jean-Pierre. 2005. "Mères contre la dictature en Argentine et Bolivie", *Clio. Histoire, femmes et sociétés* núm. 21, en <doi : 10.4000/clio.1450>.
- La Vox Populi Radio. 2019. "Crónica sonora del Cacerolazo 21, 22 y 23 de noviembre", publicado el 24 de noviembre, *podcast* en Archive.org, 02:45:11, en <<https://archive.org/details/cronicasonoradelcacerolazo2122y23denoviembre>>.
- Le Breton, David. [1990] 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad*, Argentina, Nueva Visión.
- _____. [1998] 1999. *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Horacio Pons (trad.), Buenos Aires, Nueva Visión.
- _____. 2012. "Por una antropología de las emociones", *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, año 4, núm. 10, pp. 69-79, en <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273224904006>>.
- Lefranc, Sandrine y Isabelle Sommier. 2009. "Conclusion. Les émotions et la sociologie des mouvements sociaux", en *Émotions... Mobilisation !*, Christophe Traïni (ed.), Paris, Presses de Sciences Po, pp. 273-293.
- Leyva Solano, X. 2018. "¿Academia versus activismo? Repensarnos desde y para la práctica teórico-política", en vv.AA, *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras*, México, Retos / La Casa del Mago / CLACSO, pp. 199-221.
- Lindenberg, Siegwart. 2001. "Intrinsic Motivation in a New Light", *Kyklos*, vol. 54, núm. 2, pp. 317-342.
- Lively, Kathrin J. y Emi A. Weed. 2014. "Emotion Management: Sociological Insight into What, How, Why, and to What End?", *Emotion Review*, vol. 6, núm. 3, pp. 202-207, en <doi: 10.1177/1754073914522864>.

- Londoño, Diana Alejandra. 2020. “Interacción ritual al calor de la rabia y la indignación. Experiencias de mujeres organizadas contra el feminicidio por legítima defensa”, en Marina Ariza (coord.), *Las emociones en la vida social: miradas sociológicas*, Ciudad de México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, pp. 71-108.
- Lorenzini, Jasmine y Rosset Jan. 2023. “Emotions and Climate Strike Participation among Young and Old Demonstrators”, *Social Movement Studies*, en <doi: 10.1080/14742837.2023.2178406>.
- Loveman, Mara. 1998. “High-Risk Collective Action: Defending Human Rights in Chile, Uruguay and Argentina”, *American Journal of Sociology*, vol. 104, núm. 2, pp. 477-525.
- Lugones, M. 2008. “Colonialidad y género”, *Tabla Rasa*, núm. 9, julio-diciembre, pp. 73-100, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, Bogotá, Colombia, en <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600906>>.
- Lutz, Catherine y Geoffrey White. 1986. “The Anthropology of Emotions”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 15, pp. 405-436, en <doi: <https://doi.org/10.1146/annurev.an.15.100186.002201>>.
- Macón, Cecilia, Mariela Solana y Nayla Luz Vacarezza. 2021. *Affect, Gender and Sexuality in Latin America*, Palgrave Macmillan.
- Maeckelbergh, Marianne. 2009. *The Will of the Many: How the Alterglobalisation Movement is Changing the Face of Democracy*, Londres, Pluto Press.
- _____. 2011. “Doing is Believing: Prefiguration as Strategic Practice in the Alterglobalization Movement”, *Social Movement Studies*, vol. 10, núm. 1, pp. 1-20, en <doi: 10.1080/14742837.2011.545223>.
- Martínez, María. 2018. “Reiteraciones relacionales y activaciones emocionales: hacia una radicalización de la procesualidad de las identidades colectivas¹”. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social* 18 (1): 293–317. <https://www.redalyc.org/journal/537/53754772015/html/>.
- Massal, Julie. 2015. “Emociones y movilización social. Un cuestionamiento al paradigma racionalista”, *Análisis Político*, vol. 28, núm. 85, pp. 93-111.
- _____. 2018. “Les mobilisations sociales dans les régimes hybrides : Regards croisés sur la Colombie, l’Egypte et la Tunisie”, en *Amérique latine-Monde arabe, la diagonale des suds*, Bernard Botiveau, Hernan Salcedo y Aude Signoles (eds.), París, Riveneuve, pp. 63-90.
- _____. 2019. “Emociones y movilización de alto riesgo en contexto de posacuerdo de paz: una reflexión en torno al caso colombiano”, *Desafíos*, vol. 31, núm. 2, pp. 133-167, en <doi: <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.7306>>.
- _____. 2021. “Las emociones en la movilización social: la agenda investigativa en América Latina en la década de 2010”, *Ciencia Política*, vol. 16, núm. 31, pp. 73-115, en <doi: 10.15446/cp.v16n31.96573>.

- Massal, Julie, Freddy Cante y David González. 2019. “Introducción: ‘Emociones, movilización social y política’” (dossier temático), *Desafíos*, vol. 31, núm. 2, pp. 9-23, en <doi: <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/31-2.2019>>.
- McAdam, Doug. 1986. “Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer”, *American Journal of Sociology*, vol. 92, núm. 1, pp. 64-90.
- McAdam, D., C. Tilly y S. Tarrow. 2001. *Dynamics of Contention*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McGarry, A. y J.M. Jasper (eds.). 2015. *The Identity Dilemma. Social Movements and Collective Identity*, Philadelphia, Temple University Press.
- Mead, Margaret. [1935] 1990. *Sexo y temperamento*, México, Paidós.
- Melucci, Alberto. 1994. “¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?”, en *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, cap. 5, España, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- _____. 1995. “The Process of Collective Identity”, en *Social Movements and Culture*, H. Johnston y B. Klandermans (eds.), Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 41-63.
- Mingo, Araceli. 2020. “Juntas nos quitamos el miedo” (estudiantes feministas contra la violencia sexista), *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES)*, vol. XI, núm. 31, pp. 3-23, en <<https://doi.org/10.22201/iisue.20072872e.2020.31.703>>.
- Molder, Amanda, Alexandra Lakind, Zoe Clemmons y Kaiping Chen. 2022. “Framing the Global Youth Climate Movement: A Qualitative Content Analysis of Greta Thunberg’s Moral, Hopeful, and Motivational Framing on Instagram”, *The International Journal of Press/Politics*, vol. 27, núm. 3, pp. 668-695, en <doi: 10.1177/19401612211055691>.
- Montoni, Angelo. 2019. “Juventud militante y radicalización política: las emociones durante la contestación estudiantil chilena”, *Desafíos*, vol. 31, núm. 2, pp. 169-196, en <doi: <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.7305>>.
- Moore Jr., Barrington. 1996. *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Sara Sechovich (trad.), México, UNAM, Dirección General de Publicaciones.
- Mora, Mariana. 2014. “Repensando la política y la descolonización en minúscula: reflexiones sobre la praxis feminista desde el zapatismo”, en Mágina Millán (coord.), *Más allá del feminismo: caminos para andar*, Ciudad de México, Red de Feministas Descoloniales, pp. 155-182.
- Morlino, Leonardo. 2008. “Hybrid Regimes or Regimes in Transition?”, Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE), Madrid, *working paper* núm. 70, septiembre, en <http://www.plataformademocratica.org/Publicaciones/Publicacao_4618_em_17_11_2008_22_06_36.pdf>.

- Mouly, Cécile y Maria-Belen Garrido. 2018. “No a la guerra: resistencia civil en dos comunidades periféricas de Colombia”, *Desafíos*, vol. 30, núm. 1, pp. 245-277, en <doi: <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.5282>>.
- Mudde, Cas y Cristóbal Rovira. 2017. *Populism: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- Mudu, P. 2012. “At the Intersection of Anarchists and Autonomists: Autogestioni and Centri Sociali”, *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, vol. 11, núm. 3, en <<https://acme-journal.org/index.php/acme/article/view/940>>, pp. 413-438.
- Munévar, Dora Inés. 2012. “Delito de femicidio. Muerte violenta de mujeres por razones de género”, *Estudios Socio-jurídicos*, vol. 14, núm. 1, pp. 135-175.
- Nadasen, Premila. 2015. *Household Workers Unite. The Untold Story of African American Women Who Built a Movement*, Boston, Beacon Press Books.
- Nassauer, Anne. 2016. “From Peaceful Marches to Violent Clashes: A Micro-Situational Analysis”, *Social Movement Studies*, vol. 15, núm. 5, pp. 515-530, en <<http://dx.doi.org/10.1080/14742837.2016.1150161>>.
- Ngai, Sianne. 2005. “Afterword: On Disgust”, en *Ugly Feelings*, Cambridge, Harvard University Press, 332-354.
- Nikolski, Vera. 2013. “Lorsque la répression est un plaisir : le militantisme au Parti National Bolchévique russe”, *Cultures et Conflits*, núm. 89, en <doi : 10.4000/conflits.18684>.
- Niño Vázquez, Elisa. 2022. “Visualidad de archivo: construcción y análisis etnográfico del archivo visual en Instagram con las protestas #NoNosCuidanNosviolan y #NomeCuidanMeViolan”, *Virtualis*, vol. 13, núm. 4, pp. 84-107, en <<https://doi.org/10.46530/virtualis.v13i24.394>>.
- Norgaard, Kari M. 2006. “‘People Want to Protect Themselves a Little Bit’: Emotions, Denial and Social Movement Nonparticipation”, *Sociological Inquiry*, vol. 76, núm. 3, pp. 372-396, en <doi:10.1111/j.1475-682X.2006.00160.x>.
- _____. 2011. *Living in Denial. Climate Change, Emotions, and Everyday Life*, Cambridge, MIT Press.
- Nussbaum, Martha. 2006. *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*, Buenos Aires, Katz.
- Ojala, Maria 2012. “Hope and Climate Change: The Importance of Hope for Environmental Engagement among Young People”, *Environmental Education Research*, núm. 18, pp. 625-642.
- Ojala, Maria, Ashlee Cunsolo, Charles A. Ogunbode y Jacqueline Middleton. 2021. “Anxiety, Worry and Grief in a Time of Environmental and Climate Crisis: A Narrative Review”, *Annual Review of Environmental Resource*, vol. 46, núm. 10, en <doi: 10.1146/annurev-environ-012220-022716>.
- Olson, Mancur. [1965] 1978. *Logique de l'action collective*, París, PUF.

- O'Neill, Kirstie y Charlotte Sinden. 2021. "Universities, Sustainability, and Neoliberalism: Contradictions of the Climate Emergency Declarations", *Politics and Governance*, vol. 9, núm. 2, pp. 29-40, en <<https://doi-org.pbidi.unam.mx:2443/10.17645/pag.v9i2.3872>>.
- Oyèwùmíen, O. 2017. *La invención de las mujeres. Una perspectiva africana sobre los discursos occidentales del género*, Bogotá, En la Frontera.
- Passy, Florence, y Marco Giugni. 2001. "Social Networks and Individual Perceptions: Explaining Differential Participation in Social Movements", *Sociological Forum*, vol. 16, núm. 1, pp. 123-153, Kluwer Academic Publishers-Plenum Publishers.
- Peirano, Mariza. 2004. "A favor de la etnografía", en *La antropología brasileña contemporánea: contribuciones para un diálogo latinoamericano*, Alejandro Grimson, Gustavo Lins Ribeiro, Pablo Semán (eds.), Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 323-356. .
- Peñaranda, Daniel R. (comp.). 2011. *Contra viento y marea. Acciones colectivas de alto riesgo en las zonas rurales colombianas 1985-2005*, Medellín, La Carreta Social-IEPRI-UN.
- Piazza, G. 2012. "Il Movimento delle Occupazioni di Squat e Centri Sociali in Europa. Una Introduzione", *Partecipazione e Conflitto*, 1/2012, en <doi: 10.3280/PACO2012-001001>.
- Pink, Sarah, Heather Horst, John Postill, Larisa Hjorth, Tania Lewis y Jo Tacchi. 2019. *Etnografía digital: principios y práctica*, Madrid, Morata.
- Piñeyro Nelson, Carlos. 2018. "Organización, emociones y resistencia de las trabajadoras del hogar latinas y caribeñas en Nueva York, Estados Unidos", *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, vol. 2, núm. 3, pp. 2-24.
- _____. 2020a. "La Alianza Nacional de Trabajadoras del Hogar como modelo de organización en la ciudad de Nueva York", en *Multiplicación del trabajo y nuevos retos para la justicia social. Estudios de casos desde la iniciativa 'El futuro del trabajo después de la Laudato Si'*, Alejandro Grassi Daniele Fini y Yolanda C. Cruz Contreras (coords.), Puebla, México, Universidad Iberoamericana-Puebla, pp. 35-54.
- _____. 2020b. "'It Is Not about Being Nice. It's about Being Fair', Emotions, Organizing, and Collective Identity Building: The Case of the National Domestic Workers Alliance", The New School ProQuest Dissertations Publishing for Social Research, en <<https://doi.org/ProQuest Number: 28415063>>.
- _____. 2022. "Manipulación emocional y esclavitud moderna: el caso del trabajo del hogar remunerado", *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 19, núm. 48, pp. 137-160.
- Piñeyro Nelson, Carlos y Amarela Varela Huerta. 2018. "Cuando el trabajo se reorganiza políticamente: migración y nuevas formas de sindicalismo en los países del Norte Global", *Revista Trace*, núm. 73, pp. 134-163.
- Polletta, Francesca. 1999. "'Free Spaces' in Collective Action", *Theory and Society* vol. 28, núm. 1, pp. 1-38.

- Polletta, Francesca, y James M. Jasper, 2001. "Collective Identity and Social Movements", *Annual Review of Sociology*, vol. 27, núm. 1, pp. 283-305, en <doi: <https://www.jstor.org/stable/2678623>>.
- Polo Democrático Alternativo. 2019. "Declaración del Encuentro Nacional de Emergencia del Movimiento Social y Sindical - 4 de octubre", *Polo Democrático Alternativo*, 4 de octubre, en <<https://www.polodemocratico.net/declaracion-del-encuentro-nacional-de-emergencia-del-movimiento-social-y-sindical-4-de-octubre/>>.
- Poma, Alice. 2017. *Defendiendo territorio y dignidad. Emociones y cambio cultural en luchas contra represas en España y México*, Campina Grande, State University of Paraíba Press (EDUEPB), Waterlat-Gobacit Network.
- _____. 2018. "El papel de las emociones en la respuesta al cambio climático", *Interdisciplina*, vol. 6, núm. 15, pp. 191-214, en <<http://dx.doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2018.15.63843>>.
- _____. 2019a. "El papel de las emociones en la defensa del medioambiente: un enfoque sociológico", *Revista de Sociología*, vol. 34, núm. 1, pp. 43-60, en <doi: 10.5354/0719-529X.2019.54269>.
- _____. 2019b. "Impacto y manejo emocional en las luchas contra represas", *Revista Estudios Avanzados*, núm. 31, pp. 4-20, en <doi: <https://doi.org/10.35588/idea.v0i31.4272>>.
- _____. 2019c. "Los impactos emocionales del reporte especial del IPCC", en *¿Aún estamos a tiempo para el 1.5°C? Voces y visiones sobre el reporte especial del IPCC*, José Clemente Rueda Abad (ed.), Ciudad de México, UNAM, pp. 177-195.
- _____. 2021. "La evolución del movimiento climático en México: jóvenes activistas y viejos desafíos", en *México ante la encrucijada de la gobernanza climática*, Israel Felipe Solorio Sandoval (coord.), Ciudad de México, UNAM, pp.173-194.
- _____. 2022 "La evolución del movimiento climático en México: jóvenes activistas y viejos desafíos", en *México ante la encrucijada de la gobernanza climática. Vol. II.*, Israel Felipe Solorio Sandoval (ed.), Ciudad de México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, pp. 173-194.
- Poma, Alice y Tommaso Gravante. 2013. "Emociones, protesta y cambio social. Una propuesta de Análisis", *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, vol. 5, núm. 13, pp. 21-34.
- _____. 2015. "Las emociones como arena de la lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales", *Ciudadanía Activa*, vol. 3, núm. 4, pp. 17-43, en <<https://www.researchgate.net/publication/291970615>>.
- _____. 2016. "Environmental Self-Organized Activism: Emotion, Organization and Collective Identity in Mexico", *International Journal of Sociology and Social Policy*, vol. 36, núms. 9/10, pp. 662-679, en <doi: <https://doi.org/10.1108/IJSSP-11-2015-0128>>.

- _____. 2017. “Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances”, *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 74, pp. 31-62.
- _____. 2018. “Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política”, *Revista Estudios Sociológicos*, vol. 36, núm. 108, pp. 595-618, en <doi: <https://doi.org/10.24201/es.2018v36n108.1612>>.
- _____. 2019. “Nunca seremos las mismas de antes. Emociones y empoderamiento colectivo en los movimientos sociales: el Colectivo Mujer Nueva (Oaxaca, México)”, *Desafíos*, vol. 31, núm. 2, pp. 231-265, en <<http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.7308>>.
- _____. 2021. “Entre frustración y esperanza: emociones en el activismo climático en México”, *Ciencia Política*, vol. 16, núm. 31, pp. 117-156, en <<https://doi.org/10.15446/cp.v16n31.97635>>.
- _____. 2022a. “Cómo estudiar la dimensión emocional en los movimientos sociales”, *Campos en Ciencias Sociales*, vol. 10, núm. 1, en <<https://doi.org/10.15332/25006681.7667>>.
- _____. 2022b. “La nueva ola de activismo climático en México. Un primer diagnóstico”, en *Generando con-ciencia sobre el cambio climático. Nuevas miradas desde México*, Alice Poma y Tommaso Gravante (eds.), Ciudad de México, UNAM, IIS / СЕИПСН, pp. 54-72.
- Poma, Alice y Vito Giannini. 2021. “James M. Jasper (2018) The Emotions of Protest”. PDF, Chicago, The University of Chicago Press, en <<https://www.academia.edu/61786844/>>.
- Portwood-Stacer, Laura. 2012. “Anti-Consumption as Tactical Resistance: Anarchists, Subculture, and Activist Strategy”, *Journal of Consumer Culture*, vol. 12, núm. 1, pp. 87-105, en <doi: 10.1177/1469540512442029>.
- Poster, Winifred R., Marion G. Crain y Miriam A. Cherry (eds.). n./d. “Introduction”, en *Invisible Labor. Hidden Work in the Contemporary World*, Crain, Poster y Cherry (eds.), Oakland, CA, University of California Press, pp. 3-27.
- Poulos, Helen y Mary Haddad. 2016. “Violent Repression of Environmental Protests”, *SpringerPlus*, núm. 5, en <doi: <https://doi.org/10.1186/s40064-016-1816-2>>.
- Qayum, Seemin y Raka Ray. 2010. “Traveling Cultures of Servitude: Loyalty and Betrayal in New York and Kolkata”, en *Intimate Labors. Cultures, Technologies, and the Politics of Care*, Eileen Boris y Rhacel Salazar Parreñas (eds.), 101-116, Stanford, CA, Stanford University Press.
- Ramírez Morales, María del Rosario y Arcelia Paz Padilla. 2021. “Pañuelos y rosarios: encuentros y desencuentros en los activismos en torno a la defensa de los derechos”, en *Religión y política en la 4T. Debates sobre el Estado laico*, Carlos Garma, Ariel Corpus y María del Rosario Ramírez Morales (coords.), Ciudad de México, UAM, pp. 153-170.
- Razsa, Maple y Aandrej Kurnik. 2012. “The Occupy Movement in Žižek’s Hometown: Direct Democracy and a Politics of Becoming”, *American Ethnologist*, vol. 39, núm. 2, pp. 238-258, en <doi: 10.1111/j.1548-1425.2012.01361.x>.

- Reger, Joe. 2004. "Organizational 'Emotion Work' Through Consciousness-Raising: An Analysis of a Feminist Organization", *Qualitative Sociology*, vol. 27, núm. 2, pp. 205-222, en <doi: 10.1023/B:QUAS.0000020693.93609.6c>.
- Rezzonico, Giorgio e Ivan De Marco. 2012. *Lavorare con le emozioni nell'approccio costruttivista*, Torino, Italia, Bollati Boringhieri.
- Robayo, Alejandro. 2017. "‘Que la paz no nos cueste la vida’: el trabajo emocional de los movimientos sociales frente a la guerra en Colombia." *Aposta: Revista de Ciencias Sociales*, núm. 74, pp. 204-240.
- _____. 2019. "Sentipensar en medio de la guerra: el papel de las emociones en la experiencia del Consejo Regional Indígena del Tolima y sus comunidades (1998-2010)", tesis de maestría, Bogotá, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia.
- Robles Francia, Víctor Hugo, Adriana de la Cruz Caballero, Juan Guillermo Estay Sepúlveda, Alex Véliz Burgos, y Germán Moreno Leiva. 2020. "Diferencias de género ante el horror moral manifiesto de un parricidio", *Medisur*, vol. 18, núm. 4, julio-agosto.
- Rodríguez Gudiño, Abigail. 2022. "Percepción y respuesta al cambio climático. El caso de la asociación civil Amigos de los Viveros", en *Generando conciencia sobre el cambio climático. Nuevas miradas desde México*, Alice Poma y Tommaso Gravante (eds.), Ciudad de Mexico, UNAM, IIS.
- Rodríguez, Arturo. 2021. "Un modelo analítico para estudiar las condiciones de posibilidad del populismo", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 82, núm. 4, pp. 897-928, en <<http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/60190>>.
- Rojas García, Georgina y Nidia Contreras López. 2018. "Resistencia activa de las trabajadoras del hogar en México: talleres, aprendizaje y empoderamiento", *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, núm. 3, pp. 1-37.
- Rollins, Judith. 1985. *Between Women: Domesticity and Their Employers*, Philadelphia, PA, Temple University Press.
- Rosaldo, Michel. 1984. "Toward an Anthropology of Self and Feeling", en *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion*, Richard A. Shweder y Robert A. LeVine (eds.), Nueva York, Cambridge, pp. 137-157.
- Rosaldo, Renato. 1984. "Grief and a Headhunter's Rage: On the Cultural Force of Emotions", en *Play and Story: The Construction and Reconstruction of Self and Society*, Edward Bruner (ed.), Washington DC, American Ethnological Society, pp. 178-198.
- _____. [1989] 2000. *Cultura y verdad. La reconstrucción del análisis social*, Ecuador, Abya Yala.
- Rosanvallon, Pierre. 2021. *El siglo del populismo: historia, teoría, crítica*, Buenos Aires: Manantial.

- Rovira-Sancho, Giomar. 2018. "El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas", *Teknokultura*, vol. 15, núm. 2, pp. 223-240, en <doi:http://dx.doi.org/10.5209/TEKN.59367>.
- Rucht, Deiter. 1988. "Themes, Logics and Arenas of Social Movements: A Structural Approach", en Bart Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich, JAI Press, pp. 305-328.
- Rueda, Jorge. 2013. "Risa y resistencia en las poblaciones de Santiago de Chile: 1973-1989", *Intersecciones en Antropología*, vol. 14, núm. 1, pp. 341- 352, en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179531063023>
- Ruiz-Junco, Natalia. 2013. "Feeling Social Movements: Theoretical Contributions to Social Movement Research on Emotions", *Sociology Compass*, núm. 7, pp. 45-54, en <doi: 10.1111/soc4.12006>.
- Running, Steven W. 2007. "Five Stages of Climate Grief", *Numerical Terradynamic Simulation Group Publications*, núm. 173, 15 de abril, en <https://scholarworks.umd.edu/ntsg_pubs/173>.
- Sabucedo, José-Manuel, Mar Durán y Mónica Alzate. 2010. "Identidad colectiva movilizada." *Revista de Psicología Social*, vol. 25, núm. 2, pp. 189-201, en <https://doi.org/10.1174/021347410791063822>.
- Sabucedo, José-Manuel, Marcos Dono, Mónica Alzate y Gloria Seoane. 2018. "The Importance of Protesters' Morals: Moral Obligation as a Key Variable to Understand Collective Action", *Frontiers in Psychology*, vol. 9, núm. 418, en <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.00418>.
- Sabucedo, José Manuel, Marcos Dono, Dmitry Grigoryev, Cristina Gómez-Román y Mónica Alzate. 2019. "Axiological-Identitary Collective Action Model (AICAM): A New Integrative Perspective in the Analysis of Protest", *PloS One*, vol. 14, núm. 6, en <https://doi.org/ 10.1371/journal.pone.0218350>.
- Sandberg, Linda y Aina Tollefsen. 2010. "Talking about Fear of Violence in Public Space: Female and Male Narratives about Threatening Situations in Umeå, Sweden", *Social & Cultural Geography*, vol. 11, núm. 1, pp. 1-15, en <http://dx.doi.org/10.1080/14649360903420178>.
- Schlosberg, David y Luke Craven. 2019. *Sustainable Materialism: Environmental Movements and the Politics of Everyday Life*, Oxford, Oxford University Press.
- Scribano, Adrian y Matias Artese. 2012 "Emociones y acciones colectivas: un bosquejo preliminar de su situación hoy", en *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones*, Ana Lucia Cervio (comp.), Buenos Aires, Estudios Sociológicos, pp. 85-114.

- Segato, Rita L.. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia: contrato y status en la etiología de la violencia*, Brasília, Universidade de Brasília Departamento de Antropologia.
- _____. 2016. *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de Sueños, <<https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>>.
- Skitka, Linda J. 2010. "The Psychology of Moral Conviction", *Social and Personality Psychology Compass* vol. 4, núm. 4, pp. 267-281, en <<https://doi.org/10.1111/j.1751-9004.2010.00254.x>>.
- Smith, Nicholas y Anthony Leiserowitz. 2014. "The Role of Emotion in Global Warming Policy Support and Opposition", *Society for Risk Analysis*, vol. 34, núm. 5, pp. 937-948, en <doi: 10.1111/risa.12140>.
- Snow, D, y R. Benford. 2006. "Marcos maestros y ciclos de protesta", en *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*, Aquiles Chihú Amparán (coord.), México, Porrúa, pp. 119-153.
- Solana, Mariela y Nayla Luz Vacarezza. 2020. "Sentimientos feministas", *Revista Estudos Feministas*, vol. 28, núm. 2, pp. 10-15, en <<https://doi.org/10.1590/1806-9584-2020v28n272445>>.
- Soler-i-Martí, Roger, Ariadna Fernández-Planells y Laura Pérez-Altale. 2022. "Bringing the Future into the Present: The Notion of Emergency in the Youth Climate Movement", *Social Movement Studies*, en <doi: 10.1080/14742837.2022.2123312>.
- Somma, Nicolás, Sofía Donoso y Federico Rossi. 2020. "Emociones durante las protestas LGTBIQ en Argentina y Chile: factores individuales y contexto político", *Revista Argentina de Sociología*, vol. 16, núm. 27.
- Sommier, Isabelle. 2010. "Les états affectifs ou la dimension affectuelle des mouvements sociaux", en *Penser les mouvements sociaux*, Olivier Fillieule, Eric Agrikoliansky e Isabelle Sommier, París, La Découverte, pp. 185-202.
- _____. 2015. "Sentiments, affects et émotions dans l'engagement à haut risque", *Terrains-Théories*, núm. 2, en <doi : 10.4000/teth.236>.
- Steinhoff, Patricia y Gilda Zwerman. 2013. "Passer puis renoncer à l'action violente", *Cultures et Conflits*, núm. 89, en <doi: 10.4000/conflits.18649>.
- Stern, Paul C., Thomas Dietz, Troy Abel, Gregory A. Guagnano y Linda Kalof. 1999. "A Value-Belief-Norm Theory of Support for Social Movements: The Case of Environmentalism", *Human Ecology Review*, vol. 6, núm. 2, pp. 81-97.
- Stets, Jan E. y Michael J. Carter. 2012. "A Theory of the Self for the Sociology of Morality", *American Sociological Review*, vol. 77, núm. 1, pp. 120-140, en <<https://doi.org/10.1177/0003122411433762>>.
- Strolling Around Co. 2019. "[4K] Walking Bogotá, Colombia. Paro Nacional. #21N", video de Youtube, 49:14, publicado el 22 de noviembre de 2019, en <<https://www.youtube.com/watch?v=3yuEuCLXGCA>>.

- Sturmer, Stefan y Bernd Simon. 2004. "Collective Action: Towards a Dual-PathWay Model", *European Review of Social Psychology*, vol. 15, núm. 1, pp. 59-99, en <<https://doi.org/10.1080/10463280340000117>>.
- _____. 2009. "Pathways to Collective Protest: Calculation, Identification, or Emotion? A Critical Analysis of the Role of Group-Based Anger in Social Movement Participation", *Journal of Social Issues*, vol. 65, núm. 4, pp. 681-705, en <<https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.2009.01620.x>>.
- Summers-Effler, Erika. 2002. "The Micro Potential for Social Change: Emotion, Consciousness, and Social Movement Formation", *Sociological Theory*, núm. 20, pp. 41-60, en <<https://doi.org/10.1111/1467-9558.00150>>.
- Szerszynski, Bronislaw. 1999. "Risk and Trust: The Performative Dimension", *Environmental Values*, vol. 8, núm. 2, pp. 239-252, en <[doi: 10.3197/096327199129341815](https://doi.org/10.3197/096327199129341815)>.
- Tajfel, Henri, y John Turner. 1979. "An Integrative Theory of Intergroup Conflict", en *Organizational identity: A reader*. cap. 4, Oxford, UK.
- Tavano, Carolina Sofia. 2019. "Nuestra única venganza es ser felices: emociones, sentimientos y militancias de H.I.J.O.S. en Espacios de memoria", *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 53.
- Taylor, Verta. 1989. "Social Movement Continuity: The Women's Movement in Abeyance", *American Sociological Review*, vol. 54, núm. 5, pp. 761-775, en <[doi: http://www.jstor.org/stable/2117752](http://www.jstor.org/stable/2117752)>.
- _____. 1995. "Watching for Vibes: Bringing Emotions into the Study of Feminist Organizations", en *Feminist Organizations. Harvest of the New Women's Movement*, Myra Marx Ferree y Patricia Yancey Martin (eds.), Philadelphia, Temple University Press, pp. 223-233.
- _____. 1998. "Feminist Methodology in Social Movements Research", *Qualitative Sociology*, vol. 21, núm. 4, pp. 357-379.
- _____. 1999. "Gender and Social Movements: Gender Processes in Women's Self-Help Movements", *Gender & Society*, vol. 13, núm. 1, pp. 8-33, en <[doi:10.1177/089124399013001002](https://doi.org/10.1177/089124399013001002)>.
- _____. 2000. "Mobilizing for Change in a Social Movement Society", *Contemporary Sociology*, vol. 29, núm. 1, pp. 219-230.
- Taylor, Verta y Nancy Whittier. 1995. "Analytical Approaches to Social Movement Culture: The Culture of the Women's Movement", en *Social Movements and Culture*, Hank Johnston y Bert Klandermans (eds.), Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 163-197.
- Taylor, V. y L. Rupp. 2002. "Loving Internationalism: The Emotion Culture of Transnational Women's Organizations, 1888-1945", *Mobilization*, vol. 7, núm. 2, pp. 125-144, en <[doi: https://doi.org/10.17813/mai.7.2.fw3t5032xkq5l62h](https://doi.org/10.17813/mai.7.2.fw3t5032xkq5l62h)>.

- Tilly, Charles. 2005. "Repression, Mobilization and Explanation", en *Repression and Mobilization*, Christian Davenport, Hank Johnston, y Carol Mueller (eds.), University of Minnesota Press, 211-226.
- _____. 2008. *Contentious Performances*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Tokar, Brian. 2014. *Toward Climate Justice: Perspectives on the Climate and Social Change*, Posgrunn, Noruega, New Compass Press.
- Toro, Pablo. 2015. "'Tiempos tristes': notas sobre movimiento estudiantil, comunidad y emociones en la Universidad de Chile ante la dictadura de Pinochet (1974-1986)", *Espacio, Tiempo y Educación*, vol. 2, núm 2, pp. 107-124, en <doi: <http://dx.doi.org/10.14516/ete.2015.002.002.006>>.
- Urbanik, Marta Marika y Robert A. Roks. 2020. "GangstaLife: Fusing Urban Ethnography with Netnography in Gang Studies", *Qualitative Sociology*, vol. 43, núm. 2, pp. 213-233, en <<https://doi.org/10.1007/s11333-020-09445-0>>.
- Van der Werff, Ellen, Linda Steg y Kees Keizer. 2013. "It is a Moral Issue: The Relationship between Environmental Self-Identity, Obligation-Based Intrinsic Motivation and Pro-Environmental Behaviour", *Global Environmental Change*, vol. 23, núm. 5, pp. 1258-1265, en <<https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2013.07.018>>.
- Van Ness, J. y E. Summers-Effler. 2019. "Emotions in Social Movements", en *The Wiley Blackwell Companion to Social Movements*, 2a ed., D.A. Snow, S.A. Soule, H. Kriesi y H.J. McCammon (eds.), Chichester: Wiley Blackwell, pp. 411-428.
- Van Stekelenburg, Jacquélien, Bert Klandermans y W.W. Van Dijk. 2009. "Context Matters: Explaining Why and How Mobilizing Context Influences Motivational Dynamics", *Journal of Social Issues*, vol. 65, núm. 4, pp. 815-838, en <<https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.2009.01626.x>>.
- Van Stekelenburg, Jacquélien y Bert Klandermans. 2017. "Individuals in Movements: A Social Psychology of Contention", en *Handbook of Social Movements across Disciplines*, cap. 5, Springer Cham.
- Van Zomeren, Martijn, Russell Spears, Agneta H. Fischer y Colin Wayne Leach. 2004. "Put Your Money Where Your Mouth is! Explaining Collective Action Tendencies through Group-Based Anger and Group Efficacy", *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 87, núm. 5, pp. 649-664, en <<https://doi.org/10.1037/0022-3514.87.5.649>>.
- Van Zomeren, Martijn, Tom Postmes, y Russell Spears. 2008. "Toward an Integrative Social Identity Model of Collective Action: A Quantitative Research Synthesis of Three Socio-Psychological Perspectives", *Psychological Bulletin*, vol. 134, núm. 4, pp. 504-535, en <<https://doi.org/10.1037/0033-2909.134.4.504>>.
- Van Zomeren, Martijn, Tamar Saguy y Fabian M.H. Schellhaas. 2013. "Believing in "Making a Difference" to Collective Efforts: Participative Efficacy Beliefs as a Unique Predictor of Collective Action", *Group Processes & Intergroup Relations*, vol. 16, núm. 5, pp. 618-634, en <<https://doi.org/10.1177/1368430212467476>>.

- Vázquez Correa, Lorena. 2018. “La iniciativa legislativa ciudadana en México. Estudio de casos”, *Cuaderno de Investigación*, núm. 47, en <http://bibliodigitalibd.senado.gob.mx/bitstream/handle/123456789/4114/CI_47.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- Vilas, Xiana, y José-Manuel Sabucedo. 2012. “Moral Obligation: A Forgotten Dimension in the Analysis of Collective Action”, *Revista de Psicología Social*, vol. 27, núm. 3, pp. 369-375, en <<https://doi.org/10.1174/021347412802845577>>.
- _____. 2013. “New Elements on the Political Psychology of Social Movements: Moral Obligation and Context”, *Revista Psicología Política*, vol. 13, núm. 28, pp. 437-452.
- Viva la Ciudadanía. 2019. “Un año de disputa por la paz”, en *El aprendizaje del embrujo: finge la paz, reinventa la guerra, privatiza lo público. Balance del primer año de gobierno de Iván Duque*, Plataforma Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo, Coordinación Colombia, Europa, Estados Unidos y Alianza de Organizaciones Sociales y Afines (eds.), Bogotá, PCDHDD, CCEEU, Alianza, pp. 78-84.
- Wahlström, Mattias, Piotr Kocyba, Michiel de Vydt y Joost de Moor. 2019. *Protest for a Future: Composition, Mobilization and Motives of the Participants in Fridays For Future Climate Protests on 15 March, 2019 in 13 European Cities*, Göteborg, Swedish Research Council for Sustainable Development, en <doi: 10.17605/OSF.IO/XCNZH>.
- Wharton, Amy. 2009. “The Sociology of Emotional Labor”, *The Annual Review of Sociology*, núm. 35, pp. 147-165.
- Whittier, Nancy. 2001. “Emotional Strategies: The Collective Reconstruction and Display of Oppositional Emotions in the Movement against Child Sexual Abuse”, en *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta (eds.), The University of Chicago Press, pp. 233-251.
- _____. 2021. “How Emotions Shape Feminist Coalitions”, *European Journal of Women's Studies*, vol. 28, núm. 3, pp. 369-386.
- Wood, Elisabeth. 2001. “The Emotional Benefits of Insurgency in Salvador”, en *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polletta (eds.), Chicago, University of Chicago Press, pp. 267-281.
- Yates, Luke. 2014. “Rethinking Prefiguration: Alternatives, Micropolitics and Goals in Social Movements”, *Social Movement Studies*, vol. 14, núm. 1, pp. 1-21, en <doi: 10.1080/14742837.2013.870883>.
- _____. 2021. “Prefigurative Politics and Social Movement Strategy: The Roles of Prefiguration in the Reproduction, Mobilisation and Coordination of Movements”, *Political Studies*, vol. 69, núm. 4, pp. 1033-1052, en <<https://doi.org/10.1177/0032321720936046>>.
- Zamponi, Lorenzo, Anja Corinne Baukloh, Niccolò Bertuzzi, Daniela Chironi, Donatella Della Porta y Martín Portos. 2022. “(Water) Bottles and (Street) Barricades: The Politicisation of Lifestyle-Centred Action in Youth Climate Strike Participation”, *Journal of Youth Studies*, vol. 25, núm. 6, pp. 854-875, en <doi: 10.1080/13676261.2022.2060730>.

- Zamudio Sosa, Alejandro, María Montero-López Lena y Benilde García Cabrero. 2022. “Acción colectiva en el 8 de marzo, prueba empírica de tres modelos teóricos”, *Psicología Iberoamericana*, vol. 30, núm. 1, en <<https://doi.org/10.48102/pi.v30i1.416>>.
- Zamudio Sosa, Alejandro, y María Montero López-Lena. 2022. “Emociones, obligación moral y eficacia colectiva en la consulta popular para enjuiciar a expresidentes”, *Revista Digital Internacional de Psicología y Ciencia Social*, vol. 8, núm. 1, en <<https://doi.org/10.22402/j.rdipycs.unam.e.8.01.2022.419>>.
- Zhelkina, A. 2022. “Bring Your Own Politics: Life Strategies and Mobilization in Response to Urban Redevelopment”, *Sociology*, vol. 56, núm. 4, pp. 783-799, en <doi: <https://doi.org/10.1177/00380385211059438>>.
- Zibechi, Raúl. 2017. “Insurrecciones silenciosas”, en *La Jornada*, Ciudad de México, 10 de noviembre, en <<http://www.jornada.unam.mx/2017/11/10/opinion/020a1pol>>.
- Zumeta, Larraitz N., Pablo Castro-Abril, Lander Méndez, José Pizarro, Anna Wlodarczyk, Nekane Basabe, Ginés Navarro-Carillo *et al.* 2020. “Collective Effervescence, Self-Transcendence and Gender Differences in Social Well-Being during 8 March Demonstrations”, *Frontiers in Psychology*, vol. 11, en <<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.607538>>.

Sin la ambición de lograr el manual perfecto ni el más completo, este libro, el primero en español sobre esta temática, ha sido pensado como una herramienta para aprender a analizar la dimensión emocional en el activismo de base. Resultará ser un texto fundamental tanto para quien quiera familiarizarse con la comprensión del papel de las emociones en diversas experiencias de activismos, como para aquellas personas, sean estudiantes, investigadores o activistas, que solo quieran acercarse a este nuevo enfoque en el campo de estudio de los movimientos sociales.

